

VIAJE AL PAÍS

DE

LAS BAYADERAS

POR

LUIS JACOLLIOT

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR

EL VIZCONDE DE SAN JAVIER.

MADRID

EN LA Y LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO  
calle de Preciados, número 3.

—  
1877

RECEIVED

Z-1/4

TA 2834

VIAJE AL PAÍS

DE

# LAS BAYADERAS

POR

LUIS JACOLLIOT

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR

EL VIZCONDE DE SAN JAVIER.

---

MADRID

IMPRESA Y LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO  
calle de Preciados, número 5.

1877

FUNDACION  
JUAN JOSE  
N.º Invto. J.J. 289

Esta traducción es  
propiedad de Miguel  
Guijarro.

# VIAJE AL PAÍS DE LAS BAYADERAS.

---

## PRIMERA PARTE.

### SUEZ.—ADEN.—MOKA.

Por más que digan en las narraciones de viaje los autores que no se han movido nunca de su casa, un viaje por mar, bien sea largo ó corto, es una cosa muy triste.

Y creo tener derecho para decir esto, pues desde hace diez años que ando errante por el mundo, desde Francia á la Arabia, de la India al Japon, del Japon á América y á las islas más remotas de la Oceanía, no he encontrado ningun marino que le guste sinceramente su carrera, y que persista en ella, como no sea por necesidad ó por deber.

La vida de mar es la holgazanería, la negacion de sí mismo, el embrutecimiento de la inteligencia, y al cabo de algunos años la incapacidad completa para todo aquello que no sea ella misma.

He visto siempre á los pasajeros suspirar el dia mismo de la salida del puerto, porque á pesar del lujo que tienen hoy los vapores, no hay nada más monotonó como esas horas que se deslizan

lentas y uniformes al compas del ruido de la máquina y del chapoteo de las olas contra los costados del buque.

Siempre se ve la misma salida y puesta del sol, el mismo horizonte, tan igual como una llanura de arena, y por toda distraccion treinta metros de extension para pasearse, que no tarda uno en cansarse de recorrerlos.

Y añádase á esto ver siempre las mismas personas en la mesa, en el salon, sobre cubierta, por todas partes en fin, y tanto más fastidiosas cuanto que son desconocidas. Dos ó tres ingleses que hacen ejercicios gimnásticos sobre las cuerdas del buque, ó que levantan barras de hierro con el brazo extendido, para continuar *ejercitando* los músculos; un melomaniático, que con pretexto de distraer á uno, le hace aborrecer á Schubert, Mozart y Beethoven, y se comprenderán los unánimes gritos de alegría que lanzan los pasajeros al oír gritar: «¡Tierra!»

Salimos de Marsella un sábado, á bordo de la *Péluse*, de las Mensajerías marítimas, su comandante Jorret, y cinco dias despues llegamos á Alejandría. Como hoy dia se conoce el Mediterráneo mejor que el lago de Ginebra, no diré nada en honor suyo, ni tampoco sobre nuestra travesía, sino que no tuvo á mis ojos otro mérito que el de haber sido muy corta.

Apénas habíamos anclado en el puerto, cuando se vió rodeado el vapor por una nube de pequeñas lanchas tripuladas por malteses que venian á ofrecer á los pasajeros conducirlos á tierra, y otras por egipcios musulmanes, que no se desdénaban de ponerse al servicio de los infieles para ganar algunas piastras.

Desde este momento, el viajero que va por vez primera á Egipto debe emplear todas sus facultades en defender su bolsa de los vasallos de su graciosa vicemajestad el pachá, pues son hábiles en el arte de despojar al viajero que Mahoma les envia. Si se necesita un guía, si se alquila una embarcacion ó un carruaje, si se va al baño, al restaurant ó al hotel, tiene uno que estipular ántes el precio, pues si no, se ve expuesto á pagar el doble ó el triple de todo lo que compre, alquile ó consuma.

Y no debe fiarse uno ni del almacén europeo, ni del bazar; nuestros compatriotas de Alejandría son muy amables y de una galantería exquisita; le hablan á uno con los ojos humedecidos por las lágrimas de la patria querida, que volverán á ver cuando hayan hecho sus ahorritos. Pero no hay que fiarse de ellos, y debe uno estipular el precio de antemano.

Como mi intencion no era permanecer en esta ciudad, que ya conocia, el dia mismo de mi llegada partí para Suez por el Cairo, sin pararme en las excursiones obligadas del lago Mœris y las Pirámides, pues tenia prisa en dejar todo aquello que conocia, y las caravanas cosmopolitas que se cargan de ladrillos rotos y fragmentos de granito para adornar todos los castillos antiguos de la vieja Inglaterra.

No estando aún acabadas las obras del istmo de Suez, tomé el camino de hierro; y como era el único frances que iba en el vagon, pues los demas viajeros eran españoles que iban á Manila, y holandeses á Batavia é ingleses á todas partes, y no teniendo con quién hablar, mi imaginacion me transportó á la época de los primeros domina-

dores del Egipto, y no pude ménos de estremecerme al ver el vapor surcar el país de los Faraones.

Arrastrado por mis pensamientos, me puse á meditar sobre el misterioso pasado de aquel país, en aquellas extinguidas generaciones que mezclan ahora sus cenizas con el polvo de sus monumentos, en aquella antigua civilizaci6n que produjo Tébas la de las cien puertas, Mémphis y las Pirámides, y por una asociaci6n de ideas fácil de comprender, me pregunté, sondeando el porvenir, cuántos siglos aún las naciones modernas, tan orgullosas con su inteligencia y su progreso, resistirian á aquella ley fatal que destruye constantemente *aquí* para construir *allí*, que hace desaparecer las creencias y los pueblos para dar lugar á nuevas creencias y nuevos pueblos; á esta ley, en fin, de la muerte fecundando la vida, que parece ser, tanto en el órden moral como en el material, la primera y última palabra del destino humano.

A la una de la mañana atravesamos el Cairo. La antigua ciudad de los califas fatimitas ofrecia en este momento un singular espectáculo: el conjunto entero de sus edificios, en su parte baja, estaba sumido en la más completa oscuridad, mientras que el extremo de sus cúpulas, minaretes, flechas, ciudadelas y mezquitas brillaban por la noche, iluminadas por los rayos de la luna que iba á desaparecer detras del monte Mogathan.

La salida del sol á la madrugada nos sorprendió en medio del desierto.

Nada hay más monotonó que estas vastas llanuras formadas de arena fina é impalpable, y que sometidas á la acci6n del viento, levanta y arremolina como la superficie de un lago.



El tren iba con una celeridad vertiginosa. Veíanse aquí y allí algunos fellahs, guardas del camino de hierro, que interrumpían la plegaria y las abluciones de la mañana para desplegar una bandera á la punta de un palo, ó acurrucados otros contra sus casillas, hechas de tierra seca, apénas si se dignaban volver la cabeza para vernos pasar, miéntras que sus mujeres, repugnantes de fealdad y suciedad, y cubiertas apénas de un pedazo de tela, preparaban al aire libre el desayuno de la familia.

De repente, la vasta y árida llanura pareció animarse, y vimos á lo léjos largas filas de camellos y de pequeños asnos de Egipto, cargados de provisiones, dirigirse hácia el mar. A las seis entramos en la estacion de Suez, si puede darse ese nombre á un mal abrigo hecho de tablas, que la munificencia del virey pone á disposicion de los viajeros que desean vigilar sus equipajes sin tomar una insolacion.

Desgraciado de aquel que no ha tenido cuidado de llevar fuertes y sólidas maletas, que no puedan abrir los cuchillos de los señores encargados de los equipajes durante aquel largo trayecto, pues se expone á encontrarse sin ropa blanca ni trajes al llegar á Suez, pues toda maleta recibe numerosas visitas, y la hospitalidad es tan tradicional en este país, que se ejerce en perjuicio de uno, quitándole sus pañuelos de seda y las franelas de uso indispensable; sobre estos dos artículos el egipcio no reconoce la propiedad de nadie, como la América no respeta la propiedad literaria.

Y ambas cosas en virtud del mismo derecho.

El Egipto no produce ni pañuelos de seda ni franelas.

La América, muy pocas obras de talento.

Estos dos países toman de los otros lo que les hace falta.

Si el robo ha sido muy escandaloso, si le han dejado á uno sin nada, va uno á ver al cónsul de su nacion, que generalmente, y ántes de esperar las explicaciones que va uno á darle, le dirige la pregunta siguiente:

—¿Venía usted á darme alguna queja contra los empleados subalternos del camino de hierro por robo?

—Sí señor.

—¿Le han dejado á usted alguna cosa?

—¡Oh! Mis maletas están intactas; solamente que mi saco de noche, en donde llevaba los objetos necesarios para mi uso diario, está vacío.

—Puede usted darse por satisfecho, pues á mí, en mi primer viaje, me dejaron sin camisa.

—¿Y qué harémos, señor cónsul?

—Nada.

—¿Cómo nada?

—¡Absolutamente nada!

Al bajarme del vagon fuí testigo de una escena que hizo reir mucho á todo el mundo, siendo el protagonista de ella un inglés. Los señores empleados subalternos del camino de hierro tienen un modo de hacer las cosas muy cómodo. Para descargar los equipajes, se colocan tres ó cuatro en el coche que los lleva, y desde allí lanzan al suelo cuanto les viene á la mano; así es que es una verdadera lluvia de maletas, cajas y paquetes.

Uno de nuestros compañeros, inglés, como acabo de decir, no gustándole aquel modo de obrar, intimó la orden á los agentes del tren de

que no tocasen á ningun objeto de su pertenencia. Estos, que no comprendian sin duda el idioma de aquel caballero, le enviaron su maleta entre las piernas.

Nuevas y enérgicas reclamaciones del inglés, seguidas inmediatamente de una caja que vino á rebotar al lado de las otras. Ciego de ira, nuestro hombre empezó á palos con los empleados recalcitrantes, y los arrojó del vagon. La policía indígena intervino, y amenazaba tomar este negocio un aspecto serio, cuando felizmente algunos viajeros que conocian el país lo terminaron todo con algunas monedas.

El oro es el único dios adorado en todo el Oriente; para aquel que posee una cantidad respetable de este metal no hay ley, ni justicia, ni freno, ni imposibilidad para los caprichos más insensatos.

No hay un pachá, ni un cadí, ni un cheik que no se pueda comprar siendo proporcionada la suma al rango del funcionario, al servicio que se le pida y á la injusticia que se le quiera hacer cometer; y estos ajustes se hacen descaradamente y con tan poco sigilo, que las más de las veces el público conoce hasta los más pequeños detalles.

¡Cuántas veces he oido á un desgraciado consolarse de una sentencia injusta administrativa ó judicial con esta filosófica reflexion: «No he dado bastante!»

Y no puede suceder de otro modo en un país en que todo pertenece al *amo*, en que el fellah no es más que usufructuario de la tierra que fecunda con su trabajo, en donde el pueblo no es más que una máquina destinada á proveer á las necesidades ó prodigalidades más encandalosas, satis-

faciendo al mismo tiempo los sueños más extravagantes y las locuras de una autoridad la más despótica que haya en el mundo, y que se ve á su vez explotada por todo lo más perdido de Europa.

¡Triste civilizacion la de este país!

Pero lo más gracioso es ver cómo todos los escritores que tratan de estos países se esfuerzan en poetizarlos, y en huir á sabiendas de la realidad. Segun ellos, una excursion por Oriente no debe ser más que un perpetuo éxtasis; y se esfuerzan en pintarlo con lindos colores, imitando la escuela de Lamartine y de los escritores de la escuela romántica.

La mujer árabe cubierta de andrajos que lleva un cántaro de agua, es Rebeca en la fuente, es el tipo ardiente y apasionado que... y el resto del período. Un fellah miserable acurrucado sobre un camello, es el hijo indómito del desierto, de mirada de fuego, etc... Vamos, vamos, esa mujer no es más que un sér degradado, envilecido por la esclavitud y los placeres del amo. En cuanto al hijo indómito del desierto, se le lleva á latigazos, y será capaz de seguir á uno dos horas pidiendo limosna, y acabará por ofrecerle á uno su mujer ó su hija.

Tampoco sé quién ha puesto en boga los celos de los orientales. Sin duda los pachás, los beys y los ricos mercaderes encierran á sus mujeres en los harenes; pero no las aprecian más que en razon á su precio, y las poseen como poseen sus armas, sus joyas, sus caballos, apresurándose á venderlas cuando envejecen. En cuanto al pueblo bajo, hace de ellas un tráfico infame: el tener muchas hijas es una riqueza para la familia.

Siento mucho atravesar tan rápidamente el Egipto, pues podría hacerse sobre este país un estudio detenido, lleno de picantes revelaciones y de hechos desconocidos. El Egipto verdadero no se conoce aún, y ese trabajo no puede emprenderse más que viviendo muchos años sobre las orillas del Nilo. ¡Quién sabe si nosotros lo intentaremos despues de nuestra expedicion del extremo Oriente!

Apénas llegué á Suez, mi primer cuidado fué informarme de si salia algun buque para Aden, y supe con verdadera satisfaccion que el *Cambodge*, magnífico vapor que hacía el servicio de la Indo-China, se daba á la vela al dia siguiente á las seis de la tarde, siendo su capitán Jehenne, que cuatro años ántes me habia llevado á Pondichery, y con el que estaba en buenas relaciones.

Me quedaban aún treinta y seis horas para recorrer aquella ciudad, que no tiene nada que ver ni que estudiar, sino el libertinaje más espantoso, con que rivaliza allí la Europa.

Aquí, moras, nubias, mujeres de la costa de Arabia, de todas edades y colores, apénas cubiertas de pedazos de gasa transparente, trafican con sus encantos.

Allí, moldavas, valacas, italianas que cantan por las noches en cafés inmundos, vienen por el dia á hacer un comercio ignominioso... Y todo esto sin reserva, sin pudor, viéndose el vicio en su escala más degradante... Pero al lado de esto se encuentra un género de prostitucion hipócrita, que se debe desenmascarar.

En Suez, como en todas las ciudades de prostitucion cosmopolita, las alemanas del Norte forman casi siempre las dos terceras partes de aque-

lla poblacion de mujeres perdidas, pues emigran con el solo objeto de ejercer ese oficio, que no les parece sin duda deshonroso y que no les impide pensar en sus prometidos Fritz, Karl, etc., y á los que al cabo de algun tiempo vuelven á ver con *un corazon puro, puesto que han tenido cuidado metafísicamente de aislarlo de la degradacion de su cuerpo... y sus ahorritos*, que Fritz, Karl, etc., aceptan generalmente sin indagar su origen.

No hay nada más extraño como la falta de pudor de aquellas rubias hijas de la Germania (1), pues mientras que las prostitutas de otros países ocultan generalmente su nacionalidad, ni hablan jamás ni de sus padres ni familia, las rubias germanas, por el contrario, conservan precisamente todos estos sentimientos; se escriben con su familia, se extasían con los retratos de sus hermanitos, y enseñan á quien quiere verlos los venerables semblantes de sus padres, á quienes no tardarán en ir á reunirse á fuerza de economía... y en su lugar vendrá una hermana ó una prima, pues la plaza es buena y se puede reunir en ella rápidamente un buen dote. Y estas brandeburguesas, pomerianas, etc., no demuestran el menor rubor, pues son naturalezas groseras desprovistas de sentido moral, que no las ha arrastrado en su caída ni la desesperacion ni la miseria, que no conocen las grandes pasiones de los sentidos, y que no se dedican á tan innoble oficio más que llevadas del deseo de un lucro inmundo, pero fácil de obtener...

Los bazares indígenas son de mezquina apa-

(1) Esta página se escribió en 1868.

riencia, y sólo encierran tabaco, pastelitos con miel, dátiles y algunas miserables provisiones de boca que gustan mucho á los árabes de la costa africana que vienen á Suez á vender pollos y granos.

Al ver aquellos pobres tenduchos, se acuerda uno involuntariamente de los espléndidos bazares de Beyruth y de Damasco, y de los de Bombay y Calcutta, en los que se ven amontonados el oro, la seda, el ámbar y la cachemira.

Al lado del antiguo Suez se eleva la ciudad nueva. Por mi parte le deseo toda la prosperidad que le han querido predecir... ¿Cuál será su destino? ¿Ciudad árabe perdida en el desierto, ó la rival de Marsella?

Cansado de recorrer aquellas calles estrechas que el sol convertia en verdaderas estufas, vi llegar la hora de embarcarme con placer, pues deseaba volver á estrechar relaciones con aquel amable oficial que yo conocia hacía tiempo.

Cinco días y algunas horas de navegacion nos condujeron á Aden, á las puertas del Océano indio.

Nada hay tan horrible como la travesía del mar Rojo durante la estacion del estío. Lo mismo de dia que de noche, falta literalmente el aire, y con frecuencia mueren uno ó dos pasajeros de insolacion ó disentería. Franqueamos felizmente sin tropiezo alguno aquella siniestra mar, que el viaje anterior habia recibido en su seno al doctor de á bordo y á una jóven holandesa recién casada que se dirigia á Java. Los dos habian muerto en algunas horas de un ataque al cerebro. A pesar de que á bordo se toman las medidas más acertadas para prevenir semejantes accidentes, sin embargo,

las imprudencias de los viajeros acarrear con frecuencia tan siniestras catástrofes, pues se exponen sin paraguas y sin sombreros á un sol abrasador que mata en algunos minutos.

Dejando á Suez, se ven á la izquierda tres palmeras que están al otro lado del estrecho que forma el mar Rojo en este sitio, y que indican el sitio en donde están las fuentes de Moises, que, segun la Biblia, hizo brotar esta agua de una roca viva, etc. Estas fuentes son tres pozos en medio de un pequeño oásis.

La navegacion de esta mar estrecha y caprichosa es sumamente difícil para los oficiales que mandan los paquebots, pues hay que evitar constantemente los arrecifes y los bancos de coral que se ocultan traidoramente á algunos piés á flor de agua. El menor descuido puede ocasionar una catástrofe; así es que un buen oficial no debe reposar más que de día durante esta peligrosa travesía.

Todos los años, las compañías inglesas pierden allá algunos buques. Ciertas costumbres británicas, despues de la comida, contribuyen en gran parte á estos siniestros.

Desembarqué en Aden con un sentimiento de misteriosa curiosidad. Nos habian contado durante la travesía terribles historias sobre los habitantes de aquella ciudad, y no podíamos ménos de creerlas recordando el asesinato de nuestro cónsul Mr. Lambert, llevado á cabo con las circunstancias más siniestras. Ademas, Mr. Conil, el cónsul actual, nos dijo que quince dias ántes de nuestra llegada, dos oficiales de la fragata de guerra *Juno* habian sido conducidos á la ciudad medio asesinados, no estando aún terminado el incidente diplomático á que dió lugar aquel suceso.



Estas noticias enfriaron mucho las ideas de exploracion que en un principio alimentaban los pasajeros, tanto que muchos renunciaron completamente á sus proyectos, siguiendo los consejos de los oficiales ingleses de la estacion.

En cuanto á mí, como habia formado la resolucion de visitar Aden y una parte de la costa de Arabia, estaba decidido á no retroceder ante ninguna dificultad.

La ciudad de Aden no está sometida á la autoridad inglesa más que de nombre, pues no se ha atrevido aún á poner una guarnicion. La policia, si así puede llamarse, no está desempeñada más que por indígenas, cuya principal ocupacion es reunirse á los vecinos para robar y hasta matar á veces á los extranjeros á la menor disension.

Estando la ciudad árabe situada á más de dos leguas en el interior, esto contribuye á aumentar el peligro de una excursion hecha sin muchas precauciones.

Los ingleses no habitan, ó más bien no estacionan más que á orillas del mar, donde han construido el hotel del gobierno, el hospital y los cuarteles, que con el hotel del consulado de Francia y de las Mensajerías marítimas, son casi las únicas construcciones del país.

Detras de estas habitaciones se encuentra una media luna de rocas muy elevadas, cuyas agudas puntas vienen á morir en el mar, aislando completamente del interior por infranqueables precipicios toda la parte de la costa comprendida en este semicírculo.

Más allá de estas rocas, y en una vasta llanura de arena, está edificado Aden; y por eso se comprende sea casi imposible recibir ningun so-

corro de la la autoridad militar, poco respetada de los árabes, y que ademas no se inquieta más que de la guarda de estas rocas, que son fortalezas inexpugnables.

Los ingleses, por otra parte, son francos sobre este punto.

—Nosotros ocupamos estas orillas, — dicen ellos, — porque esta estacion es de la mayor importancia para nosotros, por ser la llave de las Indias; pero nuestro poder no traspasa los límites de estas rocas. El que quiera ir á Aden, puede hacerlo; pero nosotros no respondemos ya de los riesgos ó peligros que pueda correr.

Era la época de las peregrinaciones á la Meca, y la ciudad estaba, segun decian, llena de musulmanes negros de la gran tierra africana, fanáticos más temibles que los árabes. Todas estas circunstancias reunidas nos aconsejaban la prudencia. Pero el espíritu de aventuras, el deseo de ver por nosotros mismos aquellos pueblos bárbaros, nos decidieron á emprender la expedicion. Los demas pasajeros, ó no quisieron, ó no se atrevieron á seguirnos.

—Apresuraos, — nos dijo el comandante del fuerte, que habia venido á recibir algunos amigos, — pues despues de puesto el sol no se permite pasar á nadie por el camino hecho en medio de las rocas que nos separan de Aden; precaucion que se toma en interes de los viajeros; y si quereis seguir mi consejo, dejareis para mañana esta excursion, pues de dia ofreceria ménos peligros, y no tendríais que temer ninguna sorpresa.

Como el buque levaba anclas al dia siguiente á las diez para continuar su ruta hácia Ceylan, este consejo, para mis cinco compañeros que no

desembarcaban en Aden, equivalia á abandonar por completo su proyecto, y por consiguiente, exclamaron todos á un tiempo:

—¡Partamos!

Y en esta rápida decision comprendí al momento que tenia en ellos un firme apoyo en caso de algun contratiempo.

Nos pusimos en camino á las cinco de la tarde, montados sobre mulillas del país y armados cada uno de una carabina y un revólver.

Un negro que iba á bordo, empleado en la máquina, natural de Aden, se encargó de servirnos de guía.

Los oficiales del *Cambodge* le adornaron con un cinturón encarnado y un sable mohoso, y en mi vida he visto un hombre más feliz. En el momento de ponernos en marcha, yo le regalé una especie de pistola de cañón de cobre, y su orgullo no conoció límites, y poniéndose al frente del cortejo, me dijo:

—Ahora, capitán (todos los blancos son capitanes para los indígenas de estas costas), si el Moulah no es bueno, yo le haré ver la pólvora.

Segun él me dijo, ese personaje Moulah era un sacerdote musulman que gozaba de gran popularidad en Aden, y que el rumor público acusaba de haber jugado un papel importante pero oculto en el asesinato de Mr. Lambert.

Al cabo de media hora de marcha á traves de la llanura de arena, llegamos á los fuertes ingleses. El único camino que hay practicable para atravesar la montaña es un sendero cortado á pico, de treinta á cuarenta metros de altura sobre cinco ó seis de anchura, todo erizado en el interior de cañones colocados por pisos en casamatas.

Llegados al fin de este desfiladero, echamos una ávida mirada á la vasta llanura que se extendía á nuestros piés, y hé aquí el extraño espectáculo que se ofreció á nuestra vista.

El sol desaparecía á lo léjos detras de las montañas del Hedjaz, lanzando casi horizontalmente sus rayos sobre la arena, que se coloreaba de un rojo sangriento, no viéndose en una gran extension ni un árbol, ni una yerba, y acá y acullá, en medio de la llanura, vasta, desnuda, desolada, aparecian moviéndose en todos sentidos y arañando la tierra bandadas de chacales y de hienas, cuyos lúgubres aullidos llegaban á veces hasta nosotros conducidos por el viento.

Despues de una hora de marcha, apercibimos algunos centenares de casas árabes, unidas unas con otras, que vistas desde léjos, con sus techos planos y uniformes blanqueados con cal, parecian tumbas en medio del desierto.

Aquel conjunto de casas era Aden.

Al pensar que no teníamos que esperar socorro de nadie en caso de algun contratiempo, sino de nuestra energía, yo no pude ménos de experimentar algun cuidado. En aquel momento seguíamos un sendero estrecho tallado en la roca, y calentado de tal manera por los rayos del sol, que nuestras mulas, á pesar de la dureza de sus cascos, coceaban y parecian inquietas y prontas á desembarazarse de sus jinetes para sustraerse al sufrimiento que experimentaban.

A medida que avanzábamos, mis compañeros de viaje se ponian taciturnos, y sorprendí á algunos de ellos examinando la batería de sus revólveres.

¡Quién nos hubiera dicho en este momento

que aquella excursion, emprendida contra la opinion de sabios consejos, debia ser fatal á dos de entre nosotros!...

Ya no era tiempo de retroceder.

El sol descendia rápidamente, y aunque hubiéramos querido volvernos atras, no hubiésemos adelantado nada, pues la consigna expresa del fuerte era no dejar pasar á nadie ni de los que iban ni de los que venian. Y hubiera sido más fácil edificar, como Amfion, una ciudad al són de su lira, que enternecer un soldado inglés que ha recibido una consigna, y sería capaz de ver á dos pasos asesinar á un europeo, ó que las hienas le devoren, sin alterar en lo más mínimo su paseo...

Nos encontrábamos á quinientos metros de la ciudad, cuando oimos vagos murmullos que se hacian más distintos á medida que la distancia disminuia, y no tardaron en convertirse en gritos roncós y guturales, entremezclados del sonido del tam-tam y del tebouni.

—El arack—nos dijo Amoudou, nuestro conductor—ha alegrado á los hijos de Aden, y el Profeta está contento, pues este año han ido á visitarle en tropel.

—¿Cómo es posible—le dije—que los musulmanes que vuelven de la Meca, despreciando los preceptos de su religion, se entreguen á la bebida del arack?

—Capitan,—respondió Amoudou,—el arack no es licor de los blancos, sino el jugo fermentado del cocotero, que nos traen las barcas choullah de la costa india del Malabar.

—Corriente; pero Mahoma prohíbe en general toda bebida fermentada.

—No lo creais, capitan. Saeb, nuestro divino

profeta Mahoma no prohíbe más que los licores de los blancos.

Me declaré satisfecho con este último argumento, admirando aquella pequeña distinción casuista en favor de los compatriotas de Amoudou, que son todos negros ó muy bronceados. Además, hubiera sido inútil tratar de persuadir al pobre diablo de que el color no suponía nada, puesto que los musulmanes de Constantinopla son tan blancos como nosotros.

Durante este coloquio habíamos ya franqueado la corta distancia que nos separaba aún de la ciudad, y llegamos á una plazoleta donde había reunidos gran número de árabes negros de origen gallas y de africanos de todas clases, gesticulando y gritando horriblemente como si fuesen á pelear.

Pero no había nada de esto, y aquellos gritos y aquellos gestos acompañaban siempre sus amistosas conversaciones. Por lo que es preciso cambiar de opinión... La calma no es cualidad peculiar de este pueblo.

Pintores y poetas representan á su antojo al oriental como un tipo de gravedad y dignidad. Cada uno pinta ó describe el cuadro con un cielo azul Prusia, con la arena rojiza, y una aldea aquí y allí, y además un árabe acurrucado, fumando su chibouck y mirando con asombro aquel cielo azul, aquellas aldeas. Pero los poetas, más insaciables aún que sus colegas los pintores, añaden un pozo con una Aicha que va á hacer su provision de agua, y que habla el lenguaje de las vírgenes de la Biblia, y el buen poeta acaba su capítulo insinuando que la morena hija del Oriente no ha sido insensible, y que su interlocutor guardará de ella un eterno recuerdo.

En verdad, yo no sé qué objeto tienen estas gentes en torturarse el cerebro para crear tipos que no han existido jamás sino en su imaginación.

Yo he vivido muchos años en Oriente, y en el extremo Oriente, y no solamente no he encontrado jamás semejantes tipos, sino, por el contrario, he visto que allí el hombre es peor que en ninguna otra parte, cobarde, perezoso, depravado y entregado á sus pasiones vergonzosas y contra naturaleza. ¡Y pintan al oriental digno, majestuoso! ¡Craso error! Cuando le veais embozado en su albornoz, inmóvil al pié de las columnas del bazar, sobre el divan de un café moro, ó acurrucado en el rincón de una mezquita, podeis decir sin equivocaros: «Hé ahí un bruto que dormita ó digiere».

Pasamos sin tropiezo en medio de aquellos grupos de que acabo de hablar, y en los cuales tenia Amoudou numerosos amigos que le decian:

—Amoudou, ¿por qué no has ido este año á la Meca?

—Amoudou prefiere las rupias de los blancos.

—¡Qué sable tan hermoso tienes, Amoudou!

—¿Por qué no respondes?

—¿No veis que se ha vuelto capitán?

Nuestro guía, al traducirnos aquellas interpelaciones, sonreía á todos, distribuyendo á derecha é izquierda *salams* de bienvenida.

A la extremidad de la plaza habia una especie de parador, en el que un parsis de Bombay, atraído por la esperanza del lucro, vendia á los raros visitantes cerveza inglesa y bollos secos. Nosotros entramos allí para descansar un momento.

Apénas instalados en el modesto establecimiento, nos abrumaron con pedidos y ofrecimien-

tos de servicio. Uno nos proponía el llevarnos á un café árabe para que probáramos el licor de Moka, otro quería que visitásemos las cisternas, otro nos ofrecía la hospitalidad en su tribu; y en medio de esta muchedumbre, compuesta en su mayor parte de nómadas que se reconocían por su tez fuertemente atezada, por su traje primitivo, sostenido alrededor de sus caderas y de su cabeza por cuerdas hechas de piel de cabra, se distinguía, temerosos y no atreviéndose á adelantarse, á algunos mercaderes de plumas de avestruz y de pequeños objetos curiosos, que conservaban en toda su pureza el tipo de los hijos de Israel.

Deseando saber si mis conjeturas eran ciertas, pregunté quiénes eran.

—Son judíos,—me respondió nuestro guía;—no os ocupeis de ellos; serían capaces de vender á toda su familia por algunas piastras. Vamos,—dijo á los árabes que nos rodeaban,—arrojad de aquí á esos perros.

Antes que hubiéramos podido oponernos, una docena de pilletes se lanzaron sobre los pobres diablos, y los arrojaron fuera á latigazos, excitando la unánime hilaridad de la asamblea.

La condicion de los judíos en Arabia es más miserable aún que lo era entre nosotros en la Edad Media, y no se encuentra en todo este país un cheik, ni siquiera el iman de Mascate, que se atreva á perseguir al asesino de uno de estos proscritos. Los israelitas están literalmente fuera de la ley, y necesitan de toda su paciencia, su obstinacion y su astuta hipocresía para permanecer en un país en que vale más á los ojos de un cadí asesinar diez de ellos que robar un carnero.



La noche habia cerrado por completo, y nada puede dar una idea del espectáculo extraño que ofrecia á nuestra vista aquella abigarrada muchedumbre que nos rodeaba, débilmente iluminada por una tosca lámpara de barro encarnado llena de grasa de carnero y suspendida entre dos columnas de la galería.

Despues que Amoudou nos hizo preparar antorchas para conducirnos á las cisternas, nos preguntó cuántos guías necesitábamos para acompañarnos.

Esta pregunta nos asombró, y yo respondí á Amoudou que no necesitábamos de nadie, puesto que habiendo él nacido en Aden, debia conocer como cualquier otro las localidades que íbamos á visitar.

En este momento nos veíamos rodeados de un centenar de individuos cuyos rostros no eran nada tranquilizadores.

Amoudou, sin inquietarse por nuestras observaciones, contrató el precio con una docena de ellos hasta el dia siguiente por la mañana.

—Este es el mejor medio—nos dijo—para que no nos suceda nada, pues he escogido los más atrevidos y endiablados, y ahora no teneis nada que temer de ellos, pues su honor está interesado en que no os suceda nada desagradable.

Nos pusimos en marcha, seguidos de nuestros guardias de corps y de una infinidad de muchachos que gritaban y bailaban delante de nosotros. Nuestro guía, con una gran linterna de las de buque, iluminaba y dirigia la marcha.

Al volver la esquina de una callejuela, atrajeron nuestra atencion los sonidos ruidosos del caoudah árabe, especie de tambor fabricado con una

calabaza y la piel del cabrito, y nos encontramos en medio de una plaza alumbrada por algunas lámparas humeantes, y de un gentío inmenso de negros de ambos sexos, casi desnudos, bailando esas danzas extrañas acompañadas de gritos guturales y de contorsiones no ménos dignas de atención.

Habia en efecto fiesta general en Aden, y el arack debia haber corrido abundantemente, como decia Amoudou.

De todas las calles adyacentes partian gritos y ruidos idénticos.

Nosotros comprendimos que nuestra salvaguardia en medio de aquel gentío, exaltado por el baile, el calor y las bebidas alcohólicas, estaba más bien en una conducta prudente y reservada que en nuestras armas, que aunque contribuian á hacernos respetar, no podian servirnos, en caso de apuro, más que de débil refuerzo en medio de una poblacion tan numerosa, y sobre todo tan feroz.

Arrastrados por el deseo de contemplar tan singular espectáculo, entramos resueltamente en el recinto reservado á la gente que miraba á los bailarines hacer extravagantes contorsiones.

Inmediatamente, y como por encanto, cesaron los instrumentos de arrojar sus roncadas melodías, los negros se pararon, el público empezó á aullar, y sus gritos parecian decirnos: ¿Por qué venis á turbar nuestros placeres?... Experimentamos en un principio algun temor, pero no tardó en disiparse.

Amoudou se subió sobre un banco, arengó á sus compatriotas y les explicó que, asombrados de su valor, de la belleza de su tez y de la perfeccion de sus danzas, habíamos ido á hacerles

una visita amistosa, y que les dejaríamos muestras visibles de nuestra generosidad; terminando su arenga con ofrecer en nuestro nombre café á discrecion á toda la asamblea.

A estas últimas palabras, resonó un grito general de entusiasmo por todas partes, y nuestros guías, haciendo separar á la gente á puntapiés, nos condujeron solemnemente á un banco, que cubrieron con una pieza de indiana encarnada para esta circunstancia.

No tardó el café en circular con una profusion inaudita, y comenzaron de nuevo las danzas y la música infernal. Todo el mundo bebia excepto nosotros, y nos parecia raro siendo nosotros los anfitriones, cuando nos trajeron una jarrita de cobre llena del odorífero licor con tazas del mismo metal.

Mis compañeros se apresuraron á probar el brebaje, pero con más viveza aún escupieron lo que habian tomado.

—¡Puf!—exclamó uno de ellos.—¡Esto es una infusion de polvo de carbon!

—No por cierto, es Moka, —respondí sonriendo.

—¡Esto Moka! Os burlais sin duda.

—De ningun modo; no hay otra clase de café aquí en Aden, pues está muy próxima la ciudad de Moka.

—¿Cómo hacen estos salvajes para volverlo tan malo?

—Su explicacion es sencilla. En el Oriente, en general, el azúcar es raro, y sobre todo no está al alcance de la clase pobre, y por esto la gente de este país toma el café sin azúcar.

—Pero ¿y estos polvos?

—Como estas gentes no tienen ni molinos, ni máquinas perfeccionadas para reducirlo á polvo, cocer la infusion y colar el café, tienen la costumbre de machacar el grano de Moka entre dos piedras ó en un mortero, y echarlo luégo á cocer en agua hirviendo.

—¿Este es el célebre método de preparar el café á lo oriental, que preconizan Dumas, Gautier y *tutti quanti*?

—Sí por cierto; y esos señores declaran que no lo pueden tomar preparado de otro modo.

—¿Así es que creéis que ellos preparan en sus casas esta horrible bebida?

—No, al contrario; estoy persuadido de que si á esos grandes viajeros *desde su cuarto* del Oriente les presentasen semejante bebida, plantarian á su cocinero de patitas en la calle.

Creedme, los orientales tienen la costumbre de beber el café groseramente preparado y sin azúcar, así como los pobres de Europa comen pan negro en vez de pan de trigo. He vivido mucho tiempo en estos países, y siempre he visto que mis criados se servían de mis utensilios y me robaban el azúcar para tomar el café. A dos pasos de la Arabia, en la India, en que la caña de azúcar está á tan bajo precio, el más pobre cooli tiraría esta basura que los nómadas, las caravanas y el bajo pueblo no toman más que porque no tienen otra cosa.

Lo mismo en Egipto que en la costa de Arabia y en todo el Oriente, el café es excelente estando preparado á la europea.

Merced á nuestras liberalidades y á nuestro respeto por sus costumbres, estos negros que nos habian pintado tan terribles, estuvieron con nos-

otros sumamente amables las dos horas que pasamos con ellos. Cuando fuimos á saldar nuestra cuenta, vimos que sólo ascendia á ocho rupias, es decir, veinte francos. Por consiguiente, pudimos por tan exigua cantidad convidar á todo el mundo... y eso que nos habian aplicado la tarifa de los extranjeros.

Cuando íbamos á continuar nuestras peregrinaciones, vino á decirnos un árabe vestido con ese eterno talabarte encarnado, que es el signo distintivo de la policía en casi todas las colonias inglesas, que despues de las ocho no se puede recorrer la ciudad con armas, y que era preciso que nos retirásemos al bengalow del parsis.

La multitud acogió aquellas palabras con fuertes risotadas, y una lluvia de dicterios vino á caer sobre el pobre policía.

Comprendimos al momento que aquel simulacro de autoridad, colocado por los ingleses en Aden como un maniquí, estaba sólo destinado á hacer constar simplemente su posesion, pero que los habitantes no lo tomaban como cosa seria.

Dimos al pobre diablo una moneda que recibió con la avidez de un perro que roe un hueso, y para probarnos su reconocimiento, cogió una linterna y quiso á todo trance acompañarnos. Nosotros admitimos satisfechos el ofrecimiento por tener á nuestras órdenes el representante de la autoridad inglesa.

Al presente no significa nada ese pobre árabe que recibe unos cuantos peniques para pasear por Aden su baston de conestable; pero dentro de algunos años, y con una generacion nueva, se convertirá en autoridad. Y de este modo los ingleses, sin excursiones militares, sin hacer matar to-

dos los años millares de soldados, hacen aceptar poco á poco su autoridad á los pueblos más feroces.

Nos dirigíamos del lado de las cisternas, cuando de repente nuestro cortejo se paró bruscamente, y Amoudou, quedándose atrás, nos dijo rápidamente estas palabras:

—¡Ahí está el Moulah!

Efectivamente, vimos venir gravemente hácia nosotros á un anciano vestido con cierta pulcritud, que despues de habernos saludado á la moda oriental, poniendo la mano en la frente, nos convidó á tomar una colacion que habia hecho preparar expresamente para nosotros en su casa.

Era un hombre alto y vigorosamente formado, y que á pesar de sus cabellos blancos, parecia estar en la fuerza de la edad; y al ver las muestras de respeto que le prodigaban los que nos rodeaban, comprendimos que ejercia una verdadera influencia en el país.

Los ingleses le pagaban con prodigalidad y se servian de él sin rebozo. Se decia tambien en Aden, sin que hubiese pruebas que lo confirmasen, que el dia del asesinato de nuestro desgraciado cónsul Mr. Lambert no estaba muy léjos del teatro del crimen.

En Europa no se conoce bien la odiosa política que ese pueblo comercial lleva á cabo en el mar de las Indias y en el extremo Oriente.

Desde que Inglaterra reina sin rival sobre los inmensos países del Indostan, pone un cuidado excesivo y una constancia extrema en impedir que ninguna influencia europea, y sobre todo la de la Francia, pueda establecerse sobre ningun punto de las costas que bañan el mar Rojo y el Océano indio.

Como nada se escapa á su inquieta investigacion, cuando un navío de guerra frances viene á estacionar en alguno de los puntos que hemos indicado, apénas ha levado el ancla, cuando va al mismo sitio un buque inglés, para espiar lo que ha hecho el primero con pretexto de hidrografia. El Almirantazgo recibe la relacion que le envian á Lóndres, haciendo constar hasta la naturaleza de los regalos que se han hecho á los cheiks, imanes y demas pequeños soberanos de las costas de Arabia ó de Africa.

La Inglaterra no retrocede ante ningun obstáculo para asegurar la dominacion de su pabellon, y por más que en pleno Parlamento se denigren los actos de Waren Hastings, á mí no me engañan, pues sean cuales sean los medios empleados, ella no ha devuelto ni devolverá jamás una pulgada de territorio adquirido por expoliacion, y lo único que hará será condenar al expoliador.

La gran masa de la nacion inglesa, por más desheredada que digan está de toda influencia, necesita un gran campo de maniobra comercial, y con esta condicion sola soporta sin quejarse los privilegios que tiene su aristocracia. Tambien los lores del Almirantazgo velan con una solicitud sin igual para conservar su preponderancia marítima, que asegura la comercial.

La casualidad, ó como dirian los antiguos, el *inexorable fatum*, ha servido maravillosamente sus intereses en estos últimos tiempos... El rey Radama, de Madagascar, habia desdeñado los regalos y la amistad de la reina para unirse á la Francia. Sus ministros eran franceses, y nos pedia oficiales de nuestra armada para formar la suya;

pero apenas empezó á hacer estas reformas, cuando fué asesinado en su palacio en medio de una revolucion que estalló... á pesar de los esfuerzos del misionero inglés Ellis para... salvarle, segun luégo decia.

¿Y Mr. Lambert, asesinado en las costas del mar Rojo?

Mr. Lambert, oficial de infantería de marina, cónsul de Francia en Aden, habia ambicionado ardientemente este puesto. Como todos los compatriotas suyos que han viajado por aquella parte del mundo, deploraba amargamente la negligencia con que nuestro país se olvida de hacerse respetar, y la facilidad con que cerramos los ojos sobre los manejos de nuestros rivales.

Indignado de aquella política astuta y embustera, que consiste en presentar á la Francia como una nacion de tercer orden á los ojos de los pueblos de Oriente y del extremo Oriente, Mr. Lambert habia concebido la idea de luchar cuanto sus fuerzas alcanzasen contra una política tan poco escrupulosa, creando en la costa de Arabia, á alguna distancia de Aden, un depósito frances que llegase á ser un centro de provisiones para nuestros buques en aquellos mares.

Para alcanzar este objeto, hacía frecuentes excursiones en las tribus, entablaba relaciones amistosas con los jefes, dedicándose principalmente á hacerles comprender que estaba en su interes detener los progresos de Inglaterra, y que no habia mejor medio para conseguirlo que ceder á la Francia una vasta extension de terreno, que terminase por un lado en el mar Rojo y por otro en el mar de Oman, más allá de Aden; de modo que esta última ciudad estuviese enclavada, si así



puede decirse, en las posesiones que iban á ser francesas.

La idea iba ganando terreno poco á poco; pero la desconfianza árabe, que es la más obstinada que conozco, habia acabado por ser vencida por completo por nuestro hábil cónsul, cuando un día, sin que nada pudiese prever semejante acontecimiento, al volver de una expedición, Mr. Lambert fué asesinado en su propia embarcación, á algunos metros de la costa árabe, un poco más arriba de la estación de Aden, por un puñado de nómadas fanáticos que llevaban los bolsillos llenos de oro.

El dolor del comandante inglés de la estación de Aden, de quien Mr. Lambert era íntimo amigo, no se pudo comparar más que al del misionero Ellis, que no ha podido aún consolarse de la pérdida de su amigo Radama. Así es que se apresuró á enviar un despacho á su gobierno abominando como se merecía «aquel crimen estúpido cometido por algunos árabes fanáticos, sin otro motivo que el de satisfacer sus salvajes instintos», etc.

Se pidió el castigo de los culpables á Inglaterra, que respondió que el asesinato se habia cometido algunos piés más allá del límite del territorio, y que nada podia hacer en ello; pero que la Francia era libre si queria para perseguir por sí misma á los culpables.

La chanza fué aceptada; era en el tiempo de la alianza íntima... y se envió á aquellas aguas una fragata. Se prendieron unas quince personas por indicación de nuestros buenos aliados, pero no se supo nada absolutamente. Se ejecutó á un mercader de dátiles y á un conductor de camellos;

pero en cuanto á los jefes ó aquellos á quienes nos hicieron tomar como á tales, se les perdonó en nombre del emperador, rogándoles no volviesen á las andadas. Aún se están riendo del asunto en Foreign-Office, despacho de las colonias, en donde nos tienen por la nacion más fácil de matraquear en materia colonial.

¡Es verdad! Pero creemos que el ministerio de Negocios extranjeros en Francia habrá comprendido, pues desde entónces *no tenemos cónsul en Aden*, haciendo sus veces el agente de la compañía de Mensajerías marítimas, siéndole prohibido expresamente intentar la menor cuestion.

Mucho nos hemos alejado del Moulah y de su invitacion, pero he creido que tendria interes para el lector conocer algunos detalles sobre aquel crimen misterioso, que fué puramente político.

Por conclusion, diré que conozco mucho á un oficial superior de la marina, que me decia hace algunos meses hablándome de aquel asunto, del que habia sido uno de los jueces:

—Durante el interrogatorio de los pretendidos culpables, comprendíamos á cada instante el poder extranjero... y nos estremecíamos al ver nuestra impotencia, pues teníamos la órden formal de abstenernos de toda investigacion sobre un punto tan delicado.

Al aceptar la invitacion del Moulah, esperaba óbtener de él algunos datos, no sobre el papel oculto que él hubiera podido jugar en aquel asunto, sino sobre los hechos públicos que habian acompañado al crimen. Pero mi esperanza fué vana, pues se mostró impenetrable sobre este asunto, contentándose con ofrecernos una merienda compuesta de dátiles, higos y bananas, acompañados de miel

de las montañas del Hedjaz, la más deliciosa que puede comerse, y de algunas tazas del desagradable cocimiento, proponiéndonos el acompañarnos en nuestra visita á las cisternas.

En aquel país arenoso, en que no crece jamás yerba, bajo aquel cielo de fuego, una de las mayores privaciones es la escasez del agua; los desgraciados árabes no tienen para apagar su sed más agua que la que cae del cielo, y se pasan dos ó tres años sin que aparezca en el horizonte la más pequeña nube.

Nada hay que iguale el sufrimiento de aquellas pobres gentes, que se ven precisadas á buscar el precioso líquido á más de diez leguas al interior.

Es preciso ver con qué ánsia se espera la época del monzon, que es el fin de sus males, y cuántas plegarias públicas se hacen, cuántos ayunos y cuántas peregrinaciones.

¡Y qué desolacion si el monzon tan esperado no viene acompañado de las tormentas bienhechoras que llevan en sus nubes la vida! Cuando esto sucede, la mitad de los habitantes emigran, unos á llanuras más favorecidas, otros á la extensa tierra africana, y los que restan mueren en silencio, con ese fanatismo musulman que no lucha jamás contra el destino.

Sin embargo, el mejor dia, en esta estacion, el sol sale más rojo que de costumbre, sus rayos son más ardientes, la llanura de arena parece que abrasa, un viento, ligero al principio, llega del Sur por ráfagas á intervalos desiguales, el polvo ardiente se levanta, la mar muge sordamente: éstos son los preludios del huracan. Al cabo de algunas horas el cielo se pone completamente ne-

gro, las nubes, cargadas de electricidad, se amontonan al estampido del trueno... Luégo todo se desencadena, la mar se lanza sobre las orillas, el viento muge, levantando montones de arena. No se ve ya nada, la lluvia cae á torrentes... ¿qué digo? no parece lluvia, sino una inmensa cascada que inunda la tierra. Pasan algunos momentos de descanso, y vuelve á comenzar otra vez para durar quince dias, á veces un mes, con la misma intensidad.

Las arenas de la costa árabe absorben entonces más agua que la que tienen muchos lagos; despues cesa tan de repente como ha empezado; se acuesta uno con la lluvia y un cielo negro, y se despierta al dia siguiente con un cielo azul y un sol brillante...

Todos los corazones rebosan de alegría, pues están llenas las cisternas, y las cisternas de Aden contienen agua para tres años...

Estas cisternas son una obra maravillosa, para la que ha sido preciso vencer las dificultades más grandes. Construidas con ladrillos y cemento, rodeadas por todas partes de arena y terrenos move-dizos, son de tal solidez, que aunque datan de los primeros tiempos de la era musulmana, no parecen haber sentido los siglos transcurridos, sino que son capaces, por el contrario, de arrostrar otro número mayor de siglos.

Despues de visitar las cisternas, el Moulah se despidió de nosotros, diciéndonos que la noche estaba ya avanzada, y que deseaba descansar algunas horas ántes de la salida del sol, que no debe sorprender jamás en su lecho á un verdadero secretario de Mahoma. Despues de los *salam*s de costumbre, tomamos nosotros el camino de la casa

del parsis, en donde debían habernos preparado algunas hamacas para reposar.

Pero estaba *escrito* que no dormiríamos aquella noche, pues apenas habíamos dado algunos pasos, cuando Amoudou, aproximándose á mí, me dijo en voz baja:

—Sería bueno, saeb, no dejar la ciudad sin ir á hacer una visita á las bailarinas...

Comprendí que hacía alusion á las sacerdotisas del culto de Citerea. Se lo dije á mis compañeros de viaje, que aceptaron el ofrecimiento de nuestro guía, seducidos como yo por la curiosidad. Allí debíamos encontrar sin duda materia para interesantes estudios de costumbres.

Precedidos de Amoudou, llegamos á una casa blanqueada con cal, muy estrecha y de techo muy plano, como son todas las habitaciones de este país, pero que tenía muchas ventanas por la parte de afuera, lo que les faltaba á las demas. Esto es lo único que indica en Oriente la mujer que no tiene amo, la mujer libre.

La puerta se abrió como por encanto, y comprendimos que nos esperaban. El espectáculo que se ofreció á nuestras miradas no estaba exhausto de atractivo.

Nos encontramos en una gran pieza del piso bajo, formando un cuadrado largo guarnecido á cada lado de sofás árabes, muy bajos pero anchos; una estera de bambú maravillosamente trenzada cubria el suelo, y en los cuatro ángulos ardian pequeños pebeteros colgantes, llenos de ese polvo de carbon perfumado que se llama pastillas del serrallo.

No me asombró el no ver el alumbrado, pues en estos países, en que las noches de luna son más

claras que nuestros días de invierno en Europa, de lo que ménos se preocupan es de la lámpara, que es un objeto puramente de lujo. En el centro de la habitacion se veian agrupadas una docena de mujeres completamente negras, teniendo sobre sus rodillas diferentes instrumentos de música del país, entre los cuales vi el tam-tam obligado, un tebouni y una guitarra, si puede darse este nombre á un pedazo redondo de metal, hueco en el centro, y provisto de tres cuerdas de metal.

Al llegar nosotros se levantaron todas al mismo tiempo, y á una señal del viejo árabe, que parecia ser su jefe, dieron un paso hácia adelante y se inclinaron hasta el suelo ante nosotros.

Todo su traje consistia en un pedazo de seda de la India, azul, rosa, blanco ó amarillo, que rodeándose alrededor de las caderas, subia sobre el pecho para ocultar los senos, y se anudaba atras en la cintura.

Grande fué nuestro asombro, lo confieso, pues habíamos entrado con cierta repugnancia, creyendo encontrar allí criaturas envilecidas por el vicio y los licores fuertes, al vernos rodeados de repente de lo más selecto de la belleza árabe y africana de las dos costas.

La más jóven de aquellas mujeres podria tener catorce años, la mayor diez y seis ó diez y siete. Aunque negras y lustrosas como el azabache, no tenian el tipo de la raza negra; sus cabellos eran largos y sedosos, sus narices rectas y afiladas, sus bocas pequeñas, sus labios finos y rosados como el coral; sus ojos, de largas pestañas y muy rasgados, eran tan bellos, que no puede haber mujer fea con semejantes ojos; las manos y los piés pequeños y admirablemente modelados; en cuanto á

su cuerpo, hubiera hecho palidecer de celos los tipos más bellos de la estatuaria antigua, por sus formas correctas.

Este retrato no tiene nada de exagerado, pues si la vida de Europa nos ha hecho perder el secreto de la forma, y las privaciones, el trabajo, las veladas, el corsé y la moda empobrecen nuestra sangre, haciendo perder á nuestras mujeres la fuerza, la anchura unida á la gracia y á la delicadeza en las formas, no sucede lo mismo en Oriente, en que el cuerpo de la mujer se desarrolla libremente y sin fatigas, siguiendo en un todo las leyes de la naturaleza; y puedo afirmar, sin temor de equivocarme, que hay pocas mujeres en estos países que desde trece á veinte ó veinticinco años no sean modelos acabados de hermosura plástica.

Nos sentamos ó más bien nos extendimos sobre los sofás. Gracias á nuestras correrías de la noche, la fatiga empezaba á dominarnos; y á una señal del árabe empezó el baile, extraño y apasionado á un tiempo.

No era la danza insípida de los alemeh del Cairo, ni la danza de las bayaderas de la India. Nosotros éramos seis; seis mujeres salieron del grupo, y cada una de ellas vino á colocarse delante de cada uno de nosotros, extendiendo graciosamente los brazos por encima de sus cabezas. Era el saludo.

A una nueva señal, los cuatro músicos, acurrucados en medio de la sala, empezaron á tocar á la sordina sus instrumentos, á fin de no producir más que un largo murmullo parecido á nuestros trémolos de orquesta, pero de un acorde más salvaje.

No hay nada que pueda dar una idea del efecto de aquellas notas débiles pero rápidas, escapándose de diversos instrumentos como una lluvia de sonidos misteriosos y extraños, á veces tan débiles, aunque perceptibles, que parecían el leve y cadencioso murmullo de muchos violones cuyas gruesas cuerdas se rozasen apénas con los arcos.

Por espacio de cinco minutos á lo ménos, la jóven que se habia colocado delante de mí permaneció inclinada, inmóvil como una estatua, clavados sus negros ojos sobre los míos, sin que se moviese ni un músculo de su cuerpo.

Eché una mirada á mis compañeros... las seis mujeres estaban en la misma postura, inmóviles, y nosotros bajo el imperio de sus encantos.

Figúrese uno una estatua antigua animada á la edad de quince años, con el seno desnudo y palpitante, las espaldas lustrosas como mármol negro, las caderas desarrolladas, el talle ligero y gracioso y de un contorno que la civilizacion y el corsé no han desfigurado aún; y aquella estatua perfecta, apénas velada por una gasa de seda rosada, y de pié, animada, palpitante, la boca provocativa y medio abierta, los ojos llenos de fuego... y sin embargo, tan inmóvil como una estatua.

En aquel momento, los músicos, hiriendo en sus instrumentos á intervalos desiguales, pero cada vez más lentos, parecían arrancarles suspiros velados.

Yo experimenté una especie de fascinacion magnética que me fatigaba el cerebro, é iba á levantarme para huir de la fascinacion, cuando de repente mi bailarina se arrojó hácia atras con un brusco movimiento; su bello cuerpo se plegó hácia



atrás insensiblemente, con una de sus piernas ligeramente inclinada como si fuera á arrodillarse; con sus ojos levantados al cielo, los brazos ligeramente arqueados y elevados por encima de su cabeza, parecia querer implorar una gracia que no le concedian. Sus otras cinco compañeras estaban en la misma postura, formando un magnífico conjunto.

Miré á mi bailarina, que se aproximaba á mí desatando sus largos cabellos, que cubrieron sus tersas espaldas, y se arrojó á mis piés con un aire de tristeza admirablemente imitado, juntando sus manos en ademan suplicante, y tomando las posturas más acariciadoras y voluptuosas.

Empecé á comprender la pantomima.

Después de haber ensayado el poder de sus encantos y de haber procurado vencer por la autoridad del ademan y de la mirada, se volvía dulce y sumisa; después de haber mandado, suplicaba; después de haber exigido, confesaba su derrota y lloraba. No pudiendo triunfar como dueña, se convertía en esclava para seducir por la gracia y la hermosura.

¡Cuán bien conocen los orientales el corazón humano, y cómo saben analizar la voluptuosidad y hacer hablar los sentidos!

Ellos no tienen teatro, pero su vida entera se desliza detrás de las espesas paredes de sus casas, y forman las bailarinas para ellos, no para el público.

Embriagados de excitantes y de perfumes, necesitan una mujer que no baile más que para ellos, que despierte su adormecida imaginación, que haga hervir su sangre y crispar sus nervios, y los sumerja en sueños sin fin.

¿Qué harían aquí las bailarinas de la Ópera con sus piruetas y sus ejercicios gimnásticos?... ¿Qué harían bajo este cielo azul, en esta cálida atmósfera, en medio de estos perfumes acres y embriagadores?...

Permaneced sobre el escenario del teatro, vosotras, hermosas gastadas, Paquitas, Dolores y *tutti quanti*: no podeis luchar con la mujer de la naturaleza.

Como ni las plegarias ni las posturas voluptuosas consiguieron conmovernos, los músicos entonaron una nueva melodía de un ritmo lúgubre y lamentoso.

El tam-tam en sordina se veía interrumpido á intervalos iguales por una nota lastimera que la guitarrista obtenía tocando una de las gruesas cuerdas de metal de su instrumento.

En el mismo instante nuestras bailarinas se alejaron de nosotros á pasos lentos, llevando la mano sobre su corazón, con los ojos llenos de lágrimas, los cabellos en desorden y dando señales de una violenta desesperación.

Pero luégo, de repente, y como para dejarnos un eterno pesar por el recuerdo de las bellezas que nuestra insensibilidad nos hacía desdeñar... se pararon súbitamente á un golpe prolongado de tam-tam, tomaron una postura digna, y deslizando con presteza la faja de seda que rodeaba sus caderas, se mostraron á nosotros en todo el esplendor de su desnudez.

Parecían seis Vénus de mármol negro escapadas del cincel de Praxíteles, y que habían descendido del fronton de un templo, animadas por el soplo de algún moderno Prometeo.

Pero no fué más que un relámpago, pues re-

anudando rápidamente á su cintura su ligero traje, se aproximaron á nosotros sonriendo, y se sentaron á nuestros piés.

Acabado el baile, los que tocaban los instrumentos desaparecieron.

El café circuló sobre una bandeja de madera, y el amo de aquella casa vino á pedirnos su salario con salams y genuflexiones sin número.

Con él desapareció la poesía, reemplazándola el disgusto al ver aquel avaro viejo, recibiendo en sus manos temblorosas de codicia nuestras ofrendas.

No contento con esto, y acabada su colecta, nos preguntó por conducto de Amoudou que si sus bailarinas no habian conmovido nuestros corazones, y que si no nos parecian dignas de nuestra preferencia.

Aquel innoble tráfico de carne humana vino á acibarar nuestro placer, recordándonos que teníamos delante de nosotros unas prostitutas.

En todos estos países, las bailarinas son al mismo tiempo sacerdotisas del culto de Citerea, y á medida que se aproxima uno del extremo Oriente, se ve el desprecio con que tratan esta profesion, que va ya desapareciendo, hasta que se llega á la India, á Trichnapoli, á Chelambrun, á Hayderabad, á Villenour, en que las bayaderas de las grandes pagodas del Sud son honradas y estimadas, y ofrecen á Dios á cada lado del altar donde el sacerdote brahma oficia sus votos, sus cantos y sus danzas.

En el curso de este viaje tendremos ocasion de levantar el velo que oculta á los ojos de los profanos las costumbres íntimas de estas vestales del Indostan.

Volvamos á Aden.

El viejo árabe, no recibiendo respuesta á su pregunta, se retiró, miéntras que nuestras bailarinas fijaban sobre nosotros sus provocativas miradas.

Yo no sé si los orientales no ven en esto más que una sobreexcitación á sus pasiones, y como conozco su carácter y costumbres, me inclino á creerlo; en cuanto á mí, aquellas bellas jóvenes de formas tan puras, y en todo el esplendor de una juventud que la disipación no habia aún envilecido ni desfigurado, habian por el contrario arrojado de mi alma toda idea material, para transportarme á los tiempos fabulosos y heroicos de la India antigua, abuela de la antigüedad griega y egipcia, con sus diosas, héroes y semidioses, sus ninfas y sus bacantes, que desfilaban ante mis ojos... y pensaba que sin duda en el siglo del rey Viswamitra, como en la época de Pericles, los pintores y escultores se iniciaban en su arte y en el culto de la hermosura haciendo pasar ante ellos las bailarinas de los misterios de Villenour ó de Ellora, de Efeso ó de Eleusis...

Yo soñaba... y aquel sucio y desagradable árabe vino á recordarme la realidad.

Dimos unas cuantas monedas á aquellas desgraciadas, que las recibieron con gran alegría, y nos dirigimos al hotel del parris, donde deseábamos descansar despues de una noche tan fértil en emociones de toda clase.

La mayor parte de nuestros guías nos habian abandonado á la puerta de las bailarinas, pensando que pasaríamos allí la noche, yendo á reunirse con sus camaradas, y beber con ellos el producto de nuestra liberalidad.

Sólo quedaron al lado de Amoudou dos árabes altos, robustos y de aspecto salvaje, que habian tomado por lo serio su papel de protectores.

Los gritos, los cantos y los bailes habian cesado, y no tardó en amanecer y quedar todo en silencio.

En cuanto llegamos al bengalow del parsis, nos echamos sobre las esteras que nos habian extendido en la galería; pero llegó Amoudou á suplicarnos de parte de los dos árabes que nos habian acompañado hasta el último momento, que se llamaban, segun nos dijo Amoudou, Ali-ben-Osmrah y Saddah-ben-Fittir, que encantados de nuestra generosidad, nos convidaban á comer un carnero asado y el couscoussou con leche de cabra, en su tienda, que estaba á una hora de camino; y partiendo en seguida, llegaríamos allí ántes de la salida del sol, y podríamos estar de vuelta en el *Cambodge* á las once de la mañana, para seguir el viaje por el mar de las Indias.

Dos de mis compañeros, holandeses, gordiflores y linfáticos, extenuados de fatiga, no respondieron más que tumbándose en la estera que les iba á servir de cama. Los otros tres viajeros, dos de ellos españoles é inglés el otro, y yo, seducidos por la extrañeza de aquella invitacion, la aceptamos bajo la condicion expresa que Amoudou se encargaria de llevarnos al buque ántes de la hora de la marcha.

En algunos minutos estuvimos listos y montados sobre nuestras mulas; nos lanzamos á galope sobre la vasta llanura de arena que se extendia á nuestra vista, precedidos de Amoudou y de los dos nómadas.

Al separarnos de nuestros dos bravos holan-

deses, que dormían apaciblemente en sus esteras, un rápido pensamiento atravesó mi espíritu.

—¿No sería mejor que los imitáramos? — me dije á mí mismo.

Pero esto no fué más que un relámpago. ¿Teníamos algo que temer? ¿No conocía yo el respeto que profesan los árabes á las leyes de la hospitalidad, para que pudiese temer algun peligro para nosotros?

Si no fuese por el respeto á la hospitalidad, que es uno de los preceptos del Coran, y que acatan todos los pueblos de la Arabia, sería tan difícil recorrer este país como el centro del Africa.

Nada debíamos, por consiguiente, temer de esta excursion de algunas horas en medio de una tribu nómada, cuando íbamos á ser presentados por dos de sus hijos.

¿Quién me hubiera dicho entónces que aquel fugitivo movimiento de desconfianza era un presentimiento?

En ménos de media hora llegamos al campamento, acompañados de los gritos de los chiquillos, de los ladridos de los perros y de los relinchos de los caballos árabes, que se pusieron á dar saltos y caracolear como para saludar nuestra llegada.

¡Qué animales tan magníficos! Había lo ménos una docena que hubieran pagado á peso de oro las más ricas caballerizas del mundo.

Los dos nómadas desaparecieron en cuanto llegamos.

Apénas nos apeamos, cuando volvieron con el jefe del aduar, anciano de elevada estatura y de buen físico, que nos dirigió el saludo de costumbre.

—Bendito sea Dios, que os ha conducido aquí.

No sabíamos qué responder, pues no conocíamos bastante el árabe para seguir una de esas conversaciones simbólicas que acompañan la mayor parte de los actos serios de la vida del desierto, cuando Amoudou nos sacó de apuros diciendo:

—El es el que nos ha inspirado el pensamiento de venir á descansar en vuestra tienda.

—Dios ha bendecido nuestro aduar enviándonos estos huéspedes.

—Amoudou-ben-Rahaman y los capitanes extranjeros te desean mil prosperidades. ¡Ojalá veas á tu alrededor la tercera generacion de tus hijos!

—Check Ghemal-ben-Metor da el salam á Amoudou-ben-Rahaman y á los capitanes extranjeros; las tiendas de los hijos de Ali les serán abiertas.

Al decir esto, se acercó á nosotros y nos dió un apretón de manos para mostrarnos sin duda que conocia nuestras costumbres; despues nos introdujo en su tienda.

Nada hay más sencillo que el interior de una habitacion de un jefe nómada. Una tienda en forma de cono, de tela grosera, algunos tapices y esteras para adornarla, dos ó tres yataganes, algunos fusiles de culatas incrustadas de adornos, pipas y algunos vasos de cobre; y con esto tiene un habitante de aquellas vastas llanuras de la Arabia cuanto necesita para viajar rápidamente, descansar cuando le agrada, beber, comer, dormir, recrearse en la sociedad de sus mujeres y batirse algunas veces; cosas que constituyen su vida... desde el dia en que su padre le regala un fusil, un caballo, una tienda y una mujer, hasta

el día en que le entierran en algun monton de arena con los piés vueltos hácia la Meca.

Vida de sueños y de contemplacion, de pereza y de goces puramente físicos.

...Pero ¿cuál vale más, la vida de los árabes ó la nuestra, reducida al club, al círculo ó á la taberna? El árabe tiene la inmensidad, el desierto, vastas llanuras, mujeres hermosas que le dan hermosos hijos, los caballos más preciosos del mundo... y va derecho delante de él, sin esperar nada, sin pedir nada más que sol y espacio. Sus antepasados hacian la misma vida hace diez mil años... nada ha cambiado... y sus hijos á su vez se guardarán bien de no seguir la tradicion.

Despues de haber tomado una taza de leche de camella, que no sabe ni peor ni mejor que cualquiera otra leche, aunque algo más espumosa, solicité el permiso para asistir á la preparacion del carnero y del couscoussou destinado para nuestro almuerzo. Nuestro guía vino á decirnos que el carnero estaba ya listo para asarse, y que la pasta del couscoussou estaba en el schombou de madera, y excitado por la curiosidad, á pesar del cansancio y la fatiga de una noche en vela, me fuí á sentar al lado del esclavo nubio encargado de la confeccion del almuerzo.

Nada diré de la preparacion del carnero, pues es de las más sencillas. El animal se asa siempre entero, bien sea en un horno de piedras secas cubierto de tierra mojada para tapar las hendeduras, ó como en las caravanas, que lo asan sobre unas piedras llanas enrojecidas al fuego. El nuestro no tardó en estar limpio é introducido en un horno formado de piedras, que los nómadas encargados de este cuidado habian preparado el día mismo



de la instalacion del aduar en aquellos sitios.

La preparacion del couscoussou es mucho más complicada; pero debo confesar, en honor de la verdad, que la recompensa es proporcionada al trabajo, pues cuando sale bien, es un manjar delicioso.

Voy á dar la receta con toda la aridez del estilo culinario, pues el lector no comprenderia nada si le hiciese asistir á la conversacion grotesca entremezclada de injurias que se entabló entre Amoudou y el cocinero nubio, afirmando el primero que su método para hacer el couscoussou era el mejor, y sosteniendo el nubio que el suyo era superior.

¿Debo decirlo? Este último preparaba el couscoussou como Abraham é Ismael, mientras que Amoudou habia introducido en él ciertas mejoras debidas á su trato con los blancos, que hacian decir á su detractor que aquél no era el couscoussou de sus padres.

Pero para dar fin á tan encarnizada polémica, propuse se hiciese un *ensayo práctico* del couscoussou, haciendo cada uno el plato á su modo, y luego nosotros decidiríamos.

El nubio no consintió gustoso, pues á sus ojos se rebajaba aceptando la lucha.

Amoudou, por el contrario, declaró que estaba seguro que todo paladar delicado sería de su opinion.

La base del alimento de todos los pueblos se compone de granos. En Europa se consumen toda clase de granos, dando la preferencia al trigo, en América al maíz, en el Africa al mijo y otros granos menudos; en el extremo Oriente y en la Oceanía se sirven tan sólo del arroz. Estos granos se transforman para el consumo en pan, ga-

lletas, etc.; sólo el arroz se come tal cual es, cocido con agua.

El couscoussou árabe se prepara tan pronto en pasta consistente como hervido.

La víspera del día en que debe comerse un couscoussou en un aduar, machacan el grano en troncos de árboles huecos para obtener una harina ligeramente granulenta aunque bastante fina, que se mezcla con leche de vaca ó de camella y se bate con una espátula de madera en el tronco en que se ha machacado.

Pero se necesita saber exactamente la cantidad de leche que es preciso echar para que la pasta no quede ni muy clara ni muy espesa, y es preciso batirla cinco ó seis horas *para no dejarla dormir*, como dicen los árabes.

Hecho esto, se divide esta pasta en bolitas pequeñas que se ponen á secar hasta el día siguiente, y en el momento de emplearlas sufren otra nueva preparacion.

Cuando el carnero está ya en el horno, las bolitas de couscoussou se echan en agua hirviendo, donde se las deja cocer una hora ó ménos, segun su tamaño; despues se las pone en una cazuela de barro sobre carbones encendidos, cubiertas de pimienta, guindillas coloradas y nuez moscada y con un poco de sal, acabándose de cocer con el jugo que se desprende del carnero que se está asando encima de ellas, é impregnándose de este jugo y dorándose bajo la accion del calor, esparcen un olor tan apetitoso, que los árabes dicen que *los muertos resucitan*.

Inútil es añadir que el carnero, tostado por encima, aunque medio crudo por dentro, se parte en tiras largas al uso oriental, y se come con es-

tas bolas succulentas, que es lo mejor que puede comerse, sazonado con el *pato brahme* de plumaje dorado que se caza en las islas del Ganges, entre Agra y Benares.

El método empleado por Amoudou, nuestro guía, no se diferenciaba del de el árabe más que en pequeños detalles, pues despues de hecha la pasta, la rociaba con unas gotitas de limon.

Probamos ambos platos, y declaramos en seguida con imparcialidad que el limon introducido por Amoudou lo hacía aún más succulento.

Rogué á Amoudou que no olvidase el momento de la partida, y confiando en su vigilancia, me dormí profundamente.

En el momento en que mis ojos cargados de sueño iban á cerrarse, me pareció ver á los dos españoles mis compañeros de viaje, que habian dormido mientras se preparaba la cena, salir de la tienda con su carabina en la mano. Me figuré irian á tirar sobre algun chacal en la llanura, y no me ocupé ya más que de disfrutar del reposo tan apetecido.

.....  
No se cuánto tiempo duró mi sueño; pero me desperté al ruido de muchos tiros disparados á algunos pasos de la tienda del jefe, y de un tumulto horrible de gritos y de aullidos lanzados por los árabes, y de los relinchos de los caballos; oí la voz de Amoudou dominando el tumulto, y que parecia estar en el paroxismo de la rabia.

Veinte caballos ensillados estaban preparados esperando los jinetes, y el viejo jefe del aduar, casi loco de rabia, se disponia á ponerse al frente de sus jinetes.

¿Qué habia pasado?

Amoudou, que lloraba y gesticulaba, me dijo en pocas palabras que mis dos compañeros, habiéndose alejado unos dos kilómetros con la carabina á la espalda, acababan de ser robados por un grupo de jinetes nómadas, y que los españoles, sorprendidos, no habían podido hacer uso de sus armas de fuego. Los tiros que yo había oído partían de nuestro aduar, que habían disparado en la dirección de los raptos.

—¿Qué piensas hacer?—dije á Check Ghemal.

—Ya lo ves, mis jinetes están prontos...

—¿Sois bastantes?

—Poco importa; alcanzaremos esos hombres ántes de su llegada á su tribu.

—Pero si no puedes sostener la lucha...

—No habrá lucha; iré sencillamente á ver al jefe de los mochtalah, á quien pertenecen esos tunantes, y le diré: «Tus hombres me han robado dos de mis huéspedes»; y él me los devolverá.

—¿Y si rehusa hacerlo?

—No es posible.

—Pero ¿y si lo hace?

—Iré á decir al jefe de mi tribu: «Los infieles se han fiado en mi palabra, han venido á mi campamento, han comido en mi mesa y no han injuriado á Allah; no han tratado tampoco de penetrar en la tienda de las mujeres, ni faltado á ninguno de sus deberes hácia nosotros. Los hombres de Mochtalah me han robado traidoramente dos de mis huéspedes que cazaban en la llanura, y rehusan devolvérmelos».

—¿Y qué responderá el jefe de la tribu?

—Dirá: «Está bien; vamos á cogerlos».

Iba á pedir al jefe que me permitiese ser de la expedición, cuando Amoudou declaró que de este

modo íbamos á hacer asesinar á los que intentábamos salvar, pues al verse perseguidos los raptos, matarian sus prisioneros, ocultándolos en la arena por temor de sus jefes, y no podríamos castigarlos, pues el cuerpo de un infiel asesinado no vale la pena, segun la expresion morabita, que un chacal lo coma.

Habiendo preguntado á Check Ghemal si era de la opinion de nuestro guía, contestó afirmativamente.

— Ya veis, — dijo Amoudou, — hará cuanto pueda por salvarlos, porque sois sus huéspedes, pues si no le sería indiferente que os mataran, y hasta ayudaria él mismo á hacerlo.

— Pero ¿cómo salvarlos?

— ¡El Moulah! — respondió Amoudou.

— ¡Cómo! ¿Podria el Moulah...

— Con una palabra... Que vaya el mejor jinete sobre el caballo más ligero del aduar, y pasado mañana á más tardar os serán devueltos vuestros compañeros.

Estábamos discutiendo el mejor medio para salvar á nuestros compañeros, cuando vimos salir montado en una mula al inglés, que sin decirnos una palabra, tomó al trote el camino que conducia á la playa.

¿Qué le importaba á este fabricante de Birmingham la suerte de personas que no le habian sido presentadas? El no queria por su causa perder la hora de la partida del buque.

No se crea que exagero, pues si hay algo que no pueda exagerarse, es el egoísmo inglés.

No tardamos en salir á galope en direccion á Aden, pues el plan de Amoudou habia sido adoptado hasta por el mismo cheik.

Llegados á la habitacion del Moulah, le presentamos nuestra súplica.

Nos prometió su apoyo desde las primeras palabras, y despues de algunos momentos de reflexion, nos prometió acompañarnos él mismo, pues deseaba libertar á aquellos dos jóvenes que habian comido y bebido la víspera en su casa.

—Tranquilizaos sobre la suerte de vuestros compañeros,—me dijo;—los encontraremos fácilmente, y lo peor que puede sucederles es tener que machacar cinco ó seis horas la harina en los morteros de madera para hacer el couscoussou, á ménos que se nieguen á ello, pues en ese caso están perdidos.

Se decidió, á pesar de nuestra impaciencia, que no saldríamos hasta el anochecer, pues segun opinaba el Moulah, los nómadas no volverian á la tribu hasta la noche, y creia que estarian ahora ocultos con sus cautivos, observando á ver si los perseguian.

Contesté á mi nuevo amigo que me fiaba en su experiencia, y que me ponía á sus órdenes.

Despues de haber mandado que me preparasen un baño y puesto su divan á mi disposicion, salió con Check Ghemal para escoger y preparar los caballos que debíamos montar aquella noche.

En este momento, el cañonazo que partió del lado del mar me hizo estremecer. Era el *Cambodge* que llamaba á bordo á todos los pasajeros una hora ántes de su partida. Al mirar al bravo muchacho que me servia desde la víspera de guía y de intérprete, experimenté un verdadero pesar al tener que separarme de él.

Por su parte parecia muy conmovido.

—Vamos, Amoudou, adios; apénas tienes

tiempo para llegar á bordo. Díme cuánto te debo por tu salario.

—¿Me despedis, saeb?—me respondió el pobre diablo con tono compungido.

—No, pero tú comprendes que no puedes quedarte conmigo.

—¿Por qué?

—¿No estás empleado en dar al fuelle á bordo del *Cambodge*?

—Amoudou no se compromete jamás más que de un puerto á otro; por consiguiente, puede desembarcar cuando quiera.

—¿Te quedarias contento conmigo?

—Mientras no os canseis de mis servicios, saeb, estaré á vuestro lado. Conozco todas las costas de estos mares, y puesto que viajais, podré seros útil, pues sé guisar y cuidar los caballos, y no necesitamos más.

Arreglamos prontamente la cuestion de salario, y el pobre muchacho me juró que me seguiria al fin del mundo, y yo me quedé muy satisfecho con esta adquisicion.

Para un viajero cuyo objeto es el estudio y la observacion de los países que visita tan pronto á caballo como en mula, camello ó elefante, un buen criado es la cosa más preciosa que conozco.

Ademas de cuidar de las provisiones en los campamentos, llega á ser en poco tiempo un compañero que rompe la monotonía de la soledad, y que divierte á uno con sus curiosas y sencillas reflexiones, instruyéndole á uno á un mismo tiempo, cuando es conocedor del país como Amoudou, sobre las costumbres íntimas de los países que uno atraviesa; observaciones que no podria uno hacer con precision en muchos meses. Ademas,

sirve de lazo de union entre los habitantes de la ciudad que uno visita, y mientras que deja preparada al fuego vuestra comida, corre por todas partes contando mil historias sobre su amo, que predisponen al pueblo en favor del extranjero.

Aunque el inglés, que se habia ido á bordo con tanta indiferencia, habria contado la desaparicion de nuestros compañeros, el *Cambodge* no hubiera podido detenerse por nada, y el último cañonazo nos hizo saber que salia de la rada de Aden.

A las cinco, el Moulah nos dió una comida abundante, compuesta de aves, de carnero asado y de frutas, diciéndonos que, segun las noticias que habia adquirido, la tribu de los mochtalah habia acampado á dos dias de allí, y que lo mejor era ir al campamento y exigir al jefe que hiciese él mismo las pesquisas con sus jinetes.

A la hora precisa en que el sol abandona la llanura de arena, y que la brisa del mar viene á refrescar un poco, montamos á caballo y atravesamos las estrechas calles de Aden en el orden siguiente: el Moulah y Check Ghemal á la cabeza, Amoudou y yo en segunda línea, y detras de nosotros, de dos en dos igualmente, los veinte jinetes del aduar de Check Ghemal.

Estaba impaciente por arrancar mis dos compañeros de las manos de aquellos nómadas que se habian apoderado de ellos para reducirlos á la esclavitud y someterlos á los trabajos más duros y más repugnantes, pues el árabe no desea tener esclavos más que para procurarse la mayor comodidad posible.

La incertidumbre que experimentaba por la suerte de mis compañeros me impedia apreciar el valor de la situacion en que me encontraba.



Iba, pues, á atravesar el desierto que se extiende desde la ribera de la costa árabe á las montañas del Hedjaz, penetrar en medio de la Arabia en una de esas tribus nómadas que no reconocen más jefe que Allah, y que responden al iman de Mascate, que pretende ser su soberano, cuando reclama el impuesto:

—No te podemos ofrecer, como nuestros padres, más que la sombra de nuestros caballos.

Se dice, aunque yo no lo aseguro, que para conservar aquel aparente derecho feudal, todos los años, un enviado del iman de Mascate recorre las llanuras de la Arabia Feliz y la parte del desierto sometida nominalmente al iman, sentándose algunos minutos á la sombra del caballo de cada jefe, como para tomar posesion del impuesto ilusorio que estos pueblos consienten en admitir, pronunciando al sentarse las palabras siguientes:

—Check Ghemal-ben-Metor, yo me siento á la sombra de tu caballo en el nombre del iman de Mascate.

Y Check Ghemal-ben-Metor debe responderle:

—Que Allah conserve al iman de Mascate, descendiente de Mohamed.

Hecho esto, la tribu daba una fusta al enviado, que continuaba su mision por todas partes de la misma manera.

Segun se cuenta, aunque el enviado muriese de hambre ó de sed, no podian darle en la tribu ni un vaso de agua hasta que hubiera pronunciado las palabras consagradas por el uso, y le hubiera respondido el jefe.

Las gentes casuistas de estos sitios pretenden que, en efecto, si ántes de pronunciar las palabras

consagradas por el uso, el enviado del iman toma la leche y el carnero asado, y pronuncia al tomarlos estas palabras, por ejemplo:

— Check Ghemal-ben-Metor, yo acepto diez camellas semejantes á la que ha producido esta leche, y veinte carneros semejantes á este cuya carne tengo delante, en el nombre del iman de Mascate...

Inmediatamente la tribu se veria cargada con este impuesto á favor del iman; y como este impuesto aumentaria probablemente todos los años, la tribu tendria que emigrar ántes que pagar... ni más ni ménos que en algunos países de Europa.

Lo que aumentaba para mí el precio de aquella excursion en medio de las tribus nómadas era que estaba exenta de peligro, pues la hacía en compañía de un sacerdote musulman, cuya influencia sobre los habitantes del desierto era ciertamente muy superior á la del iman de que acabo de hablar.

Apénas habíamos dejado atras las últimas casas de Aden, cuando vi al Moulah y á Check Ghemal recoger alrededor de su talle con dos ó tres vueltas de cuerda su blanco albornoz, y lo mismo hicieron los jinetes que iban detras de mí.

—Atencion,—me dijo Amoudou;—y si no sois buen jinete, cogeos con las manos á la silla.

Las sillas de montar árabes suben por delante hasta el pecho, y detras más aún; de suerte que queda uno allí como encajonado, y hasta se puede dormir con un poco de costumbre.

Casi en el momento en que Amoudou me hacía esta advertencia, á un silbido agudo y prolongado de Check Ghemal, todos los caballos, en-

cabritándose y alargando el cuello, se lanzaron de repente á galope.

Durante algunos minutos aquella carrera llena de encantos por lo imprevista y la frescura relativa de la noche, que aumentaba la velocidad de nuestros corceles, refrescaba nuestros pulmones. El paso de aquellos caballos árabes de pura raza, y cuya genealogía se conserva de siglo en siglo en las tribus, no tenia nada de duro ni violento, sino que, por el contrario, inducia al sueño, al que yo hubiera cedido con gusto sin las reflexiones que agitaban mi mente.

Amoudou, que no tenia las mismas razones que yo para continuar despierto, me pidió permiso para dormir algunas horas, lo que le concedí al momento.

No tardaron nuestros corceles en aumentar considerablemente su veloz marcha, y al cabo de un instante tuve que encorvarme sobre la silla, porque la rapidez de nuestra carrera era tal que, recibiendo el aire de frente, parecia que me faltaba la respiracion.

Los dos árabes que tan velozmente corrian delante de mí, y cuya silueta blanca se destacaba perfectamente á pesar de la oscuridad de la noche, parecian dos blancos fantasmas atravesando el espacio.

Nosotros les seguíamos sin cambiar una palabra, levantando nubes de polvo rojizo que me ahogaban, y que ellos no parecian sentir.

¿Cuánto duraria aquella carrera vertiginosa?

¿Tendríamos relevos en el camino? Pues no me podia ocurrir que aquellos mismos caballos siguieran á aquel paso hasta donde íbamos. Estas cuestiones que yo no podia resolver, porque nun-

ca habia viajado por la Arabia en aquellas condiciones, preocupaban mi ánimo.

Seguimos corriendo toda la noche sin disminuir la velocidad, y lo más raro de todo era que aquellos animales no daban señal alguna de fatiga.

Queriendo asegurarme por mí mismo del estado de mi caballo, le pasé la mano por la grupa, por los flancos y por el cuello, y noté que su piel estaba tan sólo ligeramente húmeda y fresca como la de los caballos en perfecta salud, y la montura no tenia una gota de sudor.

Durante la noche habíamos franqueado una de las cadenas del Hedjaz, y en vez de la árida llanura se extendian ahora á nuestra vista dilatados campos cubiertos de yerba dura y corta entremezclada de absinto salvaje, excelente alimento para aquellos vastos ganados de carneros que constituyen la riqueza de esta parte de la Arabia.

Aquí y allá, algunos grupos de árboles rodeados de una yerba más verde, indicando el sitio de pozos ó manantiales, cerca de los cuales los guardianes de los rebaños de la tribu encuentran siempre pilones groseros donde pueden abreviar sus animales.

Check Ghemal y el Moulah se dirigieron hacia uno de esos grupos de árboles más espesos que los otros, en medio de los cuales corria un manantial bastante abundante para satisfacer nuestras necesidades, y decidimos pasar allí las horas del calor y dar descanso á nuestros caballos, que parecian ménos fatigados que nosotros despues de haber hecho más de treinta leguas en diez horas.

En cuanto á mí, confieso que estaba extenuado, y me parecia imposible poder continuar nues-

tra marcha al día siguiente. Amoudou, á quien despertamos, saltó del caballo tan fresco y dispuesto como si hubiese pasado la noche en su cama.

Los caballos, desembarazados de sus monturas, aprovecharon su libertad inmediatamente para ir á pacer la yerba del bosque.

Yo me tendí sobre una manta, y me dormí profundamente.

Pero estaba escrito que habia de tener siempre terrible despertar en aquellos salvajes países. En efecto, cuando abrí los ojos, vi los caballos ensillados y prontos para continuar el camino.

El sol estaba en su ocaso, y nadie se habia atrevido á despertarme para darme la espantosa nueva.

Al ver la cara trastornada de mi criado y el aire serio y colérico del Moulah y de Check Ghemal, experimenté una opresion en el corazón imposible de explicar. Entreví la verdad, é iba á interrogar ansiosamente á mis compañeros, cuando la voz grave del Moulah vino á interrumpir mis reflexiones.

—Vuestros compañeros han sido asesinados esta noche en uno de esos numerosos desfiladeros de las montañas del Hedjaz que hemos atravesado...

Y como el asombro y el horror me dejaran atónito, Check Ghemal añadió, como para explicar aquel odioso asesinato:

—Vuestros amigos tenían hermosas armas, que hubiera sido preciso devolver al mismo tiempo que los cautivos, y esto ha causado su muerte. Cuando se quiere vivir, no se viene al desierto á enseñar á los nómadas unas carabinas que

matan los chacales á media hora de marcha de distancia.

—Pero ¿los habrán matado tan sólo para apoderarse de sus armas?

—Seguramente, —respondió el Moulah.

Y llevándome á alguna distancia, me dijo en voz baja:

—Check Ghemal y sus hombres harían lo mismo con vos si no fuérais su huésped, y sobre todo el mio. ¿No veis con qué ojos miran vuestro revólver y vuestra carabina?

—¿Con qué objeto me decis eso, puesto que no corro por el momento peligro alguno?

—Para que comprendais que no podeis vengar á vuestros amigos, pues si han perseguido á sus raptos, era por cumplir con su deber, pues eran sus huéspedes; pero desde el momento en que han muerto no hay nada que hacer, y ni uno de los hombres de Check Ghemal consentiría en dar un paso para vengar en uno de los suyos la muerte de un giaour... ¿qué digo vengar? Se dejarían todos matar ántes que tocar á un cabello de un nómada. Podeis comprender que ni Check Ghemal ni sus hombres se han puesto en campaña ni por vos ni por vuestros amigos, sino porque han violado las leyes de la hospitalidad, insultando á Check Ghemal y todo su aduar. Vuestros amigos han muerto, os lo repito; lo mejor que podeis hacer es volver á entrar en Aden con nosotros, sin pedir á un árabe lo que jamás os concederá, que es perseguir á uno de los suyos.

El razonamiento del Moulah no tenía réplica. Le rogué tan sólo me dijese cómo habian sabido aquella horrible catástrofe.

—A pesar de la confianza que trataba de ins-

piraros, —me respondió, —temia mucho por vuestros amigos, y por esto quise unirme á vos para interponer mi autoridad, en caso de que hubiéramos llegado á tiempo á la tribu del jefe mochtalah, pues era inútil tratar de perseguir á los raptos, pues en cuanto se hubieran visto perseguidos, hubiesen sacrificado á sus cautivos. A poco de haber hecho alto en este oásis, envié dos jinetes á la descubierta, que me trajeron un nómada que guardaba su rebaño en la pendiente de la montaña, y que habia asistido al amanecer al asesinato de vuestros dos compañeros, en las montañas del Hedjaz que hemos atravesado para llegar aquí. Di órden para que buscasen los cadáveres, y los enterrasen en la arena para precaverlos cuanto fuese posible de los chacales, y que pusiesen algunas piedras sobre el sitio de la sepultura, para encontrarlos si algun dia se necesitaba. Despues de ejecutar todo esto, me han traído en un saco los vestidos de aquellos desventurados y algunos papeles que os voy á entregar. Ahora, creedme, lo mejor es volvernos á Aden.

He perdido muchos parientes y amigos, pero nada me ha afectado tan profundamente como el fin trágico de aquellos dos pobres jóvenes, que iban á Manila á ocupar un puesto elevado en aquella colonia española.

Amoudou estaba inconsolable, y repetia á cada instante:

—Yo debí acompañarlos, y no dejarlos solos cuando salieron de la tienda.

Y su rostro se cubria de lágrimas.

Check Ghemal tambien estaba profundamente afectado, lo que me hizo no participar de las ideas del Moulah.

Aquella misma noche volvimos á empezar la vertiginosa carrera del dia ántes, y á las treinta y seis horas de ausencia entramos en Aden, despues de haber recorrido cerca de sesenta leguas sobre los mismos caballos; lo que no les parece gran cosa á los árabes, pues cuentan maravillas de sus caballos.

Entregué á nuestro agente consular de Aden los vestidos y los papeles de los dos desgraciados que no habia podido salvar, y despues de justificar su defuncion, se les enviaron á las autoridades de Manila.

Esta siniestra aventura modificó considerablemente mis proyectos. En lugar de ir á Mascate por la costa árabe, y luégo á la India por Bombay, como pensé en un principio, resolví, despues de una corta visita á Moka, dejar para mejor ocasion mi viaje á Arabia, y tomar el primer paquebot que saliese para la isla de Ceylan.

Moka está unas cuantas horas de navegacion más allá de Aden; y debo advertir al turista que la vista de esta ciudad no vale la pena que se toma uno, sobre todo en la época de los grandes calores.

Sus techos planos, sus paredes blanqueadas y sin más abertura por fuera que las puertas, sus calles estrechas para que el sol no penetre en ellas: ésta es la descripcion de toda ciudad árabe, sea grande ó pequeña.

La ciudad de Moka debe, sin embargo, al comercio de exportacion del café su preponderancia sobre Aden.

Su puerto tiene alguna animacion en la época de la recoleccion; pero dura poco, y las pocas barcas choullah's que estacionan allí al sol du-



rante siete ú ocho meses al año, parecen no estar más que para servir de espectáculo.

Nadie se asombrará si le digo que sucede en Moka con el café lo que en la Champagne con los vinos.

El distrito de Moka no produce la milésima parte del café que se consume en el mundo entero bajo su nombre. Todos los cafés de la India, de la Arabia y del Egipto se llaman de Moka en el comercio.

El café no es un grano ni un haba, como dicen algunos viajeros y novelistas que no se han tomado el trabajo de observar más que en los grabados, sino el hueso de un pequeño fruto del tamaño de la cereza, que se colorea al madurarse, que tiene un sabor agradable, y los niños comen con mucho gusto.

Amoudou afirmaba que este fruto es el mejor específico contra la fiebre. Yo le dejo la responsabilidad de su opinion.

Despues de veinticuatro horas de un fastidio mortal, pues las distracciones que puede procurar un paseo por entre los cafetales son escasas, volvimos á tomar el camino de Aden con la embarcacion árabe que nos habia traído, llegando con toda felicidad al puerto.

Al desembarcar me fuí á casa de Mr. Conil, nuestro cónsul, y al subir las rocas sobre las que está edificado su hotel, me pregunté qué haria yo hasta la salida del próximo paquebot.

La primera palabra del amable representante de nuestro país fué una respuesta á mi pensamiento, pues me dijo que el *Erymanthe*, vapor de las Mensajerías que hacía el servicio entre Ceylan y Calcuta, y que habian enviado á Suez á ha-

cer algunas reparaciones, hacía un viaje extraordinario al volver á su puerto de estacion, y que se le esperaba en Aden al dia siguiente.

Mucho placer me causó esta noticia, pues deseaba vivamente dejar aquel país, que tan dolorosos recuerdos tenia para mí.

A la mañana siguiente, en efecto, á las seis llegó el *Erymanthe*, y no teniendo que hacer, y sólo recoger y dejar la correspondencia, á las once en punto levó el ancla con dos pasajeros más, Amoudou y yo, internándose á todo vapor en el mar de las Indias.

Cuando las costas de la Arabia no fueron á nuestros ojos más que una línea azulada, confundándose casi con las aguas del Océano, mis ojos se llenaron involuntariamente de lágrimas, y mi mano envió un último adios á aquellas infelices víctimas que reposaban bajo las arenas del Hedjaz.

Después de algunas horas de marcha, se levantó una fuerte brisa del Este que disipó el ardiente viento de la Arabia que habia reinado una parte del dia, viniendo á refrescar nuestros pechos abrasados. El tiempo era delicioso.

Me puse á examinar mis nuevos compañeros de viaje, que habiendo salido juntos de Marsella, habian ya tenido tiempo de conocerse y de dividirse en grupos, segun las posiciones, las fortunas y los gustos.

El Océano estaba tan tranquilo como un lago, y todo el mundo jugaba al ajedrez, á las cartas, al chaquete y á otros varios. Algunos ingleses se suspendian en las barras de las escalas para hacer gimnasia con esa gracia inimitable que sólo el lápiz de Cham ó de Bertall podria describir, mientras que un peluquero y un maestro de ar-

mas que iban á Saigon hacian el amor á un aya alemana que iba á Java á encargarse de la educacion de unas niñas.

Diez dias se pasaron en aquella monotonía, interrumpida solamente de cuándo en cuándo por una bandada de pescados voladores que caian sobre el puente.

Los ingleses continuaban sus ejercicios, los juegos no se interrumpian, el peluquero habia acabado por desbancar al maestro de esgrima; pero éste á su vez lo habia sido por un oficial, que tuvo que ceder la plaza á un negociante de Burdeos; y ya se empezaba á *murmurar*, cuando el grito de «¡Tierra!» resonó de improviso. No tardamos en distinguir una banda negra con crestas desiguales dibujándose en el horizonte.

¡Era Ceylan!

Como no podíamos entrar de noche en el puerto, nos aproximamos cuanto pudimos á la costa, y esperamos la salida del sol.

Arrojé una ávida mirada sobre aquella isla tan ponderada. El sol iba á desaparecer en las olas, envolviendo la tierra, cubierta de una rica vegetacion, con sus últimos tintes color violeta, que no se ven más que estas ardientes latitudes. Sólo el pico de Adam se destacaba más sombrío sobre la masa comun.

En algunos minutos aquel mágico espectáculo se borró gradualmente, y todo desapareció en las sombras de la noche.

Ya se sabe que en algunos países próximos al Ecuador la noche sucede al dia sin crepúsculo de duracion.

Permanecí mucho tiempo sumergido en mis reflexiones, contemplando aquella grandiosa tier-

ra de la India, que no deja uno jamás sin pesar, y que vuelve á ver siempre como una segunda patria, y en los amigos queridos que habia dejado en Karical, en Pondichery, en Bengala y otros puntos, y que no esperaban volverme á ver tan pronto.

Me acosté muy tarde, y cuando me desperté, el vapor entraba en el puerto y echaba el ancla.

Enfrente de nosotros, á medio tiro de fusil, se extendia en medio círculo la ciudad de Punta de Galles, toda rodeada de árboles y flores. Los piés de los cocoteros entraban en el agua, unidos unos á otros por millares de bejucos que parecian cuerdas de flores.

Desafío al alma ménos predispuesta á los sentimientos de la naturaleza á no extasiarse ante aquella isla encantadora, en donde los poetas indios colocan el paraíso terrenal, y que ningun viajero ha podido visitar sin desear pasar allí toda su vida.

Me vestí apresuradamente, y saltando sobre una piragua conducida por dos vigorosos cingaleses, no tardé en llegar á tierra acompañado de mi fiel Amoudou.

## SEGUNDA PARTE.

### CEYLAN.

Punta de Galles.—Los caimanes.—Una caza de tigres.—Las mujeres de Tembapoor.—Los elefantes.—El pico de Adam.—Leyendas brahmánicas y budhistas.—Trinquemalé.

Punta de Galles es una linda ciudad perdida en medio de bosques y de flores, que no tiene más importancia comercial que el servir su puerto de punto de descanso á los paquebots de China y de Calcuta.

No está, como la mayor parte de las otras ciudades de la India, dividida en ciudad europea y ciudad indígena, pues allí todo está mezclado, casas indias, cuarteles, bazares, casas inglesas y hoteles; pero en vez de ser desagradable á la vista aquella mezcla tan original, le da, por el contrario, un aspecto nuevo y agradable.

A pesar de ser un viajero constante, no me gusta tener siempre en la mano el sextante ni la medida del agrimensor para medir la altura de las montañas, la anchura de los rios, describiendo la tierra en metros cúbicos y en kilómetros.

No porque yo no sepa apreciar en su justo valor el mérito de esa clase de trabajo, sino porque

cada uno tiene sus gustos. Yo prefiero á la descripción científica el estudio de las costumbres, profundizar la literatura de los diferentes países que visito, evocar sus leyendas, hacer hablar á las ruinas de sus templos, y saber, en una palabra, lo que han sido y lo que son estos mismos países.

Los que quieran conocer la latitud y longitud de Ceylan, la época de sus cosechas, etc., etc., que consulten el almanaque náutico; pero sin embargo, para aquellos que se obstinan en saberlo, les diré que Ceylan es una gran isla situada en el mar de las Indias, á ocho grados del Ecuador, frente al cabo Comorin, que termina la punta oriental del Indostan.

Esta magnífica isla pertenece á los ingleses. Allí, como en la India, la Francia ha visto antiguamente dominar su pabellon, y todavía se recuerda en sus costas al bailío de Suffren, que en 1782 forzó la entrada del puerto de Trinquemalé para apoderarse de la escuadra inglesa que se habia refugiado allí.

Dos sentimientos opuestos se despiertan en uno navegando por aquellos mares. El primero de admiracion, pensando en las luchas heroicas sostenidas por el honor del nombre frances, por Dupleix, Lally-Tollendal y Suffren, y el segundo de odio y de desprecio por los celos burocráticos que han hecho fallar en provecho de los ingleses, rehusando los subsidios y los soldados necesarios para los proyectos de aquellos hombres de genio que querian dotar á la Francia de un imperio oriental. Este es el mismo espíritu que, haciendo de nuestras colonias el patrimonio exclusivo de algunos hombres que se envian allí para redondearse, las ha arruinado á fuerza de un despotismo

estúpido, por no decir más... frente á las posesiones inglesas, holandesas y danesas, que la libertad ha hecho prósperas y dichosas.

Apénas hube desembarcado en Punta de Galles, me vi asaltado por una verdadera nube de mercaderes de curiosidades que me persiguieron hasta el hotel. Uno me ofrecia pájaros raros, otros, animales y pequeños muebles esculpidos en ébano ó marfil, alhajas, sortijas, collares ó perlas. Pero á pesar de la reputacion de Ceylan por estos últimos artículos, desconfiad y no compreis nada.

Punta de Galles es un inmenso almacén de bisutería, pues sus habitantes se aprovechan de la reputacion de su isla para presentar bajo todas las formas concha de contrabando y bujerías de vidrio tallado de mil maneras diferentes que les envian de Lóndres, y que vuelven allí infaliblemente en los dedos de las ladys, que al volver á Europa conocen que sus sortijas no valen un real.

Deseando permanecer en Punta de Galles algunos dias para descansar y fijar mi itinerario, alquilé una casita elegantemente amueblada para aquel país, pues no me gusta la vida de hotel, ménos en Oriente que en ninguna parte. Sin embargo, como habia tantos viajeros en aquel país, las mesas de los hoteles estaban muy concurridas y alegres, y me decidí á ir á comer al Oriental-Hotel.

Todas las mañanas daba á Amoudou dos fanous (sesenta céntimos de nuestra moneda), con lo que podia comer como un príncipe y hasta beber unos vasos de arack ó de callou, divinos licores que, segun él, *Mahoma no prohibia, puesto que no estaban fabricados por blancos.*

Durante los cuatro años que Amoudou perma-

neció á mi servicio, no tuve que hacerle el menor reproche. De una fidelidad y una abnegacion sin límites en medio de los azares de nuestra vida aventurera, no temió jamás exponer su vida por mí. Aunque nacido en Aden, era un verdadero nubio del país de los Barabras, incapaz de una cobardía ó de una mala accion si os profesaba cariño.

Pero la medalla tenia su reverso. En sus viajes á bordo de los paquebots habia adquirido la costumbre de las bebidas alcohólicas, y no podia resistir á la tentacion.

Respetando las prescripciones del Profeta, empezaba sus libaciones con el callou, jugo fermentado del cocotero; pero llegando á cierto grado de expansion, confundia en una misma admiracion el arack, el vino, el ajenjo y el coñac.

Este malhadado defecto nos ocasionó durante nuestras excursiones una infinidad de aventuras, tan pronto cómicas como desagradables, hasta el acontecimiento fatal del que él fué la causa, y que produjo la muerte de este fiel criado, en las orillas del Ganges, en la provincia de Agra.

Miéntras que Amoudou arreglaba y limpiaba la casa que habia alquilado, me dirigí al Oriental-Hotel, en donde me encontré á casi todos mis compañeros del *Erymanthe* almorzando, que se levantaron para saludarme, pues siempre he notado que todas las pequeñas disensiones y discusiones de á bordo desaparecen cuando llega uno á tierra.

Despues del almuerzo, el comandante y el agente de las Mensajerías anunciaron á los pasajeros que continuaban su marcha á Calcuta que podian disponer de cuarenta y ocho horas ántes de la salida del buque. El tiempo estaba variable



en el golfo de Bengala, y como estábamos en la época de los cyclones, era prudente esperar uno ó dos dias para que se declarase y fijase.

Punta de Galles recibe constantemente despachos telegráficos de Madras y Calcuta, dándole cuenta del estado del golfo.

Todos los viajeros se regocijaron con esta tardanza, que les permitia hacer excursiones en el interior, y desaparecieron en grupos, siguiendo diferentes direcciones segun el capricho del guía que habian escogido.

Dos oficiales del vapor me propusieron ir con ellos á visitar Colombo, donde estaba el gobierno de la isla, que aún no conocian, y acepté con tanto mayor gusto, cuanto que tenia una carta de recomendacion para un rico propietario del interior.

Dimos parte de nuestros proyectos al comandante, que al autorizar á los oficiales para que hiciesen la excursion, añadió que si algun acontecimiento extraordinario venía á modificar sus planes, les enviaria un telegrama á Colombo.

Amoudou nos trajo un carruaje ancho y cómodo, montamos en él y partimos para la expedicion.

Punta de Galles dista de Colombo setenta millas marinas; pero gracias á los relevos del camino, esperábamos llegar ántes de la noche.

El camino era delicioso; tan pronto seguíamos la orilla del mar, cuyas olas venian á morir á nuestros piés, como entrábamos en un bosque espeso lleno de tamarindos, mangos y otros árboles gigantescos, ó atravesábamos pequeñas llanuras pobladas de casitas cubiertas de hojas de cocotero. Las guayabas, los mangos y los dátiles pendian de los árboles, maduros y apetitosos.

De repente volvíamos de nuevo á pasar por aquella espléndida vegetacion, viendo pájaros de mil colores que pasaban por encima de nosotros, mientras que grandes monos negros se suspendian á las ramas de los árboles, y nos lanzaban sus frutos, haciendo los gestos más alegres y variados de su repertorio.

Despues aparecia de repente la mar, blanca de espuma en la playa azul, á lo léjos, y todo esto animado por centenares de hombres, mujeres y niños medio desnudos, llevando en cestos legumbres y flores.

¡Cómo los admirábamos con aquel ligerísimo traje!

Sus cuerpos bronceados tenian magníficas formas, tal cual la naturaleza sabe hacerlas para armonizar con aquel espléndido sol y aquella admirable vegetacion.

Todos, al pasar, nos saludaban llevando la mano á la frente segun la moda india. Todos parecian alegres y dichosos.

Y sin embargo, estos pobres cingaleses que tan poco necesitan para vivir,—un poco de arroz, los frutos que produce la tierra, casi sin cultura, el techo de una cabaña para abrigo, y una estera para reposar,—no son hoy desgraciados merced á su indiferencia y olvido, que son los rasgos distintivos de su carácter. Antes trabajaban muy poco, pues el lujo asiático de los rajahs no costaba lo que se creia; hacía siglos que los elefantes sagrados tenian sus adornos de oro y rubíes; el trono del Maha-Rajah de Kandy, todo de oro y marfil, era antiguo, y el impuesto del rey de las clases elevadas sobre las tierras no era tan exorbitante como el de hoy dia.

Pero vinieron los europeos, primero los portugueses y los holandeses, y en vez de impuestos en frutos, era preciso pagar en dinero, cortar los árboles odoríferos y aumentar la producción del arroz para exportarlo. Pero esto no era nada, pues con trabajar un poco se podía pagar.

Pero llegó un día en que la Europa entera estaba en guerra, la república francesa luchaba contra la coalición de las naciones. Brunswick había prometido incendiar á Paris; éste era el mejor momento para buscar querrela á los que no podían defenderse. Arrojos los ingleses de Trinquemalé en 1782 por la flota francesa, comprendieron en 1795 que había sonado la hora de apoderarse de Ceylan, que codiciaban hacía mucho tiempo.

Arrojaron á los holandeses en Galles, en Colombo y Nepombo, instalaron su dominación, que hicieron consagrar en 1802 por el tratado de Amiens, y después, poco á poco han conseguido, con una política cuya lealtad todos conocen, hacer desaparecer todos los rajahs del interior. Los pobres cingaleses se despidieron de la vida que Dios les había dado. Fué preciso con los recién venidos llenar de oro los bolsillos de John Bull, que tenía que pagar los millares de deudas que había contraído para trastornar la Europa. El colector estaba allí, era preciso pagar, y nada abre la bolsa como los palos y el tormento... Los cingaleses pagaron.

Nosotros seguíamos galopando en dirección de Colombo, y debíamos estar á mitad de camino, cuando nuestro cochero, dejando el camino, nos metió por un sendero, y al cabo de unos minutos nos paramos delante de una encantadora casita

rodeada de galerías de columnas cubiertas de enredaderas de bejucos.

Era el bengalow de Barzapoor, á algunas millas de Kaltura, estacion en que se reposan los viajeros ántes de llegar á Colombo, donde hay costumbre de ofrecer un vaso de callou al cochero.

Amoudou, que ya sabemos gustaba mucho de esta bebida, se bajó para acompañar al cochero.

Apénas nos bajamos del coche, cuando vino un indio de la costa del Malabar, á decirnos en inglés si necesitábamos tomar alguna cosa, champagne, cerveza ó cherry-cobler helado, gin, whisky ó coñac.

Nos condujeron á una galería al abrigo del sol, y nos sentamos en grandes butacas al lado de una mesita de madera maravillosamente trabajada.

Un jóven rubio, de veintiocho á treinta años, con patillas á la inglesa, que fumaba su cigarro bebiendo una botella de pale-ale, se levantó y nos saludó con amabilidad. Al tiempo de devolverle su saludo, uno de los oficiales me dijo al oído:

—¡Calla! Un inglés que ha dejado su *spleen* con sus bagajes, es un hecho tan raro que merece anotarse en el libro de impresiones.

La persona que habia sido objeto de esta reflexion la oyó, y dijo riendo:

—Reparad, caballero, reparad... Solamente que para no faltar á la verdad histórica, decid que soy frances del mismo Burdeos.

El oficial se excusó, y apretamos todos con efusion la mano de nuestro compatriota, que nos preguntó si éramos pasajeros del paquebot *Erymanthe*, y habiéndole contestado afirmativamente,

nos dijo que probablemente tendría que ir á bordo, donde venía un pasajero recomendando por un amigo suyo.

Júzguese cuál sería mi asombro al oír aquellas palabras.

—¿No sois Mr. Augusto Duphot?—le dije vivamente.

—En efecto, ése es mi nombre.

—Pues bien, mi querido compatriota, os presento al amigo de vuestro amigo.

Y le di mi carta de introducción.

Asombro general, nuevos apretones de manos, etc., etc. La casualidad me hacía un gran servicio encontrando á la persona á quien iba recomendado.

No tardamos en hacernos buenos amigos, y me contó la historia de su venida á Ceylan. Su padre vendía, bueno ó mal año, dos ó tres millones de mercancías exóticas, algodones y añil sobre todo.

Como hombre inteligente, había dado á su hijo excelente educación, y después de haberle hecho practicar algunos años en su escritorio, á los veinticuatro años le casó y le envió á Ceylan á reemplazar á su comisionista.

Desde que estaba en Ceylan, la casa había doblado sus capitales, y mi amigo pensaba volver á Francia dentro de dos ó tres años.

Este encuentro cambió nuestro itinerario.

—¿Qué vais á hacer en Colombo?—nos dijo Mr. Duphot.—Allí no hay nada que ver más que bazares, escritorios, y la casa del gobernador. Mejor es que vengais conmigo á mi casa; os llevaré á visitar el interior de la isla, que es espléndido; iremos á cazar el caiman y el gamo, y estoy

seguro que llevareis de este país un recuerdo que no se borrará jamás.

Iba á responder, cuando mi interlocutor me cortó la palabra con viveza.

—No me dirijo á vos, — me dijo, — pues querais ó no querais, teneis que ser mi huésped; me dirijo, pues, á los señores oficiales del *Erymanthe*, rogándoles que acepten mi invitacion.

—Aceptaríamos con mucho gusto, — respondió uno de ellos; — pero el comandante nos ha dicho que si tiene que salir ántes del plazo fijado, nos enviará un telegrama á Colombo, y...

—No importa, — interrumpió nuestro amigo; — enviaré un expreso á Punta de Galles con orden de venir á avisarnos si teneis que abreviar vuestra estancia en mi casa. Tampoco necesitais ese carruaje, pues el mio basta para todos.

Kaltna, lugar en donde nuestro compatriota tenia una bella plantacion de algodón, y donde residia, se encontraba en una posicion admirable, en el centro de un valle producido por el pico de Adam y los montes Kotmales, á diez y ocho ó veinte millas de Colombo, que le permitia, á pesar de habitar el campo, ponerse en pocas horas en Colombo para estar al frente de su escritorio en las épocas de exportacion.

No tardamos en ponernos en camino, y dejando el camino de Colombo á la izquierda, penetramos en el interior á lo largo del rio Kalloo, arrastrados por dos vigorosos caballòs que debian llevarnos á Kaltna en ménos de dos horas.

En Ceylan, como en toda la India, los criados no van nunca en coche, y ménos en el de sus amos. Como Amoudou no conocia el camino, obtuvo sentarse en uno de los estribos del coche,

con gran asombro de los dos vindicaras que corrian á pié al lado del carruaje, y que en su vida habian visto semejante cosa.

Y mi negro hubiera adquirido cierta celebridad si la raza no hubiera sido conocida en el país, y profundamente despreciada.

La repulsion que los cabellos de carnero (mouloucoma), como ellos los llaman, inspiran á los de Ceylan es tal, que si no hubiéramos estado allí nosotros, el vindiagar (cochero) y los dos vindicaras (correos) hubieran echado á Amoudou á latigazos del estribo del carruaje.

En las ciudades, los cocheros de alquiler los sufren con pesar, á ménos que no pertenezcan á la clase de los párias, pues en este caso, no perteneciendo ellos á ninguna casta, no temen rozarse con los mouloucoma.

Dejo para más adelante dar noticias más detalladas sobre los usos y costumbres cingaleses.

Diez minutos ántes de llegar, nos encontramos cinco ó seis criados provistos de antorchas resinosas, enviados por la señora de Duphot, que se pusieron á correr al lado de los caballos para iluminar su marcha.

La jóven señora nos recibió con una amabilidad perfecta, y mi calidad de recomendado me valió un cordial apretón de manos á la americana; y como era tarde, pasamos sin más cumplimientos al comedor, en donde nos esperaba la comida, servida á la moda india, en fuentes cubiertas con dobles fondos llenos de agua caliente, lo que hace que cada plato conserve, sin secarse ni tostarse demasiado, el calor necesario; cuando tarda uno mucho en ponerse á la mesa, el cocinero renueva el agua caliente de cada fuente.

La comida fué exquisita, aunque mi paladar habia ya olvidado esta cocina en los dos años que estuve en Europa, por lo que me parecieron las salsas algo picantes.

Despues de comer, mis dos compañeros se retiraron á descansar con esa libertad de la hospitalidad oriental, que deja á cada uno obrar como mejor le parezca y como si estuviese en su casa.

En cuanto á mí, permanecí por espacio de muchas horas con aquella amable familia. ¡Teníamos tanto que hablar!

Como venía de Paris, la ciudad simpar fué al principio el objeto de nuestra conversacion, contándoles yo sus embellecimientos, los teatros nuevos y las obras que se habian estrenado aquel invierno. La jóven procuró sondearme sobre las modas, lo que no me asombró, pues la leyenda india coloca á Eva habitando el pico de Adam, en el valle mismo de Kaltna.

Y como se lo hiciese notar, me respondió riendo:

—Entónces no sabeis que nuestra leyenda india no se parece en nada á la version hebrea, y que nuestra Eva de Ceylan no tiene relacion alguna con la de la manzana y la serpiente.

A veces nos parecia, al hablar de nuestro país natal, que estábamos allí; pero al arrojar una mirada á nuestro alrededor, la ilusion se desvanecia y la realidad nos recordaba el país en que estábamos.

Un vigoroso indio, sentado hácia fuera en el vestíbulo, balanceaba sobre nuestras cabezas un inmenso pankah, que refrescaba el aire de la habitacion; los perfumes embriagadores de las flores y de los árboles nos rodeaban como un baño



de vapor; los criados, retirados en sus casetas bajo los tamarindos y los mangos, cantaban algunas canciones con el tono lento y monotonó propio de la música del extremo Oriente.

Millares de gusanos de luz saltaban por en medio del follaje, parecidos á chispas de fuego arrastradas por el viento, y de la montaña, del bosque, de las cañas de azúcar, de los estanques, salían mil ruidos confusos, mil gritos de insectos, de pájaros de noche, de animales de todas clases.

Las estrellas palidecían en el firmamento, cuando la conversacion empezó á hacernos sentir sus efectos soporíferos, y por más que queríamos prolongar aquella deliciosa conversacion, tuvimos que irnos á descansar.

Un criado que debía dedicarse tan sólo á mi servicio mientras estuviese, vino para conducirme á mi habitacion. En ésta habia un lecho y una hamaca, cubiertos ambos por mosquiteros; y habiendo elegido ésta como más fresca, me quedé profundamente dormido.

Al dia siguiente, ya tarde, entró en mi cuarto el dobachy (ayuda de cámara), presentándome en una bandeja tres tazas, una con café, otra con té, y la otra con un caldo dorado y perfumado llamado mouloucoutanie (caldo de carnero), que es uno de los triunfos de la cocina india, y cuya receta daré á su tiempo.

Apénas acababa de tomar la última cucharada del odorífero líquido, cuando Mr. Duphot entró sin ceremonia en mi cuarto, seguido de un criado que llevaba para mí un traje completo de caza, hecho de cutí, fresco pero fuerte al mismo tiempo, llamado en el país tela de anana.

—Vestíos pronto,—me dijo;—vamos á dar un

paseito ántes de almorzar, y tirar al blanco sobre los caimanes. Los caballos y las armas están listos; no esperamos más que á vos.

Durante cerca de media hora atravesamos al trote corto un valle más allá de Kaltna, que se prolonga entre dos cadenas de montañas hasta el pico de Adam, esplendente de vegetacion, tan pintoresco que la pluma más entusiasta y más poética sería impotente para describir.

Llegados al límite de un bosque de tamarindos, nos apeamos, dejando nuestros caballos al cuidado de cuatro correos que nos habian seguido, y con el fusil al hombro nos internamos en el bosque.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha llegamos á un sitio tan frondoso que parecia á primera vista imposible de atravesar.

—Atencion,—nos dijo en voz baja Mr. Duphot. —Avancemos lentamente y en silencio, y gozareis de uno de los espectáculos más magníficos que pueda el hombre contemplar.

Le seguimos por un pequeño sendero á traves de los troncos y de las múltiples raíces que se entrelazaban entre sí, reteniendo nuestro aliento y procurando ahogar el ruido de nuestros pasos. Pero de repente el sendero tomó un declive tan rápido, que nos fué preciso agarrarnos á las ramas para no resbalarnos.

Ni un rayo de sol penetraba aquella bóveda espesa; la luz, al penetrar en aquel follaje gigantesco, tomaba un verde sombrío, que se reflejaba sobre los troncos de los árboles y sobre nosotros mismos.

El oido más sutil no hubiera apercibido el más leve ruido; era el silencio del bosque vírgen,

silencio lleno de majestad y de poesía, pero de una tristeza melancólica que acababa por pesar sobre el corazón.

De repente nuestro amigo llamó en voz baja á Ramassamy, el jefe de los criados que le acompañaban, y le mostró con el dedo un bejuco verde enrollado sobre nuestras cabezas, que sin duda le ordenaba cogiese para enseñárnoslo.

El indio, pues era un malabar de la costa, se acurrucó al pié del árbol en donde estaba el bejuco, y se puso á cantar en voz baja una canción entremezclada de silbidos más ó menos agudos, según la modulación, y que se terminaba en trinos como el canto del búfalo, este pájaro de rojo penacho y de canto melancólico, que muere al pasar los veinticinco grados de latitud, no pudiendo vivir lejos de aquellos cálidos países y árboles eternamente floridos, en donde forma su nido.

Después de algunos minutos de aquel canto extraño y monótono, el bejuco empezó á moverse como por encanto, y un silbido agudo y prolongado respondió al llamamiento del indio. Nosotros nos estremecimos á pesar nuestro. Aquel bejuco de un verde claro era una serpiente.

—No temais,—nos dijo nuestro amigo;—antes de dos minutos Ramassamy va á cogerla; le arrancará los colmillos si los tiene, pues no está seguro que sea venenosa, y nos la regalará.

En efecto, el indio continuó su canto de una cadencia y de un ritmo tan singular; la serpiente desenrolló poco á poco sus anillos, llevando el compás con la cabeza con un movimiento lleno de gracia, estirándose á lo largo de una rama, como para bajar hasta donde estaba el que la llamaba.

No tardó, al sonido de aquella extraña melodía, en balancearse dulcemente en el espacio, no estando retenida más que por un simple anillo, y fijando sus pequeños ojos encarnados sobre el indio, que parecía fascinarla. Pero á poco aflojó el anillo que la sujetaba á la rama, y se dejó deslizarse á tierra.

Apénas tocó el suelo, y rápido como el relámpago, Ramassamy la cogió por la cabeza de modo que no pudiese morderle, y levantándose, nos la enseñó enroscada alrededor de su brazo.

Introduciendo entónces la punta de la hoja de su cuchillo en la boca del reptil, le arrancó los dos incisivos con las vesículas del veneno que están unidas á ellos, y se la dió á su amo, que la tomó para enseñárnosla. Con esta operacion quedó completamente inofensiva.

Tenia más de un metro cincuenta centímetros.

—Es una de las peores serpientes de estos países,—nos dijo Mr. Duphot, examinándola.— Creí al principio, al ver su color, que era simplemente una serpiente bejuco, como indica su nombre, un animal poco peligroso; pero mirad esas ligeras manchas rojas que se dibujan sobre su cuerpo: tan venenosa es su mordedura como la de la cobracapella (1), y á pesar de toda la ciencia y el charlatanismo de los curanderos, no hay más que un remedio eficaz contra estas mordeduras, y es la succion de la llaga. Los indios, que pasan por poseer un remedio soberano cuya receta es un secreto, no emplean otro remedio que el de la succion, atando fuertemente el miembro mordido, y haciéndo luégo sudar abundantemente al enfermo

(1) Culebra venenosa de la India con antojeras.

con infusiones de agua de azúcar y de canela. He visto salvar á dos de mis criados con este procedimiento, y creo sea el único infalible. Pero dejemos á un lado este asunto, y continuemos sin ruido nuestra marcha, pues tengo miedo de asustar á los que vamos á visitar.

El bosque era cada vez más espeso; cada rama de multipliante (1) que habia tocado la tierra se arraigaba en ella, brotando un árbol que á su vez se reproducia de la misma manera, formando un ramaje inextricable.

Como el sendero que seguíamos habia sido abierto á fuerza de hacha, caminábamos como entre dos murallas de follaje, de troncos de árboles y de raíces, separando con la mano las ramas jóvenes que nos azotaban el rostro.

En fin, llegamos á un llano que era el fin de nuestra correría, y no pude reprimir un grito de admiracion.

Delante de nosotros se extendia un pequeño valle redondo, y sobre cuya pendiente los multipliantes continuaban serpentando, pero no tan espesos como en el declive que acabábamos de atravesar. En el fondo habia un pequeño lago de dos kilómetros de circuito, y en cuyo centro se veian árboles gigantescos que formaban una especie de bosque en medio del lago.

Era un espectáculo grandioso, que jamás la imaginacion de ningun poeta ni pintor habria soñado. En medio mismo del lago, una pequeña isla de veinte pasos de extension tenia un magnífico flamboyant, especie de tulipan, que cubierto de flores del más bello encarnado, parecia ser

(1) Arbol de las Indias Orientales.

el centro de un inmenso ramo, formando el contorno los bellos multipliantes con su follaje verde oscuro.

Y sobre el lago se deslizaban los pardales de plumaje dorado, los patos brahmes de color azafranado, animales reverenciados y celebrados en las mitologías de los pueblos por las aventuras fabulosas que se les atribuyen en la guerra de Rama contra Ravana, y bandadas de zarcetas de verde plumaje y pico amarillo; miéntras que en las orillas se veían los martin-pescadores, de todos tamaños y toda clase de colores, mezclados con las garzas reales y los cuervos marinos de cuello negro cubiertos de paperas, volando y zambulléndose con rapidez para buscar su comun alimento.

—Este es el lago de los caimanes,—nos dijo mi amigo;—y en verdad que esos señores podían haber elegido una habitacion que fuese más fea.

No pude ocultar mi asombro al ver que un lago que encerraba tan terribles animales, estuviese al mismo tiempo habitado por tan gran cantidad de pájaros acuáticos.

—¡Oh!—me respondió.—Las zarcetas, patos, pardales y otros tienen la vista demasiado penetrante para dejarse atrapar; en el momento que aparece el caiman, ó que nada á la superficie ó entre dos aguas, los primeros pájaros que le perciben dan el grito de alarma, y huyen sus compañeros al lado opuesto. Y además, los caimanes no procuran jamás atraparlos, sea por costumbre ó porque conocen la inutilidad de sus esfuerzos. Coloquémonos ahora bien. Ramassamy va á arrojar el anzuelo en las orillas del agua, y serémos bien desgraciados si dentro de un cuarto de hora

no hemos encontrado ocasion de probar nuestros fusiles.

Nos escondimos á veinte pasos detras de un espeso follaje, y el indio, acostumbrado á aquel trabajo, lanzó con gran habilidad, de distancia en distancia, gruesas bolas de carne de caltra preparada al efecto; luégo se tendió en la yerba.

Esto fué hecho con tal rapidez, que ni las zarcetas que estaban más próximas á nosotros, pasturando entre las altas yerbas que subian hasta flor de agua, volvieron la cabeza.

De rodillas, con el dedo sobre el gatillo y respirando apénas, inspeccionábamos la superficie del lago á traves del follaje; pero nada se movia, nada, en apariencia, daba á entender la presencia de los peligrosos animales que esperábamos.

Sin duda nos habian visto ú oido, pues no se apresuraban á salir del ramaje.

Permanecimos en acecho cerca de media hora, y cansados, ya íbamos á romper el silencio y encender nuestros cigarros, cuando Ramassamy vino arrastrándose cerca de nosotros, y nos enseñó un milano que sobre la orilla opuesta saltaba de rama en rama, dando gritos y agitando las alas. Bien pronto el pájaro de presa voló describiendo, segun su costumbre, vueltas por encima del lago como si acechase una presa.

—Por fin vamos á alcanzar el precio de nuestra paciencia,—nos dijo mi amigo.—Cuando veais á ese pájaro revolotear en el follaje á lo largo de la ribera, es que el caiman no está léjos; él le observa, le sigue, le acompaña con sus aleteos y sus gritos de alegría, pues sabe que los restos serán para él si la caza es buena.

Al cabo de algunos minutos vimos la cabeza

de un monstruoso caiman que avanzaba con rapidez hácia nosotros, hendiendo el agua tan hábilmente, que apenas levantaba una ligera espuma á su alrededor.

En un cerrar de ojos, las zarcetas, los patos y los demas animales desaparecieron entre los juncos del lado opuesto, y el caiman quedó dueño del lago. Su instinto, ademas, no le engañaba; nadaba en línea recta hácia el cebo que le habian puesto.

—Atencion,—nos dijo Mr. Duphot, que dirigia esta curiosa caza, y á quien obedecíamos ciegamente.—Dejadle comer las primeras bolas, y ya confiado y tranquilo, vendrá enfrente de nosotros á comerse la última bola, y entónces podremos apuntarle en los únicos puntos en que es vulnerable, el ojo ó la espalda. Es necesario que tiremos los cuatro á la vez, y si alguna de nuestras balas cónicas explosivas le alcanza en buen sitio, es nuestro. Cuando esté bien á tiro, yo daré la señal.

Confieso que mi corazon latia con una violencia extraordinaria, no de miedo, pues no nos exponíamos nada, puesto que despues de herido huye sin defenderse; pero mi emocion era natural, pues nunca habia tenido al alcance de mi fusil semejante caza.

En un instante el monstruo devoró las primeras bolas; despues, como lo habia previsto mi amigo, tranquilizado por el silencio y la calma que reinaba á su alrededor, avanzó sin desconfianza en nuestra direccion.

Nosotros interrogábamos á mi amigo con la mirada, que, frio é impassible, observaba y calculaba la distancia. Una rama que crujió al apoyarse en ella uno de nosotros, estuvo á pique de echar-



lo á perder todo, y sin embargo, esta circunstancia fué la que nos le entregó.

Al oír aquel ruido, se paró bruscamente, inquieto y aspirando el aire á su alrededor... No oyendo ya nada, sacó la cabeza fuera del agua como para mirar de dónde procedía el peligro que le amenazaba.

Distinguimos entónces perfectamente descubierta la parte inferior de su quijada y la parte superior del pecho, de un gris amarillento, que no tiene las escamas que le cubren el resto del cuerpo, haciéndole invulnerable.

A una señal convenida, disparamos los cuatro tiros de carabina, saliendo á un tiempo, confundiéndose en una sola detonacion, y oyéndose casi al mismo tiempo un silbido gutural y prolongado. ¿Estaba herido ó muerto? Nos levantamos instantáneamente para mirar, cuando nuestro amigo nos dijo con una voz acentuada por la emocion:

—Alejaos, no está más que herido; acaba de precipitarse sobre la yerba.

En un instante mis camaradas huyeron, y yo, agarrándome á una rama de multipliante, de un vigoroso esfuerzo me lancé á su cima.

Vi entónces, no sin temor, á cinco piés del sitio que acabábamos de dejar como un torbellino de hojas y de ramas. El monstruo estaba dando las boqueadas, y con su terrible cola daba fuertes sacudidas á cuanto estaba á su alcance.

Esto duró algunos segundos; luégo cesaron bruscamente sus movimientos, y permaneció extendido en un mar de sangre.

Si nos hubiéramos quedado un minuto más en nuestros puestos, éramos perdidos.

Nos acercamos entónces para contemplar de cerca nuestra terrible víctima.

Despues de haberse asegurado de que estaba bien muerto, Ramassamy se inclinó sobre el cuerpo del animal para examinar las heridas.

—Os habeis portado bien,—me dijo Mr. Duphot,—y ni la vista ni la mano os han temblado; pero confesad que era tiempo de huir, pues si nos alcanza nos hace pedazos. Ahora que ya hemos ganado nuestro almuerzo, vamos á distraernos tirando á las zarcetas y los pardales que vuelven por este lado.

Ramassamy recibió órden de limpiar y preparar el caiman, que su amo deseaba conservar en recuerdo de aquella deliciosa mañana.

Me prometia un verdadero placer con la segunda parte de la caza, creyendo poder coger alguno de aquellos hermosos pájaros, cuando vimos con pesar que teníamos que renunciar á ello, faltos de municiones.

Y como estábamos encantados con aquel delicioso sitio, rogamos á nuestro amigo nos trajese al dia siguiente para guerrear únicamente con los patos, zarcetas y demas menuda caza.

Apénas llegamos á Kaltua, cuando supimos con un verdadero pesar que el indio enviado á Punta de Galles acababa de llegar con una carta del comandante de la *Erymanthe*, rogando á sus dos oficiales volviesen á bordo aquella misma noche, pues levaba el ancla á la mañana siguiente.

El almuerzo fué triste, pues en estas ardientes latitudes se estrecha pronto la amistad; países bendecidos por el cielo, en que la vida se desliza sin cuidados ni esfuerzos, en medio de todos los

goces de la naturaleza, unidos á las comodidades creadas por el hombre.

Acompañamos á los dos oficiales á Punta de Galles, y el comandante de la *Erymanthe* nos convidó á almorzar á bordo, y nos dijo que, habiéndose serenado por completo toda la costa, habia tenido que adelantar un dia la salida, pues en las épocas del cambio del monzon (1) el tiempo no está seguro de un dia á otro.

Volvimos al dia siguiente á Kaltna, atravesando las montañas, que es un camino tan bello y pintoresco como el de la costa.

En la cima de un montecillo, ménos obstruido por aquella esplendente vegetacion que á veces nos ocultaba la vista del cielo por espacio de horas enteras, vimos el pico de Adam, inundado de luz, más próximo á nosotros que cuando le habíamos saludado la primera vez desde el Océano.

Las tradiciones religiosas de la India dicen que de allí partió Adan con su compañera Eva para dirigirse al continente, á pesar de la prohibicion de Brahma, el señor de lo creado; desobediencia que pagaron condenándolos al trabajo y á los sufrimientos que son la herencia de sus descendientes.

He traducido de la *Biblia de la India* la leyenda brahmánica del primer hombre y del pecado original, que explicaré más adelante, cuando me ocupe de las creencias cingalesas, como de la relacion conservada por las tradiciones búdhicas sobre los mismos acontecimientos.

.....

(1) Monzon, brisa larga y periódica que reina en los mares de la India.

Permanecí en Kaltna por espacio de tres meses, dividiendo mi tiempo entre la caza y la pesca, dando largos paseos sobre el lomo de un elefante, durante los cuales olvidaba el mundo entero, entregado á mil reflexiones que nadie interrumpía.

En ninguna parte como en la India he experimentado esta calma y este reposo interior que le hacen experimentar á uno la dicha de vivir, y este mismo sentimiento se ha desarrollado en mí, lo mismo en Ceylan, Pondichery, Chandernagor, Agra, Delhi, Benares, ó en los valles del Himalaya. El mundo entero me era indiferente, circunscribiéndose mi vida al paisaje que podía abrazar mi mirada y á las afecciones de familia y de amigos que me rodeaban.

Siempre recordaré con gusto mi encantadora vivienda, perdida en medio de los bosques, á algunas leguas de Pondichery, á las orillas del lago Oussoudou, donde pasé en familia con algunos amigos verdaderos las horas más dichosas y apacibles tal vez de toda mi vida.

La frescura de las mañanas y de las noches nos permitía ir á la pesca y á la caza, mientras que en las horas de la fuerza del calor, extendidos en nuestras hamacas, en medio de conversaciones sin fin, mirábamos elevarse en espirales el humo odorífero de nuestros cigarros de Rangoon ó Coringuy.

Alejados de todo centro de poblacion, nos considerábamos dichosos; y ¡cuántas veces hemos deseado acabar allí nuestros días!

Las noches de la India no son silenciosas y lúgubres como las de Europa.

Parece que la naturaleza entera sueña dormitando.

Las luciolas (1) fosforescentes poblaban los cielos como millares de estrellas, los insectos zumbaban en el follaje, la brisa gemía y lloraba como un arpa trayendo el perfume de las flores, y grandes pájaros nocturnos revoloteaban sobre nuestras cabezas en aquellas noches encantadoras y poéticas que pasábamos en el lago, al ruido del canto monotonó de nuestros remeros indios, cuando íbamos á sorprender á las zarcetas y los cisnes dormidos sobre las altas yerbas, escuchando aquellos millares de conciertos que se elevaban de las aguas, de la tierra y del cielo.

De cuándo en cuándo se oyen los ladridos lastimeros de los hambrientos chacales ó los terribles rugidos de la pantera ó del tigre.

Luégo se ven venir grandes búfalos negros, de cuernos en espiral, que vienen á respirar el aire fresco de los lagos ó de los rios, adelantándose con precaucion y llamando á los que se retrasan con sus prolongados mugidos.

Los pequeños van entre sus madres, y los machos al frente, hasta el campamento escogido para pernoctar. Todos los animales huyen á su aproximacion: los tigres, las panteras, los jaguares y los chacales.

¡Desgraciado del viajero retardado que los hallase en su pasaje, pues al dia siguiente se veria su cadáver destrozado por las bestias inmundas!

Aunque no sea precisamente el objeto de esta obra narrar en detalle escenas particulares de mi vida en la India, no puedo resistir al deseo de narrar las peripecias de una de las noches más extrañas que he pasado en este país.

(1) Especie de luciérnagas.

Estaba en Chandernagor.

Hacía tiempo que habíamos proyectado una caza en las grandes islas del Ganges, á veinticinco ó treinta millas de esta ciudad, cuando una mañana el comandante B... de los cipayos vino á decirme que un rebaño de búfalos se había establecido en aquellos parajes, y que sería tal vez bueno hacerles una visita.

Nos decidimos á partir aquella misma noche, y envié inmediatamente mi kansama en busca de un *dingui*, especie de buque provisto de una pequeña cámara y de una docena de vigorosos remeros, capaces de hacernos remontar el Ganges por espacio de cinco dias, tiempo que necesitábamos para llegar á nuestro destino.

El kansama es en Bengala el jefe de los criados.

A eso de las cuatro vinieron dos amigos nuestros á reunirse á la expedicion.

Sin embargo, como no podian partir hasta el dia siguiente, por tener asuntos urgentes, se convino que irian á Tripany á caballo, donde debíamos esperarlos para subir juntos á las Grandes Islas.

Las cazas de la India no se parecen nada á las de Europa. Por cortas que sean, es preciso llevar consigo todos los criados, tener el mismo servicio, las mismas comodidades que en su casa, tener su tienda para preservarse de los ardores del sol, un baño fresco y perfumado para devolver al cuerpo la elasticidad que el calor le hace perder.

Es preciso tambien llevar las provisiones de boca para todo el tiempo que se quede uno allí, y sobre todo una abundante provision de agua, pues desgraciado de aquel que use la de los estanques,

llenos de animales de todas clases, porque la menor desgracia que puede sucederle es la de adquirir una de esas terribles fiebres de los pantanos, que duran años enteros y que no se curan siempre con un cambio de clima, sobre todo cuando tiene uno la desgracia de encontrar al principio de la enfermedad uno de esos médicos ingleses que os administran una dosis de quinina capaz de hacer temblar á un elefante, ó buenos tragos de brandy, que acaban por daros un ataque al cerebro. Podeis estar seguro de que si os veis acometido por la fiebre ó el tífus, no será culpa suya.

He conocido á un médico que administraba las mismas medicinas á los hombres que á los caballos, diciendo que, siendo de un compuesto de organizacion igual uno que otro, los mismos remedios debian emplearse con ambos.

Los numerosos preparativos que hacen los indios y su lentitud acostumbrada, nos impidieron montar en nuestro dingui al comandante B... y á mí hasta cerca de las once la noche.

El tiempo era magnífico. Gracias á la esplendente claridad de la luna, que es desconocida en nuestros hermosos países del Norte, veíamos perfectamente las dos orillas de este rio majestuoso, el más bello que hay en el mundo, y al ruido cadencioso de nuestros remeros que herian el agua al compas de su cancion.

De cuándo en cuándo llegaban hasta nosotros los sonidos de la trompa y del tam-tam, llevados desde tierra por esas brisas tibias y perfumadas que no se encuentran más que en estos climas, y que sumergen á uno en un bienestar indefinible.

Pasamos cerca de algunos pueblos indios, que

celebraban la fiesta de uno de sus innumerables dioses, ó al ruido de la música sagrada que acompañaba á una recién casada al domicilio conyugal.

En estos pueblos, los más dichosos de la tierra, cuando el hambre no los diezma y las cosechas bastan para pagar los impuestos, la alegría ó el dolor de una familia se extienden á la casta entera, que se regocija ó llora con ella.

Sentados á la puerta de nuestra pequeña cámara, hacía tiempo permanecíamos en silencio, entregados á nuestros ensueños en medio de una noche tan tranquila y de un río tan inmenso.

En el centro de aquella grandiosa naturaleza, y por una asociación de ideas fácil de comprender, mis pensamientos me llevaron poco á poco hácia la Francia: pensaba en las torres medio destruidas del viejo castillo de los duques de Borgoña, cerca del cual había nacido... y mi infancia se presentó rápidamente á mi imaginación...

Luégo, continuando el exámen de los años que había vivido, me puse á reflexionar en las mil circunstancias que me habían arrojado á tres mil leguas de mi país.

De repente el comandante me dijo:

—¡Caramba, amigo mio, cómo soñais con los ojos abiertos! Hace cinco minutos estoy llamando vuestra atención, haciéndoos signos, y ni lo notais. ¿En qué pensais?

—En el pasado,—le dije.

—Excusadme por haberos distraído; pero mirad y escuchad.

Éché una mirada á mi alrededor. La embarcación que nos conducía se había parado en medio del río, tan rápido en aquel sitio que apenas bas-



taban para tenerla quieta cuatro perches plantados detras y delante. Las dos orillas del Ganges, muy bajas en este sitio, se confundian con el nivel del agua, y á cada lado se extendian los juncos con sus misteriosos é impenetrables follajes.

Ya no se veian ni luces, ni habitaciones, ni aldeas.

Estos sitios no corresponden á la idea que han hecho formar en Europa las descripciones fantásticas de los novelistas que, como Mery, han estudiado la India en el boulevard.

Las junqueras son vastas llanuras pantanosas, cubiertas de juncos y de yerbas de tres ó cuatro metros de altura, y en donde el imprudente que se aventura sin guía se pierde como en los bosques vírgenes del Nuevo Mundo, muere de hambre ó es devorado por las fieras, ó desaparece en las cloacas de lodo, que no pueden adivinarse y que se cierran sobre su cabeza sin dejar señal alguna.

—¿Hemos llegado al lugar de la cita?—dije al comandante.

—No; pero escuchad.

Presté atencion, y oí como rugidos que se producian en intervalos desiguales; pero tan léjos y tan débiles, que me fué imposible distinguir su origen.

—Serán —le dije— los chacales combatiendo para apoderarse del cadáver de algun indio que las olas hayan arrastrado á la orilla.

—Preguntad á check Fellou, —respondió el comandante, —que dice que es un tigre que va á comerse un ciervo ó un jabalí, media milla más arriba.

—Es verdad, saeb, —respondió el jefe de los remeros; —es un tigre, y si estuviéseis más acos-

tumbrado á los ruidos nocturnos, oiríais los sordos gruñidos de la bestia en medio de los gritos de los chacales, que esperan les abandone sus restos.

El comandante B... quiso enterarse si podríamos sin exposicion enviarle una bala al pasar, para experimentar nuestra habilidad.

El comandante de los cipayos de Chandernagor era un cazador de tigres furioso, que habia arriesgado cien veces su vida contra estos terribles animales; y comprendí que le daría una satisfaccion no oponiéndome á sus deseos, rogándole tan sólo no desembarcásemos en tierra, pues sería una temeridad aventurarse en medio de la noche en un sitio desconocido, frente á un animal tan peligroso como el tigre real.

Se convino en acercarse cuanto fuese posible, quedándonos, sin embargo, fuera del alcance del primer salto del animal.

Y en el caso de que el animal, ya herido, intentase un movimiento ofensivo, bajaríamos el rio con toda la viveza de nuestros remos y de la corriente.

Los tigres de estos países no temen al agua, atraviesan jugando los rios más rápidos; la mar tampoco les espanta.

La isla de Sogoor, situada en el golfo de Bengala á la embocadura del Hougly, uno de los brazos más grandes del Ganges, está poblada de animales, que destruidos y ahogados á cada cyclone, se ven constantemente reemplazados por otros que vienen del continente atravesando á nado un brazo de mar de muchas millas de anchura.

La prudencia nos aconsejaba que tomásemos bien nuestras medidas en caso de ataque.

Tardamos cerca de media hora en subir la corriente, que era muy rápida, y en acercarnos á la orilla.

A medida que avanzábamos, los sonidos roncocos y guturales del tigre cuando está satisfecho llegaban á ser cada vez más distintos, y por su fuerza y por su ferocidad comprendimos que íbamos á luchar con un animal de la más bella especie.

Examinamos con cuidado nuestras carabinas, y cambiamos los cartuchos, que la humedad de la noche podia haber echado á perder, y esperamos.

No estábamos ya más que á cincuenta ó sesenta metros de la orilla, y si el tigre herido saltaba al agua, no podia alcanzarnos del primer salto.

Los chacales, que nos habian oido, aullaban con rabia como para prevenir á su aliado de la presencia de un enemigo.

Dejamos de remar.

Cinco de nuestros indios, armados de pértigas, arrastraban la barca á la orilla. Cuando no estuvimos más que á unos treinta metros de la orilla, el tigre ya no se oia.

Sin duda su instinto le advertia ponerse á la defensiva, y no hacerse traicion con sus gritos.

Los indios de nuestra tripulacion permanecian firmes en sus puestos, prontos á maniobrar para huir, pero sin dar la menor señal de miedo.

Anquetil Duperron, en su relacion fantástica de sus cazas de pavos salvajes en las llanuras de la Alta Bengala, se entretiene en ridiculizar á los indios, asustándose al menor ruido y muriéndose de miedo al ver aparecer cualquier animal feroz.

Preguntad á los ingleses, que han visto he-

chos trizas sus regimientos por la caballería sike, que se acordaba aún de las lecciones del general Allard, si los indios son cobardes...

Preguntadles también si retrocedieron ni un paso aquellos regimientos de cipayos cuando se los ametralló porque rehusaban embarcarse para ir á Birmania; atroz y espantosa página de la historia de los altos hechos ingleses de la India, que es preciso escribir con sangre...

Los indios que habeis creído ver temblando de miedo, señor Duperron, se han burlado de vos; éste es el medio que usan cuando ven á algun europeo que juzga su país por medio de sus preocupaciones y de sus lentes.

Ellos conocen sus bosques, saben las guaridas de las fieras, y al conduciros á una modesta caza de pavos salvajes, saben muy bien que vuestra persona está al abrigo de todo peligro... Si lo hubiera habido no hubieran ido con vos, pues los indios no cazan las fieras de su país más que con las gentes que ellos conocen y han visto ya obrar en otras ocasiones.

El indio es valiente, pero tiene la conciencia de su debilidad, pues no tiene ni jefes, ni armas, ni disciplina. Dadle todo esto, y ya vereis...

De repente oimos un rugido formidable que nos hizo estremecer de terror, y vimos á diez pasos de la orilla, á unos cuarenta metros de nosotros, un magnífico tigre real medio echado sobre una masa negra, que creimos sería un toro.

Durante algunos segundos, mis sienes palparon con fuerza, una nube pasó por mis ojos; pero rehaciéndome contra aquel fenómeno físico que no habia podido evitar, recobré poco á poco mi energía y sangre fría.

En este momento el tigre se levantó de encima de su presa y dió un paso en direccion nuestra, descubriéndose completamente á nosotros y aspirando el aire con sus poderosas narices y bariendo la tierra con su poderosa cola. La luna esparcia tal claridad que hasta distinguíamos las anchas manchas negras de su piel.

— ¡Alto! — dijo el comandante B... en voz baja. — No tireis hasta que yo tire, y eso en el caso de que el tigre herido venga hácia nosotros.

Nuestros indios pararon la barca.

Como hombre ejercitado, B... apuntó al tigre y disparó, y al mismo tiempo de la explosion de la carabina se oyó un rugido terrible.

De un brinco saltó el animal hasta la misma orilla, é íbamos á ponernos en precipitada fuga, cuando le vimos tambalearse y caer.

Atravesado por una de esas balas que revientan en la herida, haciendo terribles estragos, el pobre animal agonizaba, dando gritos desgarradores, con el cuerpo casi metido en el agua.

Yo quise volver á disparar para terminar sus sufrimientos.

— ¡Bah! — dijo el comandante B... — Dejadle. ¿Para qué echar á perder la piel? Si él os hubiera cogido, no hubiera gastado cumplimiento ninguno.

El estertor cesó, y despues de una última convulsion, el tigre quedó inmóvil. Estaba muerto.

Ordenamos entónces á nuestros remeros que se acercasen á la orilla para llevarle á bordo, donde le quitaríamos la piel, pues no queríamos exponernos á hacerlo en tierra, por miedo de encontrarnos con su hembra ó alguno de sus colegas.

Algo difícil fué la operacion de colocarle en la embarcacion; sin embargo, la llevamos á cabo con toda felicidad, inquietados solamente por una infinidad de chacales que no esperaban más que nuestra partida para apoderarse del toro que ellos heredaban por la muerte del tigre...

Con el mayor placer vi alejarse á nuestra embarcacion de la orilla, pues sabía cuán peligrosos es en la India permanecer cerca del cadáver de un animal, pues el viento lleva á lo léjos las emanaciones, y las fieras, advertidas, vienen de dos y tres leguas para reconocer aquella presa que la finura de su olfato les revela.

En ménos de dos horas check Fellou arrancó la piel del animal, que era magnífica, de cerca de tres metros desde la cabeza hasta la extremidad de la cola.

Al dia siguiente, á medianoche, si nuestros cálculos no nos engañaban, debíamos llegar á Tripany, lugar de la cita, y deseábamos poder enseñar á nuestros amigos nuestra soberbia caza.

Rendidos con tantas emociones, nos echamos sobre las esterillas de junco, abandonando al patron la direccion de la barca, y encargándole nos despertase cuando llegásemos adonde íbamos.

No sé cuánto tiempo dormiríamos, cuando me levanté bruscamente, medio asfixiado por una espesa humareda que me ahogaba, mezclada de un olor nauseabundo á carne asada. Desperté á B..., que dormia en medio de aquel aire mefítico, y salimos los dos de la cámara para preguntar la causa de aquella humareda.

No olvidaré en mi vida el lúgubre espectáculo que se presentó á mis miradas. Nuestros hombres estaban acostados, con la cabeza envuelta en

el pedazo de calicot que llevaban alrededor del cuerpo.

Toda la ribera y nuestra embarcacion estaban envueltas en un humo espeso y tibio como el vapor del agua, á traves del cual distinguíamos unas quince hogueras delante y detras de nosotros. Nuestra embarcacion estaba amarrada á los últimos escalones de unas gradas monumentales coronadas de un pórtico sostenido por cuatro columnas que aparecian ó desaparecian conforme cedia el fuego al humo ó éste á la llama. De cada escalon partia un grito, un gemido ó una queja... Estábamos en el *gate* (1) de los muertos en Tripany...

Cada una de estas hogueras atestiguaba un cadáver, cada uno de estos escalones un moribundo que venía á dar el último suspiro sobre las orillas sagradas del rio.

La esperanza suprema del indio es morir mirando al Ganges, ser quemado enseguida por su familia á sus orillas, que arrojan en las aguas purificantes, en que el divino Kristna fué bautizado por Ardjouna, los huesos de sus parientes para lavarlos de sus últimas manchas.

De este modo, y subiendo el rio, se veian á cada paso estos siniestros monumentos que se destacaban sombríos y ennegrecidos por el tiempo, y casi constantemente con dos ó tres desgraciados exhalando el último suspiro.

El cólera reinaba en aquel momento en Tripany; se quemaba sin cesar á lo largo de la ribera, y el *gate* de los muertos, que estaba lleno de moribundos, no dejaba apagar las hogueras.

(1) Necrópolis.

Desde que llevaban allí al moribundo, estaba perdido, sucediese lo que sucediese, pues aunque lograrse escapar, abominado por todo el mundo, maldito por los dioses que no le habían querido conceder una muerte dichosa sobre las orillas del río sagrado, el desgraciado no se atrevía ya á entrar en su casa, donde su mujer no le reconocería y sus parientes y amigos le rechazarían, siendo objeto de horror para todo el mundo; renacería en el cuerpo de un chacal inmundo, y mientras tanto erraría solitario por los bosques, disputando á los chacales y las aves carnívoras algún animal muerto para sustentarse.

Así es que para ahorrarle semejante desgracia, si algún pobre diablo pretende huir del *gate* asiéndose á la vida, los parientes ó su hijo mayor, si está presente, se precipitan sobre él, le derriban y le llenan los ojos, las narices, las orejas y la boca con lodo cogido á orillas del río, y se apresuran á llevarle á la pira que le espera, medio ahogado pero respirando aún.

No pudimos permanecer estacionados en medio de aquel humo y de aquellos olores deletéreos, y el único medio para sustraernos á ellos era hacer remontar la barca á quinientos ó seiscientos metros más allá de Tripany; pero en este caso nuestros compañeros pasarían una parte de la noche en buscarnos, y tomamos, en vista de esto, el partido de desembarcar y esperar á nuestros amigos en el pueblo.

Al cabo de dos horas, empleadas por nosotros en visitar á los desgraciados que el azote diezmaba, y darles consejos que no comprendían en medio de su estupor, se oyó el galope de los que esperábamos, y cinco minutos despues, nuestra



embarcacion remontaba el rio y continuábamos juntos nuestro interrumpido viaje.

Para no prolongar esta digresion, no relataré todas las peripecias de nuestras cazas en las Grandes Islas, que duraron diez dias, pues se necesitarian volúmenes para dar una idea de escenas tan conmovedoras y curiosas.

Tal vez más adelante relataré algunos episodios.

Yo no sé si este modo de obrar será del gusto del lector; pero ademas de interrumpir la monotonía del viaje, me sería imposible proceder de otra manera.

Habiendo habitado la India por espacio de más de diez años, á cada paso en este viaje recordaba escenas pasadas, que me representaban las grandes ruinas, las cazas, las pagodas y las mezquitas que visitaba. ¿Y cómo resistir al placer de aumentar el interes de este viaje uniendo el pasado al presente?

Ademas, me he propuesto en esta obra describir las mujeres de Oriente, y las costumbres, las leyendas, las tradiciones y las creencias religiosas del extremo Oriente, que no se conocen hoy más que por las relaciones fantásticas de los viajeros que no han visto más que la superficie.

No hay un país en el mundo más difícil de conocer que la India.

Allí todo es simbólico, y tiene que penetrarse el verdadero sentido.

Los primeros meses de mi permanencia en la India me hicieron concebir ideas erróneas, y que sólo á fuerza de años y conociendo el sanscrito, lengua maravillosa de donde se derivan el tamoul y el indostan, y con las cuales puede uno hacerse

entender de Norte á Sur del Indostan, del Himalaya á la punta del cabo Comorin y á Ceylan, las rectifica.

.....  
¡Cuán léjos estamos de Kaltna y de nuestros buenos amigos de Ceylan!

Pero pido permiso al lector para olvidarlos por algun tiempo.

Al empezar este largo viaje, deseo dar algunas nociones generales sobre dos cosas que inquietan en sumo grado al europeo que se propone visitar la India; quiero hablar del clima, y sobre todo de las serpientes, de las que algunos escritores hablan en términos exagerados. Seré breve.

El clima del Indostan no es igual, y se concibe. Este inmenso país, que se extiende por un lado desde el Himalaya hasta Ceylan, del golfo Pérsico á las costas de la Birmania, posee todas las diferentes temperaturas del globo.

En las provincias de Carnatia y Malayalam, en el extremo oriental, se encuentran desiertos de arena continuamente caldeados por un sol de 38 á 42 grados. Bajo este calor tórrido, el europeo no puede vivir sin peligro, y sucede con frecuencia que hasta el indio sucumbe atacado de insolacion al atravesar aquellas llanuras desoladas.

Las costas del Malabar y de Coromandel, aunque abrasadas por los mismos rayos, son habitables, gracias á las fuertes brisas del mar que se levantan con la regularidad del Mediodía desde las dos hasta una hora avanzada de la noche. Pero este beneficio no se deja sentir más que en un radio de veinticinco á treinta leguas en el interior paralelo á la costa. Desde que uno se interna más, ya no se tiene más para refrescar el suelo abrasado

que las brisas de la tierra, sin direccion regular, intermitentes, y que permanecen á veces meses enteros sin aparecer.

Entónces se ve uno obligado á procurarse, con ayuda del pankah, una temperatura ficticia, sin la que sería imposible ocuparse seriamente de nada. Desde el mes de Mayo al de Octubre, en las provincias del Sud, los colonos ricos y los negociantes emigran á las montañas de los Nielguerry, que gozan, gracias á su elevacion, de un clima más agradable.

En Ceylan, aunque la temperatura parezca muy elevada en el termómetro, no se experimenta en realidad ningun sufrimiento con el calor, pues la brisa del mar es allí constante, y ligeras lluvias bienhechoras vienen á refrescar la tierra y dar á las noches una calma y un atractivo que no se encuentra en ninguna otra parte bajo estas latitudes.

Las llanuras de la Bengala, á diez ó quince grados más allá al Norte, no tienen realmente más que cuatro meses de calores fuertes, desde Mayo á Octubre, y durante el resto del año gozan de una temperatura tan deliciosa que no se le puede comparar siquiera ni la primavera de Europa.

Más allá de Benares, de Delhi, de Lahora, al aproximarse á las montañas, los meses de invierno son verdaderamente frios, y en el Boutan, en Nepaul, en Kannawer y en Cachemira se presentan acompañados de su cortejo de nieves y de hielos, tan abundantes algunas veces que interceptan los caminos, haciendo imposible toda comunicacion con la llanura.

Allí se encuentran todos los frutos de Europa, que inmensas caravanas de montañeses no some-

tidos aún vienen á vender á Bengala en ciertas épocas del año, en sus monstruosos elefantes cargados de sacos de granadas, almendras, nueces, higos, uvas, albaricoques, etc.; presentado en su atlética estatura y sus hermosas figuras de patriarcas el tipo más bello de la raza humana.

Un dia que me paseaba por Chinchura, á las orillas del Ganges, más allá de Chandernagor, fuí testigo de una pequeña aventura que me dió una idea de la fuerza extraordinaria de aquellos hijos de la montaña.

Dos soldados ingleses de un regimiento de artillería estaban disputando con uno de ellos sobre el precio de media docena de granadas que habian escogido, no pudiendo avenirse, y para acabar la discusion á su manera, cogieron las granadas y se las metieron en el bolsillo, rehusando pagarlas, como acostumbran á hacer estos señores con los bengaleses.

Pero el hijo de Caboul, desdeñando los consejos de los que le rodeaban para que acudiese al oficial que mandaba el cuartel, se levantó, y cogiendo por el cuello á cada uno de los ladrones con una mano, les administró una correccion de importancia, que se terminó por la restitucion de las granadas, con gran satisfaccion de todos los mercaderes del bazar, que estaban expuestos á parecidas éxacciones.

Las enfermedades que el europeo, segun las zonas, debe temer en la India, difieren de naturaleza y de intensidad.

Las más comunes son las hepatitis, la disentería, la gastralgia y las fiebres de los pantanos.

Algunos meses de permanencia en Europa ó en los frescos países del Himalaya bastan para

restablecer la salud, cuando un médico inteligente le hace á uno salir á tiempo del país.

Las fiebres tifoideas, mucosas ó cerebrales son casi desconocidas en el país.

En cuanto á las insolaciones, desgraciado del que se expone á ellas, pues una muerte rápida, acompañada de espantosos sufrimientos, es el precio de la imprudencia de aquel que olvida un solo instante que tiene sobre su cabeza un sol devorador, sin piedad para el que se atreve á exponerse á él.

Iba á olvidar casi intencionalmente el cólera, ese famoso cólera asiático que proporciona á los médicos de Europa tan bellos asuntos de tesis ó memorias á la Academia, que principian, sobre poco más ó ménos, como sigue:

«De las riberas del Ganges, de ese rio inmenso que arrastra enorme cantidad de detritus vegetales y animales, que el cólera...», etc.

Yo no sé si el Ganges es realmente tan culpable como atestiguan esos señores; pero lo único que puedo decir por mi parte, es que el europeo no debe temer esa enfermedad en la India, pues aunque es peligroso para los pobres indigenas, que á pesar de las lluvias duermen en el lodo y no tienen con qué abrigarse, no hace diez víctimas al año en toda la India entre los europeos.

Hasta los mismos indios se sustraerian á ella más fácilmente si pudiesen alimentarse mejor, no exponerse á la humedad, y abstenerse de las continuas abluciones que exige su religion, y que les hace lavarse á cada momento con las aguas cenagosas de los estanques.

Lo que voy á decir de las serpientes asombrará á mucha gente.

Generalmente se cree que la India es casi inhabitable á causa de estos peligrosos animales.

Tranquilizaos, y á pesar de estas exageraciones de algunas personas que cuentan que todas las mañanas encontraban un escorpion en las zapatillas, y un cobra-capella debajo de su cama, no os asustéis, y si lo deseáis, id á visitar aquel maravilloso país.

Sin duda hay en aquellos países innumerables escorpiones, ciempiés y serpientes que pertenecen á las especies más peligrosas.

Algunas hay que matan en algunos minutos, como la cobra-capella y el trigonocéphalo ó serpiente hierro-de-lanza, llamada así á causa de la forma de su cabeza, ó la serpiente minuto, que mata con la rapidez del rayo, la serpiente de cascabel y la coralina (1).

Yo no vitupero la exageracion ni sobre el número ni sobre el veneno de estos terribles animales, sino sobre el peligro que corre el europeo viviendo al lado de semejantes huéspedes.

Y para esto ved cuáles son mis motivos.

Estos animales, cobardes al exceso, huyen al menor ruido, y no atacan jamás como no les impidais el camino ó los ataqueis.

Un dia que cazaba á las orillas del lago Ousoudou, puse el pié sin querer sobre la cola de un trigonocéphalo, y en vez de morderme el animal, hizo un esfuerzo desesperado para librarse de lo que le oprimia; y como yo al verle di un salto hácia atras, al verse libre se refugió con rapidez entre los peñascos. Verdad es que si mi pié

(1) Coralina, serpiente de color de coral, una de las más venenosas que se encuentran en la India, Africa y América.

no hubiera dejado de oprimirle, me hubiera mordido; pero relato este hecho, como otros muchos, para hacer constar que el primer movimiento de la serpiente siempre es la huida, y que si vuelve para morderos, es porque la hostigais.

Dotada de un oído excesivamente fino, le siente á uno á cien metros de distancia y se oculta cuidadosamente, lo que le permite á uno cazar dias enteros sin ver siquiera una de ellas, y sin embargo, podeis estar convencidos de que os rodean por todas partes.

La mayor parte de las serpientes no salen de sus escondrijos más que por la noche para buscar su alimento y sorprender las ratas y los mulots, que les gustan mucho. A estas horas es peligroso no tomar precauciones; pero la India no es país á propósito para ir á meditar por la noche á traves de los campos.

He preguntado con frecuencia á los colonos y á los compatriotas que viven mucho tiempo en el país, y todos me han asegurado no haber visto morir á ningun europeo de la mordedura de la serpiente.

No dudo haya alguno que otro caso raro, pero yo no he visto ni he sabido de ninguno. Sólo en las novelas se ve al cobra-capella arrollarse en las piernas de uno durante la siesta, ó morder en el brazo de la desposada al coger una flor.

En los primeros meses de mi permanencia en Pondichery, esperaba á cada instante encontrar un reptil bajo mi mano, pues segun Mr. de Waren, no debe uno bajarse nunca del lecho á oscuras, ni ponerse los vestidos sin sacudirlos ni volverlos del revés... y desconfiar de todos los objetos que puedan encerrar un reptil.

Todo esto es ridículo.

Sin duda que se encuentran serpientes en el fondo de las macetas rotas y abandonadas, en las pilas de leña para el consumo de la cocina, y en todos estos sitios que no tienen nada de limpios, y á pesar de todo se encuentran una ó dos al año.

¡Pues qué! En Francia, y en las provincias del Mediodía sobre todo, ¿no se encuentran con frecuencia en los graneros y en los corrales?

En resúmen, en la India hay muchas serpientes y muy malas, pero son poco peligrosas por su timidez y prontitud en huir al menor ruido; y teniendo cuidado de no ir descalzo ó sentarse sobre la yerba, no hay que temer nada de ellas.

No sucede lo mismo con los indios, cuyas cabañas están situadas en medio de los bosques, y que no hacen ruido al andar por ir descalzos; por consiguiente, hay que deplorar entre ellos muchos accidentes desgraciados, que su habitual imprudencia debia hacer más comunes. Así pues, la India, bajo todos conceptos, es un país muy habitable, á pesar de su calor y de sus animales dañinos.

Para completar las sucintas nociones que acabo de dar sobre su clima, voy á indicar las precauciones de higiene más usuales que la experiencia ha demostrado ser la más saludables para el europeo que desea conservar su salud en este país.

No tengo pretensiones científicas, pero sí un método particular que seguirá el que quiera.

Vivir siempre en casas altas, grandes y ventiladas, pues el aire es la primera necesidad en este país.

Tener pankahs en todas las habitaciones para servirse de ellos en la estacion más cálida.



En el Sur, huir de la franela, que produce erupciones y no preserva de nada; pero no quitársela jamás en el Norte, en que la temperatura está sujeta á frecuentes enfriamientos, y sobre todo en las saunderbounds del Ganges y en las llanuras pantanosas de Bengala.

Tomar baños frios dos veces al dia, por la mañana al levantarse y á eso de las cuatro, cuando el calor disminuye algo en intensidad; no permanecer en el agua más de ocho ó diez minutos, pues el baño frio diario puede ser nocivo si es largo, y abstenerse de los baños cálidos, que debilitan mucho.

No salir nunca desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde, y en caso de urgente necesidad, hacerlo en coche en los viajes largos, ó provisto de un gran paraguas para los trayectos cortos.

Beber vino en todas las comidas, cueste lo que cueste, pues el uso del agua debilita el estómago y predispone á la anemia.

Como refresco á mediodía, un vaso de agua con unas gotas de cognac, y no como hacen los ingleses, que es echar al cognac unas gotas de agua.

El agua de las comidas debe ser de los manantiales, y si, como en las llanuras de Bengala, se ve uno reducido á la de los estanques ó á la del Ganges, que arrastra constantemente cadáveres de hombres y animales, es preciso ántes de beberla purificarla filtrándola con arena y carbon.

Usar con moderacion al principio de las carnes condimentadas con picante, pero luégo acostumbrarse á ellas poco á poco, pues el clima lo exige.

Las tres cuartas partes de las gastralgias que vienen á curarse á Europa provienen del uso de alimentos demasiado débiles, que acaban por paralizar el estómago, que el calor vuelve perezoso.

Todos los meses es preciso tomar algo que obre directamente contra la bÍlis.

Comer buena carne, pero en corta cantidad, y preferir las carnes secas de la caza á las grasientas y succulentas del carnero y de la vaca.

No abusar jamás de la mesa, pues en estas latitudes la higiene consiste principalmente en una sobriedad bien entendida.

Abstenerse de toda clase de excesos, y sin que sean prohibidas terminantemente las excursiones á las islas en que fué venerada Citerea, no deben sin embargo ser frecuentes.

En fin, mi postrera recomendacion, y no es la ménos importante, es que se desconfie de la quinina y de los médicos ingleses.

La mayor parte de los que he conocido en la India no hubieran podido soportar un exámen de veterinaria. Y esto se concibe por los innumerables médicos que la Inglaterra necesita en las estaciones, siéndole imposible ser severa con respecto á los diplomas.

Nuestros buenos amigos los ingleses han adoptado otro sistema de higiene que el que acabo de indicar.

Partiendo de la idea que tienen los ingleses de que lo que es bueno en Inglaterra, con su eterna niebla y su pálido sol, es bueno en todas partes, se tratan en Bombay, Calcuta y en la India entera como en Lóndres.

El brandy, es decir, el cognac, el whisky, la Ginebra, el Oporto y el Champagne cubren sus

mesas, haciendo un uso inmoderado de ellos, tanto que despues de las ocho de la noche, los verdaderos *gentlemen* se encuentran en ese estado de beatitud que se llama *embriaguez* entre las gentes bien nacidas, y *borrachera* entre el pueblo.

Con muy raras excepciones, no puede uno hablar á un inglés despues de la comida sino debajo de la mesa... Pero ¡cuántos dejan sus huesos en aquella tierra, gastados ántes de tiempo por el clima y los excesos!...

He concluido ya con estos detalles, que aunque escasos, permitirán al lector seguirme en mis relatos, sin que á cada instante, á propósito de una insolacion ó de una mordedura de serpiente, tenga que detenerme sobre cuestiones generales de clima y de reptiles.

No digo por eso que descuidaré las cuestiones que se relacionan con estos diferentes asuntos; pero no me ocuparé más que cuando vayan acompañadas de hechos curiosos é interesantes.

Despues de este largo paréntesis, volverémos á Kaltna al lado de mis buenos amigos, que no tardaré en dejar á mi vez, á pesar de sus vivas instancias.

Seis semanas habia pasado en aquella vida perezosa y contemplativa, que es el gran encanto de aquellos climas, y que adormece física y moralmente, cuando un dia, comprendiendo que cuanto más tiempo estuviera más difícil me sería abandonar aquella vida, anuncié á mis amigos que dentro de algunos dias iba á abandonarlos para irme á Trinquemalé por Kandy, atravesando las montañas y todo el interior de la isla.

Hicieron cuanto pudieron para disuadirme, hasta decirme que la vertiente Nordeste de las

montañas Kotmales, que tenia que atravesar, estaba infestada de elefantes salvajes, de jaguares y de panteras negras, conocidas con el nombre de panteras negras de Ceylan.

Pero todo fué en vano, pues á todas estas amistosas advertencias, que tenian por objeto retraerme por más tiempo en la plantacion, respondí diciendo que no podia eternizarme en Kaltua, y que cuanto más tiempo estuviese, más trabajo me costaria arrancarme de aquellos deliciosos sitios; pero que me era preciso partir, y que en cuanto á los peligros del camino, viajando siempre de dia, no tenia nada que temer.

Pero como mis amigos insistian, transigimos.

Mr. Duphot compraba todos los años inmensos cargamentos de esencia de canela y clavo y magníficas maderas para la construccion de buques, que se elevan en los numerosos bosques del distrito de Trinquemalé, y hasta entónces no habia tenido tiempo ni deseos de visitar aquellos espléndidos sitios, que producian tan diversas esencias que adquiria por segunda mano.

—Veamos,—me dijo despues de haberme dado estas noticias,—concededme ocho dias para que acabe la recoleccion del añil, y mi mujer y yo os acompañaremos hasta la mitad del camino de Trinquemalé, pues mi mujer desea conocer tambien lós espléndidos valles del pico de Adam y las vertientes del otro lado, que sobrepujan en vegetacion á cuanto puede imaginarse.

Acepté con placer aquel ofrecimiento, haciendo observar, sin embargo, que las fatigas y peligros de un largo viaje podian afectar la salud de una jóven delicada, acostumbrada á usar de lujo y de comodidades.

—No os inquietéis por eso,—me respondió con una encantadora sonrisa mi amable interlocutora.—Viajaremos á la moda inglesa, con nuestras tiendas, nuestros lechos, los mosquiteros, todo el servicio personal y los criados, y cada vez que acampemos pareceremos un pueblo; y en cuanto á mí, no temo nada yendo bien acompañada, ni tampoco me asustan las bestias feroces, pues montaré Nirjara, que en sanscrito quiere decir corcel del sol.

Nirjara era el elefante favorito de la jóven.

Repetí mi aprobacion con entusiasmo al plan acordado, máxime cuando iba á hacer parte del viaje acompañado de mis amigos y con aquel lujo asiático cuya tradicion continúan los colonos.

Mi bravo Amoudou estaba encantado con aquel retraso, pues se habia casado á la moda cingalesa con una de las criadas de la casa, y por ligeros que sean esos amores, estaba tan entusiasmado, que proponia todos los dias á su jóven amante marcharse con él.

—Saeb es tan bueno,—le decia,—que no impedirá que te vengas conmigo, y como es casado, tú servirás *ama* (la señora) y yo al señor.

El tunante componia una pequeña novela.

Nada hay que me guste tanto como las aventuras privadas; así es que durante mi permanencia en Kaltna, me iba muchas veces á las cabañas de los cingaleses de la plantacion, para hacerles contar sus leyendas, iniciándome en todos los detalles, tan llenos de interes, de su curiosa existencia.

Otras veces me iba á los templos ó dewalés, á que el kapural me refiriese algunas de las maravillosas encarnaciones de Budha.

Los cingaleses son dulces y tímidos como niños, y tan inofensivos que se puede viajar solo y sin armas en toda la isla sin el menor temor. Son también afables y hospitalarios, y tanto el rico como el pobre, os obsequiará en su casa como le alcancen sus facultades.

Como tenía cuidado de no criticar sus creencias y respetar sus antiguos usos, me veía bien acogido por todas partes, y me había hecho numerosos amigos en los pueblos vecinos á la plantación de Kaltna.

Dirigia con frecuencia mis paseos del lado de Tembapoor, pequeña aldea perdida en un bosque á algunas millas de distancia, y casi toda habitada por la casta de los mahabadé-tchaleas, que descortezaban los árboles de la canela; la vida que llevan constantemente en los bosques, en medio de los elefantes salvajes y de las fieras de todas clases, desenvuelve en ellos el sentimiento poético, tan comun entre los orientales, y refieren historias tan maravillosas que se me pasaba el tiempo sin sentir á su lado.

La cabaña que yo frecuentaba más era la del jefe de la aldea, que se llamaba Kasiappa, y que era al mismo tiempo el jefe de la casta tchalea. El bravo cingales parecía muy contento con recibirme bajo su techo, y siempre que iba me obsequiaba con el karry, que aceptaba con gran placer. Este plato era el mejor de la cocina india, y estando bien hecho, puede figurar en las mesas suntuosas. Es inútil decir que no se parece en nada á esa horrible mezcla que con el mismo nombre se sirve en los restaurants de Europa. A su tiempo daré la receta.

Unos dias ántes de mi salida de Kaltna, me

sucedió en la aldea de Tembapoor una aventura sumamente curiosa, digna de servir de prefacio á algunas páginas que deseo consagrar á las costumbres íntimas de los cingaleses.

Una mañana, al salir de la casa con el fusil á la espalda para cazar un rato, vi llegar á Kasiappa con su banda ó fajin rojo con las armas de la reina, signo distintivo dado por los ingleses á los jefes de las aldeas.

Despues de los saludos de costumbre, me preguntó si era verdad que iba á partir muy pronto para el interior.

—Es verdad, —le respondí.

Y como conocia el lenguaje poético en aquellas ocasiones, añadí que el pesar de no verle me duraria muchos meses.

—Entónces, ¿por qué te vas?

—Porque es preciso.

—Si no te encuentras bien en la plantacion, ven á Tembapoor; la casa de Kasiappa está á tu disposicion.

—No es ése el motivo que me obliga á dejar á mis amigos, sino que necesito ir á Pondichery y al Norte de la Tierra Grande.

—¿Volverás?

—No lo sé.

—Entónces, ¡que el divino Gauthama, hijo de Budha, te acompañe, que la piedra de machacar los massales (1) trabaje dia y noche bajo las manos de tus servidores, que el arroz de tus comidas alimente siempre un cuerpo puro, y que los genios de las aguas, propicios á los viajeros, alejen de tí los roudras y los adytias (genios malhecho-

(1) Granos para hacer el karry.

res) que vendrán á turbar el sueño de tus noches!

Esta era la fórmula consagrada para desearme un feliz viaje.

Le respondí inmediatamente con esta otra, con la que se despide el viajero:

—¡Que los yakchas, servidores de Couvera (1), velen por la prosperidad de tu familia, que los mounis purifiquen el agua de tus abluciones, y que las ceremonias fúnebres puedan llevarse á cabo alrededor de la hoguera por tu hijo mayor, rodeado de los hijos de sus hijos!

Continuamos despues la conversacion.

Kasiappa me dijo entónces que iba á dar una fiesta en su casa en mi obsequio, y que venía á invitarme en su nombre y en el de los principales de la aldea; que la fiesta sería magnífica, pues concordaba con las ceremonias religiosas de haber llegado á la edad núbil una de sus hijas.

Acepté con agradecimiento y prometí ser puntual al dia siguiente á la caída de la tarde.

Esta costumbre de celebrar, en la pagoda primero con plegarias y ceremonias especiales, y despues en la casa con músicas, cantos y un banquete, las primeras señales de la edad núbil de una jóven, existe en todo el Indostan, aunque distinta en el modo de celebrarla, segun la casta á que pertenece la jóven, la desposada ó la casada, pues en ciertas castas unen desde los cuatro ó cinco años á las niñas con esposos de diez, y cuando llegan las primeras á la edad núbil, las llevan al domicilio de su esposo.

Cuando fuí á almorzar, conté á mis amigos la venida del jefe de Tembapoor para invitarme á la

(1) Dios de las riquezas.



ceremonia religiosa; y deseaba saber el origen de estas ceremonias, cuando me dijo mi amigo que la fiesta á que iba á asistir me lo explicaria claramente, y que él no lo queria hacer ántes para no quitarme el placer de la sorpresa.

En mi vida he pasado una curiosidad más grande.

Al dia siguiente á las cinco de la tarde, se paró delante de la casa un magnífico palanquin adornado con un dosel de flores naturales, llevado por seis hombres y su gourou (1) en traje de fiesta, con turbantes de fina muselina con franjas de oro.

Kasiappa me enviaba á buscar en el palanquin de ceremonia, reservado al colector inglés cuando permanece algun tiempo en el distrito.

Nada hay más agradable que ese género de locomocion.

El palanquin de ceremonia va abierto por los cuatro costados, provisto de un techo sostenido por columnas que se entrelazan de flores. Allí puede uno ir sentado ó acostado. Y no se sirven de éstos ligeros palanquines, llenos de esculturas extrañas, más que para ir de un pueblo á otro ó para hacer visitas.

Los portadores de palanquines tienen tal agilidad y destreza, que las carreras de los corredores antiguos, que nos parecian fabulosas á nosotros los de Occidente, se renuevan aquí todos los dias por estos hombres, que con un poco de arroz en el saco, y el agua de los arroyos que encuentran por toda bebida, franquean en horas distancias tan exageradas, que es preciso ser testigo de

(1) Jefe conductor.

estos prodigios de rapidez para creer en ellos.

La ciudad de Pondichery, en la costa de Coromandel, está á treinta leguas de Madras. Pues bien, yo afirmo haber visto muchas veces, en casos urgentes, corredores bohís llevar una carta á Madras y traer la respuesta á Pondichery en ménos de veintiocho horas, y despues de haber dormido dos horas, haber tomado un baño y comido, estar prontos para volver á empezar.

Esta casta goza en toda la India de una reputacion de honradez merecida por mil rasgos de abnegacion, fidelidad y áun valor, dados por sus miembros en una infinidad de circunstancias difíciles.

De suerte que, aunque perteneciendo á una de las subdivisiones inferiores de la casta primitiva de los soudres, es decir, de los artesanos, es tan estimada como las castas que se agrupan bajo el nombre de vaysias, es decir, comerciantes.

No hay ejemplo de que un bohís haya abusado de la confianza que le hayan acordado.

Todos los dias, mujeres, jóvenes, niños, vienen de Inglaterra para ir á reunirse á cuatrocientas ó quinientas leguas, en una de esas innumerables estaciones del interior del Indostan, á un marido, á un padre, á un tutor...

Sin el menor temor se los mete en un palanquin, y durante seis semanas ó dos meses, jóvenes de una provocativa belleza están á la merced de los seis ó doce portadores del palanquin, que las rodean de cuidados y atenciones, sin que ni una mirada, ni un gesto, ni una palabra puedan herir en lo más mínimo el pudor de una mujer.

Y en caso de algun mal encuentro, aunque vuestros criados os abandonen, ellos, que os son

desconocidos, se dejarán hacer trizas para defen-  
deros.

Celosos de conservar esta reputacion, los jefes y miembros del Consejo de la casta ejercen una constante vigilancia sobre los bohís, que á la más pequeña queja son arrojados inmediatamente de la aldea y colocados en el rango de los párias.

No he visto ejercer estos rigores contra ninguno de estas buenas gentes. Pero en cambio he visto mil ejemplos de su abnegacion.

Voy á referir uno entre ellos.

Cuando vivia en Pondichery, iba dos ó tres veces al año con mi familia á pasar quince dias en Cuddaloor, en casa de uno de nuestros excelentes amigos, el mayor Templer, que mandaba en la estacion inglesa de este nombre.

Ya se ha visto qué odio tengo á la Inglaterra como nacion, pues no respeta nada con tal de rebajar el pabellon frances.

Pues bien, debo confesar que no incluyo particularmente al individuo en este sentimiento, pues he encontrado sólidas amistades inglesas, de una lealtad y de una franqueza á toda prueba.

Cuando un inglés os llama su amigo y os introduce en el interior de su familia, puede uno confiar en él. Desgraciadamente, no se puede decir lo mismo de todos los pueblos.

Este mayor Templer habitaba la India desde hacía treinta y cinco años. Los acontecimientos curiosos, las aventuras trágicas que le ocurrieron en aquel espacio de tiempo son innumerables.

En 1845, durante las últimas guerras contra los mahrattes, nombrado capitán de uno de los regimientos que estaban con el enemigo, tuvo que salir de Madras para ir á su destino.

Se puso en camino acompañado tan sólo de un criado de la casta de los bohís. Al tercer día de camino, llegaron por la tarde á un bengalow aislado en la llanura desierta del Chounambar.

El bengalow de la India no es otra cosa que una posada, ó *casa de reposo público*, que los antiguos rajahs y los brahmas han hecho construir en los caminos y en todos los sitios concurridos por viajeros, para servir de abrigo á estos últimos durante la noche.

Después de haber atado su caballo á un árbol y comido el karry que su criado le había preparado, el mayor Templer se retiró al interior del bengalow para descansar, y su criado se acostó en la galería á través de la puerta.

Había pasado una hora. Sólo turbaban el silencio de la noche los gritos roncós de algunos tigres que venían á abrevarse en el Chounambar. El fiel bohís, que velaba, no habiendo oído nada de extraordinario á su alrededor, iba á dormirse, cuando entrevió á lo largo de la ribera del río, que corría á alguna distancia, muchas formas negras que se aproximaban al bengalow, ocultándose tras la maleza.

Creyó al principio que sería una tropa de merodeadores de noche, conocidos con el nombre de estranguladores, y que se ha creído en Europa pertenecían al culto de Kali, y que no fueron en realidad más que unos bandidos vulgares que se reunían en número crecido para asesinar á un europeo.

En vez de dar la alarma inmediatamente y de despertar á su amo, lo que les hubiera hecho ser asesinados, conociendo el bohís las costumbres de estos merodeadores, que esperarían á que el ma-

yor saliese descuidado para herirle indefenso cuando abriese la puerta á eso de las tres de la mañana para continuar su camino, puesto que es costumbre en la India ponerse en marcha ántes de la salida del sol, para recuperar las horas que se pierden en la siesta, el bohís se deslizó silenciosamente hasta el sitio donde estaba atado el caballo del mayor.

Desatóle silenciosamente, y le llevó por encima de la yerba sin hacer ruido á dos ó trescientos metros de distancia, y allí le ató á una rama de tamarindo, y volvió á aproximarse al bengalow para observar lo que pasaba.

Los merodeadores se habian puesto de centinela en medio de las malezas, armados de enormes estacas, y el jefe de la banda, que tenia un fusil viejo, se puso al acecho á diez pasos de la puerta del bengalow, para hacer fuego en cuanto el mayor saliese.

Después de haber asistido á estos preparativos, el bohís creyó necesario poner en ejecución el plan que habia concebido.

Alejóse sin hacer ruido en la dirección en donde habia dejado atado el caballo del mayor, le ensilló de prisa, y cogiendo en cada mano una de las pistolas que habia en las pistoleras, se precipitó en la dirección del bengalow, gritando en cinco ó seis tonos diferentes: *¡Go head!* (¡Adelante!), seguido de una descarga en las malezas, de donde salieron huyendo los merodeadores, dirigiéndose hácia el Chounambar.

A una astucia india, el bohís habia opuesto otra que, como se ve, habia dado magnífico resultado.

Creyendo los estranguladores que venía ca-

ballería inglesa, habían huido, sin ocurrírseles, en medio de su espanto, conocer el número de los enemigos.

El bengalow estaba libre; era cuanto quería el bohis.

En efecto, á los primeros gritos, el mayor Templer se despertó, cogió su casco, se abrochó el cinturón, y lanzándose sable en mano sobre el caballo que su criado le presentaba, dió una carga á los fugitivos, y mató tres ó cuatro que no habían tenido tiempo para ocultarse entre los juncos.

El bohis había salvado la vida á su amo por medio de aquella estratagemá.

Después continuaron su camino sin accidente alguno.

No hay un ejemplo de que estas gentes hayan atacado á un europeo más que por la traición, sea cual sea su número.

Más adelante hablaremos de esta secta de estranguladores, y diremos, sin las exageraciones románticas á que ha dado lugar, lo que fué...

.....  
 Antes de partir, hice distribuir, como es costumbre, abundantes raciones de callou á los valientes bohis de Tembapoor, y luégo monté en el palanquin, dirigiéndonos rápidamente por el lado del pueblo de Kasiappa.

Cuando llegué á la casa del jefe, vi con asombro á Amoudou, que me había precedido y estaba allí desde el principio de la fiesta, y se encontraba ya en tal estado, que saludó mi llegada con carcajadas continuas, efecto de las frecuentes libaciones del arack.

En el momento en que Kasiappa me introdu-

cia en su casa, estalló de repente á mis oídos una mezcla horrible de sonidos discordantes que producían la más extraña cacofonía del mundo. La música empezaba, componiéndose la orquesta del tam-tam, el tebouni ó guitarra de dos cuerdas, y una especie de violin primitivo, que formaban una algarabía espantosa, tanto que de buena gana hubiera echado á correr para librarme de aquel infierno.

Los cingaleses no conocen ni la escala, ni el ritmo, ni el compas; nacen todos sin oído músico, y es imposible inculcarles la menor noción musical.

La música para ellos es el ruido; así es que no hay nada tan gracioso como oír los primeros acordes de una orquesta cingalesa.

Apénas el director de orquesta, que no sirve más que para indicar con dos palmadas cuándo se ha de empezar ó acabar, hubo dado la señal, cuando todos los músicos empiezan á la vez, tocando como ciegos, quién sobre el tam-tam, quién sobre el gong, rascando otros la guitarra ó el violin, sin cuidarse del ruido que producen.

Y desgraciado de uno si en el pueblo en donde le hacen esos honores se encuentra el tambor administrativo para llamar á los contribuyentes los días de recolección de impuesto, pues se apoderan de él, y á fuerza de aporrearle, consiguen un ruido infernal acompañado de los ladridos de los perros que, más músicos que sus amos, protestan con sus ladridos, mientras que los cingaleses se exaltan poco á poco con aquel ruido infernal, y se apoderan de todo lo que está á su alcance, platos de cobre, cacerolas, en fin, de todo aquello que produzca ruido, hiriéndolo con fuerza

hasta que el jefe de la orquesta da la señal de cesar...

Y sabed que cuanto más os estiman, más tiempo dura aquella música infernal.

Cuando se acabó aquella horrible algarabía, me anunciaron que la jóven Wairamy, hija de Kasiappa, salía en aquel momento de la pagoda, en donde habia pasado una parte del dia en medio de las ceremonias y de los cantos, volviéndose á la casa paterna rodeada de los kapurals (sacerdotes) y las jóvenes vírgenes sus compañeras.

Las ceremonias religiosas que se celebran cuando las jóvenes de alta clase llegan á la edad núbil, son muy particulares; y aunque yo no las conozco más que por los relatos que me han hecho de ellas, voy á referirlas, pues ningun hombre, excepto los sacerdotes, asiste á ellas.

En el dia convenido, por la mañana, las compañeras de la jóven vienen á buscarla con gran pompa á su casa, la coronan de *amalles*, flores rojas muy olorosas, y la conducen al templo, al lado del altar dedicado á Avany, madre de Budha si la jóven es de esta secta, ó á la pagoda brahmánica, al lado del altar de la vírgen Devanaguy, madre de Christna, si pertenece al rito indio puro.

Las jóvenes de la aldea escogidas para formar el acompañamiento de la gardahbawaya, que quiere decir en sanscrito y en tamoul flor pura como el blanco lotus, deben ser vírgenes, ó aparecer como tales.

Al entrar en la pagoda, la gardahbawaya debe ofrecer á los sacerdotes ricos presentes, piezas de seda de cachemira, perlas y piedras preciosas, segun su fortuna, como tambien infinidad de sacos



de arroz y de granos menudos de la última cosecha, llevados por un magnífico elefante, que queda como propiedad de la pagoda cuando la jóven presentada al templo es de raza real.

La neófita debe, al aproximarse al altar de Avany, llevar en sus manos una paloma verde de la especie llamada gouhougou, que no haya volado aún fuera de su nido.

El kapural inmola la paloma sobre el altar de la madre de Budha, asándola sobre unas parrillas de oro.

Después de haberla consagrado, le dirige las palabras siguientes:

—Mujer, no tardarás en entrar en la habitación de un esposo; la vírgen Avany, que preside á los amores puros, acaba de marcar el instante propicio. Sé siempre virtuosa, y la alegría permanecerá en tu casa. Sé siempre casta, y concebirás sin dolor. Sé siempre sumisa, y no perderás la afición de tu marido. Sé buena y afectuosa para tus hermanos, de quienes puedes ser también la compañera. No olvides jamás ofrecer el sacrificio de los días lunares. Que un kapural no pase jamás delante de tu casa sin colmarle de regalos, pues la bendición divina le acompaña...

Si la jóven pertenece al rito brahmánico, ofrece en el altar de la vírgen Devanaguy un ternero de lana roja, del que comen el sacerdote y los asistentes, después de haber sido consagrado, como sucede todas las mañanas en el sacrificio del sarvanda, ofrecido por el sacerdote brahma en memoria de Christna, hijo de Brahma, que vino á la tierra para salvar al mundo.

Después el brahma pronuncia las palabras siguientes:

—Cuando la pura Devanaguy, la divina madre de Christna, se presentó en la pagoda de Madura para efectuar las ceremonias de la doncellez, hizo estremecer todo su sér, y el sacerdote al mirarla, tuvo como una vision de lo que iba á ver, y la saludó con aquel versículo del Veda:

«Y yo enviaré Vischnou, que se encarnará en el vientre de una mujer, llevando á todos la esperanza de la recompensa de la otra vida y el medio de endulzar sus males por medio de la plegaria.»

Yo te deseo ¡oh, mujer! que permanezcas pura como Devanaguy, y tu alma llegará á la residencia celeste sin tener que soportar más desgracias sobre esta tierra. Aprende ahora el deber de la mujer, que Manou el divino legislador te enseña por mi boca.»

El brahma lee entónces las estrofas de Manou, cuya traduccion literal creo agradará conocer al lector:

«Una niña, una jóven, una mujer de edad madura ó próxima á la vejez, no debe jamás hacer nada por capricho en la casa de su marido.

»La jóven soltera depende de su padre, la mujer de su marido, la viuda de sus hijos, pues no puede gobernarse por sí misma.

»Que no busque el separarse de su padre, de su esposo ó de sus hijos, pues sería despreciada por todos, y su alma tendria que sufrir centenares de transmigraciones inmundas.

»Debe estar siempre de buen humor, conducir con destreza los negocios del interior de la casa, tener cuidado de los utensilios que la componen, y no ser pródiga en el gasto.

»Debe servir con amor y respeto durante esta

vida al esposo que su padre ó su hermano mayor le han dado, y honrar y conservar su memoria despues de su muerte.

»Las palabras de bendicion y el sacrificio del Señor de las criaturas tienen por objeto en las ceremonias nupciales asegurar la dicha de los esposos; pero la autoridad del marido sobre la mujer reposa sobre el dón que le ha hecho el padre de su hija en el momento de los desposorios.

»El marido, cuya union ha sido consagrada por el sacrificio divino, procura á su mujer... (No nos es posible traducir castamente este pasaje, que tiene relacion á un hecho material y fisiológico), y le hace obtener la dicha en el otro mundo.

»Aunque la conducta de su esposo sea vituperable, se entregue á otros amores ó esté desprovisto de buenas cualidades, una mujer virtuosa debe constantemente reverenciarle como á un dios.

»La santa escritura no ordena ni sacrificios, ni ayunos, ni prácticas piadosas que conciernan en particular á las mujeres. Cuando una esposa quiere y respeta á su marido, posee todas las virtudes y será honrada en el cielo.

»Una mujer que siga la ley divina y que desee obtener el mismo grado de felicidad que su marido, no debe hacer nada que le desagrade, lo mismo en esta vida *que despues de su muerte*.

»Usará el vestido de viuda, adelgazará su cuerpo voluntariamente, no alimentándose sino con flores, raíces y frutas declaradas puras por el Veda, y que despues de haber perdido á su esposo, no manche su boca pronunciando el nombre de otro hombre.

»Se mantendrá paciente y resignada hasta su

muerte, dedicada á observancias piadosas, casta y sobria como un novicio que quiere enseñar la palabra de Dios, y demostrar con sus atenciones que *es una mujer que no ha conocido más que á un hombre.*

» Muchos millones de brahmas exentos de sensualidad desde su más tierna juventud, y que no han dejado posteridad, han alcanzado el cielo.

» A imitacion de esos hombres austeros, la mujer virtuosa que despues de la muerte de su marido se conserva perfectamente casta, va derecha al cielo, aunque no haya tenido hijos.

» La viuda que por el deseo de tener hijos es infiel á la memoria de su marido, incurre en el desprecio de todos, y será excluida en el otro mundo de la residencia celeste, donde ha sido admitido su esposo.

» Todos los hijos que dé á luz una mujer despues de haber tenido comercio con otro que su marido, no son hijos legítimos de su madre, lo mismo que el que engendra el hombre con la mujer de otro no le pertenece. En el Veda no se concede á una mujer virtuosa el derecho de tomar un segundo esposo.

» La mujer que abandona y desprecia su marido porque pertenece á una casta inferior, para unirse á un hombre de más elevada alcurnia, debe ser despreciada por todas las gentes de bien, y se la debe designar al hablar de ella con el nombre de parapourva (1).

» Una mujer infiel debe ser tratada ignominiosamente aquí abajo, y despues de su muerte,

(1) En sanscrito quiere decir que se ha vendido á otro hombre que no era su marido.

renacerá durante mil transmigraciones sucesivas en el cuerpo de un chacal ó de un buitre inmundo, y será afligida de la lepra y de la elefantíasis.

»Por el contrario, la que no hace traicion á su esposo, y cuyos pensamientos, palabras y cuerpo permanecen puros, obtiene compartir con su esposo la mansion celeste, y goza de la estimacion de todas las gentes honradas.

»Teniendo esta honrosa conducta, siendo casta en pensamientos, en palabras, en sus acciones y en su persona, la mujer será reputada tan pura como los santos brahmanes que á fuerza de privaciones y de sacrificios han conquistado el cielo ántes del tiempo señalado.

»Todo sacerdote, brahma ó sabio instruido en la ciencia de la santa escritura, que ve morir una esposa que se ha conformado siempre á los preceptos divinos, la quema sobre el altar de las vírgenes con los instrumentos destinados al sacrificio, pues no ha cesado de ser pura la que ha engendrado segun la ley de Dios.

»A cada aniversario de su muerte, su marido, sus hijos y toda su familia no faltan jamás, bajo pena de renacer en el cuerpo de un animal inmundo, en cumplir la ceremonia de los funerales, segun el rito santificado, pues debe ser honrada al igual de los santos personajes la mujer que, no habiendo conocido más que á su marido, ha muerto despues de haberle dado muchos hijos, sin que su imágen se haya apartado un solo instante de su corazon.»

Despues de estas alocuciones y citas de los textos sagrados, la ceremonia se termina, de la misma manera entre los budhistas y entre los sectarios de Brahma, por la aspersion con el agua

lustral ó agua bendita sobre los asistentes, sobre la cual el sacerdote ha pronunciado las palabras de la consagración, después de haber hecho disolver en ella la sal, polvo de incienso y mirra.

Esta agua sirve igualmente para bautizar á los recién nacidos.

Tal vez se encontrará algo larga esta cita de Manou, el primero de todos los legisladores religiosos, y cuyo recuerdo ha atravesado los siglos. Pero estas pocas estrofas caracterizan de tal modo la primitiva situación de la mujer en Oriente, y dan lugar á cuestiones tan interesantes bajo el punto de vista religioso, que no he querido omitir una sola línea.

Cuando se han concluido las ceremonias religiosas, la procesion se pone en marcha, y después de haber dado tres veces la vuelta al monumento sagrado, se conduce al domicilio paterno á la jóven que acaba de poner los primeros pasos de su vida de mujer bajo la protección de la vírgen madre india.

Al pasar la procesion, todo el mundo se arrodilla, y sea cual sea su casta, todos inclinan su frente hasta el polvo del camino; señales de respeto que son de rigor en todas las ceremonias religiosas.

Y ¡cosa extraordinaria! si la presencia de los europeos ha podido hasta cierto punto, no digo cambiar ni modificar las costumbres de los cingaleses y de los indios, lo que es imposible, sino introducir ciertos hábitos que se han inoculado en el país sin que ellos mismos lo aperciban, no sucede lo mismo con respecto á materias religiosas.

La India actual es siempre el país de la in-

movilidad, permaneciendo aún las ceremonias y creencias religiosas lo mismo que en tiempo de la dominación brahmánica.

Ved esa procesion que pasa, esas ceremonias que tienen lugar; pues entre todos esos creyentes postrados en el camino no hay un incrédulo, un hombre que no diese con alegría hasta la última gota de su sangre por su fe y por sus sacerdotes.

Estas gentes no son solamente fanáticos, sino brutos que han abandonado todo libre albedrío, todo razonamiento sensato, y que á una señal del brahma, están prontos á sufrir los más crueles suplicios.

En materia religiosa, el europeo pierde todo su prestigio, toda su autoridad sobre aquella raza embrutecida por las supersticiones. Desgraciado de él si no respeta las creencias más absurdas, pues este pueblo, de suyo dulce, conciliador y sumiso, se vuelve intratable y cruel, siendo capaz de cualquier exceso.

Desde el momento en que se imagina que sufre ó muere por su dios ó por sus sacerdotes, no teme ya nada.

De suerte que el extranjero, desde su llegada al Indostan, está expuesto á cada instante á hacer cualquier cosa que no tenga valor á sus ojos, y que los indios consideran como crímenes. Y muchas veces, sin saberlo, él corre los mayores peligros.

Generalmente se advierte al recién llegado, pero las recomendaciones son tan numerosas y tan extrañas, que le es casi imposible retenerlas todas, máxime cuando la mayor parte las encuentra tan pueriles que se burla de ellas ó no las hace caso.

De suerte que con frecuencia aprende á sus expensas á conducirse con cierta prudencia necesaria á su tranquilidad en medio de aquellas poblaciones, que en materia de religion no permiten se toque á la más sencilla de sus creencias.

Puesto que la casualidad me ha llevado á hablar de este asunto, no creo inútil indicar aquí cuáles son las precauciones que debe tomar un europeo que se ve obligado á vivir entre los indios, en interes de su seguridad personal.

En las ciudades no ofrece gran peligro su omision, pues los indígenas están subyugados, y saben que en caso de agresion no tardarian en venir los socorros, y las represalias serian terribles; pero en las campiñas del interior, y sobre todo en los viajes, como la policia es indígena, y por consiguiente no sirve para nada, es preciso observar todas las indicaciones, bajo pena de hacerse matar á pedradas.

Las principales son:

No matar jamás un buey, sobre todo si tiene en el lomo ciertas señales que indiquen que está consagrado á alguna divinidad. De todas maneras, es el animal sagrado por excelencia.

Tener cuidado de no matar en la caza á los milanos de plumaje amarillo oscuro, llamados milanos brahmanes, pues están bajo la proteccion de Vischnou. Lo mismo sucede con los pichones verdes que habitan el fronton de las pagodas, y que están consagrados á Christna.

No bañarse, ni sacar agua, ni permitir que el perro beba agua de los estanques sagrados que se encuentran alrededor de los templos, que sirven para las abluciones de los brahmanes y proporcionan el agua lustral para las divinidades.



No entrar jamás en el segundo recinto de las pagodas, pues ni los indios de la más elevada alcurnia pueden penetrar allí.

No sentarse sobre las laderas de los campos de arroz, que representan los pouleares ó dioses protectores de las cosechas.

No herir jamás á un brahma, un sannyassis ó un fakir.

No penetrar nunca en el interior de las casas ni de las cabañas, áun en las más pobres, sin haber sido invitado á ello por el jefe de la familia.

No pegar jamás á un indio con escoba, sandalia ni otro objeto reputado impuro.

No insultar jamás á un indio de calidad, tratándole de pária.

No mezclarse á las ceremonias mortuorias hechas en honor de sus antepasados, pues la presencia de un extranjero las mancharia, y tendrían que dejarse para el año siguiente; y miéntras tanto, segun la creencia más vulgar, las almas en pena errarian á la ventura, perdiendo las plegarias que no pueden otorgársele, exponiéndose por esta interrupcion á una terrible venganza por parte de los parientes y miembros de la casta á que pertenecían los muertos.

No levantar jamás el velo que oculta el rostro de las jóvenes solteras que pertenecen á ciertas castas, pues no encontrarían marido, pues esta accion sola las habria manchado, y toda la casta se creeria á la par insultada.

A veces se encuentran en aquel país soldados ingleses muertos por haberse permitido semejante chanza estando medio borrachos.

Aunque podrian hacerse aún algunas observaciones, sin embargo, no me ocupo de ellas, pues

su falta de observancia no compromete la vida del que las ignora.

.....  
 La procesion que conducia á la jóven Wairamy, hija de Kasiappa, llegó sin novedad bajo la galería de la casa del padre de la nueva consagrada.

Allí todo el mundo se paró, y el jefe vino á recibir á los sacerdotes sobre el dintel de su morada, ofreciéndoles á cada uno una copa de sándalo para los sacrificios, un plato de plata para comer el arroz, y un schombou de cobre cubierto de esculturas representando asuntos religiosos, para hacer cocer los alimentos.

Un sacerdote grueso, de faz rubicunda y brillante de salud, que seguramente no ejercitaba las abstinencias y privaciones que predicaba á los imbeciles, se dignó dar las gracias á Kasiappa con la punta de los labios por los regalos que les hacía, asegurándole la bendicion de Budha, y que se lo restituiria en el otro mundo; lo que el bravo cingales no puso en duda ni un instante.

Wairamy y sus compañeras cogieron entónces coronas y collares de flores olorosas, llamadas en tamoul *pouh*, y las colocaron sobre la cabeza y alrededor del cuello de cada uno de los convidados, vertiéndoles sobre la cabeza, las manos y los vestidos perfumes extraidos de las flores y las plantas, de un olor acre y penetrante.

Miéntras que las jóvenes se entregaban á esta ocupacion, la infernal música recibió de nuevo órden de volver á empezar, con gran satisfaccion de los concurrentes, y los artistas se precipitaron de nuevo con furor sobre sus instrumentos, entonando, ó más bien vociferando una cancion en

honor de Kasiappa y de sus antepasados, cuyas interminables coplas duraron cerca de una hora...

Creíame ya libre de aquella algarabía, cuando despues de algunos momentos de silencio, volvió á empezar de nuevo, con la diferencia de que las coplas eran en honor mio...

Para que el lector se forme una idea de la práctica oriental, le diré que las diez primeras coplas á lo ménos estaban consagradas á celebrar las hazañas que yo debia haber llevado á cabo en mi país natal; el número de monstruos, reptiles y animales peligrosos que habia matado... y despues de esto venian los vampiros y los malos genios que habia conjurado por millares.

Para acabar, habia pasado al estado de héroe de leyenda, y los nietos de Kasiappa y los demas convidados que asistian á la ceremonia me miraban con asombro; y no sé lo que hubieran dicho de mí si, conociendo las costumbres del país, no hubiera metido la mano en mi bolsillo y arrojado un puñado de rupias con la efigie de *her most gracious majesty* (1). Al ver esto, los músicos callaron y tendieron ávidamente la mano. Les di á cada uno una moneda que representa el valor de dos francos, con lo que podian comer ocho ó diez dias lo ménos.

Hecho esto, pasamos á la sala del festin, cuyas paredes de madera desaparecian bajo el follaje y las flores.

No describiré las maravillas de una comida india, pues siendo las mismas en Ceylan que sobre la Gran Tierra, será mejor que aproveche la primera invitacion de uno de los rajahs del Sur

(1) Su muy graciosa majestad.

del Indostan para presentar al lector aquel lujo extravagante del extremo Oriente, que la dominación inglesa no ha refrenado, con la idea de dejar intactos aquellos esplendores para que los jefes no piensen en sacudir el yugo que les oprime.

La recepción de Kasiappa no hubiera podido ciertamente rivalizar con la del rajah de Travencor, por ejemplo. Sin embargo, excepto los guardas y los elefantes caparazonados de oro, aquella fiesta, que se terminó por fuegos de Bengala de variados matices que se sucedían sin interrupción, y por la iluminación general de todo el pueblo, no la hubiera despreciado ninguno de los ricos babous de Calcuta ó Benares.

La noche estaba ya muy avanzada cuando las últimas luces brillaron en el follaje sombrío de los árboles.

Cuando pedí mi palanquin para marcharme, Kasiappa me rogó acabase la noche en medio de mis amigos de Tembapoor, pues tenía ya preparada la habitación.

Acepté gustoso la oferta, y Kasiappa me condujo á una encantadora casita rodeada de galerías por los cuatro costados, y de un bosque de laurel rosa y azahar, al lado de un pequeño estanque rodeado también de flores y arbustos odoríferos.

La casita tenía tres piezas; la de enmedio era la alcoba, á la derecha tenía una salita con cojines y esterillas, y á la izquierda la sala de baño. La alcoba y el salón estaban iluminados á la manera india, es decir, tan débilmente que apenas se distinguían los objetos.

En cuanto me quedé solo, me puse el traje de noche, compuesto de un pantalon muy ancho y de una media bata de seda ligera de Bengala, y

me instalé en la galería, en uno de esos sillones que adornan las habitaciones indias, y que son lo más á propósito para la meditacion y los sueños.

El dia habia sido ardiente, y la brisa de las montañas venía á aquella hora de la noche fresca y perfumada á dar vida á las flores, y hacer reposar los miembros bajo su bienhechor aliento.

No sé cuánto tiempo permanecí sumergido en muda contemplacion, dejando errar mi pensamiento á la ventura, cuando de repente me pareció que una sombra se deslizaba á lo largo del bosque de naranjos que rodeaba mi habitacion; puse atencion, pero ni el más leve ruido vino á turbar el silencio de la noche.

Sin duda me habia engañado, y volví á continuar el hilo interrumpido de mis meditaciones.

Al pisar el umbral de la puerta, vi una forma blanca acurrucada al pié de mi lecho, sobre una piel de pantera. El recuerdo de la sombra que habia atravesado el bosque se presentó á mi imaginacion, y entré rápidamente...

Pero ¡cuál no sería mi asombro al encontrarme con la vírgen heroína de la fiesta de la víspera, con la hija de Kasiappa!

Yo conocia perfectamente las costumbres fielmente conservadas por ciertas razas del interior de la isla, pero ignoraba que las hubiesen adoptado los tchaleas.

En todas las castas que son subdivisiones de la de Soudrawansé, es costumbre enviar su mujer ó su hija á pasar la noche con el viajero de distincion que ha aceptado la hospitalidad, y léjos de ser un deshonor para ella, es por el contrario un título honroso para encontrar con más facilidad marido.

Algunos viajeros han dado fe de esta costumbre, no solamente en Ceylan, sino en la península india; pero ninguno ha podido indicar el origen.

En lugar de buscar la explicacion de esta extraña costumbre en las supersticiones y los usos religiosos de estos pueblos, de admitir, por ejemplo, que el dios Couvera, habiendo pasado una noche bajo el techo del sabio rey Pratchetas, y habiendo exigido el huésped divino que la bella Sarawasti fuese sacrificada á su pasion, el rey, que no veia en ello deshonor alguno, dió un edicto obligando á sus vasallos á que entregasen sus mujeres ó sus hijas á los viajeros de distincion; en vez de creer que la costumbre haya nacido de la leyenda, es más lógico creer que la leyenda no haya sido inventada más que para santificarla.

Verdad es que el ofrecimiento que hace el amo de casa, de su mujer ó de su hija, al huésped de distincion que recibe, ha debido ser una especie de tributo que cobraban al municipio los altos funcionarios y oficiales del séquito de los rajahs durante sus viajes; derecho que debió hacer nacer la leyenda para darle una apariencia ménos onerosa; pero generalizándose poco á poco, perdió el carácter deshonoroso que pudiera tener para la mujer y la dignidad del padre ó del marido.

Por raro que parezca, no podemos olvidar que en Europa, y durante la época de la Edad Media, nos hemos visto sometidos á ese vergonzoso yugo, que los señores feudales de aquélla ejercian segun sus caprichos sobre las vírgenes de sus feudos.

.....  
 Por consiguiente, Kasiappa, para honrarme y

cumplir con los deberes de la hospitalidad, me había enviado su hija.

Ruego á los filósofos que pretenden que ciertas nociones de conciencia y de pudor no pueden jamás perderse, por no sé qué extraña influencia, en el corazón de las criaturas humanas, que presten atención á lo que voy á referir, y que yo garantizo ser de la más escrupulosa exactitud.

La jóven Wairamy, al verme llegar se levantó sonriendo. En verdad debo confesar que estaba encantadora con su gran *pagne* (1) blanco, con franjas de oro, y sus magníficos cabellos ondulados que le cubrían las espaldas.

Como perteneciente á la raza malabar, tenía los piés y las manos de una finura irreprochable, y su cuerpo, apénas velado por aquella ligera gasa, mostraba contornos de una pureza de líneas que no se encuentran más que entre las poblaciones oriundas del Himalaya, que han permanecido sin mezcla alguna.

La tentación era fuerte, pero supe dominarla, pues aunque no tenga la pretension de imitar la continencia de los dos *Josés*, no podía gustarme aceptar las caricias de una jóven, casi una niña, que se entregaba á uno sin afección alguna, y solamente por conformarse á una costumbre ridícula y deshonrosa.

Su padre le había dicho: «¡Vé!...»

Y ella había venido.

Demasiado sé que las costumbres de Oriente autorizan plenamente estas situaciones, y que la delicadeza en estas materias no se comprende;

(1) Taparabo; tela con que se ciñen el cuerpo desde la cintura hasta encima de las rodillas los negros y los indios.

pero yo creo que hay veces en que la delicadeza no debe preocuparse de la opinion de los demas.

Tanto peor para el que no comprenda estos sentimientos.

Cogí á la jóven de la mano y la llevé á un divan, donde la hice sentarse al lado mio.

Voy á copiar textualmente el diálogo que se entabló entre los dos:

—¿Quién te ha enviado aquí?

—Kasiappa, que me dijo: «Ve á llevar estos pindas (bollos) perfumados con jengibre y anis al extranjero que reposa en la casita del estanque, y dormirás con él».

—¿Por qué has obedecido?

—Porque Budha habla por boca del jefe de la familia.

—¿Sientes haber venido?

—No. A la hija del jefe de la raza le tocaba venir á pasar la noche contigo, puesto que dormias bajo su techo.

—¿No podias hacer que te reemplazara alguna de tus criadas?

—No lo hubiera consentido, pues hubieran dicho en el pueblo que el extranjero me habia desdeñado por una mujer de baja condicion.

—Si no hubiera sido costumbre de tu raza, ó tu padre no te lo hubiera mandado, ¿hubieras venido aquí?

—No sé.

—¿Comprendes bien mi pregunta?

—No.

—Pues bien, yo quisiera saber si hay algo en mí que te atraiga.

—No, yo no necesito ni taitou, ni moucouti (alhajas indias), ni taparabo de seda; sólo las mu-



jeres de la raza rhodia (que entierra los muertos) buscan á los extranjeros con ese fin.

—Veo que no comprendes el sentido de mis palabras.

—Soy muy jóven y estoy poco acostumbrada á la conversacion de los hombres.

—Voy á explicarme mejor. ¿Me prometes responder francamente á mis preguntas?

—Te lo prometo.

—Entre los jóvenes de la aldea, ¿no hay ninguno á quien encuentres más bello que á los demas, y que hayas mirado á traves de las persianas de la galería, cuando pasaba por la casa de tu padre?

—Hay muchos á quienes me agrada mirar.

—¿Escogerias con placer tu esposo entre ellos?

—No puedo, porque estoy casada.

—¡Casada!...—exclamé con asombro.—Pero entónces, ¿por qué estás aquí?... ¿No debias, segun la costumbre, ser conducida esta noche á la casa de tu esposo?

—Sí, y así hubiera sucedido si tú no hubieras venido. Pero esta mañana, cuando Virayen-Atchari supo que debias asistir á la fiesta y pasar aquí la noche, fué á decir á Kasiappa: «Padre, no lledes mi mujer á mi casa hasta mañana; es preciso honrar al extranjero».

—¿Y has venido aquí con el consentimiento de tu marido?

—El y mi padre me lo han mandado.

—Si fueses libre, ¿me escogerias por esposo?

—No, porque tú no eres ni de mi raza, ni de mi casta, ni de mi color, y el Dios que tú adoras no es el mio. Yo no podria amarte.

—¿Cómo puedes entónces ofrecer las primi-

cias de tu juventud á un hombre por el que no podrías sentir amor?

—Lo mismo hizo la bella Sarawasti, y el dios Couvera colma de prosperidades á aquellos que siguen su ejemplo.

Antes de continuar relatando esta curiosa conversacion, ruego al lector me disculpe si despier-to en él ciertas imágenes. Yo creo que es imposible permanecer más casto en las expresiones en un terreno tan resbaladizo.

No se olvide que estamos en medio del extremo Oriente, y que, como fiel historiador, no hago más que describir unas costumbres casi desconocidas en Europa hasta nuestros dias, y que mi larga permanencia en aquellos países me ha revelado.

Prosigo.

—Pues bien, mi querida Wairamy, —añadí, — Couvera te agradecerá tu intencion. Ven, sígueme; voy á llevarte yo mismo á la casa de tu esposo, que se pondrá muy contento, estoy seguro de ello.

—Tú no harás eso. ¿Por qué quieres deshonorarme?

—¿Deshonrarte?

—Sí, todo el mundo diria mañana: «El huésped de Kasiappa ha despreciado á su hija»; y creerian que tengo la lepra ó la elefantiasis.

—¿No estaré yo allí para asegurar lo contrario?

—No te creerian, pues entonces sería un insulto á la hija de Kasiappa, y todo el mundo te diria: «¿Por qué la has desdeñado?» Y Virayen mismo me rechazaria, diciéndome: «¿Qué haré yo con esta mujer que el extranjero no ha querido?»

Y toda mi vida sería una *nirnatha* (mujer sin marido).

—Pues bien, puesto que ésas son las ideas de tu casta, quédate aquí hasta el amanecer, y el pueblo y tu marido pueden creer lo que se les antoje.

—No puedo quedarme sin participar de tu lecho...

—No te comprendo.

—Tú has visto las ceremonias que han tenido hoy lugar. ¿Ves mi paño? Es el paño ó cingalo blanco de las recién casadas, y el que se conserva hasta *el día siguiente* como un recuerdo.

—¿Y qué?

—Que no tendrá señales de mi virginidad, y no pudiendo enseñarlas al salir de tu casa, todos dirán de mí con desprecio: «Esa ha tenido ya comercio con los rhodias y los hombres de baja condición»; pues no hay más que los párias capaces de infringir la ley y de tener comercio con las jóvenes ántes de las ceremonias de su entrada en la edad núbil.

Yo conocía de antemano la inutilidad de mis esfuerzos y la imposibilidad de hacer comprender á una mujer india que un hombre puede rehusar sus caricias.

Ademas de las circunstancias particulares en que me encontraba, y en que una cuestion de hospitalidad y de creencias religiosas subordinaba todas las demas, no se obtiene más respuesta que ésta: «¿No te gustan las mujeres bonitas? ¿O es que me encuentras vieja ó fea?»

Por más que queráis buscar un átomo de pudor, una idea de dignidad, por exigua que sea, no conseguireis más que os digan entre dos riso-

tadas: «¡Quita allá! No eres más que un perpi-ka». (En sanscrito y tamoul quiere decir eunuco.)

En cualquier sitio donde se encuentre, sea cual sea la casta á que pertenezca, y por severas que sean las leyes contra el adulterio,—pues no todas las clases de la sociedad entregan con tanta facilidad sus mujeres,—la india se entrega á cualquier hombre que esté solo con ella diez minutos.

Así es que en la situación extraña en que me encontraba, no vi más que un medio de salir de ella, que fué oponer una creencia religiosa á otra. Le puse en ejecución, y juré á Wairamy, tanto más peligrosa cuanto más apremiante se ponía, que ántes de dejar mi país habia prometido á una encantadora jóven, al pronunciar el juramento sobre los libros sagrados, no olvidarla durante mi largo viaje.

Apénas hube pronunciado aquellas palabras, cuando Wairamy se levantó del divan en que estaba sentada á mi lado, y se acurrucó á mis piés.

Francamente, ya era tiempo.

Y si el motivo que expuse á Wairamy, fuera de la forma religiosa de que le habia rodeado, no hubiera sido verdad, confieso que no hubiese tenido valor para inventar pretexto alguno.

—Está bien,—respondió sencillamente la jóven;—es preciso cumplir tu juramento, pues el que falta á la promesa hecha á los dioses, renacerá en el cuerpo de un buitre de piés amarillos.

Despues, levantándose con presteza, añadió:

—Espérame un momento; se me ha ocurrido un medio de arreglarlo todo.

Y desapareció por los bosquecillos del jardin.

Volvió al poco tiempo, con una paloma envuelta en una punta del paño.

—Toma,—me dijo sonriendo;—mi casta me prohíbe atentar á la vida de los animales; haz tu mismo el sacrificio.

—¿Con qué objeto quieres inmolar este hermoso animal?

—¿No comprendes?

Y Wairamy me enseñaba su blanco paño.

Comprendí la idea, pero dudaba...

—Es preciso,—repitió ella.

Volví la cabeza, llamando en mi auxilio todo mi valor, y algunas gotas de sangre de la inocente paloma cayeron sobre el blanco paño de Wairamy.

¡Sacrificio absurdo á las preocupaciones de su raza!

A los primeros albores de la aurora, que no tardaron en aparecer, la hija de Kasiappa, despojándose segun la costumbre de su ligero traje, que no velaba ninguna de sus formas, se metió en el estanque que estaba á algunos pasos de la galería para hacer las abluciones prescritas.

No tardó mucho en salir, y rodeando á su talle aquellas varas de gasa que no servian sino para hacer más picante su belleza, y despues de coger mi mano y apoyarla sobre su corazon en signo de adios, se volvió á la casa de su padre.

Al entrar en el cuarto, vi junto al divan donde habíamos estado sentados la jóven y yo algunas flores rojas de las que adornaban los cabellos de Wairamy, que habia dejado caer al suelo. Las recogí cuidadosamente, y las metí en mi cartera.

Este fué el único recuerdo que conservé de aquella noche.

Aquella misma mañana me despedí de Kasiappa, y entré en Kaltna, en donde debo confesar

que el fin de mi aventura fué acogido con incredulidad...

—Es muy heroico, pero fabuloso, — me dijo Mme. Duphot, á la hora de almorzar.

Como se ve, el nivel moral de las mujeres de Ceylan vale poco. Se casan allí, como en todas partes; pero las uniones no tienen ninguna importancia bajo el punto de vista de la continencia de los esposos, que siguen teniendo diferentes amores, sin que ni uno ni otro se crea ofendido por esta libertad.

Entre las poblaciones de las campiñas, en el interior de Ceylan, hay la costumbre, por demas rara, que una mujer sea la querida de los hermanos de su marido, con el consentimiento de éste. Todos reúnen entónces sus propiedades, y viven en comun, sin la menor molestia.

En vano he buscado el *por qué* de una costumbre *contra natura*; pero las razones que me han dado son tan absurdas, que no me atrevo á relatarlas aquí.

Un colector inglés me dijo que sin duda el objeto era constituir grandes propiedades, disminuyendo el número de los miembros de la familia.

Sea lo que sea, el caso es que la polyandria es más comun en Ceylan que la poligamia.

La verdad es que la libertad de costumbres no autoriza las uniones serias, y que la mujer que tiene muchos maridos no exige de ellos una fidelidad que ella no les concede.

Las mujeres son muy lindas á pesar de su tez bronceada. Vivas y alegres, adornan sus cabellos con gusto, y llevan un traje que deja admirar sus formas, pues se reduce á un paño de seda ó algodón, segun la fortuna de la que lo lleva.

Sólo las mujeres rhodias y las párias, que son la escoria de las poblaciones y que se encuentran en los puertos vendiendo sus encantos á los marineros de todos los países, son las que se cubren el pecho con una especie de camisola sin mangas, que es un signo de prostitucion.

Voy, con este motivo, á referir una anécdota.

Lord Torrington, sucesor de sir Colin Campbell, acababa de ser nombrado gobernador de Ceylan.

Algunos dias despues de su llegada á Colombo, hizo una excursion en el interior de la isla con tres ó cuatro de esas ladys de cabellos de color de lino, aire sentimental y adornadas de sombreros amarillos, trajes verde manzana y sombrillas de color de rosa, como la Inglaterra envia todos los años al continente con los cuchillos de Birmingham y las agujas de Scheffield.

Llegados á una aldea, la caravana fué recibida por unas veinte jóvenes que fueron á ofrecerles cocos y frutas para refrescar.

Al apercibir á las encantadoras cingalesas que se presentaban á ellos con los senos desnudos y los cabellos esparcidos y cayendo hasta las caderas en bucles sedosos y perfumados, las púdicas vírgenes de Albion se cubrieron el rostro, lanzando en su armonioso *patois* una serie de *aho* y de *shoking* capaces de hacer huir á los pajarillos que gorjeaban en los tamarindos.

Ya no se atrevieron las inglesas á pasearse por los bosques; y estas ladys, que llevan en la cintura un frasquito de brandy, y que dibujan sin pestañear en su álbum el Apolo de Belvedere ó el Hércules parando la cuadriga, sin la hoja de parra, exigieron que se cambiasen las costumbres de

un pueblo, y mezclándose en el asunto un solapado rector anglicano, consiguieron se diese una orden para que todas las mujeres, sin distincion de casta ni de religion, de allí en adelante se cubriesen el pecho y las espaldas.

Apénas se dió la orden, á pesar de los consejos del gobernador, que conocia mejor el país, cuando un sombrío estupor se apoderó de aquellas pobres gentes, que pagaban sin murmurar para que los blancos les dejasen en paz, pero que preferian morir mejor que renunciar á sus antiguas costumbres.

Y hé aquí á todas las mujeres de Ceylan colocadas en la categoría de párias y de prostitutas de los puertos.

De todas partes llegaron peticiones al gobernador, y los hombres rehusaron pagar la contribucion, y cambiar de traje las mujeres; y si alguna salia de su casa así vestida, era arrojada al instante de su familia y de su casta.

Preciso fué ceder ante aquella imponente manifestacion, y se revocó la orden, con gran pesar de las púdicas ladys y del imbécil pastor que habia causado todo aquel tumulto.

Los burócratas franceses creerán tal vez que con rigor se hubiera conseguido vencer aquella resistencia; pero los que conocen el país, saben que el indio no se doblegará jamás á nuestras costumbres.

Las clases elevadas, que los ingleses han escogido para gobernar las masas, han adquirido cierto barniz ficticio que engaña al observador superficial; pero en el fondo no han hecho más que refinar sus vicios al contacto de los europeos, y adquirir otros que les eran desconocidos.

No hay un cingales entre los altos funciona-



rios que haya abandonado las preocupaciones de su casta, y los ingleses fomentan con cuidado estas divisiones sometiéndose á las exigencias de los indígenas.

Primitivamente, y despues de la conquista brahmánica, los cingaleses estuvieron divididos en cuatro castas: los reyes, xchatrias; los sacerdotes, brahmas; los comerciantes, waysias; los artesanos y labradores, soudras.

Estas mismas divisiones se impusieron á la península del Indostan, creándose para perpetuar el poder de los sacerdotes, y allí tuvieron mucha más importancia que en Ceylan.

En esta isla, la revolucion religiosa operada por Budha derribó desde un principio las castas como poder político, para no dejarlas subsistir más que en las relaciones de la vida privada.

Al presente no existen ya estas cuatro grandes castas primitivas; están subdivididas en una infinidad de ellas, que representan los diferentes oficios y profesiones ejercidas por el pueblo, y el estado de las costumbres, barrera infranqueable, contribuye á mantenerlas más que la ley.

Sería difícil clasificarlas todas. Voy tan sólo á enumerar algunas de los waysias y de los soudras.

En cuanto á las dos castas de reyes y sacerdotes, á las que tienen la pretension de pertenecer las clases elevadas de Ceylan bajo el nombre de radjah-wansé y de brahmina-wansé, encierran los elementos mas heterogéneos, habiendo perdido la pureza de las castas indias.

Los welalés son cultivadores y jardineros.

Los nilmakarheia, pastores, conductores de elefantes y domadores de caballos.

Los atchari, herreros, escultores y arquitectos.

Los haunaouli, sastres, bordadores de chales y fabricantes de arneses.

Los tchandos, fabricantes de licores fermentados.

Los karawés, pescadores, constructores de canoas y buzos.

Los hella-baddes, alfareros.

Los ambatia, barberos.

Los haoumis, domadores de elefantes salvajes.

Los hakourou, fabricantes de azúcar de palmera.

Los haounou-baddes, fabricantes de cal.

Y otra infinidad de ellos que sería largo enumerar.

Los párias ó rhodias no pertenecen á ninguna casta, ni tienen otro medio de subsistencia que el merodeo; devoran los cadáveres de los animales muertos, y son rechazados de todas partes como seres impuros.

Entre todas estas castas, tres solamente tienen cuidado de no unirse á las otras aunque sea ligeramente. Sus nombres son: casta de bohís ó portadores de palanquines, casta de tchaleas ó arrancadores de la corteza del canelo, y casta de los atchari ó herreros, escultores y constructores; gozando de un renombre que los coloca por encima del resto de sus compatriotas.

En el curso de este viaje tendremos ocasion de conocer infinidad de habitantes de diferentes castas, y de estudiar sus costumbres.

Creo que es más interesante conducir al lector á la India á través de una serie de hechos y de anécdotas, hacerle viajar con uno, tan pronto á pié como en una carreta de bueyes ó en el lomo de los elefantes, hacerle asistir á los matrimonios

y las ceremonias religiosas cuando se presenten, iniciarle día por día en la vida del indio, que darle por medio de relaciones estudios ó descripciones privadas de novedad y originalidad, resultado de su propia experiencia.

Próximo ya á partir de Kaltna, mis amigos, fieles á su promesa, hacian sus preparativos de marcha para acompañarme. Nueve debian ser las carretas de provisiones que teníamos que llevar.

Tanapassary, el herrero de la plantacion, forjaba piezas supletorias desde por la mañana hasta por la noche, ayudado de Amoudou, que le servia de chispero, admirando á los cingaleses la fuerza hercúlea del negro, que durante horas enteras manejaba el más pesado de los martillos de la fragua, sin que le brotase ni una gota de sudor.

Bien se veia que habia nacido en medio de las arenas de la Nubia; y no se crea que yo le habia mandado ayudase al herrero en su trabajo, no por cierto; pero él se habia hecho amigo de Tanapassary, y le demostraba así su amistad.

Otros obreros construian una tienda, por si teníamos que acampar en alguna montaña; otros preparaban las provisiones de vinos, azúcar, licor y café. Media docena de costureras, en la galería, bajo la direccion de Mme. Duphot, hacian las cortinas del haoudah en donde debia ésta habitar sobre el lomo del elefante Nirjara.

El haoudah de viaje es un verdadero cuartito provisto de puertas y ventanas, y en el cual las mujeres y los niños están al abrigo de todo peligro. Basta tan sólo para esto escoger un elefante de confianza. El noble animal, que más que un servidor es un amigo de la casa, no os hará traicion seguramente.

Un día me preguntaba un amigo mio qué era lo que habia yo visto de más curioso en mis viajes.

—El elefante,—le respondí.

—¡Bah!—me dijo mi interlocutor.—¡Un elefante! Eso se ve por cualquier parte.

Y con ese acento burlon peculiar al verdadero parisien, añadió:

—Encontré dos ó tres en los boulevares; verdad es que iban al circo.

No, el elefante no se encuentra por todas partes, pues el pobre animal que se arrastra en la trasera de un carruaje, que se exhibe en las ferias con el acompañamiento obligado de tigres, leones y chacales, no es ya el verdadero elefante. Mirad su ojo triste y sombrío. Mientras que Jack le trae el desayuno ó le hace destapar una botella, él piensa en los grandes bosques en que se ha deslizado su infancia, ve sus horizontes lejanos limitados por el Océano, las vastas llanuras en que la yerba sube hasta su boca, y que come tan fácilmente; piensa en aquellos vientos tibios y perfumados de la noche que dan vida á sus poderosos pulmones; en todo lo que amaba, en fin, y que no volverá ya á ver más.

Cuando su amo le vendió, le dijo que siguiera al extranjero, y él obedeció ciegamente. Subió á un buque, despues se hizo esclavo, el gana-la-vida del que le compró. Lleno de abnegacion y de bondad, adoptará su nueva familia, y no hará daño al que le cuida y le trae el alimento.

Pero cuando por la noche se quede solo, llorará el pobre coloso, pensando en la costa de Comandel y en la isla de Manaar, llorará al considerar que morirá decrépito ó tísico en un clima en donde no se puede vivir, mientras que su abue-

lo, lleno de años, está aún lleno de fuerza y de salud.

Todos los que asistis á su agonía y á su temprana muerte, sabed que en su país vive tres siglos, que la naturaleza le ha dado una salud igual á su fuerza y corpulencia, y una inteligencia la primera despues de la del hombre.

¡Cuántos dolores morales y cuántas torturas físicas se necesitan para destruir en pocos años esta poderosa máquina!

Pero éste no es el elefante, pobre animal que lucha contra el recuerdo y la muerte.

Id á las orillas del lago de Kandellé, ó á los valles sombríos del pico de Adam, si deseais verle en todo su vigor y su inteligente majestad.

Es maravilloso ver cómo se doblega en Ceylan este animal á todas las exigencias, á todas las necesidades de su amo, sirviendo para todo, obediendo á una señal, á una palabra, á un gesto, cumpliendo su trabajo con perfecta inteligencia.

Los antiguos cingaleses los empleaban en la guerra, para la que tenian maravillosas aptitudes; estando llena la historia del país de luchas y combates en que los elefantes se cubrian de gloria.

Los portugueses, que fueron los primeros que fundaron depósitos, cuando intentaban penetrar en la isla, eran rechazados por ejércitos de elefantes que caian sobre ellos sin inquietarse de sus armas de fuego.

Cuando se distinguia alguno de estos animales por un rasgo de valor, cubrian sus arreos de oro y plata, y si mataban alguno en la guerra, le hacian soberbios funerales.

Segun cuentan los historiadores cingaleses, los elefantes guerreros estaban formados en compa-

ñías, con sus jefes, cuyas insignias reconocían perfectamente y á quienes obedecían ciegamente.

A los que se sonrían con incredulidad al leer estas líneas, les diré que los romanos, como todo el mundo sabe, fueron batidos en Tusculum y en Heraclie por el rey de Epiro, Pyrrhus, y que este último debió su victoria á un cuerpo de elefantes acostumbrados á los combates, que cargó á la cabeza del ejército y derrotó á los soldados de Scipion.

En el dia los elefantes, aunque más pacíficos, no por eso dejan de ejercer sus funciones con el mayor celo; no siendo posible dominar á estos animales, que de un golpe con su trompa destrozán á un tigre ó un rinoceronte, más que por la dulzura y el razonamiento.

Pero es fácil enseñarles, y en poco tiempo comprenden lo que se les dice y obedecen con prontitud.

Cuando el indio hace un viaje con su elefante, conversa con él, y el animal fija sobre su conductor unos ojillos chispeantes de inteligencia y de malicia, moviendo sus dos grandes orejas, como alas de mariposas.

El indio entabla la conversacion con el elefante, especie de monólogo que el animal interrumpe de cuándo en cuándo por roncos gritos, que indican comprende perfectamente á su interlocutor.

—Y bien, Andjali, —le dice el indio llamándole por su nombre: —¿quieres darme tu trompa para que me suba encima de tu cuello, pues estoy cansado de andar?

El animal vuelve su trompa del otro lado de su conductor.

—¿No quieres? Comprendo; prefieres que vaya á tu lado para hacerte compañía. Pues haces mal, porque ya sabes que desde que amaneció estamos caminando, y si tú no eres complaciente conmigo, no te contaré la historia de la bella Nichdaly, robada por Vischnou, y esta noche no tendrás ni el jagre (1), ni arroz tostado.

Andjali, que parece importarle poco perder la narracion de las aventuras de la bella Nichdaly, al oír hablar del jagre y del arroz tostado, que le gusta mucho, suaviza su voz, que produce un sonido de trombon, extiende su trompa, coge al indio y le sienta sobre su cuello.

—¡Goloso!—dice el indio.—Sólo por esto te hubieras ablandado. Pero ¿adónde vas ahora? No es un motivo para desviarte de tu camino el que veas un cañaveral.

Y el elefante se pára de repente, balancea su trompa exhalando cortos gruñidos, y entónces generalmente el indio se baja y le compra un haz de estas succulentas cañas, que el animal masca con aire satisfecho.

El elefante y su guía parecen dos niños que rien, saltan y brincan, que disputan algunas veces, pero que acaban por quedar siempre amigos.

A este animal, de un carácter alegre, le gusta hacer ciertas diabluras en las casas en donde vive.

Entre los criados de la casa de su amo hay algunos, por ejemplo, que quiere porque le tratan bien, y otros á quien no quiere. Pues bien, á los primeros les hace mil obsequios, les coge la carga y se la lleva, si los ve en el camino los monta sobre su cuello, y los obedece como al amo.

(1) Jagre, azúcar de palmera.

En cuanto á aquellos que le disgustan, les come el arroz cuando está ya cocido, les inunda de agua con su trompa, agua que coge en el estanque más próximo, ó los balancea en el aire, teniéndoles suspendidos por los faldones de la camisa.

Si ve de repente al amo, suelta al infeliz de quien se burla, toma al momento un aire indiferente, y viene á acariciarle el rostro, pues teme que le regañe, y quiere prevenir la tormenta con su amabilidad.

Lo más raro es que este animal comprende lo que se le dice, reúne sus ideas, raciocina y tiene una memoria prodigiosa.

Los indios van más léjos que yo en sus apreciaciones, y le conceden casi tanta inteligencia como al hombre.

Esta es una exageracion, y creo que los límites que indico son los verdaderos.

El que no quiera conceder estas cualidades al elefante, no se podrá explicar jamás cómo este coloso, que ninguna fuerza humana podría doblegar, queda en herencia de padres á hijos, y durante sus dos siglos de existencia, muere sin haber hecho daño á nadie.

Verdad es que las cualidades intelectuales de este animal (casi experimento un remordimiento al hablar así) no las ponen en duda más que aquellos que no le han visto y estudiado en su país natal.

Voy á citar algunos rasgos de que he sido testigo, y cuya autenticidad puedo garantizar, habiendo sido escogidos entre los menos extraordinarios.

Si yo escribiese tan sólo para los orientales ó



para mis compatriotas que han habitado aquellos países, no me rodearía de tantas precauciones oratorias.

A algunas leguas de Pondichery existe una pagoda célebre, llamada Willenoor, que es visitada en cierta época del año por más de cinco ó seiscientos mil peregrinos, que van de todos los extremos de la India. Esta pagoda posee cierto número de elefantes sagrados, y entre ellos un elefante cuestador.

Dos veces á la semana va este último á Pondichery, acompañado de un guía, y pide para los brahmas de Willenoor.

¡Cuántas veces, trabajando en la galería rodeado de tattis (cortinas de vetiver), en el primer piso de la casa, he visto su enorme trompa levantar la cortina y balancearla para pedirme una moneda que aspiraba desde mi mano á su trompa á diez centímetros lo ménos de distancia!

No dejaba nunca de darle dinero para su pagoda, y para él una libra de pan mojado en melaza, que le gustaba extraordinariamente.

Naturalmente habíamos llegado á ser amigos en poco tiempo.

Tuve que ir un dia á Willenoor á unos negocios, y habiendo llegado á mediodía, no vi á nadie en la plaza, pues todos dormían la siesta. El calor era sofocante.

Mi carruaje se paró en la plaza principal, é iba á dirigirme á la casa del thasildar, jefe del pueblo, cuando de repente salió á galope de la pagoda, que estaba enfrente, un monstruoso elefante negro, y ántes de que me diese cuenta de ello, me cogió y me colocó sobre su cuello, continuando con rapidez su marcha en dirección á la pagoda.

Me hizo atravesar el primer recinto y el gran estanque de las abluciones, conduciéndome al departamento de los elefantes.

Llegado allí, me bajó en medio de todos sus camaradas.

Reconocí en él al punto al elefante cuestador, que á su vez me habia reconocido tambien, pues daba pequeños gritos, acompañados del balanceo de la trompa; y en el momento en que el tahsildar, seguido de algunos brahmas de la pagoda, venía á averiguar qué habia sucedido, pudo verme completamente tranquilo en medio de aquellos monstruosos animales, que me hacian una verdadera ovacion.

—Es raro,—me dijo uno de los brahmas,—pero no los he visto nunca dar tales pruebas de afecto á nadie.

Despues que le enteré de los pequeños obsequios que hacía al elefante cuestador, añadió:

—Ya no me asombra, pues se lo habrá contado á sus camaradas, y los golosos os agasajan para que les hagais el mismo regalo.

—¿Será posible?—dije con asombro.

—No tengais duda; y si no, vamos á hacer la prueba. Pasad vuestro brazo alrededor de la trompa de vuestro amigo y hacedle un signo de que os siga; todos los demas os seguirán tambien, y ya vereis adónde os llevan.

Hice lo que me dijo el brahma. El elefante cuestador y yo salimos los primeros, y los otros nueve compañeros nos siguieron, cambiando entre sí gritos de alegría.

Franqueamos la puerta de la pagoda, y me condujeron en derechura á la casa de un panadero indigena.

Llegados allí, regalé á cada uno de ellos un pan mojado en melaza, que hace sus delicias.

Me hubiera quedado mudo de asombro si no hubiese conocido la maravillosa inteligencia de estos animales.

El brahma con quien yo habia hablado ántes me dijo que de cuándo en cuándo el elefante cuentador se escapaba é iba á pedir por su cuenta hasta Pondichery, y como conocia perfectamente el bazar ó mercado, se iba allí, echaba sobre la mesa de un mercader de frutas todo el dinero que contenia su trompa, y se ponía á comer todas las cañas de azúcar, bananas y mangos que el indio queria darle.

El hecho que voy á referir pasó delante de mí.

Se tiene generalmente en las casas, para que beban los animales y no vayan á hacerlo en los estanques de aguas putrefactas, grandes artesas de madera llenas de agua que se saca de un pozo por medio de una bomba, y generalmente el elefante, por la mañana temprano, da á la bomba para llenar aquellas inmensas artesas.

Es inútil decir que, acostumbrado á aquel servicio, no necesita que se lo manden, y que todas las mañanas ántes de salir el sol está en su puesto con la exactitud de un despertador... que anda bien.

Estaba una vez en Trichnapoli, en casa de un negociante amigo mio que poseia una magnífica vivienda á algunas leguas de la ciudad.

Acababa de despertarme mi criado para meterme en el baño, cuando al pasar por el patio, vi á un gran elefante blanco que daba á la bomba melancólicamente cerrando los ojos, y absorto tal vez en algun pensamiento que le distraia de tra-

bajo tan fastidioso. Saludó mi presencia con un gozoso meneo de orejas, pues desde mi llegada le daba todos los días algunas golosinas; pero no abandonó su trabajo, pues sabía que tenía que llenar la artesa antes de verse libre.

Iba á pasar acariciándole con la mano, cuando noté que uno de los dos troncos de árbol que sostenían la artesa por cada extremo se había caído, y continuando la artesa suspendida por el otro extremo, caía el agua por el lado inclinado, sin que fuese posible llenarla nunca.

Me paré para ver lo que iba á pasar.

Al ver el elefante que el agua se desbordaba por un lado, ¿creyó acabada su tarea, ó bien, al notar que era necesario más de un pié para que se llenase la artesa por el otro lado, se obstinaria en dar á la bomba hasta que estuviese al nivel por los dos bordes, lo que era imposible?

El agua, con efecto, empezó á correr por el lado que había perdido el sosten. Al ver esto el elefante, empezó á dar señales de inquietud; pero como faltaba mucho para que se llenase hasta el borde próximo á él, continuó dando á la bomba.

Viendo que el agua continuaba saliéndose, abandonó el mango de la bomba y se puso á observar de cerca el fenómeno, del que no se daba cuenta; tres veces volvió á la bomba y otras tantas se separó de ella para observar la artesa. Yo me volvía todo ojos para ver cómo acabaría aquello. Pero de repente agitó sus grandes orejas en señal de que la luz entraba en su entendimiento.

Fué á oler el tronco del árbol que se había caído debajo de la artesa; creí por un momento que iba á volverle á poner en su sitio; pero no le preocupaba el que se saliese el agua por aquel

lado, sino que no se quisiese llenar por el otro. A poco rato comprendió sin duda lo que era, pues levantando la artesa, que apoyó por un instante sobre una de sus gruesas patas, arrancó el segundo tronco de árbol con su trompa, y dejó caer la artesa al suelo, que quedando en firme por ambos lados, se llenó fácilmente.

A esta prueba de inteligencia razonada, que esperaba pero que no preveía tan completa, pasó en mí algo extraño que no podía explicar. Mis ojos se llenaron de lágrimas, y quedé por un momento absorto, reflexionando sobre ese eterno problema del alma y de la vida, siempre insoluble.

¿No acababa de mostrarme aquel elefante su superioridad sobre el gusano que se arrastra sobre la tierra, en igual escala que la que yo podría tener la pretension de tener sobre él?

Y entónces...

Las mujeres y los niños son siempre sus favoritos en las casas en donde viven, ¡y pobre del extranjero que por chanza pegase á alguno de ellos en su presencia!

Es cosa curiosa verle acompañar á paseo á los hijos de su amo. No tienen nada que temer ni de las serpientes, ni de las fieras, ni de los estanques; vela por ellos con más solicitud que el criado más fiel.

Se va con los niños, ajustando sus pasos á los suyos, cogiéndoles flores, frutas de los árboles, merodeando las cañas de azúcar y cortando las ramas cuando los niños quieren hacer látigos ó bastones.

Es gracioso oír exclamar á los niños: «¡Tomy por aquí... Tomy por allá».

—Yo quiero ese mango grande que está allí.

Y Tomy va á cogerlo.

—Yo aquella mariposa.

Y Tomy se acerca despacito al pobre animalito y le atrae á su trompa por medio de la aspiracion.

—Yo aquella flor tan bonita que está en medio del estanque.

Y Tomy entra en el estanque con agua hasta el cuello, para ir á buscar la flor.

Al menor ruido que oye, reúne á los niños entre sus piés de delante, bajo la proteccion de su trompa, empieza á mugir de cólera cuando aquel ruido indica la presencia de alguna fiera, ¡y desgraciado del que intentara arrebatarse alguno de sus niños! Tigre, leon ú hombre, sería muerto en el acto.

En los saunderbounds del Ganges, país llano, pantanoso, cubierto de junqueras, verdadera patria del gran tigre real de Bengala, los combates entre esta fiera y el elefante, por proteger á los ganados, los criados ó los hijos de su amo, son casi diarios.

Los tigres de esta especie son tan feroces que no rehusan jamás la lucha, cuando el resultado es invariablemente desastroso para ellos, que quedan aplastados bajo sus piés.

Pero así como el elefante es implacable en sus combates con el tigre, el oso y el rinoceronte, á quienes jamás perdona, así es de dulce, bueno y humano con los animales inofensivos.

He visto con frecuencia poner encima de una losa ese animal que nosotros llamamos *betes á bon Dieu*, y cuya especie existe tambien en la India, y mandar al elefante que le aplaste poniendo el pié encima; ni su amo ni su conductor pueden

impedir que levante la pata al pasar por encima del animalito, para no hacerle daño.

Nirjara, el elefante querido de Mme. Duphot, era un animal admirable, y pertenecía á la raza blanca, que es la más inteligente de todas. Tendría unos cuarenta años, y estaba en toda la fuerza de la juventud, casi en la infancia, puesto que no desarrollan por completo hasta pasados los cincuenta años.

No habia nacido en la casa; cogido por los otros elefantes que se emplean con este objeto, fué regalado á su actual dueña. En cuanto se hubo acostumbrado á su nueva situación, su ama le confió la guarda de sus hijos, haciéndole el compañero de sus juegos y de sus paseos.

Mme. Duphot no usaba jamás el coche para las excursiones cortas, yendo siempre sobre su elefante favorito.

—Allí—decía ella—gozamos mis hijos y yo de una seguridad que no tenemos en ninguna parte. Nirjara no necesita ni freno ni bridas; le conducimos con una palabra ó con una caricia.

Aquel hermoso animal, á pesar de estar libre, nunca se alejaba mucho de la casa ni del silbato de su ama, á la que profesaba una afecion fanática.

Le he visto horas enteras seguir los movimientos de su ama, interpelándola de cuándo en cuándo con pequeños gritos que procuraba dulcificar, pero que no conseguia hacer armoniosos.

Todos los dias, ademas de su yerba fresca, su ama le hacía amasar un pan de ocho libras de arroz y harina de maíz mojado en melaza, y ella misma se le daba á la hora de comer.

Le daban un refresco hecho con la caña de

azúcar aplastada, que le gustaba mucho. Si se le figuraba á su ama que el tiempo húmedo le habia hecho daño, le componia una tisana con tres litros de agua, un litro de sirop de caña de azúcar, un litro de vino con canela y clavo, para llamar el calor á la piel. Y el animal bebia, lamiéndose tan agradable bebida.

—Yo creo—decia bromeando con frecuencia mi amigo—que el mejor dia va á comprender el por qué le dan tan deliciosa bebida, y se va á poner á toser á propósito para que no dejen de servirse.

Se comprende que yendo Mme. Duphot sobre su protegido, no tenia nada que temer en las excursiones que íbamos á emprender.

Terminados nuestros preparativos, fijamos el itinerario de la manera siguiente: se convino que iríamos á pequeñas jornadas á Kandy, capital del interior de la isla, por el pico de Adam y los montes Kotmales; y de Kandy, por Atgalé, el fuerte Dowal y Kandeloor, hasta Nallandé sobre el Ambaar, afluente del Mahavellé-Gangea, que debia remontar solo con Amoudou hasta Trinquemalé.

La pequeña ciudad de Nallandé, situada á noventa millas de Kaltna, fué fijada como el punto extremo de la excursion de la familia Duphot y sitio de nuestra separacion.

No debíamos recorrer juntos más que un trayecto de treinta leguas; pero las dificultades del camino á traves de los bosques y de las montañas, juntas á que no viajábamos de noche ni á las horas del calor fuerte, hacian que necesitáramos lo ménos diez dias para llegar al punto designado.

Mr. Duphot llevaba un tren de príncipe. Diez carruajes con bueyes, ocho caballos de silla, dos



elefantes, dos palanquines y sus conductores, por si nos poníamos enfermo alguno de nosotros; Nirjara con el haoudah de su ama, y treinta criados de ambos sexos, con tiendas, vajilla, batería de cocina, lechos y hamacas, nos acompañaban.

Todas las noches á las seis, fuese cual fuese el sitio en donde estuviésemos, se instalaba el campamento, guardado por los elefantes por temor á las fieras.

La tienda se armaba en un momento, con sus hamacas y sus lechos-divanes; la cocina se hacía al aire libre, y nuestra mesa estaba servida como en una casa particular, con porcelana y plata.

En las aldeas por donde pasábamos se compraban las aves y la caza, que se unian á nuestras provisiones; pero la verdadera base de nuestro alimento era el carry, que es el excitante y el confortante al mismo tiempo más agradable y más enérgico que se conoce.

Al cabo de algunos dias de viaje, yo no comia otra cosa.

Hé aquí la receta de este plato divino:

Se desmenuza una gran cebolla, y se echa en el fondo de una cacerola con manteca fresca; cuando está á punto, es decir, dorada, se deslie allí una cucharada de pasta de carry, echándole encima inmediatamente un litro de caldo de pollo y un vaso de leche de coco fresco.

La pasta de carry se compone de una infinidad de granos exóticos machados juntos cuando están verdes, y que se llama en la India mas-sales.

La pasta fresca de carry de la India puede reemplazarse en Europa por el polvo seco de los diferentes granos que la componen; se encuentra

en las tiendas, pero es preciso que tenga el sello de Calcuta. El vaso de leche de coco se reemplaza con leche de almendras, bastando sólo para hacerlo tres almendras.

Este plato, tan sencillo en apariencia, es difícil para dar el punto, y yo no he encontrado en Europa ningun cocinero que sepa hacerlo. Lo que generalmente se sirve bajo el nombre de carry, es una horrible mezcla que ningun indio podría probar.

Pido perdon á mis lectores por haber colocado esta receta en una relacion de viajes, pero tal vez alguno me la agradecerá.

El segundo dia de nuestra marcha, dejamos atras la ciudad de Ratnapoor, situada á la extremidad de la provincia de Saffragam, célebre por los topacios, rubíes, zafiros, esmeraldas y otras piedras preciosas que se encuentran en los torrentes de las cercanías.

Despues de un descanso de algunas horas, nos metimos en las gargantas tortuosas que conducen al pico de Adam, y por la tarde encontramos un campamento de leñadores.

Hacia ya media hora que al subir oíamos el ruido de hacha que resonaba en las alturas, repetido por los ecos del valle. El instrumento se levantaba y se bajaba con una regularidad mecánica, sin cesar un instante, sin disminuir el rigor de los sonos que producía, dándonos una alta idea de la fuerza muscular del obrero que la manejaba.

Al revolver uno de los senderos que seguíamos, tuvimos que apartarnos á un lado para dejar pasar dos enormes elefantes negros que bajaban llevando entre los dos uno de esos gigantescos

árboles que sirven para la construcción de los buques, y que se embarcan en Colombo para todos los puertos del mundo.

Al llegar á una plataforma, comprendimos el por qué de aquella regularidad en los hachazos que oíamos hacía algun tiempo.

Nuestros leñadores eran cuatro elefantes que, con una enorme hacha en la trompa y bajo la vigilancia de un malabar, derribaban los árboles que les indicaba, mientras que sus camaradas bajaban al valle, como ya hemos visto, aquellos árboles, que sólo ellos podían transportar.

Sin interrumpir su trabajo los elefantes, nos saludaron meneando sus orejas, y Nirjara, muy asombrado, se fué derecho á ellos y se puso á observarlos, y tomando luego un hacha que había en el suelo, se puso á imitar á sus camaradas; pero su ama, temiendo se lastimase en aquella prueba, le hizo dejar el instrumento.

El sol bajaba rápidamente, y aunque sólo nos faltaban dos horas de marcha para llegar al pico de Adam, resolvimos acampar en aquel sitio.

Nada puede dar una idea de la salvaje belleza del país que nos rodeaba.

Tan lejos como podía extenderse la vista, se apercibían valles profundos y umbrosos, picos de montañas cubiertas hasta su cima de bosques eternos, y precipicios monstruosos tapizados de una vegetación tan espesa, que parecían océanos de verdor que olas invisibles meneaban.

¡Y qué tonos maravillosos de diferentes verdes luminados por el sol poniente!

En el momento en que el sol se ocultaba dorando pálidamente las corolas gigantescas de los flamboyants de flor roja, nuestro campamento se

vió rodeado de unos cincuenta cingaleses tchaleas que habitaban una aldea á medio tiro de fusil de donde nos habíamos detenido.

Estas buenas gentes ayudaron á los criados en su trabajo, y despues de haber decorado con esterillas nuevas y flores la casa mejor de la aldea, vinieron á ofrecérsela á Mme. Duphot, que pasó allí la nôche guardada por Nirjara, que hacía temblar el bosque con sus mugidos cada vez que un perro, un chacal ó un cingales se aproximaba á cierta distancia de la casa en que reposaba su ama.

Nos pusimos en camino dos horas ántes de amanecer, para llegar á la cima del pico de Adam y contemplar desde allí el soberbio espectáculo de la salida del sol.

Renuncio á describir las maravillas de aquella naturaleza ecuatorial, que hace brotar flores y árboles desde el fondo de los valles á las cúspides más elevadas de las montañas, que siembra con profusion sobre los campos y los montes las mil tintas de la paleta mágica del prisma solar, que le rodea á uno de luz y de aire fresco y perfumado.

Sobre una roca de granito y á cierta distancia, uno de los guías nos enseñó la marca parecida á un pié que se imprimiera fuertemente en la tierra húmeda.

Segun la leyenda india, esta señal pertenece á Adam, el primer hombre que partió de allí con su mujer Eva para la Tierra Grande.

Segun las tradiciones búdhicas, esta señal la dejó Sakia-Mouni, ó el mismo Budha.

Hablo aquí de estas dos leyendas porque el lector las apreciará bajo el punto de vista de es-

tudio del origen de las religiones antiguas y modernas, que todas sin excepcion derivan de la misma fuente.

La leyenda búdhica es inédita. En cuanto á la de los indios adoradores de Brahma, emana de los libros santos, y ha sido traducida y publicada por vez primera por mí en la *Biblia de la India*.

Voy á citar algunos pasajes:

«Pasead por toda la punta oriental de la India y por la isla de Ceylan, en que la tradicion se ha conservado en toda su pureza; interrogad al indio en su humilde cabaña ó al brahma en el templo; todos os contarán la leyenda de la creacion del hombre del mismo modo, tal cual la vamos á relatar aquí segun el Veda. En el Bagaveda-Gita, Christna la refiere en algunas palabras á su discípulo Ardjouna en los mismos términos que los libros sagrados.

»La tierra estaba cubierta de flores, los árboles se encorvaban bajo sus frutos, millares de animales pululaban en las llanuras, los elefantes blancos se paseaban apaciblemente bajo la sombra de bosques gigantescos, y Brahma comprendió que habia llegado el momento de crear al hombre para que la habitase.

»Sacó de la gran alma, de la esencia pura, un gérmen de vida con el que animó dos cuerpos que hizo varon y hembra, es decir, aptos para la produccion como las plantas y los animales, y les dió «la ahancara», es decir, la conciencia y la palabra, que les hacía superiores á todo lo que habia creado, pero inferiores á los ángeles y á Dios.

»Concedió al hombre la fuerza, la estatura y la majestad, y le llamó Adima (en sanscrito, el primer hombre).

»La mujer recibió en cambio la gracia, la dulzura y la hermosura, y la llamó Eva (que en sanscrito quiere decir la que completa la vida).

»En efecto, al dar una compañera á Adima, el Señor completó la vida que acababa de darle, y al colocar así la base de la humanidad que iba á nacer, proclamaba la igualdad del hombre y de la mujer en la tierra y en el cielo.

»El Señor dió entónces á Adima y á su mujer Eva la antigua Taprabam de los antiguos (isla de Ceylan) por vivienda, y que es digna por su clima, sus producciones y su espléndida vegetacion de ser el paraíso terrestre y la cuna del género humano.

—Id,—les dijo,—unios y cread séres que serán vuestra imágen viva sobre la tierra, despues de siglos y siglos que hayais vuelto á mí. Yo, señor de todo lo que existe, os he creado para adorarame toda vuestra vida, y aquellos que tengan fe en mí, participarán conmigo de la felicidad. Enseñad á vuestros hijos que no me olviden jamás, pues estaré siempre con ellos miéntras pronuncien mi nombre.

»Prohibió tambien á Adima y á Eva que dejasen Ceylan, y continuó en estos términos:

—Vuestra mision debe ceñirse á poblar esta magnífica isla, en donde he reunido todo lo que necesitais para vuestra comodidad y placer, y en propagar mi culto en el corazon de aquellos que nacerán. El resto del globo está aún inhabitado; si despues se aumenta vuestra posteridad en términos que no sea esta isla bastante para contenerlos, que me interroguen en medio de los sacrificios, y les haré conocer mi voluntad.

»Dicho esto, desapareció.

»Entonces Adima, volviéndose hácia su jóven esposa, la miró. Su corazon latió con fuerza á la vista de aquella espléndida hermosura.

»Eva permanecia delante de él, sonriendo en su virginal candor, palpitante de deseos desconocidos. Sus largos cabellos rodeaban su cuerpo, enlazando en caprichosas espirales su púdico rostro y sus senos desnudos, que la emocion comenzaba á conmover.

»Adima se aproximó á ella temblando. El sol iba á desaparecer en el Océano, las flores levantaban su corola para aspirar el rocío de la noche, millares de pájaros de plumaje variado murmuraban dulcemente en la copa de los tamarindos y de los mangos, los gusanos de luz empezaban á revolotear en los aires, y todos esos ruidos de la naturaleza subian hasta Brahma, regocijándole en su celeste mansion.

»Adima se atrevió entonces á pasar su mano por la suave cabellera de su compañera, y sintió que un estremecimiento agitaba el cuerpo de Eva. Entonces la cogió en sus brazos y le dió el primer beso, pronunciando el nombre de Eva que le acababan de dar.

—¡Adima!—murmuró dulcemente la jóven.

»Y su bello cuerpo se dejó oprimir contra el corazon de su esposo.

»La noche habia venido, los pájaros dormian en los bosques. El Señor estaba satisfecho, pues acababa de nacer el amor, precediéndole la union de los dos sexos.

»Brahma así lo habia querido para enseñar á sus criaturas que la union del hombre y de la mujer sin el amor no sería más que una monstruosidad contraria á la ley de la naturaleza.

»Adima y Eva vivieron algun tiempo en una dicha perfecta; ningun sufrimiento vino á turbar su quietud. No tenian más que extender la mano para coger las frutas de los árboles, más que bajarse para coger el arroz más fino y hermoso.

»Pero llegó un dia en que una vaga inquietud empezó á apoderarse de ellos.

»El príncipe Rakchusos, el espíritu del mal, celoso de su felicidad, despertó en ellos deseos desconocidos.

—Paseémonos por la isla, —dijo Adima á su compañera, —y tal vez encontraremos un sitio más hermoso que éste.

»Eva siguió á su esposo, y caminaron muchos dias y meses, parándose al borde de los arroyuelos y bajo los gigantescos multipliantes que les ocultaban la luz del sol.

»Pero á medida que avanzaban, la jóven se sentia presa de un terror inexplicable.

—Adima, —le decia, —no vayamos más léjos; me parece que desobedecemos al Señor. ¿No hemos abandonado ya el sitio que nos habia señalado para habitacion?

—No tengas miedo, —respondia Adima; —no está aquí esa tierra horrible, inhabitada, de que nos ha hablado.

»Y continuaban andando.

»Llegaron por fin á la extremidad de la isla de Ceylan.

»Frente á ellos vieron un brazo de mar no muy ancho, y en la otra costa una vastísima tierra que parecia extenderse hasta lo infinito; un estrecho sendero formado de rocas que se elevaban del seno de las aguas unia su isla á aquel continente desconocido.



»Los dos viajeros se pararon admirados; el país que distinguían estaba cubierto de grandes árboles y de pájaros de mil colores que revoloteaban en su follaje.

—¡Qué hermoso es eso,—dijo Adima,—y qué frutos tan bellos y tan ricos deben tener esos árboles! Vamos á probarlos, y si son mejores que los nuestros, plantarémos allí nuestra tienda.

»Eva, temblorosa, suplicó á Adima que no hiciese nada que pudiese irritar al Señor.

—¿No estamos bien aquí? ¿No tenemos agua pura y frutos deliciosos? ¿Para qué buscar otra cosa?

—Volverémos,—dijo Adima;—pero ¿qué mal hay en visitar ese país desconocido que se ofrece á nuestras miradas?

»Y se aproximó á las rocas. Eva le siguió temblando.

»Cogió á su esposa en brazos, y empezó á atravesar el espacio que le separaba del objeto de sus deseos.

»Cuando pisaron aquella tierra, se oyó un ruido espantoso; árboles, flores, frutos, pájaros, todo lo que habian visto desde el otro lado desapareció de repente; las rocas por donde habian pasado se sumergieron en las olas, sobresaliendo tan sólo los picos de las rocas, como para indicar el pasaje que la cólera celeste acababa de destruir.

»Estas rocas, que se elevan aún en el Océano indio, entre la punta oriental de la India y la isla de Ceylan, se conocen hoy dia en el país con el nombre de Palam-Adima.

»Cuando los vapores que van á China y á la India han pasado las Maldivas, el primer punto de la costa indo-cingalesa que se ve es una cima

azulada coronada de nubes, y que se eleva majestuosamente del seno de las aguas.

»Segun la tradicion, del pié de esta montaña partió el primer hombre para ir á abordar la costa de la Tierra Grande.

»Desde los tiempos más remotos, esta montaña lleva el nombre de pico de Adam, que la ciencia geográfica moderna le ha conservado.

»La vegetacion que los viajeros habian visto de léjos no era más que una alucinacion engañosa que les hacía ver el príncipe Rakchusos para incitarlos á la desobediencia.

»Adima se dejó caer llorando sobre la árida arena, pero Eva se arrojó en sus brazos, diciéndole:

—No te desesperes, y roguemos al Señor que nos perdone.

»Cuando ella estaba aún hablando, se oyó una voz en las nubes que pronunció estas palabras:

—¡Mujer! Tú no has pecado más que por amor á tu esposo, á quien yo te habia mandado que amases, y has esperado en mí. Te perdono, y á él tambien por tí; pero no volveréis á entrar en ese lugar de delicias que yo habia creado para vuestra dicha. A causa de vuestra desobediencia, el espíritu del mal acaba de invadir la tierra. Vuestros hijos, reducidos á sufrir y á trabajar la tierra por culpa vuestra, se volverán malos y me olvidarán. Pero yo enviaré á Vischnou, que se encarnará en el seno de una mujer, y llevará á todos la esperanza de la recompensa en otra vida y el medio de endulzar sus males por medio de la oracion.

»Adima y Eva se levantaron consolados; pero desde entónces tuvieron que entregarse á un duro trabajo para obtener de la tierra su alimento.»

La leyenda búdhica no une este signo incrustado en el granito á la creacion del primer hombre, sino á la encarnacion del primer Budha en el seno de la vírgen Avany y á su nacimiento.

Ved aquí el pasaje del Nirdhesa, uno de los libros sagrados de los budhistas, que se refiere á este asunto:

«Cuando la vírgen Avany, que habia sido fecundada por un rayo de la Sabiduría Eterna, sintió estremecerse en su seno al divino Sakia-Mouni, recibió la órden de ir á establecerse en cualquier sitio elevado del país, á fin de que Budha pudiese, al abrir los ojos á la luz, contemplar la isla entera que acababa de regenerar por la buena doctrina.

»Montada sobre Dharma-Souria, el elefante sagrado que el genio de Koundasa habia hecho para ella, abandonó la casa de su padre y se dejó conducir por el animal, que se dirigió á la montaña llamada Samanta-Kounta (pico de Adam).

»Llegados á su cumbre, vivió allí muchos meses con el alimento que le traian los devotos, que se disputaban el honor de servirla esperando el dichoso alumbramiento que debia colmar de gozo el cielo y la tierra.

»Cuando llegó el momento deseado, Sakia-Mouni salió del seno de Avany, que le dió á luz sin dolores. En algunos instantes se convirtió en un hombre hecho, bajo los ojos asombrados de su madre, que se puso de rodillas á adorarle.

»El primer sitio de la tierra en que Budha puso el pié, quedó impreso en él, para indicar perpetuamente á sus adoradores el sitio de su nacimiento; y aquel que viene todos los años piadosamente á contemplar aquel signo divino, no ve

prolongarse para él los días de impureza, puede ofrecerle el sacrificio ántes de la ablucion prescrita.»

Me ciño á citar este pasaje del Nirdhesa, que recuerda en pocas palabras la leyenda, aconsejando se vayan á ganar los días de pureza por un peregrinaje anual, pues la leyenda entera de Avany, la vírgen madre, segun el Maha-Wansé y las tradiciones budhistas, necesitaria para ella sola un volúmen.

Cuando el sol empezaba á dorar las cimas del pico de Adam, fuí testigo de un fenómeno del que, han hablado muchos viajeros.

Se ha dicho con frecuencia que el elefante se arrodillaba á la salida del sol y parecia adorarle.

Sin duda ha dado lugar á esta suposicion el que el inteligente animal, que le gusta mucho reposar en esta postura, la tome en el momento preciso; pues á pesar de las facultades extraordinarias que le concedo, no puedo creer que el elefante razone con su intuicion, traduciéndola por una manifestacion exterior tan característica.

Lo que sigue puedo garantizarlo, pues lo he visto muchas veces.

Cuando un elefante apercibe los primeros rayos del sol, si no tiene que seguir su camino ó continuar algun trabajo, se vuelve del lado por donde sale el astro, y tendida la trompa en espiral alrededor de uno de sus colmillos, que es uno de los signos de meditacion del coloso, con la vista perdida en el espacio, mira, observa, busca sin duda el secreto de esta luz que viene á inundar la tierra, y cuya razon no puede darle cuenta exacta de ella.

No he contemplado jamás sin cierta emocion

esa especie de éxtasis, en que el monstruoso animal hace esfuerzos evidentes para dirigir su pensamiento.

Él conoce á su amo, á sus amigos, comprende su lenguaje; distingue los árboles, los frutos y todas las producciones de la naturaleza; comprende cuándo obra bien ó mal, y espera una recompensa ó un castigo; se hace, en fin, una idea de todo, por incompleta que sea. Pero sin duda no puede comprender la luz del sol, y todas las mañanas le presta una atención meditabunda, indicando con esto que el fenómeno sobrepuja su inteligencia.

Subamos algunos grados más, lleguemos al infinito, y veremos que el hombre no está más adelantado que el elefante.

Nirjara y sus compañeros, que habíamos dejado sobre una de las mesetas inferiores para no impedir el sendero que conducía al pico, no dejaron de rendir al astro bienhechor su homenaje mudo y contemplativo.

Después de una ligera colación, compuesta de té y de sandwiches, nos reunimos á nuestra caravana y empezamos á descender las vertientes opuestas de las montañas, del lado del distrito de Dimbola.

Los valles que atravesábamos excitaban nuestra admiración, y sin embargo, no era la vez primera que contemplábamos tan esplendente vegetación.

Además del grandioso espectáculo que se ofrecía á nuestra mirada, distraían nuestra atención bandadas de pájaros y animales de todas clases. En ninguna parte he visto una naturaleza tan animada como en Ceylan.

Por la noche llegamos á Kotmalé, sobre el Diosbage, uno de los mayores afluentes del Mahavellé-Gangea, cuyo curso debíamos seguir hasta Kandy.

Nada de particular nos sucedió en el transcurso desde los montes de Kotmalé á esta ciudad, capital del interior, en la que permanecemos algunas horas, pues mis amigos tenían su tiempo contado.

Mucho sentí no haber permanecido algunos días en la antigua ciudad de los rajahs de Ceylan.

Apénas tuve tiempo de entrever el palacio de los antiguos reyes, magnífico edificio, cuya importante fachada se extiende sobre un espacio de más de doscientos cincuenta metros de longitud, y el Patheripouch, vasta torre exagonal de dos pisos, desde cuya elevacion se mostraban los rajahs á su pueblo, cubiertos de oro y diamantes, los días solemnes.

Después de haber echado una mirada sobre el Amavellé ó habitacion de las mujeres de raza real, emprendimos de nuevo nuestra marcha en la direccion de Nallandé.

No habiendo llegado á Kandy por este lado, no pudimos visitar tampoco el famoso túnel hecho en el Kurunaigalah por el gobernador inglés sir Eduardo Barnes, con objeto de fijar definitivamente la dominacion inglesa en las provincias del centro.

Una antigua leyenda conservada piadosamente en el corazon de todos los kandianos, decia que no podia establecerse ninguna dominacion extranjera en el país miéntras no fuese perforada por los invasores de parte á parte una de las montañas que rodeaban á Kandy.

Sir Eduardo Barnes, que conocia el imperio que ejerce la supersticion sobre el espíritu de estos pueblos, empezó un dia el perforamiento de una de estas montañas.

Miéntras duró el trabajo, los sacerdotes anunciaban todos los dias que el fuego iba á devorar á los trabajadores, ó que la montaña iba á desplomarse sobre ellos.

Pero nada de esto sucedió, y los chinos que habian hecho venir acabaron la obra. Los kandinianos, asombrados, comprendieron que los dioses los abandonaban, y no intentaron sacudir la dominacion extranjera.

Despues de habernos detenido en Atgalé, Dowal y Kandeloor, llegamos á Nallandé, término del viaje de mis amigos.

Nada hay tan triste como estas separaciones. Despues de haber vivido dos meses y medio juntos, teníamos que separarnos.

Deberes imperiosos me llamaban á Pondicherry, y no podia dilatar más tiempo mi viaje.

La pena profunda que me demostraban mis amigos me oprimia el corazon, y me hizo tomar un partido heroico.

En vez de pasar cuatro ó cinco dias con ellos en aquel punto, hice preparar aquella misma noche mi carreta, y advertí á Amoudou y al conductor de bueyes que estuviesen listos, porque á la mañana siguiente al despuntar el dia iba á continuar mi viaje, y con los ojos llenos de lágrimas anuncié mi próxima partida á mis amigos.

— ¡Cómo! — exclamó la mujer de mi amigo.

Y se paró temblorosa.

Su marido, conmovido extraordinariamente, me apretó la mano silenciosamente.

Los dos comprendieron el motivo de mi precipitada marcha.

La cena fué triste, y mis amigos me hicieron prometer que almorzaria con ellos al dia siguiente.

Cuando me dirigí á la carreta donde estaba mi lecho, oí detras de un árbol unos sollozos ahogados.

Me aproximé... y vi á Amoudou que se despedia inconsolable de su querida cingalesa.

Al dia siguiente á las siete, con mi carabina á la espalda y seguido de mi carreta de bueyes y de mis criados, subí á pié el curso del Ambaar.

Al cambiar nuestros últimos adioses, mis amigos me hicieron prometerles que volveria. Cumpliré mi promesa.

Treinta leguas me separaban de Trinquemalé, distancia que franqueé en siete dias, que verdaderamente es prodigioso, atendido á las dificultades del terreno.

El país que atravesábamos está desde Nallandé al lago Kandellé y á Tamblegam cubierto de los animales más peligrosos, como jaguares, panteras negras, cocodrilos monstruosos y otros; sin hablar de los elefantes salvajes que pululan en los bosques, en las orillas del Mahavellé, y que no son peligrosos como no se les ataque.

Algunos ingleses los cazan por pasatiempo; pero me parece un asesinato matar semejantes animales, que hay que atacar siempre á traicion desde una roca elevada ó encima de algun árbol que él no pueda arrancar de raíz... pues atacarlos de frente sería morir infaliblemente.

Llegamos sin tropiezo á las orillas del lago artificial de Kandellé, obra construida por los brahmas despues de su conquista para regar las



tierras inmediatas á la pagoda, y desde allí á Tamblegam, pequeña ciudad situada en el fondo de la bahía de Trinquemalé, en una posición de las más pintorescas.

Dió la casualidad que llegamos en el día de una gran fiesta que ponía en revolución al país. Esta parte de la isla no está habitada más que por indios de la costa de Malabar ó Coromandel.

Uno de los habitantes más ricos, de la casta vellaja, que pretende ser de raza real, casaba su hija con otro vellaja de Negapatam, en la Gran Tierra, y las castas de los dos esposos, de Tamblegam en Ceylan y Negapatam al Sur de la India, habían sido convocadas. De todos los extremos de la provincia había llegado una multitud de gente de todas castas y condiciones, para asistir á las fiestas, que debían ser maravillosas á juzgar por la riqueza del vellaja Nalla-Tamby-Modeliar, padre de la jóven.

Instalado apénas en un bengalow á las orillas de aquella bahía encantadora, en donde me proponía pasar algunos días, vi venir una tropa con turbantes de colores variados, y á su cabeza un grueso indio vestido de muselina de seda blanca y oro, cubierto de diamantes y apoyándose en un baston de puño de oro enriquecido de rubíes, que sólo tienen derecho á usar las castas reales.

Aquel anciano era Nalla-Tamby-Modeliar, que habiendo sabido la llegada de un europeo al bengalow de los extranjeros, venía á invitarme á la fiesta que iba á tener lugar.

Ya le esperaba yo, máxime cuando acababa de mandarle la requisitoria del gobernador general que me autorizaba á exigir pusiese á mi disposición la vajilla del bengalow y los mosquiteros.

Acepté al momento aquella invitacion, que tan perfectamente se adaptaba á mis proyectos.

La fiesta debia durar quince dias lo ménos, y se contaban cosa inverosímiles de ella y de la riqueza de los regalos que debian hacerse á los sacerdotes.

Los fuegos artificiales venian de Bengala, las esencias de Allahabad, y se habia necesitado un navío para que trajese el cargamento de taparabos de todos colores y de piezas de algodón, destinadas á distribuirse entre todos los mendigos, pandarous y fakirs, y que se habian comprado en las fábricas de Tranquebar.

Se habian caparazonado de nuevo una docena de elefantes.

Y por fin, lo que más asombraba á la multitud y daba la más alta idea de la casta y de la influencia de Nalla-Tamby, era una tropa de jóvenes y lindas bayaderas que habian llegado la víspera de la famosa pagoda de Chelambrum, en la Carnatic, pagoda célebre en toda la India por el talento y la hermosura de sus bailarinas sagradas.

Antes de hacer asistir al lector á estas fastuosas y magníficas fiestas, de una originalidad picante, y para que se penetre mejor del sentido simbólico de las ceremonias religiosas, deseo hablar de las bayaderas.

Estas sacerdotisas del altar y del amor no se conocen en Europa más que por las relaciones fantásticas de los viajeros, que no comprenden que se necesitan muchos años para penetrar el sentido de las instituciones del extremo Oriente.

Voy á mostrarlas bajo su verdadero punto de vista, y consagrar un capítulo especial á aquellas sacerdotisas de la pagoda de Chelambrum.

## TERCERA PARTE.

### LAS BAYADERAS.

Las bayaderas tienen un origen celeste, según la leyenda; descienden de las apsaras, cortesanas ó bailarinas del cielo de Indra.

Los poetas les hacen salir del mar, mientras que los devas, genios de las esferas inferiores, y los assouras, espíritus malignos constantemente en lucha con los dioses, sacudían las olas blancas de espuma, para procurar sacar de ellas la amrita, es decir, la ambrosía.

Las bayaderas se pusieron inmediatamente á bailar sobre las olas, tan bellas y seductoras que los devas y los assouras, olvidando su trabajo, se entregaron á un combate terrible para apoderarse de ellas.

Victoriosos los devas, las condujeron á su jefe Indra, que las hizo las bailarinas oficiales del cielo, uniéndolas á los gandharbas ó músicos celestes, que hasta entonces habían tenido ellos solos el privilegio de divertir á la corte.

Una de estas diosas, que habia tenido relaciones con un mortal que la habia seducido con sus cantos, dió á luz una hija que, no pudiendo habitar el cielo á causa de su origen terrestre, fué confiada á los brahmas, que la educaron en el interior de la pagoda, en donde desde la edad más tierna se puso á bailar instintivamente delante de las estatuas de los dioses.

Tuvo de sus numerosos amores siete hijas que enseñó á bailar como ella en el templo en los días de ceremonia, y tres hijos que fueron destinados naturalmente á la profesion de músicos.

Este es el origen de las devadassi ó bayaderas y de los músicos actuales de las pagodas.

Las bayaderas no se casan jamás, pues dedicadas al servicio de los dioses, no pueden estar bajo el poder de ningun hombre; pero tienen libertad para contraer ligeras relaciones amorosas, con la condicion de no rehusar jamás sus favores á los brahmas, á quienes pertenecen.

Al principio no podian entregarse á ningun hombre más que á los brahmas, y entónces estaban consideradas como vírgenes.

Los brahmas fueron los primeros en prostituir su serrallo, para tener con ello un manantial fecundo de riquezas.

Los hijos que nacen de estas mujeres no pertenecen á ninguna casta; las hijas son bayaderas como su madre, los hijos son músicos; el padre siempre es desconocido.

He visto algunas de estas bailarinas que eran casi blancas; sin duda la sangre europea corria por sus venas, pero eran ménos bellas que las otras, sus ojos más pequeños, y el pecho y las caderas ménos desarrolladas.

La mezcla de los pueblos de Occidente con la bella raza india no produce, según he podido observar en las diversas provincias de la India, más que deformes retoños que no valen más en moral que en físico.

¿De dónde proviene esa rareza, cuando al cruzarse la raza blanca con la negra, da generalmente tan bellos resultados?

¿No podría creerse que aproximándose mucho la raza india á la nuestra, como tipo y como forma, crea una inferioridad en los productos?

La vida que llevan las bayaderas no las predispone á la fecundidad; de suerte que su número se disminuiría rápidamente si no se aumentase diariamente por la ofrenda que los padres de ciertas castas hacen á la pagoda de su tercera hija ántes de cumplir los quince años, pues de más edad no son aceptadas, pues son preciso pruebas físicas y morales de virginidad.

La casta de los tisserands es la que proporciona más niñas para este harem religioso.

Sin embargo, los indios de clase elevada no consentirían jamás en entregar sus hijas á los brahmas.

Desde que la niña entra en la pagoda, su familia la pierde, y no puede bajo ningún pretexto reclamarla; pierde su casta, y hasta el momento en que la edad haya marchitado su cuerpo y su rostro, pertenecen al culto del templo y del amor.

Maestros expertos en las posturas plásticas que forman el todo de las danzas orientales, las preparan para las ceremonias, y una vieja matrona las inicia en los secretos más vergonzosos del libertinaje.

Deben exceder sobre todo en el arte más refi-

nado del vicio, para reanimar los sentidos debilitados de los viejos brahmas y de los ricos indios que las emplean para sus placeres.

Las mujeres son generalmente en la India tan fáciles, que los indígenas prefieren mejor escoger una querida á gusto entre las de su casta, al lujo costoso de mantener una bayadera, que no puede rehusar á nadie sus favores, para que su producto lo aprovechen los brahmas.

La educacion que reciben estas mujeres no les permite relaciones serias.

Sin embargo, he sido testigo de un hecho excesivamente curioso, que estoy seguro agradará conocer.

En el mes de Enero de 1866, fatigado de los estudios serios, que juntos á los ardores del clima, habian alterado algo mi salud, y teniendo dos meses de que disponer, acepté la hospitalidad que me ofrecia un compatriota establecido en los Nielguerries, en una plantacion de té y de café que dirigia por cuenta de una casa de Madras, y una tarde llegué á Salem, en el corazon mismo de las montañas, á la casa de mi amigo, entusiasmado con la espléndida vegetacion que tenia á mi vista y que no puede hallarse en el mundo.

Figuraos las gargantas de la Suiza, cubiertas de granados en flor, de laurel-rosa y de flamboyants de flor rojiza, y por todas partes una vegetacion esplendente, magnífica.

La viña y todos los frutos de Europa crecen mezclados con los frutos de los trópicos en medio de todas las flores que la tierra puede producir. Y todo esto alumbrado por ese sol de la India, que presta una belleza y un colorido indescriptible á todo lo que calienta con sus rayos.

Por todas partes se oye el murmullo de los riachuelos que se pierden en los pequeños lagos de aguas tan puras y transparentes, que se ve en el fondo á los peces encarnados de aletas verdes ó amarillas perseguirse entre las algas, los lotus y los nenúfaros azules.

En cada pico de las rocas se ven grutas deliciosas, construidas con madera negra y olorosa del bith, rodeadas de verdor, que sirven de habitación á los amos de las plantaciones.

Me encontré allí con una pequeña colonia de franceses plantadores por su cuenta ó directores de plantación, que se reunían todas las noches en casa de mi amigo para matar ese insecto multiforme que se llama el fastidio, y que á veces en la soledad roe y bastardea las más duras inteligencias.

Inútil es decir que fuí acogido con la mayor cordialidad y como un acontecimiento dichoso que venía á interrumpir la monotonía de su existencia.

Si cogéis un frances en el boulevard y le transportáis al interior de la India, si sus ocupaciones no le obligan á llevar una vida de movimiento, á los seis meses estará enervado y hará esa vida de pereza y negligencia que hacen los indios, ocupado en aspirar el humo del houkah tendido sobre una esterilla, en saborear el odorífero café de los Nielguerries y en cultivar la belleza bronceada, peligrosa, serena, con su aspecto de estatua antigua y sus ardores de Mesalina, que acaba por pervertir los sentidos y embrutecer la imaginación de su adorador.

Poco á poco se borra de la mente la idea de la familia, de la patria; no abre las cartas, los pe-

riódicos permanecen con sus fajas, y si no viene algo á sacudir aquel letargo, el infortunado morirá en la India, en medio de cuatro ó cinco mujeres y de una numerosa progenitura.

Hay algunos para quienes esta vida está llena de encantos, que dejan correr sus dias sin ocuparse de otra cosa, y que acaban por vestirse y alimentarse como los indios.

Yo he conocido uno, antiguo discípulo de Burnouf, talento brillante y cultivado, que fué á la India para continuar y profundizar sus estudios de sanscrito, con la esperanza de llegar un dia al colegio de Francia, para hacer conocer á un profesor que supiese en sanscrito algo más que reglas gramaticales.

Entusiasmado con sus estudios sobre el grandioso pasado del país que habitaba, habiendo conseguido llegar á hablar el sanscrito, gracias á un brahma que tenia á sueldo al lado suyo, querido de los indios, cuya lengua conocia, y á quienes abria generosamente su bolsa en los dias de miseria, tomó tal aficion á la India, que determinó fijarse en ella.

Cuando me presentaron á él, vivia rodeado de tres brahminas (las mujeres más hermosas de la India á causa de la pureza de su sangre), que habia comprado á peso de oro, y de quienes tenia muchos hijos.

Estas mujeres, rodeadas de un lujo que no hubieran tenido en su casa, parecian serle sumamente adictas; pero se habian apoderado de su espíritu de tal modo que todas las mañanas le vestian de brahma oficiante, adornándole del cordon sagrado y haciendo que ofreciera el sacrificio á Wischnou y que adornase la estatua de flores,



despues de haberla piadosamente untado de aceite de coco.

Al principio se prestaba á esta exigencia riendo, y sólo por complacer á sus mujeres; pero poco á poco acabó por hacerlo seriamente. Sin embargo, yo creo que la conviccion no acabó jamás de penetrar en su espíritu.

Pero estoy seguro que cuando muriese, sus funerales se harian con toda la pompa del ceremonial indio, pues los brahmas, que encontraban siempre en su casa arroz á discrecion y dinero para su pagoda, harian creer al pueblo que el alma de algun fakir animaria el cuerpo de su amigo, y que por consiguiente podian los indios admitirle en su seno.

Despues de muerto, las brahminas quisieron que sus hijos fuesen criados en el rito indio, y ellas decian que eran las mujeres de un brahma venido del Himalaya, país cuyos habitantes son tan blancos como los europeos.

Estos ejemplos no son raros, y se encuentran con frecuencia en el interior de la India hombres que viven como los indios, y que no tienen de europeos más que el nombre.

Con objeto de destruir aquella propension á la pereza, que no le deja á uno apto más que para la vida material, se reunia aquel pequeño grupo de franceses de Salem, y hablaban de la Francia, que todos deseaban ardientemente volver á ver.

La primera noche de mi llegada la empleamos en conocernos unos á otros y hablar por supuesto de Paris.

Medio acostados en grandes sillones, en la galería de la casa, fumando unos los deliciosos cigarros de Trichnapoli y de Rangoun, mientras

que otros se contentaban con modestos cigarrillos, que hacían con habilidad, de tabaco perfumado de Coringuy, unos muchachos indios sentados á nuestros piés, empezamos la conversacion, contándonos mutuamente las mil circunstancias diversas que nos habian llevado á tres mil leguas de nuestras familias sobre las costas de Coromandel, cuando uno de nosotros que parecia distraído, exclamó de repente:

—Pues bien, á mí Paris me ha hecho huir de Paris... y malditas las ganas que tengo de volver allí; me encuentro demasiado bien aquí.

—¡Vamos, Alberto, — gritaron en coro sus compañeros, — que te vas á lanzar á la paradoja!

—Paradoja, — respondió Alberto, — pero que al presente se ha convertido en realidad. Sed francos: ¿no estamos todos aquí despues de habernos comido hasta lo último de nuestro patrimonio, salvo nuestro nuevo amigo, que ha venido á la India con el solo objeto de estudiar los manuscritos antiguos, pasión que estimo, aunque no participo de ella? Vamos, tened valor para confesarlo. En cuanto á mí, repito que estoy aquí muy bien. Paris empezaba á crisparme los nervios cuando salí de él. Había una fiebre de oro, que no se enteraba más que á los muertos que dejaban millones y galerías llenas de Rafael y de Van Crouten. Era cosa desesperante, sí, muy desesperante. Y en medio de todo esto, la siniestra policía correccional no juzgando más que á dependientes que se habian apropiado el dinero de sus principales para subvenir á los gastos de un lujo deshonesto, cajeros de vuelta de Bruselas entre dos gendarmes, banqueros que se habian arruinado por jugar al alza en vez de jugar á la baja. Y en otra es-

cena, la juventud desdeñando los amores honrados y entregándose á esas bailarinas ladronas de honor, que tantos amigos míos han matado llenos de vigor é inteligencia.

—Tienes razon,—respondió un jóven que estaba á mi lado;—mi experiencia no es aún grande, pero confieso que la antigüedad valia más que esta época bastarda. ¿Quién nos volverá á Lais y Aspasia? Estas al ménos no debilitaban ni el corazon ni el espíritu, y siempre quedaba bastante fuerza á la inteligencia para saber como el orador de Aténas si era preciso pagar bastante caro un arrepentimiento.

—¡Bien se ve que son las mujeres las que te han enviado á la India! Pero no te has corregido, pues apénas has desembarcado, de nuevo te has lanzado en una serie de aventuras que más de una vez ha podido costarte caro; y si no, prueba de ello el rapto de tu bayadera de la pagoda de Mirzapoor, más arriba de Benares, donde debias contarnos aquellas extrañas peripecias. Pues bien, como no las conocemos aún extensamente, te ruego que nos las cuentes.

El sujeto aludido, sin hacerse rogar, empezó en estos términos:

—El 11 de Febrero de 1863, el paquebot de las Mensajerías imperiales *Alfeo* me desembarcó en Calcuta, tan ligero de equipaje como de dinero, y dos dias despues salia para Benares, en donde me esperaba una colocacion en una fábrica de añil que me habia procurado un negociante de Paris amigo de mi familia por medio de uno de sus corresponsales.

»No os describiré los sitios que atravesé, pues todos conoceis las magníficas orillas del Ganges,

que costean los hermosísimos vapores de la Compañía.

»Todo me maravillaba, pues son muy distintas las vastas llanuras de Bengala á los cerrillos de Montmartre, y los indios á los naturales de Surresnes. Pero lo que más me chocó fué ver grupos de doscientas ó trescientas personas que venian á hacer sus abluciones en las orillas del rio, entre las cuales se veian mujeres de una notable pureza de formas, en todo el esplendor de una desnudez que nada velaba á nuestros ojos.

»Algunas veces, cuando el vapor se acercaba á la orilla y nos veian á bordo, huian como una bandada de pájaros asustados y corrian á ocultarse entre las altas yerbas.

»Paso por alto mi llegada é instalacion en la fábrica, confesando tan sólo con ingenuidad que la India me gustaba cada vez más, pues esta vida de negligente pereza se aviene perfectamente á mi naturaleza y á mis gustos.

»Al cabo de un año hablaba el indostan como un hijo del país, y comia carry tan lleno de pimienta como el primero.

»A dos leguas de la plantacion estaba la pagoda de Mirzapoor, cuyas bayaderas venian algunas veces en las grandes fiestas á bailar en la casa de los ricos babous y de algunos europeos privilegiados, para recibir regalos en oro ó plata.

»La primera vez que las vi, fué en la poudja de Cali, y sus bailes al principio no me gustaron mucho, pues las comparaba á nuestras bailarinas de la Opera, y me asombraba que no supiesen hacer aquellas piruetas; pero despues cambié de opinion al fijarme en aquellas posturas llenas de poesía plástica y de pasion.

»El día en que las bayaderas fueron á la plantacion, habia una entre ellas que me chocó por su gracia, su juventud y su belleza.

»Parecia triste, y arrojaba sobre la multitud una mirada salvaje.

»Dejó de bailar.

»Yo no perdía de vista ninguno de sus movimientos, y vagamente adivinaba en ella extraños deseos de libertad.

»Gracias á algunas monedas de plata, supe por uno de los músicos de la banda que aquella jóven, pocos meses ántes una niña, habia sido dedicada á la pagoda por su madre, muerta del cólera sobre los escalones del templo, en agradecimiento á los cuidados que la habian prodigado los brahmas en sus últimos instantes.

»Los sacerdotes se habian apoderado de su presa, fundando las más bellas esperanzas sobre la ganancia que iba á proporcionarles la virginidad de la nueva bayadera.

»Yo me aproximé á ella, y le dije en indostan: —¿Por qué no bailas? ¿Es la muerte de tu madre lo que contrista tu corazón?

»Ella me respondió con aire despreciativo:

—Yo no soy de esa clase de hijas.

—¿Por qué tu madre ha consentido en sacrificar su hija á la pagoda?

—Su cuerpo será entregado á los pisatchas (vampiros) por haber hecho eso.

—¿Sabes tú que tu cuello no llevará jamás el tahalí (señal de matrimonio), y que cada día será vendida tu belleza por los brahmas á algun viejo babous ó rajah que pagará tus caricias á peso de oro?

»A estas palabras sus ojos arrojaron un fuego

sombrío y sus labios murmuraron algunas palabras que demostraban su indignacion, y que yo no entendí.

»Yo proseguí:

—¿Sabes tú que no tienes casta, que tus compatriotas no te admitirán en el interior de sus casas al lado de sus mujeres y de sus hijas, y que despues que salgas de una casa, habrá que hacer en ella las ceremonias de la purificacion? Tú no eres más que una bayadera.

—¿Qué te importa á tí, que no eres ni de mi raza ni de mi religion? ¿Por qué me hablas de esas cosas?

—¿Quieres huir conmigo?

—No.

—¿Quieres huir sola?

—¡Oh! Sí; volveria al Himalaya, y nadie sabria lo que ha pasado aquí.

—¿No eres de los alrededores de Benares?

—He nacido en el Nepaul, á las orillas del Arouna.

—Está bien, me ocuparé de tí; ten confianza: ya encontraré el medio de devolverte á tu país.

»Cuando se fueron las bayaderas, me puse á reflexionar en lo que acababa de prometer, y comprendí que la prudencia no habia guiado mis palabras.

»Sustraer á una bayadera á la autoridad de los brahmas era un acto que debia infaliblemente hacerlos caer todos encima de mí, y aunque pudiese escapar fácilmente á la queja que dieran ante la justicia regular inglesa mediante la suma de cincuenta francos que es la tarifa, siempre tenia que temer las venganzas de los sacerdotes, que se traducen siempre por agresiones nocturnas y atenta-

dos de todas clases por parte de los fakirs (fanáticos á sueldo de los sacerdotes), que nada contiene cuando se trata de vengar un insulto hecho á sus leyes religiosas.

»Ademas, el veneno, esta arma esencialmente india, debia seguramente jugar el último papel en caso que los otros medios no diesen resultado.

»Yo no amaba á aquella mujer, pues no se experimenta esa clase de afeccion por las hermosuras de Oriente; irritan tan sólo los deseos por la perfeccion de sus formas, la hermosura de sus ojos y la gracia de sus actitudes; pero no engendran en el pecho esas sensaciones desconocidas que el pudor y las castas virtudes desarrollan en el alma.

»Sin embargo, deseaba ardientemente y era bastante para mi carácter, pues despreciando todo temor, resolví libertar á la jóven y hacerme amar de ella.

»Para alcanzar la primera parte de mi empresa no tenia que calentarme mucho la cabeza, pues las bayaderas no están encerradas, y la que yo protegía hubiera podido huir sola, sin tener que vencer ningun obstáculo material.

»Pero una vez fuera de la pagoda, sabía muy bien que le serian cerradas todas las puertas, y que una palabra de los brahmas franquearia con más velocidad que podria ella hacerlo las trescientas leguas que la separaban aún de su país.

»Dispuesto ya mi plan en mi cabeza, me era fácil hacérsele saber yendo á una de las casas europeas que las bayaderas tenian aún que visitar ántes de la fiesta de Cali.

»Se trataba simplemente para ella de salir de la pagoda durante la noche que debia preceder á la fiesta de la diosa, y venir á reunirse conmi-

go á la casa aislada que habitaba y de la que yo tendria cuidado de alejar á sus criados en el momento preciso. Yo no saldria aquella noche, pues era necesario no despertar las sospechas, y que ningun indio me viese aquella noche en el camino de la pagoda.

»Tambien le dije que los brahmas, ocupados durante quince dias por la gran poudja, no podrian en ese tiempo ocuparse de su desaparicion ni hacer pesquisas, y que en ese tiempo podria ponerla al abrigo de sus persecuciones.

»Le expliqué todo esto con aire indiferente y como si la hablase de las joyas que la adornaban.

»Con un signo me indicó que habia comprendido, y me pareció que sus miradas se fijaban en mí con más dulzura que la primera vez.

»Esperé con impaciencia el dia indicado para su fuga, ignorando si tendria valor para ejecutar mis prescripciones. En cuanto se hizo de noche, despedí mi servidumbre, en honor á la celebridad del dia siguiente, y poco despues estaba solo.

»La sangre afluia á mis sienes, mi corazon latia con fuerza extraordinaria.

»Me puse á pasear por el jardin, porque me ahogaba.

»Dos sentimientos se agitaban en mí: algo del amante que espera á su primera querida, y del hombre que acaba de cometer un crimen.

»Al volver un sendero, presentóse súbitamente delante de mí una sombra. Iba á lanzar un grito de sorpresa, cuando adiviné más bien que reconocí á la jóven bayadera, que iba envuelta de los piés á la cabeza en un manto de color sombrío, y como la noche estaba oscura, no se distinguia á tres pasos de distancia.



»Entramos en la casa, y yo iba tan conmovido que me era imposible pronunciar una palabra; la estreché frenéticamente en mis brazos sin saber lo que hacía, y ella no me rechazó, pero la sentí temblar y á poco rato prorumpió en sollozos.

»Me esforzaba en calmarla, cuando de repente me dijo:

—Yo no tengo ni casta, ni parientes, ni amigos. Soy ménos que una metranie (barrendera); puedes emplearme en sacar agua del Ganges para llenar tu baño... Solo los párias consentirán en comer conmigo.

»Mi asombro fué grande al oír aquel lenguaje; ignoraba aún hasta qué punto la mujer india es *verdaderamente mujer* por la imaginación, y sobre todo por las sensaciones nerviosas que el sol de fuego de su país desenvuelve extraordinariamente.

»La jóven continuó, temblando:

—No me echés... ¿Quién querría darme el arroz y el azafran? Me vería reducida á lavar á los muertos ántes de que los lleven á la hoguera sobre las orillas del Ganges, y renacer para purgar esta impureza durante mil generaciones en el cuerpo de un chacal. ¿Qué quieres vaya á hacer en mi país? Los brahmas me perseguirán hasta allí y dirán á todos: «Ésta ha estado consagrada al culto de Cali, y se ha escapado del santuario sagrado, protegida por un belatti (extranjero)».

»Yo la estreché con delirio en mis brazos y le dije dulcemente:

—Sí, tú eres mia y te conservaré á mi lado; no temas á los brahmas. Que vengan á buscarte aquí. Te haré un nido de seda y cachemira, y serás la ranie (reina) de la casa, y si te insultan, ya

verás como un belatti sabe defender á la que ama.

»Continué largo tiempo hablándole en este sentido, pues lo raro de la aventura, las sensaciones nuevas que esta mujer excitaba en mí, su espléndida y virginal hermosura, todo contribuía á exaltarme. La brisa de la noche arrojaba en las habitaciones los perfumes de las flores y de los árboles. Embriagado de dicha, agotaba todas las expresiones de la más exagerada poesía oriental, y cuando me paraba, ella me decía sonriente y tranquila: «¡Sigue!» lo mismo que el niño que entretiene uno con cuentos fantásticos.

»A la mañana siguiente, cuando me desperté, la encontré echada á mis piés sobre el divan y durmiendo con un sueño tranquilo. La contemplé algunos instantes en aquella encantadora postura, é interrogando mi corazón, comprendí que haría por ella cualquier sacrificio.

»Nacida en los Haats, no tenía la tez bronceada como las hijas del Sur, sino fresca y delicada con reflejos blancos aperlados, y las formas más puras y espléndidas que pudieran verse.

»En el momento en que abrió los ojos, me miró sonriendo; despues, de repente, pensando en su situación, se lanzó asustada en mis brazos, diciéndome:

—¡Ocúltame! ¡Escóndeme! ¡Van á venir!

»Pero yo la persuadí que nada tenía que temer estando en mi casa, en donde no podía introducirse ningun indio, y que además iba á tomar precauciones para su tranquilidad y la mia.

»Hice que Radhamonie, que así se llamaba la jóven, escribiese en indostan una declaracion afirmando que habia sido consagrada bayadera contra su voluntad, que imploraba la proteccion de

las leyes en el asilo que habia escogido libremente, que era mi casa, para sustraerse á la autoridad despótica de los brahmas.

»Yo mismo llevé el papel al juez de la estacion, á quien felizmente conocia y que era un hombre de un espíritu liberal y distinguido.

»Despues de oir mis explicaciones, me aseguró que nadie vendria á turbar nuestra quietud; pero añadió:

—No puedo prometeros más que lo que está en mi poder. Desconfiad de las emboscadas, salid bien armado, y tened cuidado con vuestro cocinero. Hace treinta y cinco años que vivo en la India, y he visto muchas muertes causadas por los terribles venenos de este país.

»Los brahmas ya sabian dónde estaba Radhamonie, y presentaron queja contra mí, sostenidos por el rajah de Mirzapoor, que algunos dias ántes habia entregado en la pagoda cuatro mil rupias para comprar á la jóven bayadera despues de las fiestas de Cali.

»Por espacio de algun tiempo nada turbó mi tranquilidad; pero redoblé mis precauciones, pues estaba convencido de que los brahmas intentarían todos los medios que estuviesen á su alcance para conseguir su venganza.

»Radhamonie, que los conocia mejor que yo, me hizo despedir á todos mis criados indios, y reemplazarlos por musulmanes, quedándome tan sólo á la fuerza con el mali y el dorouan (jardiner y portero), puesto que los musulmanes no quieren ocuparse de estos servicios.

»Es inútil que diga que estaban vigilados continuamente.

»Creí al cabo de algunos meses que nuestros

enemigos secretos habian renunciado á sus proyectos, fuí dejando una infinidad de precauciones que me fatigaban, y volví á mi género de vida acostumbrado.

»Pero Radhamonie, cuya ternura exaltada no participaba de mi negligencia, veia cómo preparaban mis alimentos, filtraba y purificaba el agua que bebía, y se arrojaba á mis plantas para impedirme que saliese por la noche.

»Llegó un día en que me salvó la vida.

»Voy ahora á referir la aventura que me determinó á dejar el país para sustraerme á la suerte que me esperaba.

»Una noche dormíamos tranquilamente sobre las esterillas cubiertas de divanes que sirven de lecho en estos países, cuando sentí que Radhamonie me decía en voz baja:

—No te muevas, permanece inmóvil sobre la estera, ó somos perdidos.

»Al oír aquellas palabras me estremecí de terror, pues aunque no me conmuevo con facilidad, sin embargo, el anuncio de un peligro inminente que no conocía me heló de espanto.

—¿Qué sucede?—dije rápidamente.

—Estamos rodeados de los cobra-capellas,—respondió Radhamonie.—Lo ménos hay doscientos en el cuarto; acabo de ver caer tres sacos por la ventana que deben estar llenos de ellos. Este golpe es de los fakirs de la pagoda. Escucha cómo empiezan á agitarse las serpientes. Sin duda las habrán tenido en ayunas mucho tiempo para hacerlas más terribles.

»En efecto, se oían á nuestro alrededor silbidos guturales mezclados de algunos gritos parecidos á los de la gallina cuando encuentra al-

gun insecto en el corral, y llama afanosa á sus hijuelos.

—Ahora que estás ya advertido,—me dijo la jóven,—voy á procurar salir. Aunque me muerdan, siempre tendré tiempo para llamar á los criados y que vayan á buscar á un encantador.

»La inminencia del peligro me devolvió toda mi energía, y dije á la jóven que no se moviese.

—¡Quiero salvarte!—me dijo con pasion.

—Te suplico —le contesté — que te quedes á mi lado. ¡Te amo! ¡Sin tí no quiero vivir! ¡Si das un paso, te sigo y moriremos juntos!

»La jóven se resignó, y en medio de una ansiedad mortal, pero sin hacer un movimiento, esperamos lo que iba á pasar.

»De repente la ví estremecerse. No pasó un segundo y mi cuerpo experimentó igual sensacion. Un cuerpo frio y viscoso se arrastraba sobre mi pecho. Contuve la respiracion. Se fué, mas luego vino otro, y despues otro y otro... Aquello duró dos horas. Yo estaba añonadado y como un cadáver.

»Teníamos que permanecer inmóviles, como si fuésemos un tronco de árbol ó una piedra, sin que nada anunciara la vida, para que aquellos horribles animales se pasearan por encima de nosotros sin hacernos daño. El más leve movimiento, y estábamos perdidos.

»¡Qué horrible tormento! No se lo deseo á mi más cruel enemigo.

»No tardaria ya en amanecer, é implorábamos con ardor la venida del dia, pues era la salvacion. Entónces oimos los sonidos de la gaita bengalesa, y vimos abrir dulcemente la puerta de nuestro cuarto.

—Soy yo, el mali, — dijo una voz. — ¿Estais dormidos? Despertad. ¿Estais muertos?

—No, — respondió Radhamonie.

—Está bien; voy á llamar á los capellas.

»Y al decir esto, cogió su instrumento y empezó á sacar de él notas tristes y agudas, entremezcladas de trémolos, que rápidos y precipitados al principio, fueron disminuyendo poco á poco y acabaron en un murmullo. Casi instantáneamente cesaron los silbidos de las serpientes.

»El mali descendió lentamente al jardin por los escalones de la verandah, tocando su instrumento, y á poco le oimos perderse en los bosques.

»Todo quedó en silencio á nuestro alrededor. Ya estábamos libres de las serpientes.

»Radhamonie se levantó rápidamente del divan ántes de que tuviese tiempo de oponerme á ello, encendió una lamparita que habia en el cuarto, y pudimos ver aún cinco ó seis serpientes que no habian seguido al encantador.

»¡Qué alegría tan inmensa experimentamos! ¡Estábamos salvados!

»Radhamonie, que sólo una gran fuerza moral habia sostenido, se desvaneció en mis brazos.

»En cuanto volvió en sí, me fuí á la pagoda y anuncié á los brahmas el mal éxito de su tentativa, previniéndoles que á la menor sospecha que tuviese, en vez de dirigirme á la justicia inglesa, lo que haria sería saltar la tapa de los sesos á cuatro ó cinco de entre ellos.

»Yo sabía que estas amenazas les harian más efecto que una accion legal; pero estos cobardes é hipócritas tunantes protestaron de su inocencia, y hasta tuvieron la audacia de decirme que rogarían á Siva conservase mis dias.

»Fuese lo que fuese, podía contar con algunos momentos de tranquilidad, y resolví emplearlos para hacer mis preparativos para huir de aquel país.

»Al volver á casa, di parte á Radhamonie de la determinacion que habia tomado, que recibió con alegría, diciéndome á su vez que el mali que nos habia socorrido habia huido, y que ella sospechaba hubiese sido cómplice de los fakirs que habian echado los cobra-capellas en nuestra habitacion.

»Sin duda habia temido, si el crimen se consumaba, que los brahmas le entregasen, pues era pária, y se habia determinado aunque algo tarde á venir en nuestro auxilio.

»O tal vez, creyéndonos muertos, habia ido con el solo objeto de sacar las serpientes del cuarto. La verdad no la supimos jamás.

»Quince dias despues partimos para Salem, donde unos buenos amigos me encontraron otra posicion, y por esto me encuentro hoy cultivador de café en los Nielguerries.

—¿Y Radhamonie?—me atreví á preguntar.

—Está aquí. Tenemos nuestra casita en el flanco de la montaña, á diez minutos de aquí. Pero ahora me acuerdo que la pobre criatura debe estar impaciente, pues hemos prolongado mucho la velada.

Al dia siguiente tuve ocasion de ver á la jóven bayadera, y debo confesar que el retrato que nos habian hecho de ella no era nada adulator.

Era una jóven de diez y siete años apénas, hermosa como son generalmente la mayor parte de las mujeres de las razas primitivas del Norte de la India, que no ha alterado mezcla alguna,

y que procuran conservar en toda su pureza.

Conservaba el traje oriental, pero los dos años que llevaba al lado de aquel amable jóven, á quien amaba, la habian acostumbrado á los usos europeos. Era, en fin, una criatura encantadora, digna de la afeccion y el cariño que habia inspirado.

Nada he cambiado en esta historia, y por extraordinaria que parezca la escena de los cobra-capellas, se ha repetido muchas veces en la India, habiendo tenido casi siempre fatales consecuencias. Despues del veneno, ésta es el arma más terrible de las venganzas indias, pues es casi imposible, con el mudo fanatismo de los indígenas, descubrir quién ha pagado la mano que ha dado la muerte.

¡Cuántos viajeros encontrados sin vida en los bengalows del interior han acabado de esta manera, sin que haya quedado de ellos otra cosa que una nota en los registros de la policía inglesa que dice: *Accidental death* «Muerte por accidente!»

.....

Cuando la bayadera consagrada desde la niñez á la pagoda llega á la edad núbil, su virginidad se pone literalmente en subasta pública. Los ofrecimientos suben á veces á sumas fabulosas, segun la hermosura de la jóven, la riqueza de los concurrentes y el número de meses y de años que la bayadera debe permanecer en poder de su comprador.

Nada hay que pueda compararse á la destreza de los brahmas para hacer subir esas subastas en que el orgullo de casta, de influencia ó de fortuna hace tan gran papel como la pasion.

Por consiguiente, la jóven generalmente se adjudica á algun rajah, anciano impotente que



no puede aprovecharse de las ventajas, y que la conserva cuidadosamente en el interior de su palacio como un objeto de lujo. Pero la educacion recibida da sus frutos. No en vano, durante dos ó tres años, las ejercitan en las vergonzosas prácticas de su oficio de prostitutas, no en vano han ido excitando poco á poco sus sentidos. Llega un dia en que, por bien cerradas que estén las puertas del palacio del rajah, y por grande que sea la vigilancia con que se las rodee, la bayadera sabrá forzar las unas, eludir las otras y procurarse algunas horas de libertad... hasta que sorprendida por su dueño en flagrante delito, se la devuelve á la pagoda ó se la deja libre para entregarse á sus gustos con toda libertad.

Si ha dado demasiado escándalo, no se la recibe en la pagoda, y va á aumentar el número de esas prostitutas que se dan á todas las castas. Pero por más abyecta que esté, no compartirá jamás el lecho de un pária.

Es cosa muy rara que la bayadera sea arrojada del templo, y es preciso que se vea perseguida por el resentimiento de algun personaje influyente que tenga poder sobre los brahmas, pues éstos no quieren que las jóvenes consagradas vayan al dominio público.

Los hijos de la bayadera no tienen casta: las hijas siguen la profesion de su madre; los hijos se hacen músicos de la pagoda.

Sin embargo, sucede á veces que un padre bastante crédulo para aceptar una paternidad dudosa, cuida de la educacion de uno de sus hijos; pero á pesar de esto, no puede conseguir hacerle aceptar en su casta, ni dejarle una parte de su herencia, pues el pariente más lejano podría ha-

cer nula aquella donacion, bajo el punto de vista de las costumbres y de la ley india.

Es inútil decir que los niños sustraídos así á la autoridad de la pagoda, entran en ella generalmente como fakirs, músicos ó servidores.

¿De qué proviene el descrédito que les rodea? ¿Tiene su origen en el respeto religioso, que los abandona desde que no forman parte del servicio de los dioses?

¿Hay que creer, por el contrario, que su nacimiento libre es una mancha que no lava la adopcion religiosa de los brahmas?

Yo creo que hay algo de las dos cosas en la repulsion que experimenta el indio por esos hijos del amor.

Por insignificante que sea la posicion de uno, en Oriente y en el extremo Oriente es uno estimado si puede decir el nombre de su padre.

La bayadera es honrada por un lado y colmada de regalos por las personas más respetables, que no han recurrido nunca á su talento, y despreciada por otro por el último coolis, que no la permitiría ni comer ni sentarse al lado de su mujer legítima.

Cuando muere la bayadera, se observa la misma singularidad en sus funerales. Aunque se quema su cuerpo con todo el ceremonial y el lujo empleado para los indios de la más elevada clase, se hace en un sitio apartado, y sus cenizas se echan al viento. En algunas provincias de Bengala, no se la quema más que á medias, y su cadáver se abandona á los chacales y á las hienas.

En los tiempos primitivos de la época védica, la bayadera tenia que hacer voto de castidad y llevar una vida solitaria y pura bajo el amparo

de los altares, siendo castigada con la pena de muerte esta infraccion á la regla.

Pero estas prescripciones de los tiempos primeros del poder brahmánico, olvidadas hoy enteramente, se han extinguido en union de aquella antigua civilizacion india, que despues de haber iluminado el mundo, poblado el Asia y la Europa, dado sus tradiciones á Atenas y á Roma, se ha extinguido casi por completo en su suelo.

Sólo me queda hablar del baile de estas mujeres, que en Europa no se conoce, y que la mayor parte de los escritores que han querido definirle, no han tenido ocasion de ver.

Y sin embargo, es una de las cosas que más llaman la atencion al viajero.

Si pregunta, apénas desembarcado, en dónde podria ver un baile de bayaderas, le aseguran que es cosa muy fácil y que sólo tiene que decir á qué hora quiere recibir la visita de esas señoras.

Y le traen una tropa de bailarinas públicas, que bajo la direccion de un empresario se presentan en las fiestas de las castas más humildes y en las ceremonias de los casamientos de los párias que pueden permitirse ese lujo, que es poco costoso.

Estas mujeres se presentan ante el asombrado europeo, le saludan con la mano, avanzan y retroceden, marchando cadenciosamente al són de dos pequeños redondeles de cobre que tocan uno con otro, y haciendo dos ó tres posturas que quieren ser graciosas, presentan la mano para recibir el dinero, y se despiden del *noble extranjero*.

¡Y para ver esto sólo ha venido desde tan léjos!

Y deja la India sin haber visto nunca una ba-

yadera y sin figurarse que se han burlado de él.

Es preciso habitar la India largo tiempo, familiarizarse con los usos, las costumbres, la lengua del país, y no estar, en una palabra, considerado como extranjero, para que se pueda conseguir de un indio rico ó de algun rajah amigo vuestro que consientan en enseñaros las bayaderas que tienen, y que les permitan mostraros su danza palpitante de pasion y de frenéticos deseos.

Y esto es muy difícil el obtenerlo.

Otro medio hay tambien, y es el de seducir á precio de oro los brahmas de alguna pagoda apartada de toda ciudad ó aldea, seguros que su complacencia no pueden negarla, y entónces tal vez os admitirán una noche en el interior del templo.

Algunos ejemplos de éstos se ven.

La verdadera bayadera, como se comprende, no puede bailar en público. Teniendo que exaltar los sentidos para satisfacerlos despues, necesita rodearse de sombra y misterio; es necesario que se exalte por grados, que su talle se estremezca sobre sus caderas, que su pecho palpite, que su cuerpo se encorve bajo la excitacion material de un éxtasis frenético.

Tan pronto va medio encorvada, con los cabellos esparcidos sobre sus espaldas desnudas, tocando casi la estera del salon, estremeciéndose de placer como una gata lasciva y arrojando sobre los que la contemplan unas miradas de fuego; tan pronto dirige al cielo sus ojos como una vírgen inspirada, adoptando unas posturas llenas de invocacion y de ardor.

De repente, á todo esto siguen las inflexiones del cuerpo más seductoras, más lánguidas y más provocativas, que hacen resaltar la finura del talle

y de los movimientos y la riqueza del conjunto.

Un día á la hora de la siesta, cuando todo enmudece bajo el ardiente sol de la India, con las cortinas echadas sobre las columnas de la galería que un bohis de formas atléticas, desnudo hasta la cintura, rociaba para refrescar la atmósfera, estábamos extendidos sobre las esteras, en medio de un salon de mármol blanco rodeado de otras habitaciones que no dejaban penetrar más que una tenue luz.

Acabábamos de salir del comedor (pues nos habia convidado á almorzar el rajah de Samnogoor) para respirar más libremente en otra habitación más fresca, cuando entraron diferentes criados trayéndonos á cada uno de nosotros, en una gran copa de China, una bebida compuesta de ron, ginebra y té, con largos bambúes huecos á fin de que pudiésemos absorber la bebida sin levantarnos, y retirándose despues silenciosamente.

A nuestros piés estaban sentados chiquillos *chocras*, ocupados únicamente en mantener el fuego de nuestros houkah, cuyo humo odorífero nos sumergia en una somnolencia llena de encantos.

Es preciso haber vivido en Oriente para comprender las delicias que se experimentan en ese completo olvido de sí mismo y del mundo entero.

Habíamos dejado de hablar, sumergidos en el sueño poético ó material, segun las tendencias ó la organizacion de cada individuo, cuando de repente, á una señal del rajah se descorrió una cortina tejida de seda y plata, y cuatro bayaderas radiantes de gracia, hermosura y juventud se aparecieron á nuestras miradas, reanimando nuestros ojos medio cerrados y preparados para el sueño.

Figuraos un gran salon, mezcla de arquitectura india y de arabescos musulmanes, en donde el sol no penetra jamás, iluminado débilmente por una luz misteriosa, y á diez pasos de nosotros cuatro mujeres de quince años, bellas como lo son todas las razas del Himalaya, lascivas por temperamento, y cuyos gestos y actitudes están formados desde la infancia por hábiles maestros para excitar los sentidos. Cuatro mujeres de ojos negros rasgados, de largas pestañas, con los cabellos esparcidos, la garganta desnuda y el resto del cuerpo apénas cubierto con una gasa de seda rayada de oro, viniendo á animar aquella oscuridad y aquel silencio, sin turbarle sin embargo.

Parecian cuatro apariciones fantásticas, cuatro huríes del paraíso de Indra, descendidas del cielo para revelar á los hombres el secreto perdido de la forma más pura y de la belleza más exquisita.

Se pusieron á bailar...

Representaos aquellas mujeres tomando las posturas más graciosas y lascivas como bacantes embriagadas con libaciones y misteriosos perfumes, arrastrándose á vuestras rodillas cariñosas y excitantes, con la mirada húmeda, el seno palpitante, estremeciéndose bajo la accion del haschisch, y tendreis una débil idea del espectáculo extraño y fascinador que teníamos á la vista.

Estas mujeres estaban exaltadas hasta el delirio por una preparacion de extracto de jengibre y cantárida, y tal es la habilidad de los que preparan este ingrediente, que excita sin ser perjudicial de una manera inmediata, permitiendo usarlo mucho tiempo ántes de experimentar sus destructores efectos.

Es imposible sostener impunemente la vista de semejantes escenas. Estas emociones, renovadas con frecuencia, deben conducir á una vejez embrutecida, que es la inevitable herencia de los ricos de Oriente, cuya vida no es más que un perpetuo sacrificio á los placeres materiales.

Pero no era todo aquello.

La danza tiene que acabar para aquellas sacerdotisas del amor con la extincion completa de todas sus fuerzas.

Si resisten á las primeras exaltaciones, á esos espasmos que un constante hábito les hace producir segun su capricho, se ponen á dar vueltas sobre sí mismas con increíble rapidez, hasta que caen medio muertas sobre la estera del suelo.

Si no fuese de una rigurosa exactitud y un rasgo de las costumbres bien significativo, que da idea del nivel moral de aquellos pueblos, dudaria en decir que aquel momento es el escogido por los indios para sus lúbricos abrazos, pues necesitan para excitar sus apetitos carne palpitante y mujeres medio locas de excitacion y lujuria...

La mujer india posee una sensibilidad nerviosa exquisita, por lo que los brahmas las presentan á veces como poseidas, y no encuentran entre los indios ningun incrédulo.

En cada pagoda hay un sacerdote exorcista que trae grandes ganancias. Ya le veremos *trabajar* en Chelambrum, lugar célebre, en donde se reunen infinidad de poseidas de todos los países que no han podido curarse en sus casas.

Con una constitucion semejante en la mujer, la india se inquieta poco para pulimentar sus instrumentos de placer, y se puede decir que ha adquirido la supremacia en su arte.

Perezoso por naturaleza el indio, no se entrega al trabajo como no se vea forzado á ello; pero es pródigo para procurarse todos los goces materiales, que son los únicos que le parecen dignos de ocupar su vida.

Sin duda por esto, no contento con poblar sus harenes de las mujeres más hermosas de todas las provincias del Indostan, ha necesitado alguna cosa más: ha necesitado llegar hasta la locura de los sentidos, hasta el sufrimiento en la voluptuosidad, y ha creado á la bayadera.



## CUARTA PARTE.

### TRINQUEMALÉ.

Trinquemalé (continuacion).—Un matrimonio de clase elevada.—  
Los fakirs.—Sir John Hastley.—Una caza en el lago Kandellé.—  
Las hornagueras.—Abnegacion de Amoudou.—Una noche en las  
junqueras.—Salida de Trinquemalé.—Jaffnapatnam.—Partida  
para la costa india.

La víspera del dia fijado para el matrimonio de la hija de Nalla-Tamby-Modeliar, vino éste á hacerme una visita acompañado de su yerno, joven de diez y siete años apenas, que pertenecía á una de las primeras familias de la casta de los vellaja, de la ciudad de Negapatam, y se llamaba Ponou-Rassendren-Modeliar (1).

Venian á renovarme su invitacion y á anunciarme que no sería el único europeo que estuviese en la fiesta, pues sir John Hastley, el asistente colector del distrito, habia prometido ir allí con toda su familia.

Mucho me contrarió el saber que al dia siguiente tenia que encontrarme con unas señoras, pues apenas me quedaba el tiempo necesario para hacerles una visita, porque los ingleses no permiten

(1) Modeliar es un título que pertenece exclusivamente á la casta de los vellaja, y significa en tamoul excelencia.

que los indios, por elevada que sea su alcurnia, presenten sus invitados europeos unos á otros.

El asistente colector está revestido en los distritos de la India inglesa de las funciones administrativas y financieras. Es una especie de prefecto tesorero.

Sir John Hastley, asistente colector del distrito de Trinquemalé y Tamblegam, habitaba á la mitad de camino de estas ciudades, en la bahía de Kattiaar, deliciosa casa de campo perdida en los bosques, que reunia todo el lujo y las comodidades que los ingleses saben proporcionarse en aquellos países, en que reinan más despóticamente aún que los antiguos rajahs.

Era un original que habia transportado al interior de su casa algunas de esas grandes invenciones tan útiles á la humanidad con que se envanece la triunfante Inglaterra; me refiero á las peleas de gallos, de perros y al boxeo. Tenia como boxeadores ordinarios una media docena de desgraciados párias que habia hecho enseñarse un palafrenero y que todas las mañanas, para ayudar á la digestion de su amo, se daban sendos trompazos. A pesar de todos los esfuerzos de su profesor, antiguo *boxingmatchs* de la Cité, los pobres diablos no habian tomado gusto al oficio y lo hacian dulcemente á pesar de que sir John los animaba con el gesto y la palabra bebiendo grog. Generalmente al finalizar el octavo vaso del divino licor, el *gentleman* se mezclaba á la lucha tirándose como un buey sobre aquellos desgraciados, con el pretexto de inculcarles los verdaderos principios de este arte nacional. *¡England for ever!* Terminándose aquellas escenas con compresas sobre los miembros doloridos ó estropeados.

Pero sir John Hastley era miembro de la Sociedad protectora de los animales de Colombo, y os hubiera preso sin piedad si os hubiese visto pegar á un perro rabioso que quisiese morder vuestras pantorrillas.

Cuando me presenté en Kattiaar, fuí cordialmente recibido por aquel singular personaje, gracias sin duda á la carta que poseia del gobernador general, recomendándome á las autoridades inglesas de todas las graduaciones. Pero como la señora y las señoritas estaban en el baño, tuve ántes de serlas presentado que sufrir más de una hora las explicaciones sobre la cria y enseñanza de los perros y de los gallos.

Lady Hastley era una mujer de cuarenta y cinco años, que habia pasado mucho tiempo en el continente, que conocia la sociedad, y que era de un trato muy agradable. Me rogó que despues de las fiestas pasase algunos dias con ellos; pero á pesar del agrado con que me hizo la invitacion, no pude acceder á ella porque sólo me habia detenido en Tamblegam para descansar un poco y hacer algunas excursiones en el interior.

Cuando volví por la noche al bengalow en mi palanquin, vi á mi fiel Amoudou en vísperas de olvidar á Kaltna por una jóven y linda malabaresa, cuyo servicio consistia en cuidar del baño.

Los bengalows que construye el gobierno inglés para los funcionarios que tienen que viajar, y en los que se admiten los extranjeros que llevan recomendaciones, son muy confortables. Tienen numerosa servidumbre dedicada al establecimiento. Los lechos están rodeados de anchos mosquiteros, la mesa está bien provista, y cada habitacion tiene un vasto y elegante pankah.

Después de la comida me fuí á pasear por las calles de Tamblegam, en donde me esperaba el espectáculo más extraño que pueda imaginarse.

Todos los parientes y amigos de Ponou-Rasendren-Modeliar, el futuro yerno de Nalla-Tamby, la casta entera por mejor decir, habia llegado de la gran tierra india á Tamblegam, para asistir á las fiestas del matrimonio. Todas las casas de la ciudad estaban llenas de convidados. Las verandahs iluminadas, las ramas de los árboles guarnecidas de linternas de muchos colores, y la pagoda brillaba con los fuegos de Bengala y los fuegos artificiales que se quemaban por todas partes.

Esto no era más que el preludio de las fiestas del día siguiente.

De todas partes habian ido juglares, encantadores de serpientes, sannyassis, mendigos y fakirs, para explotar la generosidad y la crédula piedad de los asistentes. Uno llevaba rodeado á su cuerpo cobra-capellas y trigonocéfalos, terribles serpientes; otro se hacía seguir por un tigre domesticado que le servia de almohada para dormir á las orillas del camino. Los fakirs estaban en gran número arrodillados en el polvo y rogando mientras llega la hora de exhibir á los ojos maravillados de la multitud las torturas que se imponen sonriendo, como si hubiesen vencido al dolor.

Por todas partes se veia una muchedumbre abigarrada, extraña, que tomaba á la luz artificial aspectos fantásticos.

Los monstruosos elefantes, blancos ó negros, reposaban agrupados, llamándose de cuándo en cuándo con un pequeño grito, cuyas modulaciones parecian indicar sus impresiones. Los cornacs

ó conductores dormían á sus piés en el polvo, rendidos de fatiga, y los niños dormían apaciblemente en el haoudah, bajo la guarda vigilante de estos inteligentes animales.

Hacía mucho tiempo que la pequeña ciudad de Tamblegam no habia visto un matrimonio tan importante como el que iba á celebrarse.

Nalla-Tamby-Modeliar era no sólo el jefe del distrito, sino el de la casta de los vellaja, que pretenden ser de raza real, es decir, descendientes de los antiguos xchatrias del Indostan.

Toda la parte Nordeste y Norte de Ceylan que aún no hemos visitado, está habitada por los malabares originarios de la gran tierra india, y sin dedicarnos ahora á un estudio completo de sus divisiones de castas, que no son las mismas que las de los otros cingaleses, y que harémos conocer al lector al conducirle al Indostan, sin embargo, nos parece necesario decir aquí dos palabras para inteligencia de lo que va á seguir.

Gracias al sanscrito y á los numerosos manuscritos que la India antigua nos ha legado, pueden remontarse con entera verdad histórica á veinticinco ó treinta mil años ántes de nosotros.

En esta época antigua del mundo, la primera autoridad que se produjo en la sociedad patriarcal fué la del jefe de familia, que fué al mismo tiempo el sacerdote de la religion natural. Padre y sacerdote, en sanscrito *pitri*, en griego y en latin *pater*, no hubo durante muchos siglos más que una palabra para designar estas dobles atribuciones civiles y religiosas.

El sacerdote nació, pues, del prestigio de la familia, y su autoridad fué muy respetada. Despues, poco á poco, la familia se convirtió en la tribu, la

tribu en nacion, el poder sacerdotal creció con la poblacion; entónces se separó de la autoridad del padre para llegar á ser un poder impersonal, ejercido por una clase de hombres aparte, que para afianzar mejor su dominacion, pretendieron ser enviados por Dios para ser los pastores de los pueblos, tomando estos hombres el nombre de brahmas, es decir, descendientes de Brahma, el dios creador.

Para establecer sólidamente su despotismo, los sacerdotes le apoyaron sobre la idea religiosa, é imaginaron aquella explotacion de Dios, que de siglos en siglos da tan pingües beneficios, por medio de los milagros, sortilegios, la mentira y los misterios.

Empezaron por dividir el pueblo en castas, y para que este acto fuese indiscutible, encargaron al mismo Brahma de llevarlo á cabo.

—Dios lo quiere, — decian; — Dios es el que habla. Nosotros no somos más que los indignos ejecutores de la voluntad celeste.

Un dia descubrieron esos hombres que al crear el mundo Brahma, habia sacado al hombre de cuatro partes diferentes de su cuerpo, indicando con esto su inferioridad relativa y la dependencia en que debian estar ciertas clases con respecto á otras. De su boca produjo al brahma, es decir, al sacerdote, al soberano dueño del universo, que no ha sido creado más que por él (de suerte que cualquiera que resista á los brahmas, sean sacerdotes, levitas, derviches ó escamoteadores, no tiene excusa, puesto que no existimos más que por ellos y para ellos). Del brazo de Brahma salió el xchatrias ó el noble, el rajah y el rey, encargados de gobernar el mundo bajo la autoridad de los sacerdotes. De su muslo nació el waysia, en-

cargado, como mercader, cultivador y criador de animales, artesano, etc., de alimentar las otras dos clases. Por fin, de su pié sacó al soudra, es decir, al esclavo, encargado de servir perpetuamente á las otras castas.

Como se ve, no estaba mal pensada la cosa, tanto que aún hoy dia se conservan piadosamente tan bellas invenciones sacerdotales.

Nadie, es decir, ningun hombre podia salir de la casta en que habia nacido, y desde entónces, como ninguna esperanza venía á alentar al indio, como no podia tener ambicion alguna de cambiar ó mejorar de situacion, como cada paso, cada movimiento está contado desde el nacimiento hasta la muerte, el indio, repetimos, se sumergió en esa vida de sueño y de materialismo, que es aún hoy dia su única preocupacion, que le hace rechazar todo cambio como un mal, todo progreso como un crimen.

De este modo los brahmas formaron una nacion fácil de gobernar é impotente para sacudir el yugo. Durante largo tiempo obtuvieron honores, riquezas y respeto. Pero el dia en que las poblaciones del Norte echaron una celosa mirada sobre las riquezas del Indostan, en que avanzó contra ellos la invasion mogola, trataron en vano de defenderse. Todos sus esfuerzos fueron impotentes para galvanizar aquel pueblo que habian embrutecido para asegurar su dominacion. Unicamente los xchatrias fueron los que se dejaron matar por conservar una dominacion que los sacerdotes dividian con ellos, y los brahmas, implorando un Dios impotente para salvarlos, vieron destruir su poder por las mismas precauciones que habian tomado para conservarlo.

En vano gritaron anatema, amenazando á los invasores con la cólera celeste; los conquistadores se instalaron pacíficamente sobre el suelo que habían conquistado, y no cedieron el puesto más que á otros conquistadores extranjeros como ellos que fueron á echarlos de allí.

Desde entónces la India ha sido el país clásico de las invasiones, y su pueblo, embrutecido por más de quince mil años de despotismo sacerdotal, continúa sumiso sin murmurar. Tal vez el soudra asistiria con gusto á la destruccion de las altas clases, que le han dominado tan largo tiempo.

Al presente, de las cuatro castas primitivas de la India no existe más que la de los brahmas, que aunque ha perdido su poder, ha conservado su pureza de raza y una parte de su prestigio religioso.

La poblacion, entregada á sí misma, se ha subdividido en infinitas castas, teniendo cada profesion y cada oficio á honor el aislarse completamente de las otras, y hasta alguna de estas castas se ha dividido en dos campos, habiendo partidarios de la mano derecha y de la izquierda.

Esto pide una explicacion.

Los indios comen con la mano, y designan para esto una de las dos, considerándose la otra impura y no tocando ya más á los alimentos, siendo reservada exclusivamente á las abluciones secretas. De ahí provino la division de que acabo de hablar. En la misma casta unos se servian de la mano derecha, y otros de la izquierda.

En la casta vellaja, por ejemplo, hay vellaja de la mano derecha y vellaja de la mano izquierda, y lo mismo en las demas castas.

Todas las castas reconocen la superioridad de la de los brahmas; pero aparte de esto, cada una



en particular se proclama superior á todas las demas, y de ahí provienen esas luchas orgullosas de influencia y riqueza que llegan hasta su ruina completa.

Antiguamente sólo los rajahs y los príncipes de la familia real tenían el derecho de llevar un baston con una borla de oro, como la que usa entre nosotros el tambor mayor de un regimiento; pero los gobiernos europeos que se han apoderado de la India se han arrogado el derecho de concederlo como una condecoracion. Y hay que ver con qué ánsia los indios ricos ansían esa distincion, y si la alcanzan ántes de morir, mueren contentos, y su familia y su casta se enorgullece de la distincion concedida.

El indio es naturalmente vanidoso y capaz de las más grandes locuras por ser el primero entre todos.

Digamos tambien, para ser justos, que da á veces ejemplos de abnegacion y de grandeza de alma de que nuestra historia podria enorgullecerse con justa razon.

Voy á citar un hecho, pero sin la pretension de querer reparar una injusticia, lo que es imposible en Francia hoy que gemimos bajo una decrepitud administrativa y burocrática más fuerte que la ley. Pero en fin, daré á conocer un rasgo de abnegacion á nuestro país, que es bueno que no se olvide.

Hay en Pondichery un indio llamado Sandira-Poulé, que vive penosamente con su numerosa familia de una módica pension de tres mil francos. Su abuelo habia gastado doce millones para la Francia, y Sandira-Poulé vive esperando que la Francia se acuerde de una de las más ricas fami-

lias de la India, que se ha arruinado por el honor de su bandera.

Veamos cómo sucedió esto:

En 1793, los ingleses sitiaban á Pondichery por Goudeloor y por mar. Esta desgraciada ciudad, célebre por su fidelidad á toda prueba hácia la Francia, se defendia con la energía de la desesperacion, máxime cuando no tenia que esperar socorro de la madre patria, que sostenia á su vez la lucha contra la coalicion extranjera.

Llegó un dia en que no pudo responderse al fuego de los ingleses, pues quedaba pólvora, pero no proyectiles, pues hasta las balaustradas de los monumentos, las flechas y las cruces de las iglesias se habian convertido en metralla.

Reunióse el consejo de guerra. El gobernador y los soldados veteranos lloraban de rabia á la idea de tenerse que rendir, pues era duro para aquellos valientes compañeros de Lally-Tollendal y de Dupleix abandonar la vieja Pondy, la ciudad de los palacios, como se la llama en la costa de Coromandel.

De repente un indio pide al consejo permiso para hablar. Se le introduce. Era el jefe de la casta de los vellaja de Pondichery, el hombre más rico del país, el abuelo de Sandira-Poulé.

—Caballeros, — dijo sencillamente, — al saber que no teniais ya municiones y que tal vez pensábais en rendiros, he mandado llevar á las murallas cincuenta cajas de monedas de plata, que supongo harán buena metralla.

Al oír aquellas palabras, la sala prorumpie en aplausos. Se decreta que el jefe de los vellaja ha merecido bien de la patria.

Cada uno vuelve á su puesto, y se empieza de

nuevo la defensa con más entusiasmo que se había hecho hasta entónces.

Por espacio de veinte dias los ingleses recibieron aquella nueva metralla de plata.

La Convencion, conmovida por aquel rasgo de abnegacion, ordenó á título de recompensa nacional la devolucion de las sumas que el indio había ofrecido á los cañones de la Francia. Roland, el ministro de Hacienda, liquidó por transaccion la suma que había que devolver en una docena de millones. Pero no se dió la orden de pago, y el gran jefe de los vellaja, demasiado altivo para reclamar nada, murió en la indigencia, y su nieto Sandira-Poulé vive en un estado próximo á la miseria, en una ciudad en que su familia ha descendido del primer rango que ocupaba, sólo por amar y servir á la Francia.

Verdad es que Sandira-Poulé ha recibido para él y sus sucesores la autorizacion para llevar la borla de oro.

Triste es decirlo, pero los ingleses le hubieran recompensado como merecia; y no porque nosotros seamos ménos generosos que nuestros vecinos, sino porque hace sesenta años que no tenemos ni politica exterior, ni política colonial, ni siquiera un gobierno.

Volvamos á las castas indias.

En las ciudades indias, cada casta tiene su calle, de la que intercepta la circulacion durante sus fiestas particulares, interceptándola igualmente en las fiestas de las otras castas, y habiendo peligro de muerte para el que infrinja semejantes prohibiciones.

Hay algunas castas que no tienen el derecho de ir en palanquin; otras que aunque posean ese

derecho, no pueden ejercerlo más que durante las fiestas ó en épocas especiales del año.

Lo mismo sucede con otros mil privilegios, como tener música en las ceremonias mortuorias, llevar sandalias, poseer un tren de dos ó cuatro caballos, etc., que sería largo enumerar, pero que el indio aprecia más que su vida, y que no consiente ejerza ninguna casta como no tenga derecho á ello.

¡Rebelaos, pues, contra la ocupacion extranjera, cuando dos hombres no pueden ni comer juntos ni llevar los mismos vestidos cuando pertenecen á castas diferentes!

El levantamiento de 1857 contra los ingleses no fué más que una sublevacion parcial de los musulmanes del Norte, fácil de reprimir, pero que tomó en Europa proporciones gigantescas, gracias al lirismo británico que acostumbra á celebrar con estrepitosos golpes de bombo á sus héroes, y en sus bufonadas hace que John Bull se asome á la ventana para ver desfilan sus héroes imaginarios, y contestar con saludos á sus estrepitosos héroes.

Hé aquí en dos palabras la historia de esta famosa guerra.

En 1856, lord Dalhousie, gobernador general de la India, confiscó por un decreto el reino de Aude, porque «el rey de Aude no sabía gobernar su reino»; palabras textuales del decreto.

La Francia no protestó ni contra el acto ni contra los insolentes términos empleados para el acto de la confiscacion. Esta brutal supresion de una nacion era un consuelo concedido á la Inglaterra, que hubiera querido continuar la guerra de Crimea.

Cuarenta ó cincuenta mil desgraciados mu-

sulmanes se rebelaron para defender su nacionalidad despues de aquel acto de piratería *terrestre*, y se apoderaron de algunas ciudades del Norte; pero como no se meneó ni uno siquiera de los doscientos millones de indios, los sublevados no se atrevieron á adelantar más, y la Inglaterra tuvo tiempo para enviar veinte mil hombres, que acabaron con la rebelion.

Para vengarse de haber tenido miedo y enseñar á los indios á no molestarles por poca cosa, los ingleses hicieron durante seis meses paseos militares con acompañamiento de música y de metralla, degollando millones de prisioneros á la diana y á la parada por la mañana. Solamente en Lacnow, y de una sola vez, mataron *siete mil personas*, entre hombres, mujeres, ancianos y niños.

Los ingleses, que tienen interes en esta subdivision de castas, la fomentan más que nunca, pues miéntras existan, no pueden temer ningun levantamiento de importancia. Poco le importa al indio de baja clase, que siempre ha vivido oprimido, pagar el impuesto á los brahmas, los rajahs ó los ingleses; y en cuanto á las castas elevadas, no piden más que una cosa: que el amo les conserve sus distinciones y sus riquezas, siguiendo en esto el ejemplo de todas las aristocracias del mundo que han servido de escalon para los invasores. Al principio se baten con rabia, con furor, pues se trata de conservar el poder; mas despues de conquistado el país, se unen al vencedor para que les conserve sus privilegios, teniendo éste á su vez necesidad de ellos para consolidarse en el país y recoger el fruto de su conquista.

Todas estas castas, tan divididas y siempre en

lucha entre sí por sus privilegios y atribuciones, hacen difícil el gobierno de la India.

En el Nordeste de Ceylan desde Tamblegam y Trinquemalé hasta Jaffnapatnam, está habitado por indios de las costas de Malabar y de Coromandel; pero las únicas castas que tienen allí representación y verdadera importancia son:

1.º La casta de los vellaja, que se cree la más elevada después de la de los brahmas.

2.º La casta de los commoutys, banqueros, capitalistas, etc.

3.º La casta de los chettys, mercaderes de toda clase.

4.º La casta jyadaival, ó de cultivadores é industriales agrícolas.

No hablamos de la de los brahmas, puesto que existe allí con el mismo prestigio y autoridad que sobre la Gran Tierra.

Las tres castas vellaja, commoutys y chettys se unen en las fiestas y relaciones ordinarias de la vida, pero no pueden enlazarse por el matrimonio. Gozan casi de los mismos privilegios, pero los commoutys y los chettys han conquistado la mayor parte de ellos á fuerza de ricas ofrendas á los dioses, mientras que los vellajas los poseen como descendientes de los aryas, es decir, de los reyes.

A pesar de todo, por más que acepten éstos las invitaciones de unos y otros, los vellajas tratan á los commoutys como el arrabal Saint-Germain trata al financiero barrio de Antin.

A las fiestas del matrimonio de la hija de Nalla-Tamby-Modeliar habian sido invitados todos los commouty y chetty distinguidos, desde Trinquemalé hasta Jaffnapatnam. Así es que se va-

luaba en más de un millon de rupias el valor de los regalos que iba á recibir la desposada, pues todo invitado debe su ofrenda por mínima que sea, y no se puede bajo ningun pretexto faltar á ese uso consagrado por la tradicion religiosa.

«El santo ermitaño Vaidheva, —dice la leyenda, —habiendo llegado inopinadamente en medio de las fiestas del matrimonio de la bella Bahvany con el poderoso rey Viswamitra, y no teniendo nada que darle, se arrancó un pelo de la barba, que le ofreció ántes que faltar á este uso sagrado.

»El pelo del santo personaje fué encerrado en un relicario de oro, y conservado largo tiempo como un talisman por la familia del rey Viswamitra.»

.....  
Cuando acabé mi paseo por las calles de Tamblegam para volver al bengalow, todo ruido habia cesado, y no quedaban ya más que algunas horas de noche.

Fakirs, encantadores, mendigos, tigres, elefantes y cornacs dormian en el suelo, y me tuve que abrir paso con trabajo por en medio de todos aquellos cuerpos tendidos en el polvo, que tomaban formas fantásticas á la humeante luz de monstruosas bolas de resina perfumada que se quemaban de trecho en trecho sobre los trípodes.

La fiesta empezó á los primeros albores del dia.

En mi vida olvidaré el espectáculo que hirió mi vista cuando llegué á la casa de Nalla-Tamby, y me hube colocado en la verandah de columnas esculpidas del primer piso. Ya estaban allí sir John y su señora con sus hijas, y despues de los cumplimientos de costumbre, nos entregamos por completo á la curiosidad.

En una inmensa plaza rodeada de árboles gigantes y de flamboyants de rojas flores, estaba en un extremo la casa de Nalla-Tamby, y en el otro la pagoda elevando en los aires su masa imponente, y en el intervalo de más de un kilómetro que las separa, quince ó veinte mil personas con los trajes más extraños y más variados del mundo, formando dos filas para ver pasar el cortejo.

Todo estaba presto.

A la cabeza del cortejo venían los elefantes con sus haoudahs guarnecidos de seda y cachemir, que serían ofrecidos á la pagoda, llevando á su lado á sus cornacs. Después venían las bayaderas, que rodeaban la estatua de Vischnou en un carro magnífico tirado por doce búfalos negros, seguido de los dos palanquines cubiertos de oro, seda y marfil de los futuros esposos. Los invitados debían seguir el cortejo en carros rodeados de verdor y flores, contruidos expresamente para la fiesta.

Los encantadores de serpientes, los mendigos, los pandarons y los fakirs esperaban la señal.

Los músicos no podían participar de la fiesta religiosa, pues se los reservaba para las diversiones de la noche.

En el momento en que los primeros rayos del sol doraban el triángulo sagrado de la cúspide de la pagoda, se oyen los sonidos agudos de la trompa brahmánica, seguidos inmediatamente de frenéticos hurras lanzados por la muchedumbre, respondiendo á la señal de la pagoda.

En el mismo momento, Lackmy, la hija de Nalla-Tamby-Modeliar, y su prometido, Ponou-Rassendren-Modeliar, aparecieron en la plaza y



montaron en sus palanquines, y como por encanto los elefantes que abrian la marcha agitaron cadenciosamente sus monstruosas trompas rodeadas de guirnaldas de flores, las bayaderas se pusieron á bailar alrededor de la estatua del dios, y cada uno se colocó en el cortejo conforme á su rango, siguiendo á la familia de los dos esposos.

Caminábamos lentamente bajo una lluvia de flores y follaje que chocras (servidores), colocados de trecho en trecho, lanzaban sobre la multitud. Inmensas bolas perfumadas se quemaban en los trespiés que las sostenian. Los mendigos, los pandarons y los sannyassis cantaban himnos religiosos á nuestro paso. Veinte mil pechos repetian el refran sagrado.

De repente la multitud se estremeció.

Los fakirs acababan de empezar sus espantosos ejercicios.

De trecho en trecho, á lo largo del camino que recorriamos, se habian fijado en la tierra troncos de árboles verticalmente.

En el extremo de cada tronco habia una rueda movable puesta en movimiento con rapidez vertiginosa, arrastrando con ella cinco ó seis cuerpos humanos que enrojecian la tierra con su sangre. Eran los fakirs que estaban enganchados allí con hierros que les atravesaban los muslos, las caderas ó las espaldas. Estos infelices, fanatizados por los brahmas que se servian de ellos para hacer sus milagros y sus farsas ante la multitud asombrada, sonreian y cantaban como si estuviesen en un lecho de rosas.

Los brahmas educan á los fakirs en lo más profundo de las pagodas. El método que emplean para atraerlos es desconocido, pues los brahmas,

cuando los interrogan sobre este asunto, guardan el más profundo silencio.

Todo lo que se sabe es que estos fanáticos, tan pronto están sometidos á grandes privaciones y torturas terribles, como entregados á todas las excitaciones del placer y del libertinaje más refinado.

Nos es imposible, como puede comprenderse, levantar el velo de aquellas orgías de los sacerdotes brahmas, dignas sólo de figurar en las saturnales de Lésbos y de Gomorra.

Llegados á la pagoda, tuvimos que volvernos tranquilamente la familia de sir Hastley y yo á la casa de Nalla-Tamby, atravesando de nuevo los grupos de encantadores y serpientes de que acabo de hablar, pues no podían penetrar en el santuario los impuros belatti (extranjeros).

No hay un solo europeo en la India que haya podido hasta el día obtener de los brahmas, bien sea por autoridad ó comprándolos, la entrada del santuario de sus templos; ellos os venderán sus bayaderas, hasta sus mujeres, si sabe uno ser discreto, pero no os permitirán jamás penetrar en el recinto reservado de la pagoda, aunque les enseñáseis todos los inmensos tesoros de Kanawer y de Golconda.

Corrupcion por un lado, fanatismo por otro: éste es el resultado de aquel despotismo sacerdotal.

La ceremonia religiosa duró poco, limitándose á una simple ablucion en el estanque sagrado de la pagoda, pues no concordaba con las fiestas de la edad núbil de Lackmy, y en la invocacion siguiente que el brahma oficiante recita en presencia de los dos esposos en el altar del Lingam:

«Que Brahma una vuestras almas con lazo indisoluble y que este lazo sea el de la virtud. Que no éntre jamás en vuestros corazones ni el disgusto ni el olvido. Un marido que des-deña á su mujer, Dios le maldice. Una mujer que olvida á su marido no puede entrar en el reino celeste.

\*  
\* \*

Respetad en vuestra union las épocas desfavorables, pues aquel que se entrega en todo tiempo á los placeres del amor, ofende al Señor, que no le concederá numerosa posteridad.

\*  
\* \*

Consagrareis á Dios el mayor de vuestros hijos, pues él tiene que llevar a cabo las ceremonias funerarias, que lavan las últimas manchas y que os permitiran entrar en el recinto de las almas purificadas.»

Cuando el sacerdote hubo terminado su plegaria, el cortejo volvió á emprender la marcha en el orden que ántes habia llevado, y como Ponou-Rassendren-Modeliar no vivia en Tamblegam, la jóven fué conducida á la casa de su padre, que le servia de domicilio conyugal despues de la ceremonia.

Llegados bajo la verandah de la casa de Nalla-Tamby, Ponou-Rassendren ofreció á la jóven arroz tostado, un cabrito de lana roja y dos palomas.

Lackmy comió el arroz tostado, dividiéndole con su marido, devolvió la libertad á las dos palomas, y habiendo cogido el cabrito en sus brazos, franqueó el dintel de la casa pronunciando las palabras siguientes:

«¡Soy vírgen, y no he conocido aún ningun hombre! ¡Que mis ojos se cierren para siempre á la luz ántes que fijarse en otro rostro que no sea el de mi esposo! ¡Que

mi voz se seque en mi garganta ántes que pronuncie palabras de amor á otro hombre! ¡Que muera más bien ántes que dejar desatar mi taparabo á otra mano que á la de mi esposo!»

La invocacion del sacerdote brahma y este juramento de la jóven recién casada datan de la época patriarcal india.

El arroz que comen juntos, indica su union sobre la tierra. Las dos palomas que vuelan juntas son un signo de la union de sus almas en el cielo, si atraviesan la vida juntos y permanecen puros como el cabritillo de lana roja que la mujer recibe de su marido.

Este símbolo está lleno de sencillez y al mismo tiempo de grandeza.

Después que Lackmy acabó de pronunciar las palabras que hemos consignado, Ponou-Rassendren le puso al cuello un tahalí de oro, especie de collar que contenia sobre una placa cilíndrica la cifra y el signo de la casta de los dos esposos.

El matrimonio se habia llevado á cabo, pero faltaba aún una formalidad de las más raras.

Manou, el legislador más antiguo de la India, exponiendo los principios relativos al matrimonio, dice así:

«No es prudente aliarse á una mujer que padezca de tisis, de dispepsia, de lepra blanca, de epilepsia ó elefantiasis.

»Debe tomarse una mujer bien hecha, cuyo nombre sea agradable, que imite el gracioso andar del cisne ó del elefante jóven, cuyo cuerpo esté adornado de un ligero vello, cuyos cabellos sean finos, los dientes pequeños y los miembros de dulzura encantadora.»

Segun estas máximas, todas las mujeres que

padezcan de esas enfermedades ó de alguna deformidad secreta, y que á pesar de eso se casen, pueden ser repudiadas por sus maridos desde el momento que lo saben. Pero si la enfermedad se desarrolla despues de casado, no ha lugar á la separacion.

Para prevenir toda superchería, pero sobre todo para impedir que el marido repudie á su mujer habiendo contraído la enfermedad despues de casada, se acostumbra, sobre todo entre las clases de elevada alcurnia, mostrar desnuda á la jóven delante de un número de testigos, y no consumir el matrimonio hasta haber hecho la prueba de que no está atacada de esos males, que ella considera como causa de divorcio.

Los testigos inscriben su declaracion en un registro á propósito que tiene el jefe de la casta, y sólo los hombres pueden servir de testigos.

Sir John Hastley y yo fuimos designados por Nalla-Tamby y Ponou-Rassendren para formar parte de aquel singular jurado, junto con otros seis más, miembros de la familia.

Fuimos introducidos en un vasto salon rodeado de divanes, cuyas colgaduras de seda y cachemira brillaban con mil matices diversos, que era el sitio designado para presentar á Lackmy.

Cuando reflexionaba en aquella brutal costumbre que heria mis sentimientos íntimos, vi levantarse una de las cortinas y dar paso á la jóven, que venía acompañada de una criada y de la hermana de su marido.

Lackmy iba envuelta de piés á cabeza en un paño de cachemira con franjas de oro. Con un ligero movimiento de hombros rechazó el paño ó taparabo, que se deslizó á lo largo de su cuerpo

y que quedó arrollado á sus piés, apareciendo á nuestra vista con todo el esplendor de su virginal belleza.

Lackmy tenia trece años... edad en que la mujer alcanza su completo desarrollo bajo aquellas ardientes latitudes.

Dejando á los indios ejercer su oficio de *expertos*, me puse á admirar aquella niña de una hermosura perfecta. Sir John, con el lente incrustado en el ojo, la examinaba como si hubiera sido un caballo de raza.

De pié en una nube de cachemira, con la cabeza inclinada, la mirada inquieta, el cuerpo ligeramente inclinado sobre sus rodillas, medio doblado, y con sus brazos cruzados bajo sus senos... Lackmy habia tomado sin pensarlo una actitud irreprochable de castidad, y en su púdica ansiedad se comprendia que sufría con aquella estúpida costumbre.

La encantadora jóven pertenecía á una casta que no entrega sus mujeres á cualquiera, y que castiga el adulterio con el divorcio.

La bella Lackmy fué proclamada unánimemente apta para poder satisfacer las exigencias de Manou, y la declaracion que dimos en el registro de la casta fué un certificado de incomparable belleza.

Dulcemente conmovida con nuestras lisonjas, y feliz con recobrar su libertad, la jóven se envolvió en su taparabo, y saludando á la oriental á los indios, nos alargó su manita para que la estrechásemos, y desapareció con sus compañeras.

Algunos instantes despues, volvimos á encontrarnos reunidos con la multitud de convidados, y pudo terminarse la ceremonia.

Nalla-Tamby, despues de haber quemado la yerba sagrada del cousinga sobre un trespiés de oro, unió definitivamente á los dos esposos con esta sencilla fórmula:

—Ya no sois más que un cuerpo y una voluntad: practicad juntos los deberes prescritos por Manou y por la Santa Escritura. He dado mi hija Lackmy á Ponou-Rassendren-Modeliar.

Desde este momento empezó la verdadera fiesta, que debia durar lo ménos quince dias. Durante todo este tiempo hubo fuegos artificiales, bailes de bayaderas y cantos interminables de rapsodas encomiando los altos hechos de los héroes y de los dioses. Los encantadores de serpientes se habian instalado en los rincones de las plazas con sus animales, los fakirs continuaban imponiéndose los más espantosos tormentos, y los sannyassis, sentados en el suelo, pasaban las cuentas de su rosario, recitando unas plegarias que debian atraer sobre los dos esposos interminables felicidades.

Despues de bailar una ó dos horas en público, ante los numerosos convidados de Nalla-Tamby, las bayaderas se retiraban todas las noches á la pagoda de Tamblegam, que por su poca importancia no tenia aquella clase de sacerdotisas del culto y del amor.

En pos de ellas se deslizaba corto número de ricos commoutys de Trinquemalé, de Koutchivellé, de Kandawer, Kattiaar y otros lugares vecinos, que atraidos por la novedad, y sobre todo por la notable belleza de aquellas prostitutas de Chelambrum, compraban á precio de oro á los brahmas el derecho de introduccion en el templo.

El resto de la noche se pasaba en medio de danzas lascivas y de orgías imposibles de descri-

bir... Todo esto se sabía en Tamblegam, pero los sacerdotes gozaban de tal prestigio, que no parecía extraordinaria aquella explotación del libertinaje en el interior de la pagoda.

Los europeos no asisten más que á las ceremonias del matrimonio, retirándose generalmente ántes del festin de la noche, para dejar á los indios en entera libertad.

En las fiestas íntimas, el indio, que es familiar con su huésped europeo, se muestra en público embarazado, tímido, y no sabe qué hacer.

Nosotros nos retiramos temprano para no molestar á los convidados de Nalla-Tamby, á pesar de las instancias de éste y de su yerno.

Lady Hastley me ofreció un asiento en su victoria, convidándome á comer; pero estaba tan fatigado que no pude aceptar, y se convino que iria al dia siguiente á pasarlo á Kattiaar.

—Organizaremos una caza de elefantes salvajes en el lago Kandellé,—me dijo sir John,—pues no debeis salir de Ceylan sin haberos procurado esa emocion.

Iba á comunicarle la repugnancia que sentia por esa caza, cuando el vindicara, arreando sus caballos, los hizo salir al trote. Lady Hastley me saludó por última vez con su abanico. Pero me prometí no dejar de participar á sir John el motivo de mi repugnancia á la caza de los elefantes, en cuanto me volviese á hablar de ello.

En vez de dirigirme directamente al bengalow, tomé un pequeño sendero que conducia á las orillas del rio, para gozar un poco de frescura y tranquilidad, que necesitaba despues de las excitaciones de aquel dia.

El dia indicado, llegué á la casa de sir John,



que despues de los saludos de costumbre, me hizo admirar en detalle los esplendores de su instalacion.

La vida de los europeos en la India es monotoná ó inquieta, conforme á lo que pertenezcan, bien sea á la administracion y al ejército, ó á la especulacion y el comercio.

En aquellos abrasadores climas todo incita al *far niente*, y por poco que uno se deje arrastrar á una ociosidad enervante, pero llena de encanto, se ve uno al nivel de las gentes del país, es decir, que no sirve para nada, sino para la vida contemplativa, que es la dicha suprema de los indios.

Cada familia necesita tener una casa grande con verandahs y azoteas para recibir el aire con abundancia y respirar la brisa de la noche, que viene agradablemente á refrescar y reposar el cuerpo abatido por el calor del dia.

En el interior del país, adonde no llegan las brisas del mar, se tienen unos criados encargados de rociar constantemente los tattis ó cortinas que están colgadas de columna á columna de la verandah.

El personal numeroso de criados necesario para el servicio está dividido de esta manera:

1.º Un dobochy ó jefe de la servidumbre, encargado de la vigilancia general y de las compras.

2.º Un meti ó ayuda de cámara del amo de la casa, que cuida su ropa, le sirve en la mesa y cuida de que el baño esté listo á ciertas horas.

3.º Un aya ó doncella, que hace el mismo servicio al lado de la señora.

4.º Dos ayas costureras.

5.º Un musulman sastre.

6.º Un cocinero ó cousicara.

- 7.º Un paya ó pinche de cocina.
- 8.º Una taniegartchie, portadora de agua, que lava la vajilla.
- 9.º Un velacoucara, encargado de las lámparas y de todas las luces de la casa.
10. Un vindicara ó cochero.
11. Dos mozos de caballeriza para limpiar los carruajes y cuidar los caballos.
12. Dos pankahbohis para menear de dia y de noche en las habitaciones los pankahs.
13. Dos totoucara, uno dedicado al baño y el otro al jardin.
14. Cuatro bohis ó portadores de palanquin.

Entre todos unos veinte criados, cuyo número no se puede disminuir, porque los unos no quieren encargarse del trabajo de los otros. Los criados indios han hecho castas distintas de los distintos oficios á que se dedican, y es imposible encontrar un criado fuera de esas castas, con objeto de disminuir cuanto fuese posible el trabajo impuesto á cada uno. Mas luégo se han cubierto del prestigio religioso como todas las demas.

Si por casualidad pedis un vaso de agua á vuestro vindicara (cochero), llama inmediatamente al dobochy y le transmite la órden, diciéndoos:  
—Mi casta me prohíbe hacer otra cosa que guiar tu carruaje.

Por consiguiente, cuando se suprime un criado, se suprime tambien el trabajo que hace. Despedid los totoucara, y no cuidará nadie del jardin ni tendreis el baño preparado á la hora que acostumbrais tomarlo.

En cuanto despedis á un criado, es preciso reemplazarle al momento, pues si no, se expone uno á muchos disgustos. Felizmente, el dobochy

es el encargado de reemplazar á los criados que despide ó que se van voluntariamente.

Despues del dobochy, que es el intendente, y del meti, ayuda de cámara, los más interesantes son los pankahbohis, encargados de menear dia y noche ese inmenso abanico que se llama pankah, que ponen en movimiento desde fuera por medio de un cordel que atraviesa las paredes.

Este útil y agradable instrumento da una frescura deliciosa, y puede uno trabajar, comer ó dormir á las horas más ardientes de ese terrible clima, sin experimentar la menor fatiga.

A pesar de ese lujo de servidumbre, la vida no es cara en la India; el salario de los criados es de cinco á diez francos mensuales, sin obligacion de mantenerlos. El dobochy es el único que gana quince francos.

Con algunos céntimos de arroz, el indio hace sus tres comidas al dia.

Las aves, la caza, el pescado, la carne, todos los objetos de uso diario, son sumamente baratos, y por cincuenta francos al mes, se vive en un verdadero palacio con jardines, cocheras y dependencias.

Sin embargo, en todas las grandes aglomeraciones de poblacion, como Madras, Bombay, Calcuta y otras, los precios aumentan, pero en proporcion no tienen nada de exagerado.

En suma, la existencia es fácil para todos, suntuosa sobre toda exageracion para las personas bien acomodadas, si se puede resistir la enojosa aclimatacion en un país tan distinto del nuestro, pero al que llega uno luégo á habituarse.

Los jóvenes se procuran por poco dinero el lujo de una ó muchas queridas indias, pobres cria-

turas que sus padres venden en un momento de apuro.

Ignorantes, dulces y sumisas, que se ven privadas de todo en la casa paterna, se consideran dichosas en su nueva vida, y lloran al separarse de su amo cuando éste las despide.

He conocido á un jóven oficial que conservó á su lado, durante los cuatro años de su permanencia en la India, á una jóven encantadora de Tranquebar que habia tomado desde su llegada. Dulce y bueno con ella, y tratándola como á una europea, inspiró tal pasion á la jóven, abnegacion tan profunda, que cuando partió á Europa, la pobre abandonada se retiró al campo, llorando sobre la pérdida del que amaba y rehusando enérgicamente todas las proposiciones que le atrajo tan extraordinaria fidelidad.

—Tal vez volveré,—le habia dicho su amante al dejarla.

Y ella le esperaba con esa fe ardiente que es patrimonio del amor.

Estos ejemplos son muy raros en el extremo Oriente; pero debe achacarse la culpa al embrutecimiento de estos países, que no ven en la mujer más que un instrumento de placer.

La bajeza de la mujer en la India está en las costumbres, pero no en la ley, y es triste ver á los europeos apropiarse bajo ese punto la moral de los indios.

De estas uniones pasajeras, de esta mezcla de las dos razas ha nacido una poblacion bastante numerosa hoy en Ceylan y en toda la península del Indostan, que ha recibido de los indígenas el nombre de topas, y de los ingleses el de half-caste, es decir, sangre mezclada.

Despreciados desde su nacimiento por una estúpida preocupación, criados entre la miseria y la reprobación, rechazados por los europeos, estos desgraciados, incapaces de trabajo alguno, pero altivos en medio de sus harapos, no son más que un monstruoso conjunto de los vicios de las dos razas.

Todas las carreras de la magistratura, del ejército y de los diferentes ramos de la administración les están cerradas por esos mismos ingleses que en sus meetings vociferan por la emancipación de los negros y la libertad de los pueblos. Y sin embargo, ¡cuánto partido no hubiera sacado de ellos una política protectora!

Elevando sus ideas por medio de la educación, hubieran podido crear al lado de los indios un pueblo mixto, inteligente, ilustrado, más altivo que los indígenas, que con el tiempo se hubiera mezclado á ellos y hubiera combatido eficazmente las preocupaciones de castas que se oponen á la regeneración de la India, y hubiera tal vez conseguido cambiar completamente aquel país de ensueño y de inercia, que desde millares de años duerme sobre sus instituciones envejecidas, engordando al extranjero con su sangre y sus riquezas.

Pero sería absurdo pedir á la Inglaterra que siguiese una línea de conducta tan conforme á la civilización y la humanidad.

Los pueblos que oprime no tienen para ella más valor que el de una mercancía, y los trata como si fuesen algodón, carbon ó metal. De buen ó mal grado, es preciso que consten en el inventario; todo es bueno cuando se trata del *interés inglés*.

Deligt-House, la habitacion de sir John, era un verdadero palacio, que el Oriente y el Occidente habian contribuido á adornar. Los jardines y el parque eran admirables, pues la naturaleza hace aquí el oficio del jardinero, que no tiene, en medio de esta esplendente vegetacion, más que trazar alamedas y laberintos.

Terminamos nuestra visita por el korilah ó departamento de los elefantes, que contenia cuatro de aquellos magníficos elefantes, ocupados en el momento en que entramos en colocar en su sitio la provision de forraje y de cañas de azúcar salvaje que habian ido á buscar por la mañana, conducidos por el hijo de su cornac, niño de doce años, cuya autoridad les impedia detenerse husmeando por las junqueras á lo largo de las riberas.

—¿Para qué os sirven esos animales?— pregunté á sir John.—Pues supongo que no los tendreis sólo por gusto.

—Para la caza,—me respondió.

—Comprendo que se emplee el elefante para la caza del tigre de Bengala; pero ni el jaguar ni la pantera negra de Ceylan valen la pena que se les oponga tan rudo adversario.

—Teneis razon, pero yo os hablo de otra caza más peligrosa. En el distrito de Tamblegam y las cercanías del lago de Kandellé, el país está cubierto de pantanos y bosques impenetrables, asilo de inmensos rebaños de elefantes salvajes, y á estos terribles habitantes de las junqueras es á los que vamos de cuándo en cuándo á turbar en su retiro. Al elefante salvaje oponemos el elefante civilizado, y generalmente, de cada una de estas batidas nos traemos triunfalmente dos ó tres de

estos animales, de quienes se han apoderado los nuestros, y que regalamos á los indios que nos han ayudado. Con un mes ó dos de buen trato, pierden el deseo de volverse á sus bosques. Como supongo os agradará ver una de esas cazas, tan llenas de peripecias conmovedoras, he preparado una para mañana, á fin de que asistais á ella.

—Sin embargo, en las llanuras de Bengala he asistido sobre el lomo de un elefante á la persecucion del gran tigre de los saunderbounds (pantanos del Ganges).

—No tiene que ver nada una cosa con otra. Cuando perseguís al tigre real, el elefante se enfurece, despedaza al animal si le coge con su trompa. Pero en la caza que vamos á hacer, los elefantes, perfectamente adiestrados, despliegan las raras cualidades que poseen de fuerza y astucia. Como se trata de coger de buen ó mal grado al elefante salvaje que consiguen aislar de los demas, no emplean la fuerza más que en la última extremidad. De suerte que esta caza, conducida con prudencia, no es muy peligrosa, y lo mejor es dejarse guiar por los indios tchaleas, que son gente experta por su larga permanencia en las junqueras.

Al volver á la casa, donde nos llamaba la campana del almuerzo, sir John me dijo que esperaba aquella noche dos oficiales de la estacion de Trinquemalé, apasionados por la caza y que debían reunirse á nosotros.

El dia entero se pasó en preparativos, pues íbamos á permanecer en la junquera dos ó tres dias, y sir John, ocupado en dar órdenes de un lado para otro, me dejó hasta la noche en compañía de su esposa y de sus jóvenes y encanta-

doras hijas, que por su alegría, el encanto de su conversacion y la exquisita distincion de sus maneras, me hicieron pasar las horas más deliciosas que habia pasado desde mi salida de Kaltna.

Los grandes espectáculos de la naturaleza tienen sus encantos: recorrer los sitios más salvajes en medio de una vegetacion espléndida, reposar por la noche sobre una hamaca improvisada en la garganta de alguna montaña, oyendo á los animales que vienen á abrevarse en el torrente y los ruidos misteriosos de la naturaleza, todo esto está impregnado de poesía; pero hay horas en que el hombre de la vieja Europa reaparece bajo la corteza del indio improvisado, y en que ansía la sociedad y la conversacion de esas mujeres del buen tono que encantan y agradan á un tiempo.

Los dos oficiales ingleses, exactos á la cita, llegaron á la hora del té, con sus magníficos elefantes, sus cornacs ó guías y todos sus útiles para el campamento.

Los animales fueron conducidos al korilah, en donde sus camaradas los recibieron con mil gozosas caricias, pues tenian costumbre de ir juntos á la caza, y cada vez que se veian, comprendian que el dia siguiente iba á ser para ellos un dia de alegría.

Algunas horas ántes de la salida del sol nos pusimos en marcha en el órden siguiente:

Sólo ocho elefantes estaban destinados á la caza, y los otros dos nos servirian de habitacion, pues iban provistos de cómodos haoudahs.

Un elefante viejo llamado Manjari (perla) iba á la cabeza del cortejo, llevando sobre el lomo á su cornac y al jefe de los nilmakarheia (cazadores de elefantes). Este inteligente animal tenia á



su cargo la direccion de la caza, á la que estaba acostumbrado y en la que habia adquirido gran reputacion. Sus compañeros no debian perderle de vista y seguirle á la menor señal.

Detras de Manjari iban los otros siete elefantes, llevando cada uno, ademas de sus conductores, dos ó tres nilmakarheia.

Despues Rohini (nombre de diosa) y Balaja (perfume de jazmin), los dos elefantes encargados de protegernos, y que no debian tomar parte en la caza sino como espectadores.

El mayor Daly y yo montamos sobre Rohini. Sir John y el capitan Elphinston se colocaron en Balaja.

Dos carretas de bueyes llenas de provisiones de todas clases cerraban la marcha. Amoudou habia pedido permiso para instalarse sobre el cuello de Rohini al lado del cornac.

Teníamos que andar cerca de siete leguas ántes de llegar á las orillas del lago Kandellé, y como teníamos que descansar las horas del calor fuerte, hasta el dia siguiente no podia empezar la caza. En lugar de tomar el camino anchuroso que va desde Tamblegam, seguimos la pintoresca orilla de Kotti, que está cubierta de becacinas, de patos dorados y de otros mil pájaros acuáticos de especies particulares del país que nos servirian de gran distraccion.

No intentaré describir el maravilloso panorama que se desarrolló ante nosotros desde Kattiaar á Kandellé, pues nada podria dar idea de los efectos mágicos de aquel sol del Ecuador á traves de las ramas de los cocoteros, flamboyants y tulipanes que formaban sobre nuestras cabezas una bóveda de verdura que la luz atravesaba dulce-

mente. Millares de pájaros revoloteaban sobre nuestras cabezas confundiendo sus gritos, sus silbidos y sus gorjeos, miéntras que grandes monos negros de collar blanco se suspendían á las ramas para vernos pasar.

A eso de las diez hicimos alto para no soportar sin necesidad los ardores del sol, cerca de un pueblecito llamado Chetty-Colom, habitado casi únicamente por algunas familias criollas de origen portugues.

Las gentes que se llaman criollas en Ceylan no son lo que se cree en Europa. Son descendientes degenerados de los antiguos conquistadores de la India, bastardeados por la ociosidad, hólgazanes por orgullo, casi tan bronceados como los topas de media sangre, y sobrepujándoles poco en inteligencia.

Aquellos que han conservado algunos restos de fortuna, se esfuerzan por sostener cierto rango; pero cuando se penetra en su intimidad, se comprende al momento su poca inteligencia, y la vanidad europea unida á las supersticiones indias.

Criados entre los chicos de los domésticos, contraen desde los primeros años perniciosas costumbres y hasta vicios de los que nunca pueden desprenderse.

Fuera de raras excepciones, la sociedad inglesa no los admite en su seno.

Las mujeres de estos criollos mestizos tienen singulares ideas sobre el pudor. Acostumbradas en su infancia á mostrarse medio desnudas delante de sus criados sin inquietarse de su sexo, continúan luégo haciendo lo mismo.

El dinero sólo decide de la clase en que están

colocadas estas gentes. En cuanto hacen una pequeña fortuna, se llaman criollos; si caen en la miseria, se vuelven á llamar topas ó sangre mezclada. Cuanto más bronceados son y más se aproximan á los cingaleses, más afectan hablar de la pureza de su raza y de sus antecesores portugueses. Todos se llaman D. Gómez, D. Alonso, D. Alburquerque, D. Juan da Sylva, y no puede uno ménos de reirse al ver aquellos hombres que llevan nombres tan retumbantes. Duros y orgullosos con los criollos de poca fortuna, contribuyen tal vez más que los ingleses á arraigar la preocupacion de raza, sin tener nada sobre qué fundar sus pretensiones, admitiendo por un instante que puedan sostenerse tan absurdas preocupaciones.

Un dia, una jóven francesa recientemente llegada devolvió su saludo á un topas que, laborioso y honrado, habia sabido conquistarse cierta estimacion.

—¿Saludais esa clase de gente?—le dijo una criolla cuyo cútis amarillento indicaba su origen.

—Pero señora,—le respondió la francesa,—si me preocupase del color, ¿á quién podria saludar en este país?

Todos los actos de su vida se resienten de la doble influencia de las preocupaciones europeas é indias.

Supersticiosos con exceso, conceden el mismo crédito á los demonios de la religion católica que á los millares de espíritus malignos que pueblan el panteísmo indio.

Si están enfermos, se llama por el bien parecer á un médico inglés; pero en cuanto vuelve la espalda, viene el mestri, especie de curandero,

que les aplica yerbas mágicas y les recita *men-trams* ó plegarias que tienen el dón de curar la fiebre, la disentería ó el cólera.

Es inútil decir que cuando se curan, lo atribuyen á los remedios del charlatan indio, y es muy frecuente ver, en caso de peligro de muerte, enviar cirios y regalos á la capilla cristiana y á la pagoda, pues si el Cristo es impotente, de seguro que Vischnou los salvará.

En las grandes fiestas indias de las pagodas célebres, las ayas y nodrizas de los niños traen de su peregrinacion una infinidad de amuletos bendecidos por los brahmas; las madres criollas los aceptan con reconocimiento y se apresuran á colgarlos al cuello de sus hijos, unidos á algun *ex-voto* ó alguna medalla de la Vírgen, garantizando de este modo á los niños por ambos lados. Aunque procureis convencerlos de la impotencia de todos esos amuletos, no os comprenderán.

Las mujeres criollas, en cuanto dan á luz, entregan sus hijos á las mujeres indígenas, que los tratan con dulzura, rodeándolos de los mayores cuidados, pues quieren á los hijos de sus amos como á los suyos propios; pero ¿qué costumbres les pueden enseñar hasta los diez años, que se los entregan á sus padres?

Por las noches, desde que los niños empiezan á hablar y á comprender, les cuentan innumerables cuentos en que figuran los rakchasas, los devas, y en fin, todos los buenos ó malos genios que juegan papeles horrorosos, que hieren la imaginacion de aquellos pobres séres, inculcándoles absurdas creencias que no les abandonan jamás.

Más adelante el sacerdote quiere desarraigar todo esto, pero llega con los mismos demonios,

los mismos espíritus tentadores, y sus historias son tan extraordinarias como las del aya cingalesa, resultando de todo esto un conjunto de inextricables supersticiones que rodea al criollo mientras vive. Cuando muere, su familia continuará aquel dualismo de creencias; al lado del cirio católico colocará en un rincón la lámpara encendida en el fuego sagrado de la pagoda, y cuyo aceite ha sido bendecido por el brahma, poniendo en el fondo del ataúd un ramo de esas florecillas amarillas que los indios emplean para conjurar el maligno espíritu.

Y no se crea que estas aberraciones pertenecen tan sólo á las clases ignorantes, no por cierto, pues los criollos que van á estudiar á las universidades de Bombay, Madras y Calcuta no consiguen jamás desembarazarse de ellas por completo.

Los brahmas emplean el aceite de coco, que perfuman y bendicen, para untar las estatuas de sus divinidades, y los fieles recogen piadosamente el aceite que escurren los ídolos, atribuyéndole las virtudes más extraordinarias. Da la vista á los ciegos, la vida á los agonizantes, y si se hace un uso constante de este bálsamo sagrado, está uno libre de las mordeduras de las serpientes y de toda clase de enfermedades.

La pequeña ciudad de Chetty-Colom sobre la orilla de Kotti, habitada, como ya he dicho, por criollos de origen portugues, tiene su leyenda histórica. Según estos descendientes de los atrevidos marinos que cruzaron el mar de las Indias mucho ántes que las otras naciones de Europa, algunos compañeros de Lorenzo d'Almeida, que descubrió á Ceylan, habiéndose perdido en los

bosques de la isla, y no habiendo podido reunirse á la flota del almirante portugues, rogaron á Kirti-Nissanga, rajah que entónces reinaba en Kandy, les diese mujeres, esclavos y terrenos. Esta triple peticion fué acogida favorablemente, y los aventureros vinieron á establecerse á las orillas del rio Kotti, en donde estaban los terrenos concedidos, y fundaron aquel pueblo, á quien los naturales habian dado el nombre de Chetty-Bellatti-Colom, es decir, el barrio de los mercaderes extranjeros, llamado más comunmente Chetty-Colom.

Esta pobre aldea cuenta hoy apénas una docena de familias, habitando casas medio indias, medio europeas, y no se distinguen de las familias indígenas, ni por el color, ni por las costumbres. En verdad, hace mucho tiempo que la sangre de la Lusitania ha desaparecido bajo la sangre malabar ó cingalesa.

Sin embargo, ¡cosa rara! los hombres llevan el traje europeo, y las mujeres, que en el interior de sus casas no usan más que un simple taparabo cingales, se ponen para salir vestidos con gran cola y sombreros fantásticos fabricados en los talleres de Soho-square para las señoras de las costas de Africa y los soberanos reinantes de la Malasia.

Conservan entre ellos los usos de los portugueses, y el mayor Daly me ha asegurado que los descendientes de Almeida hablan áun hoy dia el puro lenguaje de Camoens, pues desde su fundacion no han vuelto á tener relaciones con la madre patria.

Algunos instantes despues, sir John me dijo:  
—Esas gentes creen hablar el lenguaje de su

madre patria, pero su idioma no es más que una mezcla de portugues, tamoul é indostan.

No tardó en presentarse al colector el jefe del pueblo, el señor D. Alvarez de Castro, dirigiéndole la palabra en portugues; pero como ninguno comprendia aquella lengua, se entabló la conversacion en tamoul.

Despues de un descanso de algunas horas nos pusimos en camino para llegar al bengalow de Kandellé ántes de la noche, cuando oimos los sonidos de la trompa indígena que partian de la orilla un poco más abajo del pueblo; llamaron nuestra atencion, y los gritos de *¡Ingué va, ingué va!* «¡Venid aquí, venid aquí!», nos decidieron á aproximarnos, y vimos un monstruoso caiman que se agitaba en el agua retenido por una fuerte cadena en cuyo extremo habia un gancho de hierro que le habia atravesado la mandíbula al querer tragar la carne del anzuelo.

El animal hacía esfuerzos gigantescos para desembarazarse de ella, sin poderlo conseguir, agitando la cola y dando botes terribles que empezaban á teñir de sangre el lodo pantanoso del fondo. Cuando vió á los elefantes que nos habian seguido y que los cornacs apénas podian contener, pues querian arrojarse sobre él, dió un salto hácia atras y sumergióse en el rio para escapar á los terribles enemigos que acababan de aparecer.

Este modo de apoderarse del caiman es muy comun en Ceylan, sino que como el animal es desconfiado de por sí, es preciso tener gran destreza y preparar bien el lazo, pues no estando bien hecho, no da nunca resultado, y el caiman que se ha escapado una vez del anzuelo, no vuelve jamás á ser cogido.

Después de coger al caiman, no es poca dificultad para el indio el matarle, si no posee armas de fuego, pues es imposible acercarse á él á pesar de la cadena que le tiene sujeto.

Si el indio no va con su elefante, tiene que matarle por medio del fuego, pues es peligrosa toda lucha personal con tan terrible adversario.

Cuarenta ó cincuenta individuos atraen al caiman hácia tierra, tirando de la cadena con precauciones infinitas, pasándola entre dos ramas de árboles, y reuniendo debajo del árbol gran cantidad de paja y yerba seca, que se prende fuego en cuanto el animal está cerca de la hoguera.

En el estrecho de Malacca, en Java, en Borneo y en las islas de la Sonda, los indígenas atraen al caiman á una fosa, y allí le matan. En Gabon, en el centro del Africa y en Madagascar, los envenenan con anzuelos hábilmente preparados.

Nuestros elefantes mugian de furor, todos querian precipitarse sobre el animal; pero Manjari, conducido por Saverinaden, jefe de los nilmakarheia, fué el encargado de dar muerte al caiman.

El viejo elefante, que en su larga vida de sika-glo y medio habia adquirido la experiencia de las cazas más difíciles, podia sin peligro medir sus fuerzas con las del caiman.

Habia nacido en 1726 en la corte de Sri-Wedjaga-Singha, rajah de Ceylan, y habia pertenecido á una serie de gobernadores holandeses é ingleses que le habian llevado siempre al frente de su tren de caza. Sir John poseia un estado de estos servicios, y estaba orgulloso con ellos.

Apénas Manjari hubo recibido la órden de matar al caiman, se aproximó á la orilla como para inspeccionar la posicion de su adversario. Atacan-



do de frente, arriesgaba, á pesar de toda su habilidad, que le cortasen la trompa, y no podía aplastarle bajo sus piés, pues estaba completamente sumergido en el agua; por consiguiente, tenia que atraerle á tierra, ó emprender el combate en la orilla.

Despues de algunos minutos de atencion, Manjari no dudó ya. Remontando el rio un poco más arriba del punto adonde queria atraerle, se arrojó resueltamente al agua y volvió nadando adonde estaba el caiman, que al verle aproximarse renovó sus esfuerzos para desembarazarse del garfio de hierro que le impedía huir. De repente, como la distancia que le separaba del elefante disminuía sensiblemente, el animal se lanzó fuera del agua para intentar la huida por tierra, ya que no podía por el rio.

Esto era lo que sin duda queria Manjari, pues ganando el ribazo con asombrosa rapidez, se encontró frente á frente á su enemigo, cuando éste, convencido de la inutilidad de su tentativa, volvia sobre sus pasos para sumergirse de nuevo en el rio. El elefante le abordó con la trompa alta para poner á cubierto la única parte de su cuerpo que era vulnerable, y con una agilidad de que no se creeria capaz al coloso, se precipitó sobre él, y con dos golpes de sus terribles colmillos le rompió los riñones y le aplastó la cabeza, en medio de los aplausos de toda la aldea.

Hecho esto, Manjari se volvió á colocar á la cabeza del cortejo, sin ocuparse más del acto que acababa de llevar á cabo.

En el momento en que nos volvimos á poner en camino, los habitantes de la aldea le regalaron un inmenso ceston de ananas, que los cornacs

repartieron al momento entre todos los elefantes.

Como habíamos perdido más de una hora, era preciso que nos apresuráramos si queríamos llegar ántes de la noche á nuestro destino.

El dia declinaba rápidamente cuando llegamos al bengalow de Talawa, en donde debíamos pasar la noche. Sir John habia hecho bien las cosas: los servidores del establecimiento habian sido advertidos, nuestros cuartos estaban preparados, y los mosquiteros puestos en las camas. Sentados en la verandah, los pankabohis no esperaban más que una señal para lanzar los pankahs al espacio; las cocinas exhalaban gratos perfumes, la comida estaba ya dispuesta.

Este bengalow, situado en la costa Noroeste del lago Kandellé, léjos de toda habitacion, de todo camino frecuentado, no servia más que para hacer alto en la caza, y de seguro no hubiera estado cuidado por el gobierno inglés si el ingeniero de la provincia no lo ocupara cinco ó seis dias al año, cuando venía á medir las crecidas del lago despues de las grandes lluvias.

Al Este, al Sudeste y al Sudoeste se encuentran las ciudades de Kandellé, Permamadua, Ratna-Colom, Mahavellé, Chatnagam y Kandaverré, ciudades muy pobladas y muy fértiles. Sus campos de arroz, de tabaco, de granos menudos y de natchné, están regados por numerosas canales procedentes del lago, y para decidir el volúmen de agua que cada propietario podrá recibir al año, va el ingeniero á cubicar la cantidad de agua, dada en exceso por la estacion de las lluvias.

Antes de entrar en el bengalow arrojé una rápida mirada sobre los sitios que debíamos explorar al dia siguiente.

El sol iba á desaparecer á lo léjos detras de las llanuras de Anouradhapour, coloreando ligeramente con sus últimos rayos la superficie de los grandes bosques que se extienden en el Nordeste de Tamblegam y Kandellé sobre una longitud de sesenta á ochenta millas.

A ménos de una legua del bengalow de Talawa empezaban los pantanos y las junqueras, inabordables más que sobre los lomos de un elefante. Allí viven en paz, en medio de todas las variedades conocidas de la caza, millares de cocodrilos, de boas y de serpientes más ó ménos peligrosas, con la pantera negra, el jaguar y los elefantes salvajes, tanto más peligrosos estos últimos, cuanto que tienen la intuicion del peligro y no abandonan la persecucion del enemigo más que ante insuperables obstáculos. Estos países, por la naturaleza misma de sus terrenos, son inhabitables.

Así es que allí las fieras se multiplican con seguridad, desafiando todo ataque del hombre desde el fondo de su retiro, protegidas por inmensos pantanos y bosques impenetrables.

Durante los dos ó tres minutos que tarda la noche en reemplazar al dia, pues el crepúsculo no existe en los países ecuatoriales, vi infinidad de chacales que salian de las espesas malezas y empezaban con las tinieblas á buscar su alimento lanzando gritos lastimeros y lúgubres, que parecen á lo léjos los gritos de una criatura humana herida de muerte.

El chacal es el gran director de caminos de la India; en ninguna parte se encuentra tan gran cantidad de estos animales como en este país, y contribuyen no poco á la salubridad, devorando rápidamente todo cuerpo en putrefaccion.

Estaba en la verandah del bengalow, sumergido en profunda meditacion, mirando oscurecerse poco á poco el paisaje que ante mis ojos tenia, escuchando vagamente esos mil ruidos diversos de la noche que se elevan de todas partes, de los pantanos, de las junqueras y de los bosques, cuando el dobochy de sir John vino á anunciarme que la comida estaba servida.

El cocinero, enviado expresamente la víspera de Kattiaar, era un verdadero artista de la escuela francesa; su amo le habia hecho ir de Pondichery á las junqueras del lago Kandellé.

Todos los recursos de la cocina europea unidos á los de la India se habian puesto en obra por el cocinero de sir John, que habia querido mostrarnos todo lo que podia hacerse en medio de las junqueras.

Verdad es que en ningun país del mundo se encuentra la caza en tan gran cantidad y tan variadas especies.

A eso de las nueve de la noche, sir John y los dos oficiales, vencidos en una lucha homérica con Chateau-Laffitte y Clicot, fueron transportados á sus lechos.

Los ingleses no comprenden la caza en la India más que con el *confort* y el lujo más insensato. En todas sus comidas beben Champagne helado artificialmente en máquinas especiales, y comen en vajilla con escudo. De esta manera, estos caballeros, teniendo de ciento á ciento cincuenta mil francos de renta, encuentran el secreto de contraer deudas.

Antes de acostarme fui un rato á la verandah á respirar el aire fresco que la brisa de la noche traia del lago, con los perfumes acres y penetran-

tes de que se habia impregnado al pasar por los bosques de tamarindos y acacias.

De cuándo en cuándo, en medio de los aullidos de los chacales y de los maullidos de los gatos-tigres que rondaban alrededor de la casa, percibía las notas más graves, más salvajes del búfalo ó del jaguar que salian de las junqueras para ir á beber el agua del lago, y á los cuales nuestros elefantes, diseminados alrededor del bengalow, respondian con gemidos sordos y prolongados.

Durante toda la noche, los nobles animales estuvieron inquietos y nerviosos. A cada instante se oia la voz de los cornacs en el silencio de la noche, que procuraban apaciguarlos, sin conseguirlo por completo. El viento les traia las emanaciones de las fieras, y hubieran querido precipitarse fuera y empezar la caza.

En fin, el alba apareció. Levantados desde la aurora los nilmakarheia lo habian preparado todo, y desde la víspera los indios exploradores se habian deslizado en las junqueras para reconocer las pistas, y uno de ellos que volvia cubierto de sudor y de lodo nos trajo las mejores noticias.

A unas doce millas del bengalow de Talawa habia acampada una pequeña tropa de elefantes salvajes, en las orillas de un riachuelo llamado Polliaar, y como estaban rodeados de espesas malezas, podíamos acercarnos mucho y asistir casi sin peligro á las conmovedoras peripecias de aquella caza extraordinaria.

Nos pusimos en marcha en el mismo orden que la víspera, llevando á Manjari á la cabeza del cortejo.

Cuando empezamos á penetrar en las junqueras, no pude contener una profunda emocion. En

las vastas llanuras de Ceylan y del Indostan, las cazas más inofensivas en apariencia pueden convertirse en trágicas á pesar de las extraordinarias precauciones que tiene uno costumbre de tomar.

Y puedo afirmar, sin temor de ser desmentido por los viajeros que conocen los pantanos de Ceylan, traidoramente ocultos bajo una espléndida vegetacion, los saunderbounds del Ganges y los criaderos de hulla de Java y de Borneo, que nunca se sale de los centros habitados para hacer la más pequeña excursion en estas guaridas de las fieras sin arriesgar la vida. A cada paso se expone uno á encontrarse frente á una pantera, un rebaño de búfalos ó elefantes salvajes, ó de uno de esos tigres reales tan feroces, que no hay ejemplo de haberse escapado de sus garras el imprudente que se ha encontrado en su camino. Y no hablo ni de los gatos-tigres, ni de las serpientes, ni de los caimanes y cocodrilos que están en acecho á las orillas de los rios.

De suerte que tiene uno que pedir su seguridad á la proteccion de un animal que sea más poderoso que todos ellos.

Montados en los lomos de los elefantes bien enseñados, se pueden evitar la mayor parte de estos peligros, teniendo uno en ellos unos defensores en quienes puede confiar.

Sin embargo, aún quedan otros peligros que arrostrar, y es que si el elefante se enfurece persiguiendo á un tigre, no escuchará ni vuestra voz ni la de su cornac, y romperá el haoudah en donde vais encerrado contra cualquier rama de árbol que le impida el camino.

Puede suceder tambien en estas cacerías que el elefante que os lleva se vea atacado por un ele-

fante salvaje, y no es raro que en este combate de los dos colosos se vea uno aplastado con el haoudah. Pero para disminuir cuanto sea posible estos peligros, los europeos tienen la costumbre de ir á la caza del elefante salvaje sobre la elefanta, pues no ha sucedido jamás, áun en el paroxismo del furor, que se hayan vuelto contra ellas.

Sin embargo, todas las precauciones son pocas en cazas de la índole que voy á describir.

Imposible me sería dar una descripción exacta de los lugares que atravesábamos. La yerba, la maleza y los juncos llegaban hasta el vientre del animal; el horizonte estaba completamente limitado por enormes grupos de bambúes que se elevaban á una altura de cuarenta á cincuenta piés, y eran tan numerosos y estaban tan unidos entre sí, que apenas podíamos ver claro á quince ó veinte metros delante de nosotros. El suelo, en los sitios en que podía verse, estaba sembrado de huesos de diferentes animales, entre los cuales estaban en mayoría los esqueletos de los cocodrilos y chacales.

A cada momento creíamos ver surgir delante de nosotros algunos de los salvajes habitantes de aquellos países, pero nuestra esperanza se veía engañada. El sol lanzaba sus rayos con fuerza sobre la llanura, disipando la niebla cenagosa que flotaba sobre los pantanos; todo estaba tranquilo y silencioso en la junquera, y aparte de las innumerables gallinas de agua, gruesos patos y martin-pescadores de todos colores que nos miraban pasar filosóficamente pescando su almuerzo en los verdes de los estanques, al cabo de tres horas de marcha no habíamos encontrado ninguno de los numerosos huéspedes de aquellas soledades.

En fin, el nilmakarheia Saverinaden vino á anunciarnos que se veía á lo léjos la serie de colinas del Polliaar, que cortan estas vastas llanuras en la direccion del Norte, y que nos acercábamos al campamento del rebaño de los elefantes que habian visto la víspera.

A cierta distancia, los exploradores habian construido, en un bosque con follaje y bambúes, una especie de cenador para darnos sombra mientras almorzábamos.

Despues de haber descubierto las pistas, se habian reunido en aquel sitio para esperarnos, habiendo pasado la noche en una especie de torre octógona de ladrillos, que los antiguos rajahs de Ceylan habian hecho construir de trecho en trecho en aquellas vastas llanuras para servir de abrigo contra las fieras á los viajeros que se viesan obligados á atravesarlas para ir de Colom-Pattoé, Trinquemalé y Tanglegam á Anouradhapour y sobre la costa de Manaar.

Tambien debíamos nosotros refugiarnos allí en el caso más que probable en que no pudiésemos volver al bengalow de Talawa.

—Si nos quedamos aquí esta noche, —me dijo el mayor Daly, —no olvidareis en vuestra vida lo que vais á ver y á oír. ¿No es verdad, Elphinston, —dijo al jóven oficial, que acababa de bajar de su montura, —que una noche en las junqueras sobre el terrado de aquel bengalow indio, rodeado de estanques en que vienen á abrevarse los jaguares y los búfalos, debe ser una de las situaciones más extrañas en que el hombre pueda encontrarse?

—Es verdad, mayor, —respondió el capitan; —tanto que os aseguro que no deseo volver á reno-



var la experiencia más que si nos es imposible llegar esta noche al lago Kandellé.

—Es preciso tomar una determinacion, mi querido Elphinston,—dijo entónces sir John, mezclándose en la conversacion;—de seguro no podremos entrar en Talawa hasta mañana. Por consiguiente, hay que decidirse.

El mayor y el capitán habian ya pasado una noche en la junquera, en la provincia de Girowé-Pattou, en donde abundan los bosques vírgenes y los elefantes, y como se ve, no habian conservado recuerdos agradables de aquella aventura.

En el lenguaje poético de los indios se llamaba al sitio en donde nos encontrábamós *Prasweda-Paleom* (los estanques del terror).

Después de un delicioso almuerzo compuesto de carry, sir John dió la órden de partir á pesar del sofocante calor que hacía.

La caza iba á empezar.

A unas dos millas de donde nos habíamos parado, se extendía un bosque que rodeaba las colinas del Polliar, y según nuestros guías, cubría todo el país en un espacio de cerca de cuarenta millas, hasta las cercanías del lago Padwiel. A medida que avanzábamos, el terreno subía insensiblemente, y los bambúes y otras plantas de los pantanos desaparecían para dejar el puesto á arbustos de especies desconocidas cubiertos de flores de todos matices, que embalsamaban el aire deleitando nuestro olfato.

Serían las doce de la mañana; el sol en toda su fuerza hacía brillar la tierra, y si no hubiera sido por una ligera brisa del mar que llegaba hasta nosotros refrescando nuestros pulmones abrasados, hubiéramos tenido que meternos en el bosque

para dejar pasar las horas abrasadoras del día.

Llegados al pié de la primera colina, el jefe de los nilmakarheia que guiaba la marcha con el elefante Manjari, se volvió vivamente hácia nosotros, y sir John dió la voz de alto.

—Y bien, ¿qué hay, Saverinaden? — le dijo su amo.

—Los elefantes están ahí, —respondió el indio.

—¿Léjos?

—A ménos de una milla, segun presumo.

Acabo de ver á los dos exploradores que hemos dejado en observacion hacerme señas de que me parase y mostrarme sobre el límite del bosque dos magníficos elefantes negros y uno pequeño, que iban á reposarse bajo la sombra de un gigantesco plátano.

El sitio en que nos encontrábamos, casi en la cima de la colina, era lo más á propósito para dominar la llanura que se extiende de Este á Oeste y para seguir sin gran peligro los menores detalles del espectáculo extraordinario que se iba á desarrollar ante nuestra vista.

Se convino que nos quedaríamos con Rohini y Balaja en aquella eminencia, miéntras que Manjari y cuatro de sus compañeros irian avanzando, quedando los demas bajo la custodia de Saverinaden para un caso de necesidad. Para mayor seguridad y por consejo del jefe de los cazadores indios, nos retiramos todos en medio de un grupo de arbustos tan altos que podian ocultarnos á la vista de los elefantes salvajes, que estaban debajo de nosotros en la llanura, pero sin ocultarlos á nuestros ojos.

Lo más extraordinario en esta caza es que los elefantes adiestrados, en cuanto se ven lanzados

sobre el terreno, no tienen más guía que sus propias inspiraciones.

Si los elefantes salvajes que se trata de sorprender notasen cualquier forma humana, se precipitarían inmediatamente en la maleza, y sería inútil toda persecución, pues acarrearía infaliblemente alguna catástrofe.

En las diferentes peripecias de esta terrible caza, una imprudencia, una nada, puede hacer descubrir los hombres que la dirigen desde su escondite; así es que no se aventura uno jamás contra un rebaño de elefantes más que con un número doble á lo ménos de elefantes domesticados y cuando se tiene la certidumbre, por medio de batidas inteligentes hechas la víspera por los exploradores, que á cuarenta ó cincuenta millas á la redonda no hay grandes rebaños de esos animales, sin lo cual se expondría uno á caer en su poder.

Como no hay otro medio de coger al elefante, los indios nilmakarheia, cuyo oficio es ése, abordan con frecuencia á esos animales con fuerzas inferiores; pero se concibe que el europeo se rodee de toda clase de precauciones en esta caza, que se considera como un placer.

Apénas Manjari hubo recibido las últimas instrucciones de su amo, cuando á la cabeza de su pequeña tropa se puso á bajar á paso lento la colina por la vertiente opuesta á la que acabábamos de subir, sin aparentar ir á reunirse con aquellos de quienes quería apoderarse. El inteligente animal hacía su papel maravillosamente; iba sin apresurarse derecho al riachuelo que serpenteaba en el fondo de un pantano, como si tuviese intención de ir á abrevarse allí con sus compañeros,

cogiendo aquí y allá algunas ramas que dejaba caer negligentemente en su ancha boca.

Los elefantes que reposaban en el valle los habian visto y los miraban con curiosidad, sin el menor temor.

De repente, asistimos á uno de los episodios más encantadores que he visto en mi vida.

El jóven elefante que se encontraba allí en compañía de su madre, pues sólo debia tener cuatro ó cinco años, al ver á Manjari y su escolta que continuaban avanzando tranquilamente hácia el rio, echó á correr y fué á hacer conocimiento con los extranjeros. La madre le llamó una ó dos veces, pero viendo que no le hacía caso y que nada podia alarmar su ternura, se contentó con vigilar de léjos la acogida que iban á hacer á su hijo.

El elefante, que sabe amar y proteger tan bien los hijos de su amo, siente doble cariño hácia los jóvenes animales de su raza.

De suerte que el viejo elefante cazador y su escolta acogieron al recién venido con gritos de alegría y sinceras caricias; pero pasados los primeros momentos de expansion, á una señal de Manjari, dos elefantes se colocaron á cada lado del animalillo y no le dejaron.

Cuando llegaron á las orillas del Polliar, nuestros cazadores bebieron con avidez, pues teníamos un calor de cuarenta grados. Despues, sin dudar un momento, se dirigieron con la misma indiferencia hácia los dos elefantes salvajes que debian llevar prisioneros. El jóven elefante saltó de gozo, dando alegres gritos al ver á sus nuevos amigos dirigirse con él hácia donde estaba su madre, que le respondió sin sospechar aún el peligro que la amenazaba.

Su compañero pacía aquí y allá las yerbas odoríferas y los retoños de los árboles.

En un instante se vieron rodeados, y cuando comprendieron que eran enemigos, era demasiado tarde para huir. Cada uno de los elefantes había sido cogido por la trompa por dos de los compañeros de Manjari, y apretándole entre los dos, le imposibilitaron para luchar. Después de vanos esfuerzos, los cautivos comprendieron que era inútil toda tentativa de resistencia, y empezaron á lanzar rugidos desesperados.

Comprendiendo Saverinaden que había llegado el momento oportuno, lanzó los cuatro elefantes que tenía en reserva, y éstos fueron gozosamente á reunirse á sus compañeros. Este refuerzo era inútil, pues dos elefantes bastaban para conducir á uno de los elefantes cautivos; pero su presencia debía contribuir á matar sus últimas ilusiones.

Todo esto se llevó á cabo sencilla y hábilmente y sin lucha aparente, y nadie se imaginó que en el momento en que fueron aprehendidos los elefantes, las trompas se habían endurecido y los colmillos apretado á los cautivos con tal violencia, que comprendieron al momento que era inútil toda resistencia.

Cuando les hicieron andar hácia adelante, tentaron un esfuerzo supremo; pero unos cuantos trompazos administrados por Manjari les decidieron á dejarse conducir.

Cuando los pobres animales nos distinguieron, se asustaron y comenzaron á temblar. Parece imposible que nosotros, pobres pigmeos á su lado, les infundiésemos más miedo que sus vencedores.

Saverinaden se deslizó detras de cada uno de ellos, y habiendo mandado que los sujetasen con fuerza, les pasó á las patas de detras unas maniotas de hierro fabricadas al efecto y de gran solidez.

Desde entónces, un elefante solo bastaba para guardarlos, pues no podian andar más que poquito á poco.

No quedaba ya más que domesticarlos y hacerles olvidar con el buen trato la libertad de sus compañeros y los grandes bosques en que habian nacido.

Generalmente al cabo de tres dias puede uno aproximarse sin peligro al elefante capturado; de ese modo, á los ocho se le quitan las maniotas, y un mes despues se pasea tranquilamente con sus compañeros, imitando cuanto hacen y ofreciéndose á compartir sus trabajos.

Cuando uno considera que esos enormes animales no pueden ser cogidos más que por sus semejantes, y la facilidad con que se civilizan los prisioneros, queda uno confundido ante la prodigiosa inteligencia de unos y otros. Los he visto muchas veces, y al poco tiempo de la caza, quedar tan amigos los vencedores como los vencidos, que á veces los indios los dejan en libertad al tercero ó cuarto dia.

En cuanto el animal se ha acostumbrado á la vida de la casa, no vuelve jamás á la junquera, como no sea para cazar él á su vez.

Nada hay tan interesante como ver el modo que tienen los nilmakarheia de domesticarlos. Ya tendremos ocasion de describir estos curiosos ejercicios en el curso de este viaje.

Esta caza no habia tenido para nosotros el

atractivo del peligro, ni habíamos experimentado las punzantes emociones que suscitan á veces las luchas gigantescas que se traban cuando los cazadores y los animales se encuentran con fuerzas iguales.

Sentados tranquilamente sobre nuestras dóciles monturas, habíamos asistido á un espectáculo que nuestros exploradores nos habian preparado, por decirlo así; pero no por ser ménos terrible habia tenido ménos atractivo, y por mi parte quedé maravillado de las numerosas pruebas de finura é inteligencia razonada que habian dado nuestros elefantes, en las dos horas que habia durado la aventura.

Durante la lucha, el elefante pequeño no se habia separado de su madre, lanzando gritos plañideros, y continuaba á su lado cuando llegaron donde nosotros estábamos. No le pusieron maniotas, y se familiarizó tan rápidamente con sus nuevos amigos, que al dia siguiente cogia con gran delicadeza el pan con su trompa y las frutas que le ofrecíamos. Tenia el tamaño de un potro de silla, pero dos ó tres veces más gordo.

Serian las cuatro cuando todo quedó terminado. El sol declinaba rápidamente, y apenas nos quedaban dos horas de dia, cuando necesitábamos ocho ó diez para llegar al bengalow del lago Kandellé.

De suerte que, segun lo habia previsto sir John, nos veíamos obligados á pasar la noche sobre la terraza de la torre de los rajahs.

Enviamos primero á los criados, los exploradores y sus elefantes, y montados sobre Rohini y Balaja, resolvimos volver al bengalow indio tomando el camino más largo y enviando algunos

tiros á los innumerables pájaros que revoloteaban sobre los pantanos, como igualmente á las liebres, faisanes y pavos salvajes que pasaban velozmente por entre las piernas de nuestros elefantes.

Nuestros dos cornacs (guías) conocían perfectamente el país, y en caso de que nos perdiésemos, teníamos siempre á la vista las colinas del Polliaar, que dominaban la llanura, y confiados en la fuerza de nuestros dos elefantes, no temíamos ni á las panteras ni á los búfalos, y podíamos con tranquilidad entregarnos á la agradable caza de los patos y de las zarcetas en el centro mismo del dominio de los más peligrosos animales de la creación.

Para no estorbarnos mutuamente, nos separamos, y mientras que sir John y el capitán, con Balaja, subían tranquilamente el curso del Polliaar, para sorprender algunos ciervos dormidos en las malezas, el mayor Daly y yo, con Rohini, seguimos el pantano que hacía curva y que debía llevarnos al bengalow indígena.

No puede uno formarse una idea de la cantidad de caza que encierran estas soledades; así es que hicimos una verdadera matanza de aquellos pobres animales. A cada instante queríamos pararnos, pero nuestras escopetas cargadas se disparaban sin saber cómo, y hubiéramos acabado con nuestras municiones si no se hubiera hecho de noche.

Por consiguiente, colocando nuestras escopetas en un rincón del haoudah, dimos la orden al cornac de que volviese á tomar el camino del campamento.

Al cabo de media hora de camino, no habíamos aún llegado, y lo más grave aún era que no



distinguíamos la torre del rajah, oculta sin duda por innumerables grupos de bambúes de que estaba cubierta la llanura.

El sol iba á desaparecer en el horizonte, la junquera tomaba ya extraños aspectos, los chacales empezaban á aparecer entre las malezas, precursores de animales más terribles; unos minutos más, y no podríamos ya dar un paso por temor de hundirnos en los pantanos.

¿Tendríamos que pasar la noche en aquel sitio sobre nuestros elefantes?

Nuestra imprudencia iba á costarnos cara, y no podíamos echar la culpa á nadie más que á nosotros mismos, pues aunque los cornacs hubieran visto que nos alejábamos del sitio de la cita, nada nos hubieran dicho, pues los criados indios no dirigen jamás la palabra á sus amos como éstos no les pregunten.

Apénas habíamos tenido tiempo el mayor y yo de comunicarnos nuestras impresiones, cuando sentimos que el elefante que montábamos se estremecía, y ántes de que hubiéramos podido darnos cuenta de lo que pasaba, Rohini, despues de lanzar un horrible mugido, se lanzó á galope con la trompa levantada á traves de la junquera, á pesar de los esfuerzos que hacía su cornac para detenerle.

—¡Un jaguar!—exclamó Amoudou.

Lo comprendimos todo: nuestro elefante, al encontrar á su más implacable enemigo, le perseguía con un encarnizamiento rabioso.

Con efecto, á unos treinta pasos de nosotros vimos una masa negra que huía dando brincos en la maleza para escapar á la terrible trompa que le amenazaba.

—Estamos perdidos,—dijo el mayor,—pues esta caza va á acabar en el fondo de algun pantano.

Apénas acababa de pronunciar estas palabras, cuando la prediccion se cumplió. El elefante dió un salto y cayó en medio de una hornaguera, llegándole el lodo hasta el vientre. Comprendiendo el peligro el inteligente animal, hizo un esfuerzo desesperado para ganar la opuesta orilla, cogiendo con su trompa un grupo de enormes bambúes que crecian en el pantano, y procuró poner el pié en terreno firme; pero fué en vano, pues sólo consiguió poner las dos patas de delante sobre los troncos de los bambúes, y agarrándose á ellos ayudado de su trompa, quedó inmóvil.

Nos encontrábamos en una situacion terrible, pues el grupo de bambúes al que estaba agarrado Rohini se encontraba en el centro mismo del pantano en que habíamos caido, y no tardaria en arrancarlo de raíz.

Si no nos socorrian prontamente, estábamos perdidos.

Toda la parte trasera del animal estaba sumergida en el lodo, y en cuanto su trompa abandonase los bambúes, desaparecería en el fango.

El cornac nos dijo que podíamos matar á Rohini tirándole un tiro en la oreja; que de este modo, soltando los bambúes, éstos se enderezarian, pues estaban doblegados por el peso del animal, y que podíamos agarrarnos y permanecer sobre ellos hasta que fuese de dia; pero rechazamos con horror aquella proposicion.

En este momento distinguimos á nuestra izquierda una gran fogata, como á unas dos millas de distancia, que sin duda alguna era una señal

hecha por sir John para que nos sirviese de guía.

Por todas partes nos veíamos rodeados de chacales, de hienas y de makaras (especie de buhos) que aullaban lastimosamente.

¿Qué hacer?

Desde el principio de aquella escena, Amoudou permanecía pensativo. Sin ninguna duda mi nubio recordaba su infancia, que se había pasado en el interior de Africa, cuando acompañaba las caravanas, los peligros que había corrido y evitado, y buscaba sin duda los medios para sacarnos de él.

Después de echar una última mirada sobre las junqueras, se inclinó hacia mí y me dijo:

—Los bambúes empiezan á ceder, saeb.

—Ya lo veo,—le respondí.

—Antes de dos horas, el peso de Rohini los habrá arrancado de raíz y nos iremos todos al fondo del pantano... á ménos que...

—Acaba.

—A ménos que sigamos el consejo del cornac.

—¿Matar á nuestro valiente elefante?

—La vida de cuatro hombres excusa esta necesidad,—dijo el mayor, pensativo.

—No recurramos á ese medio hasta el último extremo,—dije yo.

Me repugnaba matar aquel pobre coloso, cuya increíble fuerza nos sostenía en aquel momento por encima del abismo.

—Pues bien,—dijo Amoudou,—voy á procurar salvaros y también á Rohini.

—¿De véras?—dije con ansiedad.

Conocía á Amoudou y sabía que era capaz de la mayor abnegación.

—Si nos sacas de este lance sanos y salvos,—

dijo el mayor Daly, —te juro á fuer de inglés que no tendrás necesidad de servir.

—Escuchadme, saebs, —prosiguió mi fiel servidor.—Antes que la noche fuese tan oscura como lo es ahora, inspeccioné las orillas del pantano en que estamos, y pude convencerme de que la otra orilla no está separada del sitio en que estamos más que unos treinta ó cuarenta kalpas (codos). Pues bien, se me ha ocurrido un proyecto: en el grupo de bambúes que nos sirve de punto de apoyo debe haber alguno que tenga treinta ó treinta y cinco codos. Voy á encaramarme en el bambú más grande de entre los que no ha cogido Rohini con su trompa, apoyándome sobre los otros para no romperlo. En cuanto llegue á lo último, lo cortaré con el hacha por la base; entónces, agarrándome á su extremo, me dejaré caer con él, y llegaré á la tierra firme sin accidente alguno. Muchas veces, en mi infancia he atravesado así los rios, cuando la corriente me impedía atravesarlos á nado, para llevar á la otra ribera la punta de un cordel de coco, para formar un puente y que pasase una caravana.

—Pero ¿y si el bambú se rompe bajo tu peso en la curva que va á describir al caer?—dije á Amoudou.

—Hágase la voluntad de Allah.

—Pero ¿y si el bambú no alcanza la otra orilla?

—En el momento en que el bambú se incline hácia el suelo, de un vigoroso salto ganaré la tierra; si no puedo alcanzarla... ¡que la voluntad de Allah se haga!... Entónces matareis á Rohini para esperar los recursos que recibireis en cuanto sea de día.

Procuré disuadir á Amoudou de su peligroso

proyecto, proponiendo sacrificar en seguida al elefante; pero él rehusó, pues decia que estaba seguro del éxito si el bambú no se rompía en el momento en que, inclinándose para caer, tenia que soportar todo el peso de su cuerpo. Una vez ya en tierra, guiado por el fuego, iria al bengalow, teniendo cuidado de señalar el camino rompiendo ramas de arbustos, y volviendo rápidamente en nuestro auxilio.

Yo dudaba aún.

—Tal vez disparando nuestras carabinas— dije yo—podríamos indicar nuestra direccion.

—Sí,—me respondió el mayor,—pero ése no es medio para que puedan encontrarnos. ¡Si tuviésemos un fanal!

—¡Si hiciésemos un puente con los bambúes que nos rodean!

—¡Oh, saeb! —me dijo gravemente Amoudou.—Estamos perdiendo un tiempo precioso en pensar en cosas inútiles. Apenas tenemos cuatro ó cinco bambúes á nuestra disposicion, pues Rohini tiene cogidos todos los demas y no los soltará, no, y no son suficientes para construir un puente que nos pueda sostener. En sentido vertical, los bambúes tienen alguna resistencia, pero horizontalmente, se quiebran al menor peso que tienen que resistir, y ademas, aunque pudiesen sostenernos, no sabemos si son bastante largos para que su extremo pueda afianzarse sólidamente en la tierra firme, sin contar con que tendria que haber una persona en la otra orilla para asegurarlos. Eso es impracticable, saeb.

El tiempo apremiaba, y era preciso decidarnos por el proyecto de Amoudou.

Con la agilidad de un gato-tigre, el valiente

nubio se encaramó por los bambúes, despues de habernos indicado el que él escogia, y cuando llegó á la punta, nos gritó, sirviéndose de un término de marina y sin que su voz demostrase la más ligera emocion:

—¡Largad todo!

Con cinco ó seis hachazos se cortó de raíz el bambú, y Amoudou, afirmándose en la copa del bambú á que estaba agarrado, se lanzó en el espacio.

Durante los cuatro ó cinco segundos que mediaron entre la partida y la caída, nuestros corazones latieron con violencia.

No podíamos distinguir nada, pero el ruido de un cuerpo cayendo en la maleza, nos hizo comprender que el fiel servidor no se habia engañado en sus cálculos.

Al levantarse Amoudou, exclamó:

—¡Allah es grande! ¡Estamos salvados!

—¡Cuidado con los pantanos y los jaguares! — le gritó el mayor.

—No tengais cuidado, saeb, — le respondió Amoudou; — he nacido en los pantanos de la Baja Nubia.

Apénas pronunció aquellas palabras, oimos el ruido que producía su cuerpo al pasar por entre las malezas.

El fuego seguía brillando con viva claridad en direccion de la torre de los rajahs.

Despues de corto espacio de tiempo, se extinguió el ruido que hacía Amoudou al atravesar por entre los juncos, y todo quedó en silencio, si puede llamarse así á los gritos discordantes y á los aullidos de las fieras que oíamos en todas direcciones.

Una hora, un siglo, transcurrió en esta ansiedad.

En vano interrogábamos el fuego, que continuaba brillando, para recoger algún indicio, alguna señal favorable con que alentar nuestra esperanza.

Nuestro elefante, siempre inmóvil, empezaba á soplar, y creímos que no tardarian en faltarle las fuerzas; pero el cornac nos tranquilizó, diciéndonos que el coloso expresaba á su manera la rabia que sentia al verse rodeado de los chacales y de las hienas, los cuales nunca se atreven á acercársele.

De repente se oyeron á lo léjos dos disparos de carabina. Amoudou se habia salvado, y nosotros tambien. Hicimos á nuestra vez la misma señal.

Desde este momento pudimos seguir todas las peripecias de nuestra salvacion.

En efecto, no tardamos en ver á traves de los juncos una hilera de antorchas dirigiéndose hácia nosotros, que por su movimiento comprendimos iban colocadas en los lomos de los elefantes. En ménos de media hora, con Amoudou á la cabeza y seguido de sir John y todos los nilmakarheia, se encontró el cortejo al borde del pantano que estuvo á pique de servirnos de tumba.

Ya era tiempo, pues el grupo de bambúes empezaba á inclinarse. Cuando Rohini distinguió á sus camaradas, empezó á mugir de alegría, respondiéndole los recién venidos, y durante algunos minutos se oyó un concierto de los más discordantes.

— Os creia perdidos sin remedio, — nos gritó sir John.

Efectivamente, habíamos escapado de la muerte por milagro.

Nuestros amigos llevaban sobre los lomos de dos elefantes un cocotero cortado en los alrededores del bengalow, y con él hicieron un puente natural que nos apresuramos á atravesar, y al llegar á tierra, sir John y su amigo nos dieron un apretado abrazo.

Pero salvar á Rohini exigía más trabajo; por consiguiente, se amontonó debajo del árbol piedras, ramas de árboles y maleza en inmensa cantidad hasta llenar la balsa por aquel lado, haciendo de este modo un camino artificial que el coloso salvó de un vigoroso salto, ayudado de una enorme cuerda de hilo de coco sostenida en la orilla por dos elefantes, y llegó sano y salvo á la tierra firme.

Todo el honor de tan difícil empresa correspondía á Amoudou, que nos habia salvado con su valor y sangre fría.

Más de una hora habia tardado en llegar al campamento, guiado por la hoguera encendida por sir John.

Pero no bastaba llegar á la torre, era preciso volver, y el bravo nubio habia tenido cuidado de marcar el camino con piedras y ramas de árboles, fáciles de reconocer.

Cinco horas habíamos pasado en aquella horrible posición.

Ya se comprenderá con qué placer cenamos resguardados por las paredes de la torre, y con qué quietud acabamos aquella noche acostados en nuestras hamacas, que habia empezado con tan terribles auspicios.

Al rayar el día nos pusimos en marcha para



llegar cuanto antes á Kattiaar, dejando detras de nosotros á los nilmakarheia con los elefantes, y llegamos por la noche á la casa de sir John.

Estos accidentes en los pantanos de Ceylan son muy comunes, y sobre todo en los saunderbounds del Ganges; pero no todos acaban tan felizmente como el nuestro. Si se cuentan pocas víctimas humanas en esos pantanos, consiste en que el número de viajeros que recorre á pié la India con dos criados y una carreta de bueyes es muy escaso; pero en cambio es inmensa la cantidad de fieras que se tragan esos pantanos ocultos bajo una yerba verde y espesa, que les da el aspecto de una hermosa pradera.

Las cinco ó seis veces que he estado en peligro de muerte durante mis largos viajes por este país, siempre ha sido á causa de esos pantanos.

Despues de descansar veinticuatro horas, di orden á Amoudou y al vindicara que hicieran los preparativos de marcha, pues tenia que estar en Pondichery en la época fijada, y estaba tan próxima que resolví no hacer ninguna parada desde Trinquemalé á Jaffnapatnam.

Al despedirme de sir John y de su simpática familia, éste quiso regalarme el elefante pequeño que habíamos hecho prisionero, y que sus hijos habian tomado ya bajo su proteccion; pero yo les di las gracias, pues no queria tener la crueldad de separarle de sus encantadores protectores.

El mayor Daly cumplió generosamente su oferta entregando á Amoudou la cantidad de quinientas libras (12.500 francos) para que se volviese á su país á vivir tranquilamente el resto de sus dias.

Al día siguiente, á la salida del sol, una canoa me transportó á la punta de Velloor, frente á Kattiaar, para evitarme dar la vuelta á la inmensa bahía de Tamblegam, y despues de hacer una parada insignificante, llegamos á Trinquemalé.

Los alrededores de esta ciudad abundan en sitios encantadores y pintorescos, rodeados de infinidad de *cottages*, casas de campo que pertenecen á los oficiales ingleses de la estacion.

Trinquemalé posee el más grande y mejor abrigado de todos los puertos conocidos, y su entrada es tan estrecha, que no deja entrar más que dos buques de frente, y todas las escuadras del mundo caben en su inmensa bahía.

El día en que la Inglaterra tenga que sostener una lucha gigantesca por su imperio de las Indias, este puerto será tal vez el que la salve, y en donde hace muchos años amontona municiones y provisiones de toda clase.

Cerca de cuarenta y cinco leguas separan á Trinquemalé de Jaffnapatnam, y se va á estas ciudades por un camino que tan pronto se interna en el interior por Nillavelé y el lago Padwiel, tan pronto se acerca de la costa para replegarse en el distrito de Kary-Katoé-Mollé sobre los dos fuertes de Kokelay y de Molletivoé, situados en el fondo de dos bahías del mismo nombre, que forman dos puertos, más anchos de entrada, ménos seguros, pero casi tan grandes como el de Trinquemalé.

Este camino, obra de los antiguos rajahs que habian cubierto aquella isla magnífica de calzadas, lagos artificiales y canales de riego, está bien cuidado por los ingleses. Está rodeado de árboles

seculares, que reunidos sobre nuestras cabezas en forma de bóveda, nos permitian continuar nuestro camino aún en las horas de más calor destinadas á la siesta.

A pesar de todo, tardamos catorce dias en llegar á Jaffnapatnam, capital de la provincia y de la península de este nombre.

La provincia del Norte es de las más interesantes.

Habitada casi enteramente por indios de raza malabar, ofrece al estudio una variedad de usos y costumbres de los más extraños y curiosos. Así es que tuve un verdadero pesar en salir de Ceylan sin haber podido visitar minuciosamente las provincias de Towansé, Kornawellepatoé y los ricos distritos de la península; pero en cuanto pueda, volveré para conocerlos extensamente.

Habia atravesado aquella hermosa isla por Punta de Galles, el pico de Adam, Kandy, las llanuras del interior, Tamblegam, Trinquemalé y Jaffnapatnam; me quedaba pues, para completar mis estudios sobre Ceylan, recorrer la península del Norte y los distritos que no habia hecho más que entrever, como tambien las costas Noroeste por la isla de Manaar, Anouradhapoor, en el interior, la antigua capital de los rajahs de la primera raza, y las ricas provincias que la rodean; luégo visitar Negombo, Colombo, Galle, Matoura, Kattragam, la provincia de las antiguas pagodas, y todos los países del Sud-sudeste, cubiertos de impenetrables bosques, asilo de boas gigantescas y de elefantes salvajes que los nilmakarheia cazan constantemente para exportarlos al interior del Indostan en Singapoor y hasta Java y Borneo.

Mi larga permanencia en Kaltna y en las otras estaciones me impidió detenerme algun tiempo, como deseaba, pues imperiosos deberes me llamaban á Pondichery.

Apénas llegué á Jaffnapatnam, alquilé una embarcacion choullah con sus remeros, y despues de haber vendido mi carreta de bueyes y dado gracias á Ramassamy el vindicara, me embarqué con Amoudou, unas horas ántes de anochecer, en el *Pratisourya* (el más hermoso bajo la capa del cielo), patron Tanapassary, que largando á la brisa que se levanta del golfo de Bengala las velas de su goleta, dobló en pocas horas el paso de Kare, y puso el timon sobre Negapatam, ciudad importante del Karnatic sobre la costa del Indostan, que era donde queria yo ir. Veinticinco ó treinta horas de navegacion, segun el viento, bastaban para llegar allí.

Sentado en la popa del buque, al lado del timonel cingales que dirigia la marcha con los ojos fijos sobre las costas de aquella isla admirable que lucian en el horizonte iluminadas por los últimos rayos del sol poniente, no pude contener una profunda emocion pensando en los cuatro meses que acababa de pasar en aquel país, en que la naturaleza parece haber reunido todas sus riquezas, su vegetacion más esplendente, sus paisajes más grandiosos y pintorescos á la vez, y sus hermosuras más singulares.

A la hora en que la antigua Taprobane, la maravillosa Lanka, que los antiguos poemas indios cantaban ya hace veinte mil años, comenzó á desaparecer en la bruma del sol poniente, la saludé con la mano diciéndole: *Hasta la vista.*

La brisa habia refrescado; los marineros ma-

labares largaron sus gorros para aprovecharla,  
cantando con tono gangoso una balada popular:

Ingué va,  
Ingué po,  
Teriman, teriman illé,  
Samy couprengea.

«Ven aquí, ve allá, comprendas ó no comprendas,  
Dios es siempre quien te guía.»

Amoudou, acurrucado en un rincon, lloraba.

FIN.



# INDICE.

---

## PRIMERA PARTE.

	Págs.
Suez.—Aden.—Moka. . . . .	5

## SEGUNDA PARTE.

Ceylan.—Punta de Galles.—Los caimanes.—Una caza de tigres.—Las mujeres de Tembapoor.—Los elefantes.—El pico de Adam.—Leyendas brahmánicas y budhistas.—Trinquemalé. . . . .	69
---	----

## TERCERA PARTE.

Las bayaderas. . . . .	187
------------------------	-----

## CUARTA PARTE.

Trinquemalé (continuacion).—Un matrimonio de clase elevada.—Los fakirs.—Sir John Hastley.—Una caza en el lago Kandellé.—Las hornagueras.—Abnegacion de Amoudou.—Una noche en las junqueras.—Salida de Trinquemalé.—Jaffnapatnam.—Partida para la costa india. . . . .	217
---	-----









ELIAS PARVAT

Handwritten text, possibly a signature or date.

Handwritten text, possibly a signature or date.

Todo esto es ridículo.

Sin duda que se encuentran fondo de las macetas rotas y al pilas de leña para el consumo de todos estos sitios que no tienen y á pesar de todo se encuentran

¡Pues qué! En Francia, y del Mediodía sobre todo, ¿no se encuentra con frecuencia en los graneros y en

En resumen, en la India hay casas muy buenas y muy malas, pero son pocas. Hay mucha timidez y prontitud en huir al peligro, cuidando de no ir descalzos, y en la yerba, no hay que temer nada.

No sucede lo mismo con los baños que están situadas en medio de las montañas que no hacen ruido al andar por consecuencia, hay que deplorar muchos accidentes desgraciados, que si se hubiera con prudencia debía hacer más cómodo el vivir en la India, bajo todos conceptos, es un país habitable, á pesar de su calor y de sus dañosos.

Para completar las sucintas noticias que he dado sobre su clima, voy á dar algunas precauciones de higiene más usuales que en Europa. La experiencia ha demostrado ser la más saludable para el europeo que desea conservar su salud.

No tengo pretensiones científicas, pero un método particular que seguirá el viajero.

Vivir siempre en casas altas y ventiladas, pues el aire es la primera necesidad en este país.

Tener pankahs en todas las habitaciones y servirse de ellos en la estación de calor.

